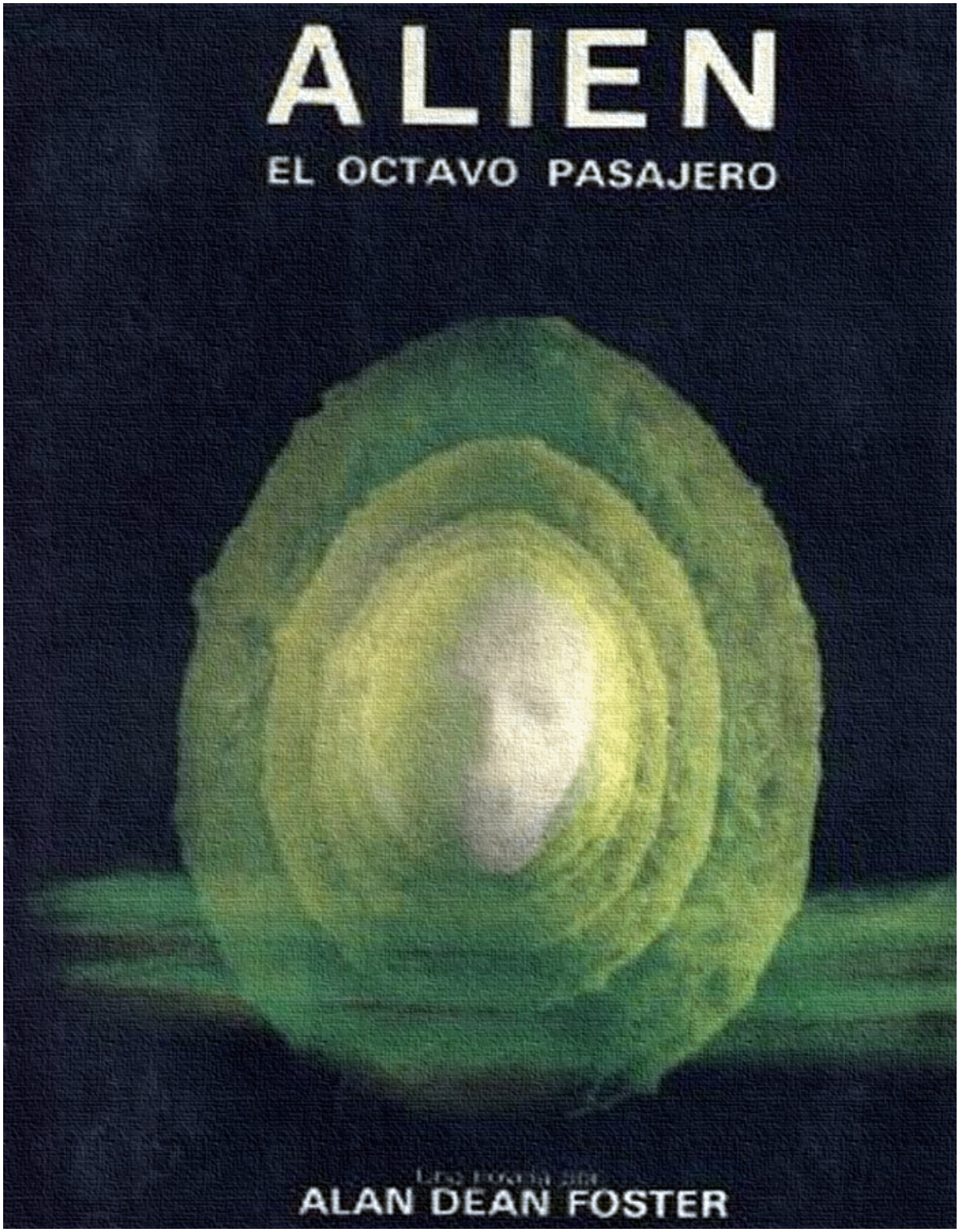
ALIEN EL OCTAVO PASAJERO
Alan Dean Foster



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

A Jim McQuade...
Un buen amigo y compañero
explorador de extremas posibilidades...

I

Siete soñadores.

Entiéndase que no eran soñadores profesionales. Los soñadores profesionales reciben buena paga, respeto, son talentos muy bien cotizados. Como casi todos nosotros, estos siete soñaban sin esfuerzo ni disciplina. Soñar profesionalmente, de modo que los propios sueños puedan ser registrados y repetidos para entretener a otros es algo mucho más difícil: requiere la capacidad de regular los impulsos creadores semi-conscientes y de estratificar la imaginación, combinación extraordinariamente difícil de lograr. Un soñador profesional es, simultáneamente, el más organizado de todos los artistas y el más espontáneo. Trama sutil de espectaculación no directa y torpe como la de usted o la mía. O la de estos siete soñadores.

Entre todos, Ripley fue la que llegó más cerca de alcanzar ese potencial especial. Tenía cierto innato talento para el sueño y más flexibilidad de imaginación que sus compañeros. Pero carecía de verdadera imaginación y de esa poderosa madurez de pensamiento característica del pro-soñador.

Ripley era excelente para organizar almacenes y carga, para perforar tarjetas A en una cámara de almacenamiento B, o para organizar convoyes. Era en el almacén de la mente donde su sistema de archivo se confundía. Esperanzas y temores, especulaciones y creaciones a medias pasaban libremente de un compartimiento a otro.

La oficial de cédulas Ripley necesitaba más dominio de sí misma. Pensamientos en bruto, exuberantes y confusos yacían esperando ser llamados, apenas bajo la superficie de la realización. Un poco más de esfuerzo, una mayor intensidad de auto-reconocimiento y Ripley sería una excelente pro-soñadora. Al menos, así pensaba ella ocasionalmente.

En cambio, el capitán Dallas parecía perezoso y era, por contraste, el mejor organizado de todos. Y tampoco le faltaba imaginación. De ello daba prueba su barba. Nadie llevaba barba en los congeladores. Nadie más que Dallas. Era parte de su personalidad, como había explicado a más de un curioso compañero de vuelo. Y no se separaría del anticuado vello facial como no se separaría de ninguna otra parte de su anatomía. Dallas era capitán de dos naves: el remolcador interestelar *Nostromo, y* su propio cuerpo. Y ambos permanecerían intactos en el sueño, así como en la vigilia.

Así pues, Dallas tenía la capacidad reguladora con un mínimo deseable de imaginación. Pero un soñador profesional requiere bastante más que un mínimo y esa es una deficiencia que sólo puede compensarse mediante una cantidad desproporcionada de aquella. Dallas no era un prosoñador más realista que Ripley.

Kane controlaba menos su pensamiento y su acción que Dallas, y tenía mucho menos imaginación. Era un buen funcionario ejecutivo, pero nunca sería capitán. Eso requiere cierto impulso, aunado a la capacidad de mandar a otros, y Kane no tenía ninguno de estos dones. Sus sueños eran sombras amorfas, translúcidas en comparación con las de Dallas, así como el propio Kane era como un eco más tenue, menos vibrante, del capitán. Esto no le impedía ser

agradable. Pero pro-soñar requiere cierta energía extra, y Kane apenas tenía suficiente para la vida diaria.

Los sueños de Parker no eran ofensivos, pero eran menos pastorales que los de Kane. En ellos había poca imaginación. Eran demasiado especializados, y rara vez se relacionaban con seres humanos. No podía esperarse otra cosa del ingeniero de la nave.

Sus sueños eran directos y de vez en cuando desagradables. Estando despierto, este sedimento profundamente enterrado se mostraba algunas veces cuando el ingeniero estaba de mal humor o irritado. La mayor parte del limo y el desprecio que fermentaban en lo más hondo de la cisterna de su alma se mantenían bien ocultos. Sus compañeros de la nave nunca veían más allá del Parker destilado que flotaba en la superficie, nunca tenían un atisbo de lo que en sus profundidades fermentaba burbujeante.

Lambert era más inspiración de soñadores que soñadora en sí. En el hipersueño, sus inquietas meditaciones estaban llenas de conspiraciones intersistemáticas y factores de carga que se cancelaban al tomar nota del combustible. Ocasionalmente, había imaginación en aquellas estructuras oníricas, pero nunca en la manera apropiada para hacer latir el corazón de otros.

Parker y Brett a menudo imaginaban sus propios sistemas, mezclando sus tramas con las de ella. Ambos consideraban la cuestión de los factores de carga y las yuxtaposiciones espaciales de una manera que habría enfurecido a Lambert si ella lo hubiese sabido. Se guardaban para ellos tales meditaciones no autorizadas, en la seguridad de su sueño, diurno y nocturno, para no enfurecerla. No habría convenido perturbar a Lambert; como navegante del *Nostromo,* era la principal responsable de llevarlos a todos sanos y salvos, y esa era la tarea más emocionante y deseable que cualquiera pudiese imaginar.

Brett sólo aparecía como técnico en ingeniería; tal es una curiosa manera de decir que era tan inteligente y enterado como Parker, pero que le faltaba antigüedad. Y los dos formaban una pareja extraña, pues eran totalmente distintos a los ojos de los demás; sin embargo, coexistían y trabajaban juntos a la perfección. En gran parte, su triunfo como amigos y colaboradores se debía a que Brett nunca se metía en los terrenos mentales de Parker. El técnico era tan solemne y flemático en su aspecto y habla, como Parker voluble y caprichoso. Parker podía hablar durante horas acerca de la falla de un circuito de micronave, maldiciendo a sus antepasados hasta llegar a la madre tierra, de la que originalmente habían salido sus constituyentes; y Brett comentaría pacientemente: "correcto".

Para Brett, esa sola palabra era mucho más que una expresión de su parecer; era una expresión de sí mismo, y el silencio era la forma más limpia de comunicación. En la locuacidad estaba la demencia.

Y Ash, por otra parte, que era el oficial de ciencias; pero no era esto lo que hacía tan curiosos sus sueños. Curiosos, no cómicos. Sus sueños eran los más profesionalmente organizados de todos los de la tripulación; entre todos era él quien estaba más cerca de alcanzar a su yo despierto. En los sueños de Ash no había absolutamente ningún engaño.

Eso no resultaba sorprendente para los que en realidad conocían a Ash. Sin embargo, ninguno de sus seis compañeros de tripulación lo conocía. Ash sí se conocía bien. De haber sido interrogado, habría podido contestar por qué nunca podría llegar a ser un pro-soñador. Nadie pensó jamás en preguntárselo, pese al hecho de que el oficial en ciencias claramente encontraba el pro-sueño más fascinador que cualquiera de ellos.

¡Ah! Y también estaba el gato. Su nombre era Jones; era un gato corriente de casa, o mejor dicho, gato de nave. Jones era un gran macho amarillento, de padres desconocidos y hábitos independientes, acostumbrado a los avatares de los viajes de la nave y la idiosincrasia de los humanos que viajaban por el espacio. También su dormir era frío, y soñaba simples sueños de lugares cálidos y oscuros y ratones sujetos a la gravedad.

De todos los soñadores que había a bordo, Jones era el único contento, aunque no habría

podido llamársele inocente.

Era una vergüenza que ninguno de ellos hubiera calificado como pro-soñador, pues cada uno tenía más tiempo para soñar en el curso de sus labores que una docena de profesionales, pese a lo lento del ritmo de sus sueños por obra del dormir frío. La necesidad había hecho que el sueño fuese su principal vocación. Una tripulación del espacio sideral no puede hacer en los congeladores *nada más* que dormir y soñar. Acaso siguieran siendo para siempre simples aficionados, pero desde hacía tiempo eran aficionados competentes.

Eran siete. Siete apasibles soñadores en busca de una pesadilla.

Aunque tenía una especie de conciencia propia, el *Nostromo* no soñaba. No lo necesitaba, así como no necesitaba el efecto de conservación de los congeladores. Si soñaba, tales reflexiones sin duda eran breves y pasajeras, ya que nunca dormía. Trabajaba y se mantenía, y lograba que su complemento humano en hibernación siempre estuviese un paso adelante de la muerte acechante que seguía al dormir frío, como un tiburón gris sigue a un barco en el mar.

Pruebas de la incesante vigilancia mecánica del *Nostromo* se hallaban por doquier en la tranquila nave, en los tenues zumbidos y las luces que eran como su aliento, la prueba de su sensibilidad instrumental. Aquello imbuía la textura misma de la nave, extendía sensores para revisar cada circuito y cada pieza de compresión. También afuera había sensores, palpando el pulso del cosmos. Y aquellos sensores habían descubierto una anomalía electromagnética.

Una parte del cerebro del *Nostromo* era peculiarmente capaz de descubrir el sentido de toda anomalía. Y diríase que ya había masticado esta anomalía. Su sabor le había resultado tan extraño que había examinado los resultados del análisis y llegado a una conclusión. Activó instrumentos que antes dormían; circuitos que poco antes habían estado en reposo volvieron a regular el flujo de los electrones. Como para celebrar aquella decisión, bancos enteros de luces brillantes parpadearon, señales de vida de un aliento mecánico e inquieto.

Sonó un "bip-bip" característico, como si hasta entonces sólo hubiese estado presente un tímpano artificial para oír y reconocer. Era un sonido que no se había oído en el *Nostromo* durante algún tiempo y eso indicaba un acontecimiento extraño.

Dentro de esta inquieta botella que despertaba, ola de sonidos tenues y de luces, de aparatos que conversaban entre sí, había un compartimiento especial. Y en aquella habitación de metal blanco había siete capullos de metal y plástico, color de nieve.

Un nuevo ruido llenó esta cámara, una exhalación explosiva que creó una atmósfera nueva, fresca, respirable. La humanidad se había colocado voluntariamente en esta posición, confiando en pequeños dioses de metal, como el *Nostromo,* para que le dieran aliento vital cuando no podía obtenerlo por sí mismo.

Las ramificaciones de ese ser electrónico semi-consciente probaron entonces el aire recién exudado y lo declararon satisfactorio para sostener la vida de organismos tan frágiles como los de los hombres. Brillaron nuevas luces, se cerraron más circuitos. Sin ruido se abrieron las capas de las siete crisálidas y las formas que había dentro, semejantes a gusanos, empezaron a salir, una vez más, a la luz.

Vistos fuera de sus sueños, los siete miembros de la tripulación del *Nostromo* eran aún menos impresionantes que en el hipersueño. Por una parte, sus cuerpos escurrían gotas del líquido conservador del críosueño con que los habían llenado y untado. Por muy analéptico que sea, el limo de cualquier clase no favorece la buena presentación.

Por otra parte, estaban desnudos y el líquido no era buen sustituto de los efectos de esas pieles artificiales llamadas ropas que dan elegancia y esbeltez.

—¡Diablos! —Murmuró Lambert, viendo con repugnancia cómo caían gotas de sus hombros y costados—. ¡Tengo frío!

Salió entonces del féretro conservador de la vida, en lugar de la muerte, y empezó a buscar algo en un compartimiento cercano. Valiéndose de la toalla que encontró allí, empezó a quitarse de las piernas aquel jarabe transparente.

—¿Por qué diablos no puede Madre calentar la nave *antes* de sacarnos del depósito?

Lambert había logrado ponerse de pie y trataba de recordar dónde había dejado sus ropas.

—Bien sabes por qué —dijo Parker, demasiado ocupado con su cansancio y con el jarabe para pensar siquiera en contemplar a la navegante desnuda—. Política de la Compañía; conservación de energía que puede entenderse por vil avaricia. ¿Para qué desperdiciar el exceso de energía calentando la sección congelada hasta el último segundo posible? Además, al salir del hipersueño, siempre hace frío. Ya sabes que el congelador también baja tu temperatura interna.

—Sí, lo sé. De todos modos, estoy helada.

Lambert sabía que Parker tenía toda la razón, pero le disgustó reconocerlo. Nunca había sentido gran simpatía hacia el ingeniero.

"¡Maldita sea, Madre!", pensó viéndose en su brazo la carne de gallina. "¡Hagamos un poco de *calor*"

Dallas estaba enjugándose, limpiándose en seco los restos de aquel jarabe del críosueño y tratando de no contemplar nada que los otros no pudiesen ver. Lo había notado desde antes de salir de la congelación. Así estaba todo dispuesto por la nave.

—El trabajo nos calentará rápidamente —dijo Lambert en voz alta—. ¡Todos a sus puestos! Supongo que recuerdan para qué se les paga, además de dormir para olvidar sus preocupaciones.

Nadie sonrió ni se molestó en hacer comentarios. Parker echó una mirada a su compañero quien aún estaba sentado en su congelador.

—Buenos días. ¿Todavía estás con nosotros, Brett?

—Sí.

—Tenemos suerte —dijo Ripley, estirándose y haciendo unos movimientos más estéticos que los demás—. Me alegra saber que nuestro mejor conversador está tan charlatán como siempre.

Brett se limitó a sonreír, sin decir nada.

Brett hablaba tanto como las máquinas a quienes atendía; es decir, nada, y aquella era una broma corriente entre la tripulación. En momentos como esos se reían con él, no de él.

Dallas estaba haciendo ejercicios calisténicos con los codos paralelos al suelo y las manos unidas frente al esternón. Le pareció oír tronar sus músculos por tanto tiempo en reposo. La deslumbrante luz amarilla, tan elocuente como cualquier voz, monopolizaba sus pensamientos. Aquellos pequeños cíclopes eran el modo que la nave tenía de decirles que los había despertado por algo que no era el fin de su viaje. Dallas se preguntaba por qué.

Ash se sentó y miró a su alrededor, sin ninguna expresión. Por la animación que denotaba su rostro, bien habría podido estar aún en el hipersueño.

—Me siento como muerto —dijo, observando a Kane. El oficial ejecutivo estaba bostezando, aún no completamente despierto. La opinión profesional de Ash era que al ejecutivo en realidad le gustaba el hipersueño y que si se lo permitieran, se pasaría toda su vida como narcoléptico.

Ignorante de la opinión científica del oficial, Parker le echó una mirada y habló en tono agradable.

—Pareces muerto.

Estaba consciente de que sus propios rasgos probablemente no eran los mejores. El hipersueño agotaba la piel, así como los músculos. Su atención se volvió hacia el ataúd de Kane. El ejecutivo finalmente estaba sentándose.

—Me alegro de haber regresado —dijo parpadeando.

—Para lo que te tardas en despertar, bien podíamos haber regresado.

Kane pareció ofendido.

—¡Esa es una calumnia, Parker! Simplemente, tardo un poco más que ustedes, eso es todo.

—De acuerdo.

El ingeniero no insistió en el punto; se volvió al capitán que estaba absorto estudiando algo por la ventanilla.

—Antes de atracar, quizá sea mejor ver la situación de los bonos.

Brett mostró ciertas señales de entusiasmo, sus primeras desde que despertaba.

—Sí.

Parker continuó colocándose las botas:

—Brett y yo creemos merecer una parte completa. Bonificación completa por misión cumplida, además de salario e intereses.

Al menos sabía que el sueño profundo no había dañado a su cuerpo de ingenieros, pensó Dallas cansadamente. No hacía ni dos minutos que habían despertado y ya estaban quejándose.

—Ustedes dos recibirán aquello por lo que se les contrató. Ni más ni menos, como todos nosotros.

—Todos reciben más que nosotros —murmuró Brett suavemente.

Para él, aquello había sido todo un discurso. Sin embargo, no surtió ningún efecto sobre el capitán. Dallas no tenía tiempo para trivialidades ni juegos de palabras semi serios. Aquella luz parpadeante requería toda su atención y él coordinó sus pensamientos con exclusión de todo lo demás.

—Cualquiera merece más que ustedes dos. Quéjate, si quieres, ante el pagador de la Compañía. Ahora, ve allá abajo.

—Quejarme ante la Compañía —murmuró Parker tristemente, observando a Brett salir de su ataúd y empezar a enjugarse las piernas—. Sería lo mismo que tratar de quejarme directamente a Dios.

—Es lo mismo —dijo Brett, observando una débil luz de servicio en su propio compartimiento congelado. Apenas consciente, desnudo y goteando líquido, ya estaba trabajando arduamente. Era el tipo de persona que podía caminar durante días con una pierna rota, pero era incapaz de soportar un excusado que funcionara mal.

Dallas echó a andar hacia la sala central de computadoras y habló por encima de su hombro:

—Uno de ustedes dos, bromistas, traiga al gato.

Fue Ripley quien levantó una forma suelta y amarillenta de uno de los congeladores. Su expresión era de ofendida.

—No tienes que mostrarte tan indiferente hacia él —dijo dando palmaditas cariñosas al animal empapado—. No es una pieza del equipo. Jones es tan miembro de la tripulación como cualquiera de nosotros.

—Y más que muchos —dijo Dallas, observando a Parker y a Brett ya completamente vestidos que se alejaban en dirección de la sala de ingeniería—. No viene a quitarme el tiempo en mis ratos de vigilia a bordo para quejarse de salarios ni de bonificaciones.

Ripley se alejó con el gato envuelto en una gruesa toalla limpia. Jones iba ronroneando irregularmente mientras se lamía con gran dignidad. No era la primera vez que lo sacaban del hipersueño. Por el momento, toleraría la ignominia de ser llevado así.

Dallas había terminado de secarse; luego oprimió un botón que había al lado de su ataúd. Un cajón se proyectó silenciosamente hacia adelante, sobre molduras casi a prueba de fricción. Contenía sus ropas y algunos objetos personales.

Mientras se vestía, Ash se acercó sin hacer ruido. El funcionario de ciencias bajó la voz y habló mientras acababa de ajustarse una camisa limpia.

—Madre quiere hablarte —cuchicheó, y con la cabeza señaló en dirección de la luz amarilla que parpadeaba continuamente en el cercano tablero suspendido.

—Ya la vi —dijo Dallas metiendo los brazos en su camisa—. Es amarilla viva, cuestión de

seguridad, no de advertencia. No digas a los demás. Si pasa algo grave, ya lo descubrirán muy pronto.

Se deslizó dentro de una chaqueta color marrón sin planchar y la dejó abierta.

—No puede ser algo muy grave, sea lo que sea —dijo Ash con esperanza y volvió a señalar hacia la luz que no dejaba de parpadear—. Es sólo amarilla, no roja.

—Por el momento —repuso Dallas, no tan optimista— habría preferido un bonito y tranquilizante verde.

Se encogió de hombros y trató de mostrarse tan optimista como Ash.

—Quizás el *autochef* esté al habla; eso sería una bendición, si consideramos lo que aquí llaman comida.

Trató de sonreír pero no lo logró. El *Nostromo* no era humano. No jugaba bromas a su tripulación, y no la habría despertado del hipersueño con una luz amarilla de advertencia si no hubiese tenido una razón perfectamente válida. Un *autochef* de cocina que funcionara mal no habría sido una buena razón.

¡Oh, bueno! después de varios meses de no hacer más que dormir, no tenía derecho a quejarse si ahora se requerían de él varias horas de verdadero y honrado sudor...

La sala central de computadoras se diferenciaba poco de las otras salas de vigilia que había a bordo del *Nostromo.* Un desconcertante caleidoscopio de luces y pantallas, aparatos y palancas daba la impresión de un enorme salón de fiestas habitado por una docena de árboles de navidad ebrios.

Acomodándose en un sillón redondo confortablemente acojinado, Dallas pensó cómo proceder. Ash se sentó enfrente del banco mental, manipulando controles con más velocidad y eficiencia de lo que habría podido esperarse de un hombre que acababa de salir del hipersueño. La habilidad del oficial en ciencias no tenía rival en la operación de máquinas.

Tenía una armonía especial que Dallas a menudo le envidiaba. Todavía mareado por los efectos del hipersueño, perforó una pregunta inicial; pautas de distorsión parecieron perseguirse a través de la pantalla y luego se asentaron hasta formar palabras reconocibles. Dallas revisó la redacción y la encontró normal:

ALERTA FUNCIÓN HIPERMONITOR PARA DESPLIEGUE E INVESTIGACIÓN DE MATRIZ.

También la nave lo consideró aceptable y la respuesta de Madre fue inmediata: *Hipermonitor se dirige a matriz.* Columnas de categorizaciones de información se alinearon para su inspección bajo este letrero.

Dallas examinó la larga lista de finas letras, localizó la sección que buscaba y mecanografió: ALERTA COMANDO DE PRIORIDAD.

FUNCIÓN DE HIPERMONITOR LISTA PARA INVESTIGACIÓN, respondió Madre. Las mentes de computadora no habían sido programadas para tener gran elocuencia y, Madre no era la excepción de la regla.

Aquello venía bien a Dallas. No estaba de humor para hablar bien. Mecanografió, concisamente, ¿QUE PASA, MADRE?, y aguardó...

No podría decirse que el puente del *Nostromo* fuese espacioso; antes bien, era un poco menos claustrofóbico que las otras salas y cámaras de la nave, pero no mucho. Cinco asientos redondos aguardaban a sus respectivos ocupantes. Las luces brillaban pacientemente, encendiéndose y apagándose en tableros múltiples, mientras incontables pantallas de diversas formas y tamaños también esperaban la llegada de humanos que estuviesen capacitados para pedirles lo que debían mostrar. Un gran puente habría sido una frivolidad muy costosa, pues la tripulación pasaba inmóvil en los congeladores la mayor parte del tiempo de vuelo. Estaba diseñado estrictamente para el trabajo, no para el descanso ni el entretenimiento. Y quienes trabajaban allí sabían aquello tan bien como las propias máquinas.

Una compuerta sellada se deslizó silenciosamente dentro de la pared. Entró Kane, seguido

de cerca por Ripley, Lambert y Ash. Avanzaron hasta sus sitios respectivos y se acomodaron tras los tableros, con la familiaridad de viejos amigos que se saludan después de una larga separación.

Un quinto sillón permaneció vacío y seguiría así hasta que Dallas retornara de su conferencia con Madre, la computadora del Banco Mental del *Nostromo.* Aquel mote le venía bien, no se lo habían puesto en broma. La gente se ponía muy seria al hablar de las máquinas responsables de mantener la vida. Por su parte, la máquina aceptaba la designación con idéntica solemnidad, aunque no con los mismos tonos emocionales.

Las ropas de todos eran tan sueltas como sus cuerpos, imitaciones libres de uniformes de una tripulación. Cada prenda revelaba la personalidad de su portador.

Camisas y *slacks,* todo arrugado y desgastado por años de almacenamiento. Así también eran los cuerpos que envolvían.

Los primeros sonidos hablados en el puente en muchos años resumieron los sentimientos de todos los allí presentes, aun cuando no pudieran entenderlos. Jones estaba maullando cuando Ripley lo depositó sobre el escritorio. Cambió luego a un ronroneo, y se frotó voluptuosamente contra sus tobillos al colarse subrepticiamente hasta el asiento de respaldo alto.

—Conéctanos.

Kane estaba revisando su propio tablero, acariciando los controles automáticos con la mirada en busca de contrastes e incertidumbres, mientras Ripley y Lambert comenzaban a manipular los controles necesarios.

Hubo un estremecimiento de excitación visual cuando nuevas luces y colores recorrieron paneles y pantallas. Dieron la sensación de que los instrumentos estaban complacidos por la reaparición de sus equivalentes orgánicos, y se mostraban ansiosos de probar sus habilidades a la primera oportunidad.

Números y palabras nuevas aparecieron frente a Kane; él los relacionó con otros bien recordados, que estaban ya fijos en su cerebro.

—Hasta aquí todo parece bien; dennos algo qué mirar.

Los dedos de Lambert bailaron un arpegio sobre toda una gama de controles. Pantallas de visión surgieron, vivas, por todo el puente, suspendidas en su mayoría del techo para facilitar su lectura. La navegante examinó los ojos cuadrados que se hallaban cerca de su asiento e inmediatamente frunció el ceño. Mucho de lo que vio ya lo esperaba, pero no demasiado. Lo más importante, la forma prevista que debía dominar su visión, estaba ausente. Era tan importante que negaba la normalidad de todo lo demás.

—¿Dónde está la Tierra?

Examinando cuidadosamente su propia pantalla, Kane notó una negrura salpicada de estrellas, y un algo más. Concediendo la posibilidad de que hubiesen salido del hiperespacio demasiado pronto, el sistema del que provenían al menos debería estar claro en la pantalla. Pero Sol estaba tan invisible como la esperada Tierra.

—Tú eres la navegante, Lambert. Dímelo tú.

Sí, había un sol central, fijo en las pantallas múltiples, pero no era Sol. No era el color debido, y unos puntos que giraban en órbita a su alrededor eran peores aún. Eran inadmisibles; de otra forma, otro color, otro número.

—Ese no es nuestro sistema —observó Ripley sombríamente expresando lo que era obvio.

—Quizás lo malo sea nuestra orientación, no la de las estrellas —dijo Kane, aunque su voz no parecía muy convincente, ni siquiera para él—. Se ha sabido de naves que salen del hiperespacio en sentido opuesto al de su destino; aquello podría ser Centauri, en gran amplificación, y Sol puede estar detrás de nosotros. Echemos una ojeada antes de dejarnos dominar por el pánico.

Se guardó de añadir que el sistema visible en la pantalla se parecía tanto al de Centauri

como al de Sol.

Las cámaras selladas en la maltratada superficie del *Nostramo* empezaron a moverse silenciosamente en el vacío del espacio, buscando a través del infinito algún indicio de una Tierra cálida.

Las cámaras secundarias del cargamento del *Nostromo,* monstruoso conglomerado de gruesas formas de metal, aportaron su propia línea de visión. Los seres vivos de una época anterior se habrían asombrado de saber que el *Nostromo* estaba remolcando una considerable cantidad de petróleo crudo a través del vacío entre las estrellas, en su propia refinería automática que nunca dejaba de funcionar. Aquel petróleo sería ya productos petroquímicos terminados para cuando el *Nostromo* llegara a su órbita alrededor de la Tierra; tales métodos eran necesarios. Aunque la humanidad había creado desde mucho tiempo atrás maravillosos y eficaces sustitutos para impeler su civilización, sólo lo había logrado después de que unos ávidos individuos habían extraído hasta la última gota de petróleo de la agotada Tierra.

La fusión y la energía solar movía a todas las máquinas del hombre. Pero no podían sustituir a los productos químicos. Un motor de fusión no podía producir plástico, por ejemplo. Los mundos modernos antes podrían existir sin energía que sin plásticos. De allí la presencia del cargamento del *Nostromo,* comercialmente lucrativo aunque históricamente incongruente, y del fétido líquido negro que procesaba pacientemente.

El único sistema que las cámaras mostraban era el que se hallaba limpiamente colocado en el centro de varias pantallas, el que tenía un desconcertante collar de planetas circundando una estrella de color extraño. Ahora no había duda en el cerebro de Kane, y menos aún en el de Lambert, de que el *Nostromo* había tomado ese sistema por su destino inmediato.

Sin embargo, aún podía ser un error de tiempo, y no de espacio. Sol podía ser el sistema localizado en la cercanía, a derecha o izquierda de aquellas estrellas. Había una manera segura de averiguarlo.

—Ponte en contacto con el control de tráfico —dijo Kane, mordiéndose el labio inferior—, si podemos detectar algo allí, sabremos que estamos en el cuadrante correcto; si Sol está en los alrededores, recibiremos una respuesta de una de las estaciones de relevo del sistema exterior.

Los dedos de Lambert tocaron diferentes controles.

—Habla el remolque comercial *Nostromo* del espacio profundo, registro Nº 180246, uno ocho cero, dos cuatro seis, en camino a la Tierra con cargamento de petróleo crudo y refinería apropiada. Llama al control de tráfico de la Antártida. ¿Pueden leerme? Cambio.

Tan sólo el tenue y continuo murmullo de soles distantes replicó por los altoparlantes. Cerca de los pies de Ripley, el gato Jones ronroneaba en armonía con las estrellas.

Lambert intentó de nuevo.

—Remolque comercial *Nostromo* del espacio exterior llama a control de tráfico Sol/Antártida. Tenemos dificultades de navegación fija. Llamada de prioridad; por favor, respondan.

Una vez más, tan sólo el nervioso susurro de las estrellas. Lambert pareció preocupada.

—*May day, may day*. El remolque *Nostromo* llama a control de tráfico de Sol, o a cualquier nave que nos oiga. *May day*, responda.

La injustificada llamada de auxilio (Lambert sabía que no estaban en peligro inmediato) no recibió ninguna respuesta. Desalentada, apagó el transmisor, pero dejó el receptor abierto en todos los canales, por si alguna otra nave pasaba cerca de allí transmitiendo.

—Sabía que no podíamos estar cerca de nuestro sistema —murmuró Ripley—. Conozco la zona.

Con la cabeza señaló la pantalla que colgaba encima de su propia estación.

—Eso no queda cerca de Sol, y nosotros tampoco.

—Sigue intentando —le ordenó Kane, que luego se volvió para enfrentarse a Lambert—.

Entonces, ¿dónde estamos? ¿Has dado una lectura?

—Dame un minuto ¿quieres? No es fácil. Estamos muy lejos.

—Sigue intentando.

—No dejo de hacerlo.

Varios minutos de intensa búsqueda y cooperación de computadoras produjeron una sonrisa de satisfacción en su rostro.

—Ya lo encontré... y a nosotros. Estamos casi en los Retículos de Zeta II. Aún no hemos llegado al anillo exterior poblado. Es demasiado profundo para aferramos a una boya de navegación, no digamos a un relevo de tráfico de Sol.

—Entonces, ¿qué demonios estamos haciendo aquí? —Se preguntó Kane, en voz alta—. Si todo está bien en la nave y no estamos en casa ¿por qué nos descongeló Madre?

Fue sólo coincidencia, no respuesta directa a la meditación del ejecutivo, pero una bocina de "atención a la estación" comenzó su sonoro e imperativo "bip, bip..."

Cerca de la proa del *Nostromo* había una vasta cámara, casi llena de maquinaria compleja y poderosa. Allí vivía el corazón de la nave, el extenso sistema de propulsión que capacitaba al navío a distorsionar el espacio, a olvidarse del tiempo y a hacer un palmo de narices metálicas a Einstein... Y sólo incidentalmente a mover las máquinas que mantenían con vida a su frágil tripulación humana.

En el extremo de este complejo, macizo y zumbante, había un cubículo de cristal como un grano transparente en el extremo de aquel *iceberg* de hiperimpulso. En el interior, acomodados en asientos redondos, descansaban dos hombres. Eran los responsables de la salud y del bienestar de la tripulación de la nave, situación de la que ambos estaban contentos. Ellos la cuidaban, y ella los cuidaba.

La mayor parte del tiempo, la nave sabía cuidarse a sí misma, lo que les permitía dedicar su tiempo a obras más elevadas y dignas de atención, como beber cerveza o contarse cuentos sucios.

Por el momento, tocaba el turno de divagar a Parker, que por centésima vez estaba contando el cuento del aprendiz de ingeniero en el prostíbulo barato. Era un buen cuento que nunca dejaba de provocar una o dos sonrisas al silencioso Brett y una buena carcajada al propio narrador.

—...Y así la *madame* se lanza contra mí, preocupada y furiosa al mismo tiempo —decía el ingeniero— e insiste en que vayamos a rescatar al pobre estúpido. Supongo que no sabía en lo que se había metido.

Como de costumbre, rió de buena gana.

—Tú recuerdas el lugar. Cuatro paredes, techo y piso perfectamente reflejados, sin cama. Sólo una red de terciopelo suspendida en el techo del cuarto para limitar las actividades y evitar choques contra las paredes.

Sacudió la cabeza, como desaprobando su recuerdo.

—Ese no es lugar para que se metan aficionados, ¡claro que no! Supongo que este pobre fue llevado allí con engaños por sus compañeros de tripulación; por lo que después me contó la muchacha, mientras ella se estaba limpiando, todo empezó bien. Pero luego empezaron a girar, y a él le entró el pánico. No lograban controlar la nave. Ella trató, pero se necesitan dos para detenerla, así como para empezar la caída libre. Y con los espejos confundiendo su sentido de la posición y todo lo demás, aparte de la caída, él no podía dejar de vomitar.

Parker tomó otra bocanada de cerveza.

—Nunca había visto tal desastre en su vida natural. Esta es la hora en que siguen limpiando esos espejos.

—Sí —dijo Brett, sonriendo para mostrar su aprobación.

Parker seguía sentado, tranquilo, dejando que los últimos vestigios del recuerdo se disiparan en su memoria. Le habían dejado un residuo gratamente lascivo. Distraído,

manipuló un conmutador sobre su tablero. Una apacible luz verde apareció encima y se mantuvo encendida.

—¿Cómo está tu luz?

—Verde —admitió Brett, después de repetir el procedimiento de encender y revisar su propia instrumentación.

—La mía también —dijo Parker estudiando las burbujas de la cerveza.

Varias horas después del hipersueño ya estaba aburrido. El salón de máquinas se mantenía a sí mismo con tranquila eficiencia, y no perdía tiempo antes de hacerle sentir que él sobraba. No había nadie con quién discutir, excepto Brett, y era difícil armar un debate verdaderamente interesante con un hombre que sólo pronunciaba monosílabos y para quien una frase completa era una verdadera tortura.

—Sigo creyendo que Dallas está pasando por alto deliberadamente nuestras quejas —se aventuró a decir—. Quizás no dependa de él que recibamos la bonificación completa, pero él es el capitán. Si lo deseara, podría pasar una solicitud, o al menos una palabra en nombre de nosotros dos. Eso sí que sería una ayuda.

Estudió entonces unas cifras. Los números parecían marchar del signo de menos al signo de más, de derecha a izquierda. La línea roja fluorescente corría hacia abajo desde el centro y se detuvo precisamente en cero, dividiendo limpiamente en dos la indicación deseada de neutralidad.

Parker habría continuado sus meditaciones alternadas con cuentos y quejas de no haber sido porque el "bip, bip" comenzó súbitamente su llamada monotonía.

—¡Diablos! ¿Qué pasa ahora? ¿No puede uno ponerse cómodo antes de que alguien empiece a moler?

—Exacto.

Brett se inclinó hacia adelante para oír mejor, mientras el locutor se aclaraba una garganta lejana.

Era la voz de Ripley:

—Informe a la central.

—No puede ser la comida, no es hora —dijo Parker confuso—. O bien estamos con un cargamento desnivelado o bien...

Echó una mirada interrogadora a sus compañeros.

—Pronto lo averiguarán —dijo Brett.

Conforme avanzaban hacia el control, Parker observó las paredes no muy antisépticamente limpias del corredor "C", con cierto disgusto.

—Me gustaría saber por qué nunca bajan aquí. Aquí es donde se hace el verdadero trabajo.

—Por la misma razón que tenemos que participar en el suyo. Nuestro tiempo es el suyo. Así lo ven ellos.

—Bueno, te diré algo: esto apesta.

El tono de Parker no dejó duda de que estaba refiriéndose a otra cosa que al olor con que estaban impregnadas las paredes del corredor.

II

Aunque lejos de ser confortable, el comedor era lo bastante espacioso para contener a toda la tripulación. Como pocas veces tomaban sus alimentos simultáneamente (el siempre funcional *autochef* fomentaba indirectamente el individualismo en los hábitos alimentarios) no había sido diseñado como para acomodar bien a siete personas. Tenían que apoyarse en uno y otro pie, chocaban y se empujaban tratando de no ponerse nerviosos unos a otros.

Parker y Brett no estaban de buen humor y no intentaron disimular su irritación, su único consuelo era saber que nada andaba mal en ingeniería y que fuese lo que fuese para lo que los

habían despertado, aquella era responsabilidad de otros. Ripley ya les había informado de la ausencia desconcertante de su presunto destino.

Parker pensaba que pronto tendrían que volver al hiper-sueño, proceso confuso e incómodo cuando menos, y maldijo entre dientes. Le molestaba todo lo que se interpusiera entre él y el cheque de paga que lo esperaba al fin de cada viaje.

—Sabemos que no hemos llegado a Sol, capitán —dijo Kane hablando por los otros, que miraban expectantes a Dallas—. No estamos cerca de casa y sin embargo han considerado necesario sacarnos del sueño. Es hora de que sepamos por qué.

—Lo es —reconoció Dallas, luego comentó, en tono importante—: Como todos ustedes saben, Madre está programada para interrumpir nuestro viaje y sacarnos del hipersueño si surgen ciertas condiciones específicas.

Luego hizo una pausa para dar mayor efecto y añadió:

—Han surgido.

—Tiene que ser algo bastante grave —dijo Lambert, observando al gato Jones jugar con el indicador de vigilancia—. Ya sabe usted eso. No es fácil sacar del hipersueño a toda una tripulación. Siempre hay algún riesgo.

—Háblame de eso —murmuró Parker en voz tan baja que sólo Brett pudo oírlo.

—Les dará gusto a todos saber —continuó Dallas— que la emergencia por la que nos han despertado no afecta al *Nostromo.* Madre dice que estamos en perfecta condición.

Alrededor de la mesa se oyó un par de voces que, con alivio, decían "Amén".

—La emergencia está en otra parte, específicamente en el sistema no determinado en que acabamos de ingresar. Precisamente ahora estamos acercándonos al planeta en cuestión.

Echó una mirada a Ash, quien asintió con la cabeza.

—Hemos recibido una transmisión de otra fuente. Está mutilada y al parecer Madre necesitó cierto tiempo para descifrarla, pero definitivamente es una señal de socorro.

—Bueno, eso no tiene ningún sentido —dijo Lambert que parecía desconcertada—. Entre todas las transmisiones estándar, las llamadas de socorro son las más directas y menos complejas. ¿Cómo pudo tener Madre el menor problema para descifrar una?

—Madre supone que esto no es una transmisión estándar. Es una señal luminosa y acústica que se repite a intervalos de doce segundos. Eso no es usual; sin embargo, Madre cree que la señal no es de origen humano.

Eso provocó ciertos sorprendidos comentarios en voz baja. Al pasar el primer sobresalto, Dallas siguió explicando:

—Madre no está segura, y eso es lo que yo no comprendo. Nunca había visto tanta confusión en una computadora. Ignorancia sí, pero no confusión. Acaso sea la primera vez. Lo importante es que está lo bastante segura de que es una llamada de socorro para sacarnos del hipersueño.

—¿Y eso qué? —dijo Brett, con soberbia insolencia.

Kane replicó, con un dejo de irritación:

—¡Vamos, hombre! Ya conoces el manual. De acuerdo con la sección B2 de la Compañía de las directivas en tránsito, estamos obligados a prestar toda la ayuda y asistencia que podamos en semejante situación, ya sea humana o no la llamada.

Parker, disgustado, dio un puntapié a la mesa.

—¡Diablos! No me gusta decir eso, pero somos un remolque comercial con un gran cargamento difícil de manipular. No somos una unidad de rescate. Este tipo de trabajo no está en nuestro contrato —luego, las sombras se disiparon de su rostro—. Desde luego, si ese trabajo significa un dinero extra...

—Más te vale leer tu contrato —dijo Ash, tan claramente como la computadora principal, de la que estaba orgulloso— hay que investigar toda transmisión sistemática que indique un posible origen inteligente, bajo pena de pérdida completa de la paga y las primas debidas a la

terminación de un viaje. No se dice una palabra acerca de bonificaciones por ayudar a alguien en peligro.

Parker dio otro puntapié al escritorio y mantuvo la boca cerrada. Ni él ni Brett se consideraban del tipo heroico. Cualquier cosa que pudiese obligar una nave a cambiar de ruta en un mundo extraño podía tratarlos a ellos de manera igualmente desconsiderada. No tenían ninguna prueba de que aquella llamada desconocida fuese para ellos; pero siendo un realista en un universo cruel, se inclinaba al pesimismo.

Brett sencillamente veía aquel retardo en relación con su cheque.

—Iremos a ver que pasa. Eso es todo lo que puedo decir —resumió Dallas, mirándolos uno tras otro.

Dallas estaba harto de los dos. No le gustaba aquella dilación, ni más ni menos que a ellos, y estaba tan ansioso por llegar a casa y cargar el cargamento como lo estaban ellos, pero había momentos en que desahogar el mal humor llegaba a ser casi una desobediencia.

—Correcto —dijo Brett, sardónicamente.

—¿Qué es lo correcto?

El técnico de ingeniería no era ningún necio. La combinación del tono de Dallas con la expresión de su rostro indicó a Brett que era el momento de relajar la tensión.

—Correcto, veremos qué hay...

Dallas continuó mirándolo y entonces añadió con una sonrisa:

—Señor.

El capitán volvió sus ojos irritados hacia Parker, pero éste ya se había amansado.

—¿Podremos aterrizar allí? —preguntó a Ash.

—Alguien lo hizo.

—Eso es lo que quiero decir —añadió significativamente—. "Aterrizar" es el término apropiado. Implica una secuencia de acontecimientos felizmente realizados que resultan en el suave posarse de una nave sobre una superficie dura. Ahora nos hallamos ante una llamada de socorro. Eso implica acontecimientos no muy gratos. Primero, veamos qué está pasando. Pero hagámoslo tranquilamente, con cuidado.

Sobre el puente había una iluminada mesa cartográfica. Dallas, Kane, Ripley y Ash se hallaban en puntos opuestos de la brújula, mientras Lambert se hallaba sentada en su puesto.

—Allí está —dijo Dallas, señalando con el dedo un punto brillante de la mesa y mirando a su alrededor—. Hay algo que quiero que oigan todos.

Volvieron a sentarse, mientras Dallas indicaba algo a Lambert con la cabeza. Sus dedos se hallaban sobre un interruptor particular.

—Bueno, oigamos. Cuidado con el volumen.

La navegante soltó el interruptor. Sonidos atmosféricos llenaron el puente. Cesaron de pronto, para ser remplazados por un sonido que envió escalofríos a la espalda de Kane y a la de Ripley. Duró doce segundos y luego fue remplazado por los sonidos atmosféricos.

—¡Santo Dios! —exclamó Kane con expresión tensa.

Lambert apagó los magnavoces. Sobre el puente volvió a imperar un ambiente humano.

—¿Qué demonios es? —dijo Ripley, como si acabase de ver algo muerto sobre un plato—. No suena como ninguna señal de socorro que yo conozca.

—Así es como lo llama Madre —les dijo Dallas—. Llamarlo "extraño" resulta el colmo de la discreción.

—Quizás sea una voz.

Lambert hizo una pausa, consideró las palabras que acababa de proferir; luego le parecieron desagradables sus implicaciones y trató de hacer como si no las hubiese dicho.

—Pronto lo sabremos. ¿Ya lo estudiaron?

—He encontrado la sección del planeta.

Luego, Lambert se volvió agradecida hacia su tablero, contenta de poder enfrentarse con

matemáticas y no con pensamientos inquietantes.

—Estamos bastante cerca.

—Madre no nos hubiera sacado del hipersueño si no lo estuviéramos —murmuró Ripley.

—Viene de ascenso en seis minutos veinte segundos; declinación menos 39 grados, dos segundos.

—Muéstramelo todo en una pantalla.

La navegante oprimió una serie de botones. En una de las pantallas del puente algo parpadeó, y luego apareció allí un punto brillante.

—Albedo alto. ¿Puedes acercarlo un poco más?

—No. Tendrás que mirarlo desde lejos. Eso es lo que yo voy a hacer.

Inmediatamente, la pantalla se concentró, con un zumbido, en el punto de luz revelando una forma nada espectacular, ligeramente ovalada, en el vacío.

—¡Asno! —exclamó Dallas, sin malicia—. ¿Estás seguro de que es eso? Es un sistema atestado.

—Eso es, exactamente; en realidad sólo un planetoide. Quizás unos doce mil kilómetros, no más.

—¿Tiene alguna rotación?

—Sí. Cerca de dos horas, si calculamos las cifras iniciales. Podré decirte algo dentro de diez minutos.

—Eso basta por ahora. ¿Cuál es la gravedad?

Lambert estudió diferentes cifras.

—Punto ocho seis; debe ser bastante denso.

—No les digas a Parker ni a Brett —imploró Ripley—. Pensarán que es metal sólido que se desprendió de alguna parte antes de que podamos verificar nuestra llamada desconocida.

La observación de Ash fue más prosaica:

—Se puede caminar sobre ella.

Todos se dedicaron a estudiar el procedimiento de orbitación.

El *Nostromo* se acercó a aquel pequeño mundo arrastrando su vasto cargamento de tanques y equipo de refinería.

—Nos acercamos al apogeo vital. Marca. Veinte segundos, diecinueve, dieciocho...

Lambert siguió contando hacia atrás mientras sus compañeros se ajetreaban a su alrededor.

—Ha rodado 92 grados a estribor —anunció Kane, completamente inexpresivo.

El remolque y la refinería giraban haciendo enormes piruetas en la inmensidad del espacio. Una luz apareció en la proa del remolcador, cuando se encendieron por unos instantes sus motores secundarios.

—Identificada órbita ecuatorial —declaró Ash.

Por debajo de ellos, aquel mundo en miniatura daba vueltas despreocupadamente.

—Dame una lectura de presión EC.

Ash examinó controles y habló sin volver su rostro a Dallas:

—Tres punto cuatro cinco en apertura EM al cuadrado... Cerca de cinco psia, señor.

—Grita si cambia.

—¿Está preocupado porque la administración de redundancia esté incapacitando el control de CMGS cuando estemos ocupados en otra parte?

—Sí.

—El control de CMG se desconecta por DAS/DCS. Aumentaremos con TAC y dirigiremos por medio de ATMDC y computadora de interfase. ¿Se siente mejor ahora?

—Mucho mejor.

Ash era un tipo raro, frío y a la vez cordial, pero soberanamente competente. Nada le perturbaba. Dallas se sintió confiado con el apoyo del oficial de ciencias, que aguardaba su decisión.

—Prepárense a despejar desde la plataforma.

Manipuló un interruptor y habló a un pequeño micrófono:

—Ingeniería, prepárense a despegar.

—Alineación L en el puerto, y a estribor verde —informó Parker, sin ninguna huella de su habitual sarcasmo.

—Verde en la separación umbilical espinal —añadió Brett.

—Estamos cruzando el terminador —les informó Lambert a todos—. Entramos en el lado de la noche.

Abajo, una línea oscura separó las densas nubes, dejándoles un reflejo brillante en un lado y negro como el interior de una tumba en el otro.

—Ya va subiendo, ya va subiendo. Manténgase —dijo Lambert maniobrando interruptores en secuencia—. Sosténgase. Quince segundos... diez... cinco... cuatro... tres... dos... uno. Cierre.

—¡Despeguen! —ordenó Dallas, tajante.

Minúsculas nubéculas de gas aparecieron entre el *Nostromo* y la densa masa de la plataforma con la refinería. Las dos estructuras artificiales, una pequeña y habitada, la otra enorme y desierta, fueron separándose lentamente. Dallas observó tensamente la separación en la pantalla número dos.

—Cordón umbilical separado —anunció Ripley, después de breve pausa.

—Precesión corregida —dijo Kane, echándose hacia atrás en su asiento y relajándose un momento—. Todo bien y en orden. Se logró la separación. Ningún daño.

—Verifica aquí —añadió Lambert.

—Y también aquí —dijo, aliviada, Ripley.

Dallas echó una mirada a su navegante.

—¿Estás segura que la dejamos en órbita fija? No me gustaría que los dos mil millones de toneladas cayeran y se incendiaran mientras nosotros estamos revisando unos aparatos allá abajo. La atmósfera no es lo bastante densa para darnos un escudo protector.

Lambert revisó los números.

—Se quedará allí durante un año poco más o menos, señor.

—Muy bien. El dinero está a salvo, y también nuestra piel. Hagámosle descender. Prepárense para un vuelo atmosférico.

Cinco seres humanos se afanaron ordenadamente, cada uno seguro de su tarea. El gato Jones se echó sobre un tablero y estudió las nubes que se aproximaban.

—Está cayendo —dijo Lambert, cuya tensión se hallaba fija en un aparato en particular—. Cincuenta mil metros; abajo, abajo. Cuarenta y nueve mil, entramos en la atmósfera.

Dallas observaba sus propios instrumentos, trató de evaluar y de memorizar las docenas de cifras que cambiaban continuamente. Viajar por el espacio profundo era rendir el homenaje debido a los propios instrumentos y dejar que Madre hiciera el trabajo fuerte. El vuelo atmosférico era algo totalmente distinto. Para variar, era trabajo del piloto y no de una máquina.

Nubes grises y de color marrón besaron la parte inferior de la nave.

—Mira, no parece estar bien allá abajo.

"¡Típico de Dallas!", pensó Ripley.

Allá abajo, en un infierno sombrío, otra nave emitía un llamado de auxilio, regular, inhumano, terrorífico.

Todo aquel mundo no aparecía en las listas, lo que significaba que tendrían que comenzar desde el principio, por cuestiones como peculiaridades atmosféricas, terreno y similares. Y sin embargo, para Dallas, aquello "no parecía estar bien". A menudo ella se había preguntado qué hacía un hombre tan competente como su capitán en una bañera sin ninguna importancia, como el *Nostromo,* por todo el cosmos.

La respuesta, si Ripley hubiese podido leer en el cerebro de Dallas, la habría sorprendido. A él le gustó.

—Descenso vertical computado y realizado. Ligera corrección de curso —informó Lambert—. Ahora estamos en curso, acercándonos. Vamos directamente.

—Revisión. ¿Cómo nos va a ir con la propulsión secundaria en este clima?

—Hasta ahora vamos bien, señor. No puedo estar seguro hasta que estemos bajo aquellas nubes. Si podemos ponernos debajo de ellas.

—Me basta —dijo Dallas, mirando con el ceño fruncido ciertas cifras; luego oprimió un botón. Las cifras cambiaron y su rostro se iluminó.

—Házmelo saber si crees que vamos a perderlo.

—Lo haré.

El remolcador tocó algo invisible, invisible para el ojo, no para los instrumentos. Vibró una, tres veces, luego se acomodó mejor en el denso lecho de una nube obscura. La facilidad de la entrada era todo un tributo a la pericia de Lambert para planear y de Dallas como piloto.

Pero no duró. Dentro del océano de aire pronto se dejaron sentir enormes corrientes. Ellos empezaron a tropezar dentro de la nave que descendía.

—Turbulencias —murmuró Ripley, luchando con sus propios controles.

—Danos luces de navegación y aterrizaje —dijo Dallas, tratando de encontrar algún sentido en el remolino que oscurecía la pantalla—. Quizás podamos descubrir algo visualmente.

—No hay sustituto para los instrumentos —comentó Ash—. No en esto.

—Tampoco hay sustituto para la producción máxima. De todos modos, quiero ver.

Unas luces poderosas surgieron debajo del *Nostromo,* pero apenas si perforaron las oleadas de nubes y no les dieron el claro campo de visión que tanto deseaba Dallas, pero sí iluminaron las pantallas oscuras así como el puente y la atmósfera. Lambert ya no sintió que estaban atravesando un mar de tinta.

Parker y Brett no podían ver la cubierta de nubes del exterior, pero sí podían sentirla. La sala de máquinas se estremeció, luego se inclinó hacia el lado opuesto y volvió a vibrar bruscamente.

Parker maldijo entre dientes.

—¿Qué fue eso? ¿Oíste?

—Sí —contestó Brett examinando nerviosamente unas cifras—. La presión ha bajado en la toma número tres. Seguramente perdimos una coraza.

Luego oprimió botones.

—Sí, la tres se ha ido. Está entrando polvo por esa toma.

—¡Ciérrala! ¡Ciérrala!

—¿Qué crees que estoy haciendo?

—Lo que nos faltaba... Así que ahora tenemos una dosis extra de polvo.

—Espero que no haya dificultades —murmuró Brett ajustando un control—. Prescindiremos del número tres y arrojaré esa materia cuando tratemos de entrar.

—De todos modos hay daños —dijo Parker, a quien no le gustaba pensar en lo que la presencia de abrasivos azotados por el viento podría hacer al revestimiento—. ¿A través de qué demonios estamos volando? ¿De nubes o de rocas? Si no nos estrellamos, te apuesto dólares contra centavos a que en algún circuito tendremos un incendio eléctrico.

Sin enterarse de las maldiciones que no cesaban de oírse en el cuarto de ingenieros, los cinco que se hallaban en el puente seguían tratando de hacer que el remolcador se aproximara intacto a la fuente de las señales.

—Nos aproximamos al punto de origen —dijo Lambert estudiando unos controles—. Nos acercamos a 25 kilómetros. Veinte, diez, cinco...

—Más lento y dando vuelta —murmuró Dallas inclinado sobre el timón manual.

—Corregir el curso en tres grados, cuatro minutos a la derecha.

Obedeció las indicaciones.

—Eso es. Cinco kilómetros al centro del círculo giratorio, y mantenerse firmes.

—Está acercándose —dijo Dallas manipulando nuevamente el timón.

—Tres kilómetros, dos —dijo Lambert que parecía un tanto excitada, aun cuando Dallas no podía decir si era por el peligro o por la cercanía de la fuente de señales—. Prácticamente estamos circunvolándola por arriba.

—Buen trabajo, Lambert. Ripley, ¿cómo ves el terreno? Busca un lugar para aterrizar.

—Estoy trabajando, señor.

Ripley probó diversos paneles; su expresión de disgusto se hizo más profunda al encontrar cifras inaceptables. Dallas continuaba asegurándose de que la nave conservara su blanco en el centro del círculo de vuelo, mientras Ripley trataba de descubrir el sentido de aquella superficie no vista.

—Línea de visión imposible.

—Ya podemos ver eso —murmuró Kane— o más bien, podemos no verlo.

Los raros semiatisbos que los instrumentos le habían dado del terreno no le habían puesto de muy buen humor. Los datos ocasionales parecían indicar una desolación inmensa, un mundo desierto y hostil.

—El radar está revelando ruidos —dijo Ripley, a quien habría agradado que los aparatos electrónicos pudiesen reaccionar a las imprecaciones tan bien como la gente—. El sonar también produce ruidos. Infrarrojos, pero ruidos. No se retiren, voy a probar los ultravioletas. El espectro está bastante elevado para que no haya interferencia.

Un momento después de la aparición de unos datos decisivos de algunas líneas, tranquilizadoras por fin, siguió a su vez por unas palabras brillantemente iluminadas y el diseño de la computadora.

—Eso es.

—¿Y dónde podemos aterrizar?

Ripley parecía completamente tranquilizada.

—Por lo que puedo saber, donde ustedes quieran. Los datos dicen que debajo de nosotros todo es plano, totalmente plano.

Los pensamientos de Dallas cambiaron hacia visiones de lava tersa, de una costra fría pero engañosamente delgada que apenas ocultaba una destrucción total.

—Sí, pero ¿qué es plano? ¿Agua, lava, arena? Lleguemos a una determinación. Kane. Descenderé lo bastante para que perdamos la mayor parte de esta interferencia. Si es plano, podremos acercarnos bastante sin problemas.

Kane manipuló varios interruptores.

—Monitor. Activación de analítico. Seguimos oyendo demasiado ruido.

Con cuidado, Dallas aproximó el remolcador a la superficie.

—Aún oigo ruidos, pero empieza a mejorar.

Una vez más, Dallas perdió altura. Lambert observaba los aparatos. Tenía altura más que suficiente para elevarse con seguridad, pero a la velocidad que avanzaban, aquello podría cambiar inmediatamente si algo andaba mal en los motores de la nave o si llegaba a aparecer alguna corriente hacia abajo. Y también podía reducir más la velocidad; con aquel tiempo eso significaría una crítica pérdida de control.

—Despejado, despejado... ¡Eso es!

Dallas estudió los datos y las líneas que le daba la pantalla de imágenes de la nave.

—Estaba fundiéndose, pero ya no. No por mucho tiempo, según los analíticos. En su mayor parte es basalto con alguna riolita y ocasionales estratos de lava. Ahora todo es frío y sólido. No hay señales de actividad tectónica.

Luego, Dallas utilizó otros instrumentos para sondear más profundamente los secretos de

la piel de aquel minúsculo mundo.

—No hay fallas importantes debajo de nosotros en la proximidad contigua. Puede ser un buen lugar para aterrizar.

Dallas pensó rápidamente.

—¿Estás segura de esa composición de la superficie?

—Es demasiado vieja para que fuese de otro modo —dijo la oficial ejecutiva un tanto irritada—. Conozco lo bastante para descubrir datos de edad junto con la composición. ¿Crees que correría el riesgo de meterme con todos ustedes en un volcán?

—Muy bien, muy bien. Lo siento, sólo estaba comprobando. Desde que estuve en la escuela nunca he hecho un solo aterrizaje sin mapas y sin rayos. Estoy un poco nervioso.

—¿No lo estamos todos? —se apresuró a añadir Lambert.

—¿Y si lo intentamos?

Nadie opuso ninguna objeción.

—Descendamos. Entraré en espiral lo mejor que pueda con este aire y trataré de que nos acerquemos lo más posible. Pero tú, Lambert, mantén una señal de alerta. No quiero que vayamos a dar contra la parte superior de esa nave que está llamando; avísame de la distancia si me acerco demasiado.

Su tono era intenso dentro del atestado compartimiento.

Se hicieron ajustes, se dieron órdenes que fueron ejecutadas por fieles servidores electrónicos. El *Nostromo* empezó a seguir una línea espiral sobre la superficie, luchando contra vientos y contra ráfagas de aire negro en cada metro de camino.

—Quince kilómetros y descendiendo —anunció Ripley con voz neutra—. Veinte... diez... ocho...

Dallas tocó un control.

—Tasa de pérdida de velocidad. Cinco... tres... dos. Un kilómetro.

El mismo control fue alterado nuevamente.

—Cada vez más lento. Estoy activando los motores de descenso.

—Todo cerrado —dijo Kane, que trabajaba confiado ante sus controles—. El descenso está monitorizado por computadoras.

Un zumbido tenso y cada vez más alto llenó el puente cuando Madre tomó el control de la nave regulando los últimos metros del descenso con mayor precisión que ningún piloto humano.

—Estamos descendiendo sobre esquíes —dijo Kane—. Apaguen los motores.

Dallas efectuó una última revisión antes de aterrizar y apagó varios interruptores.

—Motores apagados. Los aparatos de elevación están trabajando bien.

Una vibración continua llenó el puente.

—Novecientos metros y estamos cayendo —dijo Ripley observando su tablero.

—Ochocientos, setecientos, seiscientos.

Siguió contando la tasa de descenso en cientos de metros. Antes de mucho, estaba contando por decenas.

A cinco metros, el remolque vaciló bamboleándose sobre sus esquíes sobre la superficie azotada por una tormenta y envuelta por la oscuridad de la noche.

—Hacia abajo.

Kane ya estaba en acción para ejecutar el movimiento requerido mientras Dallas daba la orden. Un zumbido agudo llenó el puente. Varias patas gruesas de metal, semejantes a las de un inmenso escarabajo, salieron por debajo de la panza de la nave, y empezaron a moverse angustiosamente cerca de la roca aún invisible debajo de ellos.

—Cuatro metros... ¡Ufff!

Ripley se detuvo. Y asimismo el *Nostromo* cuando los puntales de aterrizaje hicieron contacto con la durísima roca. Unos enormes amortiguadores suavizaron el contacto.

—Hemos llegado.

Algo pareció saltar de su sitio. Probablemente un circuito pequeño o quizás una descarga no bien compensada, no calculada con suficiente rapidez. Un choque terrorífico recorrió la nave. El metal del casco vibró arrancando un terrible gemido metálico a toda la nave.

—¡Perdido! ¡Perdido! —gritó Kane, cuando todas las luces del puente se apagaron.

Todos los aparatos parecieron rechinar, pidiendo atención, cuando la falla mecánica fue recorriendo los extremos de los nervios mecánicos interdependientes del *Nostromo.*

Cuando el *shock* llegó a ingeniería, Parker y Brett se preparaban a destapar otras dos cervezas.

Una hilera de tubos alineados en el techo hizo explosión. Tres paneles del cubículo de control se incendiaron, mientras una cercana válvula de presión se soltaba y luego hacía explosión.

Las luces se apagaron mientras Parker y Brett buscaban a tientas sus rayos de mano y Parker trataba de encontrar el botón que controlaba el generador de retroalimentación que daba energía de emergencia y servicio directo a los motores.

En el puente reinó una confusión controlada. Cuando cesaron los gritos y las preguntas, fue Lambert la que expresó el pensamiento común.

—El generador secundario ya debía haber entrado en acción —dijo; luego dio un paso y una de sus rodillas chocó rudamente contra un tablero.

—¿Por qué no ha entrado en acción? —dijo Kane, acercándose a la pared a tientas.

—Los controles de aterrizaje... aquí. —Hizo correr sus dedos sobre varias palancas conocidas—. El perno del puente de popa... allí. Debió de estar cerca... —Su mano se aferró a una barra de luz de emergencia y la encendió. Una luz mortecina reveló varias siluetas fantasmales. Con la luz de Kane sirviendo de guía, Dallas y Lambert localizaron sus propias barras de luz. Los tres rayos se combinaron, dando iluminación suficiente para trabajar.

—¿Qué ocurrió? ¿Por qué no se encendió el generador secundario? ¿Y qué causó la fuga?

Ripley palpó el botón de intercomunicación.

—Sala de máquinas, ¿qué ocurrió? ¿Cuál es nuestra situación?

—Pésima —sonó la voz de Parker, atareada, frenética y preocupada a la vez.

Un zumbido lejano, como el de alas de un insecto colosal, formó un fondo a sus palabras. Las palabras se elevaron y se desvanecieron como si el que hablaba tuviera dificultades para mantenerse en el ámbito del micrófono de intercomunicación omnidireccional.

—Maldito polvo en las máquinas, eso fue lo que pasó. Entró cuando descendimos. Creo que no cerramos y abrimos a tiempo. Allí hay un incendio eléctrico.

—Es grande —fue lo único que Brett añadió a la conversación. La distancia hacía débil su voz. Hubo una pausa durante la cual sólo pudieron percibir el soplar de los extinguidores químicos sobre el magnavoz.

—Las entradas se han atascado —pudo decir finalmente Brett a sus ansiosos oyentes—. Sobrecalentamiento grave, ardió toda una celda. ¡Maldición, todo está suelto aquí...!

Dallas miró a Ripley.

—Esos dos parecen bastante atareados. Alguien que me dé la respuesta crítica. Algo explotó. Quiero creer que fue sólo allá en su departamento, pero pudo ser peor. ¿No se abrió el casco?

Luego aspiró profundamente.

—De ser así, ¿dónde y de qué gravedad?

Ripley efectuó una rápida inspección de los calibradores de presurización de emergencia, luego estudió rápidamente los diagramas de cada cabina antes de sentir confianza para contestar con certeza:

—No veo nada. Aún tenemos toda la presión en los compartimientos. Si hay un agujero, es demasiado pequeño y el auto-sellador ya lo tapará.

Ash estudió su propio tablero. Como los demás, tenía energía independiente para el caso de una enorme falla como la que estaban sufriendo por el momento.

—El aire en todos los compartimientos no muestra señales de contaminación de la atmósfera anterior. Creo que aún tenemos presión, señor.

—Es la mejor noticia que he tenido en sesenta segundos. Kane, cuenta las pantallas exteriores que todavía tengan energía.

El oficial ejecutivo ajustó tres palancas. Hubo un parpadeo perceptible, la visión vaga de tenues formas geológicas, luego la oscuridad completa.

—Nada. Estamos ciegos afuera, así como aquí adentro. Tendremos que conseguir la energía secundaria, al menos, antes de poder echar un vistazo a dónde estamos. Las baterías no bastan ni siquiera para imágenes mínimas.

Los sensores auditivos requerían menos energía. Llevaban la voz de este mundo a la cabina. Los sonidos de la tempestad y el viento subieron y bajaron por los receptores inmóviles llenando el puente con sonidos semejantes a los de dos peces discutiendo bajo el agua.

—¡Ojalá hubiésemos llegado con la luz del día —dijo Lambert contemplando la oscuridad—. Habríamos podido ver sin necesidad de instrumentos.

—¿Qué te pasa Lambert? —le preguntó Kane, por molestarla—. ¿Tienes miedo a la oscuridad?

Lambert no sonrió.

—No me da miedo la oscuridad que conozco, la que me aterra es la que no conozco. Especialmente cuando está llena de ruidos como esa llamada de auxilio.

Luego dedicó toda su atención a la escotilla que estaba cubierta de polvo.

Su disposición a expresar los temores más profundos de todos no mejoró la atmósfera mental dentro del puente. Demasiado atiborrada aun en sus mejores momentos, se había vuelto sofocante en la oscuridad casi total, empeorada por el continuo silencio de todos. Fue un alivio cuando Ripley anunció:

—Nuevamente tenemos intercomunicación con ingeniería.

Dallas y los otros la miraron expectantes mientras ella manipulaba el amplificador:

—¿Eres tú, Parker?

—Sí, soy yo.

A juzgar por el sonido, el ingeniero estaba demasiado cansado para hablar con su habitual manera sarcástica.

—¿Cómo están allí? —preguntó Dallas, cruzando los dedos mentalmente—. ¿Qué me dices de ese incendio?

—Finalmente lo hemos apagado.

Un suspiro de alivio sonó como un ventarrón por el intercomunicador.

—Empezó en esa vieja línea de lubricantes que hay a lo largo de las paredes del corredor en el nivel C. Por un momento creí que nos habíamos quemado los pulmones. Sin embargo, el combustible era más delgado de lo que yo creía y se consumió antes de acabar con nuestro aire. Los limpiadores parecen estar sacando bien el carbón.

Dallas se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué daños hay? No te preocupes por las cosas superficiales. Lo único que me preocupa es el funcionamiento de eficiencia y la dificultad de desempeño.

—Veamos... hay cuatro paneles totalmente inutilizados.

Dallas pudo imaginar al ingeniero contando las cosas con los dedos antes de informar.

—La unidad de carga secundaria está estropeada; al menos tres celdas del módulo doce desaparecieron.

Dejó que ese pensamiento fuera bien captado, y luego añadió:

—¿También quieren saber de las cosas pequeñas? Denme una hora y tendré una lista.

—Olvídate de eso. No te retires ni un segundo.

Se volvió entonces hacia Ripley:

—Vuelve a intentar con las pantallas.

Así lo hizo Ripley, sin éxito.

Permanecieron tan a ciegas como la mente del contador de la Compañía.

—Tendremos que prescindir de eso un tiempo más —dijo Dallas a Ripley.

—¿Estás seguro de que eso es todo? —contestó ella ante el micrófono. Ripley descubrió que estaba sintiendo lástima hacia Parker y Brett por vez primera desde que habían entrado a tomar parte de la tripulación. O desde que había entrado ella, ya que Parker había entrado antes, como miembro complementario del *Nostromo.*

—Hasta ahora sí.

Dallas tosió ante el micrófono.

—Estamos tratando de recobrar toda la energía de la nave. El módulo doce, al fundirse, estropeó todo lo de aquí atrás.

—Les informaremos de la energía cuando sepamos todo lo que consumió el fuego.

—¿Qué hay de las reparaciones? ¿Pueden arreglárselas solos?

Mentalmente, Dallas estaba repasando los breves informes del ingeniero. Tenían que reparar los daños iniciales, pero el problema de la celda requería tiempo. No quería pensar en lo que hubiese mal en el módulo doce.

—No lo podemos arreglar todo aquí atrás, sea lo que sea —replicó Parker.

—No dije que pudieran. No espero eso. ¿Qué pueden hacer?

—Necesitamos reparar un par de estos ductos y realinear las tomas dañadas. Debemos trabajar en los daños realmente graves. No podemos colocar bien esos ductos sin llevar la nave a un dique seco. Haremos lo que podamos, con nuestros recursos.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Ya te lo dije. El módulo doce. Te lo diré de una vez, perdimos una celda principal.

—¡Cómo? ¿Por el polvo?

—En parte, sí.

Parker hizo una pauta mientras intercambiaba palabras inaudibles con Brett y luego volvió a enfrentarse al micrófono:

—Algunos fragmentos se aglutinaron dentro de las tomas, se solidificaron y causaron un sobrecalentamiento que causó el fuego. Ya sabes lo sensibles que son estas cosas. Pasó directamente a través del blindaje e incendió todo el sistema.

—¿Hay algo que puedas hacer? —preguntó Dallas. De alguna manera había que reparar el sistema. No podían reemplazarlo.

—Creo que sí. Y Brett cree que sí. Tenemos que limpiar todo y volver a crear un vacío y luego veremos si se sostiene. Si permanece tenso después de limpiarlo, todo irá bien; si no, podemos tratar de hacer un parche de metal. Si resulta que hay una grieta a lo largo del ducto, entonces...

Su voz se desvaneció.

—No hablemos todavía de los problemas últimos —sugirió Dallas—. Dediquémonos a los inmediatos y esperemos que no haya más.

—Por nosotros, está bien.

—Correcto —añadió Brett, y su voz sonó como si estuviera trabajando a la izquierda del ingeniero.

—El puente, corte.

—Ingeniería, corte. Mantengan caliente el café.

Ripley desconectó la intercomunicación y miró expectante a Dallas que estaba sentado, pensando, inmóvil.

—¿Cuánto tardaremos antes de funcionar, Ripley? Supongamos que Parker tiene razón

acerca de los daños y que él y Brett pueden hacer las reparaciones.

Ripley estudió los datos y pensó durante un momento.

—Si ellos pueden realinear esos ductos y fijar el módulo doce hasta el punto en que soporte su parte de la carga de energía, calculo que entre quince y veinte horas.

—No está mal. Supongamos dieciocho —dijo Dallas sin sonreír, pero sentía ya renacer su esperanza—. ¿Y qué me dices de los auxiliares? Más valdrá que estén listos cuando recobremos la energía.

—Estoy trabajando en ello —dijo Lambert haciendo adaptaciones en los instrumentos ocultos—. Cuando hayan terminado en ingeniería, estaremos listos.

Diez minutos después, un minúsculo altoparlante en la estación de Kane dejó escapar una serie de agudos "bips". Kane estudió un aparato y luego encendió la comunicación:

—Puente, habla Kane.

Con voz agotada pero sin poder ocultar su satisfacción, Parker habló desde el otro extremo de la nave:

—No sé cuánto tiempo podrá sostenerse. Algunas de las fundiciones que hicimos son bastante burdas. Si todo funciona como debe, volveremos a hacerlo con más cuidado y haremos permanentes los sellos. Ahora, ya deben tener energía ustedes.

El ejecutivo oprimió un botón; las luces volvieron al puente y ciertos instrumentos dependientes parpadearon y luego quedaron encendidos; hubo murmullos y sonidos dispersos de aprobación de los demás.

—Otra vez tenemos energía y luz —informó Kane—. Buen trabajo, ustedes dos.

—Todo nuestro trabajo es bueno —replicó Parker.

—Muy bien.

Brett debía estar hablando junto al micrófono de intercomunicación, junto a los motores, a juzgar por el zumbido continuo que formaba un elegante contrapunto con su habitual respuesta monosilábica.

—No se entusiasmen demasiado —decía Parker—. Los nuevos nexos deben mantenerse, pero no hago promesas. Simplemente, aquí unimos cosas. ¿Algo nuevo por allá?

Kane meneó la cabeza y se recordó a sí mismo que Parker no podía ver el gesto.

—Absolutamente nada.

Luego dio una ojeada por la escotilla más cercana. Las luces del puente arrojaban su pálido reflejo sobre un cuadro de terreno desierto, sin ningún rasgo notable; ocasionalmente, la tormenta que azotaba aquel paraje lanzaba algún fragmento de arena o de roca que pasaba frente a la escotilla y podía verse un breve rayo producido por reflejos. Pero eso era todo.

—Tan sólo roca. No se puede ver muy lejos. Por lo que veo, podríamos estar a cinco metros del oasis local.

—Sigue soñando —gritó Parker a Brett y luego añadió en tono objetivo—: Manténganse en contacto. Si hay algún problema, hágannoslo saber.

—Ya te enviaremos una postal —dijo Kane, y cortó la comunicación.

III

Habría sido mejor para la paz mental de todos ellos dejar que la emergencia continuara. Nuevamente con luces y energía y sin nada que hacer salvo mirarse las caras, las cinco personas del puente se pusieron cada vez más inquietas. No había espacio para extenderse y relajarse. Un solo pasillo habría ocupado todo lugar del puente. Así pues, se quedaron en sus puestos bebiendo cantidades excesivas de café servido por el *autochef* y tratando de pensar en algo que evitara a sus activos cerebros concentrarse en la desagradable situación. En cuanto a lo que había fuera de la nave, posiblemente allí cerca, preferían no hacer especulaciones en voz alta. De todos ellos, sólo Ash parecía relativamente contento. Su única preocupación

momentánea era el estado mental de sus compañeros. No había verdaderas instalaciones recreativas en la nave. El *Nostromo* era un remolcador, una nave de trabajo, no de placer. Cuando no estaba desempeñando las tareas necesarias, su tripulación debía pasar su tiempo libre en la confortable matriz del hipersueño. Era natural que un tiempo libre, de vigilia, los pusiese nerviosos aun en las mejores circunstancias, y las circunstancias del momento no eran precisamente las mejores.

Ash podía plantear una y otra vez problemas teóricos a las computadoras sin aburrirse nunca. Para él, el tiempo de vigilia era estimulante.

—¿Alguna respuesta a nuestras llamadas? —preguntó Dallas inclinándose en su silla para ver de cerca al oficial en ciencias.

—He probado todo tipo de respuestas del manual, además de la asociación libre. También hice que Madre probara un enfoque codificado estrictamente mecanólogo —dijo Ash sacudiendo la cabeza, decepcionado—. Nada, aparte de aquel llamado de emergencia, repetido a intervalos, todos los demás canales están en blanco, salvo un continuo telerrumor en 0.3-3.

—Madre dice que esa es la descarga característica de la estrella central de este mundo. Hay por aquí alguien o algo vivo, pero no sabe hacer nada más que pedir auxilio.

Dallas hizo un ruido vulgar.

—Bueno, ya tenemos la energía de vuelta. Veamos dónde estamos.

Ripley encendió un interruptor. Por la escotilla pudo verse una cadena de luces poderosas, como perlas brillantes en el costado oscuro del *Nostromo.* Ahora eran más evidentes el polvo y el viento que a veces formaba pequeños remolinos en el aire y otras soplaba en línea recta y con fuerza considerable a través de su línea de visión. Rocas aisladas, escarpamientos y cañadas eran los únicos rasgos de aquel paisaje desolado. No había señales de nada viviente ni un manchón de liquen, una mata, nada. Sólo viento y polvo girando en una noche extraña.

—No fue un oasis —dijo Kane para sí mismo.

Todo era yerto, monótono, inhospitalario.

Dallas se levantó, avanzó hacia una escotilla y contempló la tormenta que continuaba; vio pasar ante el cristal fragmentos de roca. Se preguntó si alguna vez la atmósfera estaría tranquila en aquel pequeño mundo. Por lo que sabía de las condiciones locales, el *Nostromo* igualmente habría podido posarse en mitad de un tranquilo día de verano, mas no era probable. Aquel globo no era lo bastante grande para producir un clima realmente violento como, por ejemplo, el de Júpiter. Lo consoló un poco pensar que el tiempo, allá afuera, probablemente no podía ser mucho peor.

Los avalares del clima local eran el principal tema de la conversación.

—No podemos ir a ninguna parte en esto —dijo Kane, señalando la nave— al menos, no en la oscuridad.

Ash desvió la mirada del tablero. No se había movido, evidentemente estaba tan tranquilo física como mentalmente. Kane no podía comprender cómo lo hacía el oficial de ciencias. Si él no hubiese abandonado su puesto de vez en cuando para pasearse un poco, ahora ya estaría loco.

Ash levantó la mirada y le ofreció una información útil:

—Madre dice que el sol local saldrá dentro de veinte minutos; donde vayamos, ya no será en la oscuridad.

—Eso ya es algo —reconoció Dallas aferrándose a aquella nueva esperanza—. Si los que pidieron auxilio ya no pueden o no quieren llamar más, de todos modos tendremos que ir a buscarlos o a buscarlo, si la señal fue producida por un rayo automático. ¿A qué distancia estamos de la fuente de la transmisión?

Ash estudió sus datos y activó, para su confirmación, un planeador automático.

—A cerca de tres mil metros, en su mayoría de terreno plano, por lo que dicen los

exploradores; poco más o menos, al nordeste de nuestra posición actual.

—¿La composición del terreno?

—Parece ser la misma que determinamos al descender. Ahora estamos posados sobre algo duro. Basalto sólido con variantes menores, aun cuando no descartemos la posibilidad de encontrar algunas bolsas amigdaloidades aquí y allá.

—Entonces, tendremos cuidado al avanzar.

Kane comparaba mentalmente la distancia con el tiempo.

—Al menos está lo bastante cerca para poder ir andando.

—Sí —dijo Lambert, al parecer complacida—. No me agradaría nada tener que mover la nave. Un descenso directo de la órbita es más fácil que un cambio de superficie a superficie con este tiempo.

—Muy bien. Ahora sabemos que tendremos que caminar. Veamos a través de qué habrá que avanzar. Ash, danos un análisis atmosférico preliminar.

El oficial de ciencias oprimió unos botones. Una pequeña escotilla se abrió en la piel del *Nostromo.* Un pequeño frasco de metal surgió al viento durante un minuto, absorbió una porción del aire de aquel mundo y volvió a hundirse en la nave.

Esa muestra fue proyectada a una cámara al vacío. Avanzadísimos instrumentos procedieron a desmenuzarla. En muy poco tiempo, aquellas piezas de aire aparecieron en forma de números y símbolos en el tablero de Ash.

Ash los estudió brevemente, pidió un doble análisis de uno de ellos y luego informó a sus compañeros:

—Es casi una mezcla primordial. Mucho nitrógeno inerte, algún oxígeno, alta concentración de bióxido de carbono libre, hay metano y amoniaco, parte de este último en estado de congelación. Allí afuera hace frío. Ahora estoy trabajando sobre los elementos, pero no espero ninguna sorpresa. Todo parece bastante normal, pero irrespirable.

—¿Presión?

—De diez a la cuarta de dina por centímetro cuadrado. No nos sostendrá, a menos que el viento realmente nos levante.

—¿Qué contenido de humedad? —quiso saber Kane, y de su mente desaparecieron las imágenes de un supuesto oasis terrenal.

—Noventa y ocho doble P. Quizás no huela bien, pero es húmedo. Mucho vapor de agua. Es una mezcla extraña. Nunca pensé encontrar tanto vapor coexistiendo con el metano. ¡Oh, bueno! No recomendaría beber de ninguna fuente, si es que existen. Probablemente no hay agua.

—¿Hay algo más que debamos saber? —preguntó Dallas.

—Sólo que hay una superficie de basalto, con mucha lava endurecida. Y aire frío muy por debajo de la línea —les informó Ash—. Necesitaremos ropas para enfrentarnos a esa temperatura. Aunque el aire sea respirable, no es probable que haya nada vivo allí.

Dallas pareció resignado:

—Supongo que resulta irrazonable esperar algo más. Quiero creer que hay unas fuentes eternas. Ya hay una atmósfera que hace que la visión sea mala. Habría preferido que hubiera aire; en fin, nosotros no diseñamos estas rocas.

—Nunca se sabe —dijo Kane filosofando de nuevo—. Quizás esa sea la idea que alguien tenga de un paraíso.

—No tiene ningún objeto maldecir —les aconsejó Lambert—. Habría podido ser mucho peor.

Luego estudió la tormenta de afuera. Todo iba iluminándose conforme se aproximaba el amanecer.

—Desde luego, prefiero esto a tratar de aterrizar en algún gigante gaseoso, donde habríamos tenido vientos de trescientos kilómetros por hora en períodos de calma, y diez a

veinte gravedades a las que hacer frente. Por lo menos, podremos pasearnos sin soporte de generador y estabilizadores. No saben lo bien que nos ha ido.

—Es curioso, pero no me siento muy bien —replicó Ripley—. Preferiría estar en el hipersueño.

Algo pasó junto a sus tobillos y ella se agachó para acariciar el lomo de Jones. El gato ronroneó agradecido.

Kane dijo animado:

—Oasis o no, yo me ofrezco a salir primero. Quiero tener oportunidad de ver de cerca al de la llamada misteriosa. Nunca se sabe qué se puede encontrar.

—¿Joyas y dinero? —dijo Dallas, sin poder contener una sonrisa; Kane era un notable soñador.

El se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—Bueno, ya te oí. Muy bien.

Quedó aceptado que Dallas sería miembro de la pequeña expedición. Dio un vistazo alrededor del puente en busca de un candidato que completara el grupo:

—¿Vienes tú también, Lambert?

Lambert no pareció muy contenta.

—Bueno. Pero ¿por qué yo?

—¿Por qué no tú? Eres nuestra especialista en orientación. Veamos qué tal lo haces sin tus instrumentos.

Echó a andar por el corredor y luego se detuvo y dijo en tono objetivo:

—¡Ah! Algo más. Seguramente nos encontraremos ante un cadáver abandonado y un rayo de repetición, o por el contrario en estos momentos ya habríamos oído algunos sobrevivientes. Pero aún no podemos estar seguros de lo que veremos. Este mundo no parece pulular de vida, hostil o no, pero no correremos riesgos innecesarios. Saquemos algunas armas.

Luego vaciló cuando Ripley se apresuró para reunirse a ellos.

—Tres es el máximo que pueden salir de la nave, Ripley. Tú tendrás que aguardar turno.

—No iba a salir —le dijo Ripley—. Me gusta estar aquí. Simplemente, he hecho ya todo lo que he podido. Parker y Brett van a necesitar ayuda con el trabajo delicado al tratar de arreglar esos duelos.

Allá en el cuarto de máquinas, hacía demasiado calor pese a los mejores esfuerzos de la unidad de enfriamiento del remolcador. El problema se debía a la cantidad de fundiciones que Parker y Brett tenían que hacer y al minúsculo espacio en que habían de trabajar. El aire cerca de los termostatos seguiría comparativamente frío, mientras que alrededor de la propia fundición todo se calentaría rápidamente.

El fundidor láser no era problema. Generaba un rayo relativamente frío. Pero donde el metal se fundía para formar un sello nuevo, generaba calor, como un derivado. Ambos trabajaban sin camisa y el sudor corría por sus torsos desnudos.

Por allí cerca, Ripley se apoyó contra una pared y se valió de una herramienta peculiar para sacar un panel protector. Complejos agregados de alambres de color y minúsculas formas geométricas quedaron expuestos a la luz. Dos pequeñas secciones se habían carbonizado. Con otra herramienta. Ripley sacó los componentes dañados y buscó en la funda que llevaba bajo un hombro los reemplazos adecuados.

En el momento en que colocaba el primero de ellos en su lugar, Parker cerró el rayo láser. Luego, con ojo crítico, examinó la fusión.

—Me atrevo a decir que no está mal. —Luego se volvió para examinar a Ripley. El sudor hacía que la túnica se le pegara al busto.

—¡Eh! Ripley, tengo una pregunta para ti.

Ella no levantó la mirada de su trabajo. Un segundo módulo nuevo entró en su lugar, con

un chasquido, junto al primero, como un diente que se coloca en su cavidad.

—¿Sí? Estoy escuchando.

—¿Tenemos que ir con la expedición o nos quedaremos aquí hasta que todo pase? Ya hemos arreglado la energía. El resto de estas cosas —e indicó con un amplio ademán el desordenado cuarto de máquinas— es de cosméticos. Nada que no pueda esperar unos cuantos días.

—Los dos conocen las respuestas —dijo Ripley volviendo a sentarse y frotándose las manos mientras los miraba—. El capitán escogió a un par, y allí queda todo. Nadie más podrá salir hasta que vuelvan a informar. Tres fuera, cuatro dentro. Esa es la regla.

Luego se detuvo al pensar súbitamente en algo y los miró intencionadamente:

—No estás pensando en eso ¿verdad? Lo que te preocupa es lo que puedan encontrar. O bien todos te hemos juzgado mal y realmente eres un buscador de conocimientos, un verdadero devoto dedicado a hacer retroceder las fronteras del universo conocido.

—¡Diablos, no! —dijo Parker que no parecía ofendido en lo más mínimo por el sarcasmo de Ripley—. Estoy verdaderamente dedicado a hacer retroceder las fronteras de mi cuenta bancaria. Así pues... ¿Qué me dices de una repartición en caso de que encontrasen algo valioso?

Ripley parecía aburrida.

—No te preocupes. Los dos recibirán lo que les corresponda.

Luego empezó a buscar en la bolsa de herramientas cierto módulo en estado sólido, para llenar la última sección dañada en la pared de la nave.

—No trabajo más —anunció Brett súbitamente— hasta que se nos garanticen partes iguales.

Ripley encontró la pieza que buscaba para colocarla en la pared.

—A cada uno de ustedes su contrato les garantiza que recibirán una parte de todo lo que encontremos. Ambos lo saben. Ahora, déjense de eso y vuelvan a trabajar.

Luego se dio vuelta y empezó a asegurarse de que los módulos recién asegurados funcionaran bien.

Parker la miró duramente y abrió la boca para decir algo, pero lo pensó mejor. Ella era la encargada de las garantías. Echársela en contra no serviría de nada. El había planteado su argumento sin éxito. Más valía dejar las cosas allí, por mucha rabia que sintiera. Sabía proceder lógicamente cuando la situación lo exigía.

Con violencia encendió el rayo láser y empezó a sellar otra sección del ducto roto.

Brett, encargado de la energía de la fundición, dijo sin dirigirse a nadie en particular:

—Correcto.

Dallas, Kane y Lambert avanzaron por un estrecho corredor. Ahora llevaban botas, chaquetas y guantes, además de sus pantalones aislantes de trabajo. Llevaban pistolas láser, versiones en miniatura del fundidor que estaban usando Parker y Brett.

Se detuvieron ante una maciza puerta, marcada con símbolos y palabras:

CÁMARA DE PRESIÓN: SOLO PERSONAL AUTORIZADO.

A Dallas siempre le resultaba divertidamente redundante la advertencia, pues a bordo de la nave no podía haber más que personal autorizado, y cualquier autorizado para estar a bordo podía penetrar en la cámara de presión.

Kane tocó un interruptor. Surgió de la pared un escudo protector y reveló tres botones ocultos debajo. Los oprimió en sucesión.

Hubo un chirrido y la puerta se apartó. Todos entraron.

Siete trajes al alto vacío se hallaban dispuestos en las paredes. Eran voluminosos, incómodos y absolutamente necesarios para aquel paseo si los cálculos de Ash acerca de lo que podía haber en el exterior eran siquiera aproximados. Se ayudaron unos a otros a entrar en

aquellas pieles artificiales y revisaron las funciones unos de otros.

Luego, llegó el momento de ponerse los cascos; esto se hizo con la debida solemnidad y cuidado; cada uno, a su vez, se aseguró de que tanto él como su vestido estuviesen herméticamente colocados.

Dallas revisó el casco de Kane, Kane revisó el de Lambert y ella lo hizo con el del capitán. Llevaron a cabo aquel juego con la mayor seriedad; los viajeros del espacio parecían tres simios que se imitaran unos a otros, por último se acomodaron los reguladores automáticos. Pronto los tres estuvieron respirando el aire inerte, pero saludable, de sus respectivos tanques.

Con una mano enguantada, Dallas activó el comunicador interno del casco:

—Estoy transmitiendo. ¿Me oyen?

—Estamos recibiendo —anunció Kane, y luego hizo una pauta para adaptar la energía de su propio micrófono—. ¿Me oyes?

Dallas asintió con la cabeza y se dirigió hacia Lambert que aún no había hablado.

—Estoy recibiendo —dijo, sin tratar de ocultar su descontento. No se había reconciliado con formar parte de la expedición.

—Vamos, Lambert —dijo Dallas, tratando de animarla—. Te escogí por tus habilidades, no por tu alegre carácter.

—Gracias por el cumplido —dijo ella secamente—. ¿Por qué no pudiste escoger a Ash o a Parker? Probablemente a ellos les habría encantado ir.

—Ash tiene que permanecer a bordo; ya lo sabes. Parker tiene quehacer en el cuarto de máquinas y no podría orientarse sin instrumentos en una bolsa de papel. No me importa si maldices a cada paso que des. Simplemente asegúrate que encontremos la fuente de esa maldita señal.

—Sí, divertidísimo.

—Muy bien, en eso quedamos, entonces. Mantente lejos de las armas a menos que te diga lo contrario.

—¿Esperas encontrar tipos amistosos? —preguntó Kane, dudando.

—Esperamos lo mejor, antes que lo peor —dijo Dallas, y luego tocándose los controles externos del traje, abrió otro canal—. Ash ¿estás ahí?

Fue Ripley la que respondió:

—Va camino a la cámara de ciencias. Dale un par de minutos.

—Con cuidado —dijo Dallas volviéndose hacia Kane—. Cierra la escotilla interna.

El ejecutivo tocó los controles necesarios y la puerta se deslizó tras ellos, hasta quedar cerrada.

—Ahora, abre la exterior.

Kane repitió el procedimiento que les había dado entrada a la esclusa. Después de oprimir el último botón, permaneció de pie junto con los otros y esperó. Inconscientemente, Lambert oprimió su traje contra la puerta interna de la cámara, en reacción instintiva a lo desconocido que podía haber afuera.

La escotilla exterior se deslizó hasta quedar abierta. Nubes de polvo y de vapor aparecieron girando ante los tres seres humanos. La luz de la preaurora era del color de una naranja quemada. No era el jovial y reconfortante color amarillo del sol, pero Dallas tenía esperanzas de que aquello mejorara cuando el sol siguiera subiendo. Les daba luz suficiente para ver, aunque no había gran cosa que ver en aquel aire denso y lleno de partículas.

Salieron a la plataforma de un ascensor que corría entre zancos de soporte. Kane tocó otro interruptor. La plataforma descendió, y unos sensores colocados en su interior indicaron dónde estaba el suelo. Computó la distancia, y se detuvo cuando su base parecía besar el punto más alto de una piedra negra.

Encabezados por Dallas, más por hábito que por un procedimiento formal, avanzaron cuidadosamente hasta llegar a la propia superficie. La lava era dura bajo sus botas. Vientos

Librodot

con fuerza huracanada los azotaban mientras observaban el panorama barrido por el viento.

Por el momento no pudieron ver nada más que lo que pasaba entre sus botas, formando parte de una neblina color anaranjado y marrón.

"¡Qué lugar tan deprimente!", pensó Lambert. No era precisamente aterrador, aunque la incapacidad de ver lejos sí resultaba desconcertante. Le hizo pensar en un chapuzón nocturno en aguas infestadas de tiburones. Nunca se sabía lo que podía salirle a uno de entre las tinieblas.

Quizás estaba prejuzgando, pero no le pareció. En toda aquella tierra no había ni un solo color vivo. Ni un azul, ni un verde; tan sólo una continua mezcla de amarillo, anaranjado y marrones y grises cansados. Nada para animar el ojo mental que, a su vez, puede tranquilizar los propios pensamientos. La atmósfera era del color gris de un experimento fallido, el terreno del de las excrecencias compactas de una nave. Sintió lástima de todo lo que pudiera vivir allí. Pese a la falta de pruebas en algún sentido, tenía la sensación de que nada vivía por entonces en aquel mundo.

Quizás no tuviese razón. Quizás aquel fuese el concepto del paraíso que pudiera tener alguna criatura desconocida. Si tal resultaba el caso, pensó que no le gustaría mucho la compañía de semejante criatura.

—¿En qué dirección vamos?

—¿Qué? —La neblina y las nubes se habían mezclado con sus pensamientos, pero logró deshacerse de ellos.

—¿Por dónde tomamos, Lambert? —dijo Dallas, contemplándola fijamente.

—Estoy bien. Pensaba demasiado. —En su mente había visualizado su puesto a bordo del *Nostromo.* Aquel asiento con sus instrumentos de navegación, tan sofocante y limitado en condiciones normales, y ahora le parecía un pedazo del paraíso.

Verificó una línea que había en la pantalla de un pequeño aparato que tenía sujeto a su cintura.

—Por allí. En esa dirección —dijo, señalando.

—Te seguimos —dijo Dallas colocándose detrás de ella.

Seguida por el capitán y por Kane, echó a andar en mitad de la tormenta. En cuanto abandonaron la masa protectora del *Nostromo,* la tormenta los rodeó por todos lados.

Ella se detuvo, molesta, y manipuló los instrumentos de su traje.

—Ahora no puedo ver nada.

La voz de Ash sonó, inesperadamente, en su casco.

—Enciende el buscador. Está sintonizado con la llamada de auxilio. Déjate guiar, y no interfieras. Yo ya lo he hecho.

—Ya está encendido y sintonizado —respondió ella con violencia—. ¿Crees que no conozco mi trabajo?

—No quise ofender —respondió el científico.

Ella gruñó y echó a andar entre la neblina.

Dallas habló dirigiéndose al micrófono de su casco:

—El rastreador está trabajando bien. ¿Seguro que nos oyes bien, Ash?

Dentro de la cámara de ciencia de la parte baja de la nave, Ash desvió su mirada de las figuras oscurecidas por el polvo que se alejaban lentamente y contempló el tablero brillantemente iluminado que tenía enfrente. En la pantalla aparecían claras y nítidas las imágenes estilizadas. Tocó un control y hubo un ligero ruido cuando la silla corrió ligeramente sobre sus rieles, alineándose precisamente con la pantalla iluminada.

—Te veo claramente en la burbuja. Leo claramente, y los sonidos son altos. Buena imagen en la pantalla de aquí. No creo perderte. La niebla no es lo bastante espesa, y no parece haber mucha interferencia aquí en la superficie. La señal de auxilio está en una frecuencia distinta, por lo que no hay peligro de interferencia.

—Me parece bien —dijo la voz de Dallas, deformada por el micrófono—. Estamos recibiendo claramente. Hay que asegurarse de mantener abierto el canal. No queremos perdernos aquí.

—Verificaré. Si es necesario les daré instrucciones a todos a cada paso. No se preocupen, mientras no pase nada.

—Bueno, Dallas fuera. —Dallas dejó abierto el canal de la nave y vio que Lambert lo observaba desde el visor de su traje.

—Estamos perdiendo el tiempo. Hay que moverse.

Lambert se dio vuelta sin decir palabra, su atención volvió a concentrarse en el rastreador, y echó a andar por el limo flojo. La gravedad ligeramente inferior eliminaba el peso de los trajes y los tanques aun cuando todos seguían preguntándose por la composición de un mundo tan pequeño que, sin embargo, podía generar tanta gravitación. Mentalmente, Dallas se reservó tiempo para hacer un análisis geológico profundo. Quizás fuera la influencia de Parker, pero la posibilidad de que aquel mundo contuviera grandes depósitos de valiosísimos metales pesados no podía pasarse por alto.

Desde luego, la Compañía se arrogaría todo el descubrimiento, pues la expedición se había hecho con equipo de la Compañía y con el tiempo de la Compañía. Pero podía significar alguna generosa bonificación. Su parada no intencional podía resultar provechosa, después de todo. El viento los empujaba, azotándolos con polvo y piedrecillas como una lluvia sólida.

—No puedo ver más allá de tres metros en cualquier dirección —murmuró Lambert.

—Deja de quejarte —se oyó la voz de Kane.

—Me gusta quejarme.

—¡Vamos! Dejen de actuar como dos niños. Este no es el lugar.

—Sin embargo, es un bonito lugarcillo —dijo Lambert, sin dejarse intimidar—. No estropeado por el hombre ni por la naturaleza. Muy buen lugar para estar... si fueras una roca.

—Dije que ya basta.

Lambert se calló, pero no dejó de quejarse entre dientes. Dallas podía ordenarle dejar de hablar, pero no dejar de refunfuñar.

De pronto, a sus ojos llegó una información que momentáneamente apartó sus ideas de sus quejas del lugar. Algo había desaparecido de la pantalla del rastreador.

—¿Qué pasa? —preguntó Dallas.

—Espera.

Lambert realizó un ligero ajuste del aparato, con dificultad, por causa de los guantes voluminosos. La línea que había desaparecido en el rastreador volvió a aparecer.

—La había perdido, ya la tengo de nuevo.

—¿Dificultades? —sonó en su casco una voz lejana. Ash manifestaba su preocupación.

—Nada importante —le informó Dallas.

Lentamente se dio vuelta, tratando de localizar algo sólido en la tormenta.

—Sigue habiendo mucho polvo y viento. Empieza a hacerse borrosa la imagen en el rayo del rastreador. Para un segundo, perdimos la transmisión.

—Pues aquí todavía es clara —dijo Ash revisando sus instrumentos—. No creo que sea la tormenta. Quizás estén entrando en terreno ondulado. Eso podría bloquear las señales. Tengan cuidado. Si la pierden y no pueden recuperarla, hagan que el rastreador busque mi canal hasta la nave mientras recuperan la transmisión. Entonces trataré de dirigirlos hasta aquí.

—Lo tendremos presente; pero hasta ahora no es necesario. Te haremos saber lo que pase.

—De acuerdo. Corto.

De nuevo reinó el silencio. Iban sin hablar a través de un limo anaranjado cargado de polvo.

Después de un rato, Lambert se detuvo.

—¿Lo perdiste de nuevo? —preguntó Kane.

—No, cambió de dirección —dijo Lambert haciendo un gesto en dirección a su izquierda—. Ahora por ahí.

Siguieron avanzando sobre la nueva ruta; toda la atención de Lambert estaba fija en la pantalla del rastreador, Dallas y Kane observaban a Lambert. A su alrededor la tormenta cobró, momentáneamente, mayor intensidad. Las partículas de polvo hacían ruidos insistentes cuando el viento las lanzaba contra el visor de sus cascos, formando pautas mentales en sus cerebros:

—Tick, tick... déjennos entrar... flick, pock... déjennos entrar, déjennos entrar...

Dallas se estremeció. Silencio, la desolación de aquellas nubes, el halo anaranjado, todo empezaba a afectarlo.

—Queda cerca —dijo Lambert; los monitores de su traje momentáneamente informaron al lejano Ash de una súbita intensificación de su pulso—. Muy cerca.

Siguieron avanzando. Algo apareció en la lejanía, al frente, por encima de ellos. El aliento de Dallas pudo notarse ahora en breves jadeos, tanto por la emoción cuanto por el cansancio.

Desilusión... tan sólo era una gran formación rocosa, grotesca y protuberante. Estaba resultando atinado el diagnóstico de Ash acerca de la posibilidad de que llegaran a un terreno más alto. Por un momento se refugiaron junto al monolito pétreo. Al mismo tiempo, la línea se desvaneció del rastreador de Lambert.

—La perdí de nuevo —informó a los demás.

—¿La hemos pasado? —preguntó Kane estudiando las rocas, tratando de ver por encima de ellas.

—No, a menos que sea subterránea —dijo Dallas, apoyándose en la pared de piedra—. Podría estar tras esto.

Y golpeó la piedra con su puño enguantado.

—O quizás sea tan sólo un desvanecimiento debido a la tormenta. Quedémonos aquí y veamos.

Aguardaron en el lugar mientras descansaban apoyados contra la pared de piedra. Polvo y niebla aullaban a su alrededor.

—Ahora estamos a ciegas —dijo Kane.

—Pronto deberá amanecer —dijo Dallas ajustándose su micrófono—. Ash, escúchame. ¿Cuánto falta para el amanecer?

La voz del oficial de ciencias llegó tenue, distorsionada por los sonidos atmosféricos:

—El sol deberá ascender aproximadamente en diez minutos.

—Podremos ver algo entonces.

—O al revés —intervino Lambert que no trataba de ocultar su falta de entusiasmo. Estaba cansada y aún tenía que localizar la fuente de la señal. Su debilidad no era física. La desolación y el extraño colorido del lugar estaban afectándola. Anhelaba la limpia y brillante familiaridad de su tablero.

La claridad creciente no ayudaba; en lugar de levantar su espíritu, la salida del sol los alarmó al cambiar el color anaranjado del aire por un rojo sangre. Quizás fuese menos intimidador cuando las débiles estrellas estuviesen en lo alto...

Ripley se pasó una mano por la frente y dejó escapar un suspiro de cansancio. Cerró el último panel de la pared tras la que había estado trabajando después de asegurarse de que los nuevos componentes funcionaban bien y dejó sus herramientas en los compartimientos de su bolsa.

—Debes poder arreglar lo demás. Yo ya terminé con el trabajo delicado.

—No te preocupes. Lo lograremos —la tranquilizó Parker, manteniendo un tono cuidadosamente objetivo. No miró en su dirección y continuó concentrado en su propio trabajo. Aún estaba pensando en la posibilidad de que él y Brett fueran dejados al margen de

lo que se descubriera en la expedición.

Ripley echó a andar hacia la escalera más cercana:

—Si encuentran dificultades y necesitan ayuda, yo estaré en el puente.

—De acuerdo —dijo Brett en voz baja.

Parker la vio alejarse y observó su esbelta figura desaparecer allá arriba.

—Perra —murmuró.

Ash oprimió su control. Un trío de formas que se movían se hicieron agudas y regulares, perdiendo su halo, cuando el ensamblador cumplió con su trabajo. Ash revisó los otros monitores. Las tres señales de las ropas continuaban llegándole claramente.

—¿Cómo van las cosas? —quiso saber una voz por el intercomunicador.

Rápidamente Ash apagó la pantalla y dio su respuesta:

—Hasta ahora, todo bien.

—¿Dónde están? —preguntó Ripley.

—Acercándose a la fuente de información. Han llegado a un terreno rocoso y la señal a veces se pierde, pero están tan cerca que no veo cómo podrían dejar de encontrarla. Pronto debemos tener noticias de ellos.

—Y a propósito de esa señal, ¿no hemos recibido nada nuevo aún?

—Todavía no.

—¿Has tratado de hacer la transmisión por ECIU, para un análisis detallado? —dijo Ripley, y en su voz hubo un dejo de impaciencia.

—Mira, estoy tan ansioso de conocer los detalles como tú. Pero Madre aún no los ha identificado; así, ¿qué objeto tiene que yo me meta en eso?

—¿Te importa si doy un vistazo?

—Estás en tu casa —dijo Ash—. No causará ningún daño, y ya sabes qué hacer. Sólo infórmame en el momento en que encuentres algo, si tienes suerte.

—De acuerdo. Si tengo suerte.

Y Ripley apagó.

Ella se hundió un poco más profundamente en su silla del puente. Ahora parecía extrañamente espacioso, pues el resto de la tripulación del puente estaba fuera, y Ash en su cámara. En realidad, era la primera vez que ella recordaba haber estado sola en el puente. Se sentía extraña, y no del todo tranquila.

Bueno, si iba a tomarse la molestia de hacer un análisis con ECIU, tenía que empezar inmediatamente. Al tocar un interruptor llenó el puente con los extraños gemidos de la tormenta. Se apresuró a bajar el volumen; ya era bastante perturbador oír aquello a bajo volumen.

Fácilmente podía Ripley concebir que aquello fuera una voz, como había sugerido Lambert; sin embargo, ese era un concepto más fantástico que científico. "¡Domínate, mujer! Ve qué puede decirte la máquina y deja a un lado tus reacciones emocionales".

Consciente de lo improbable de lograr algo allí donde Madre no encontraba nada, activó un panel al que se daba poco uso. Pero, como había dicho Ash, ya era algo que hacer. No podía soportar estar sentada, ociosa, en el puente vacío. Sus pensamientos se volvían incontrolables. Era mejor hacer algo inútil que no hacer nada.

IV

Mientras el sol oculto continuaba subiendo, el color rojo de la atmósfera empezó a iluminarse. Ahora era un amarillo mustio, sucio, en lugar de la conocida aurora brillante de la Tierra; pero ya era mucho mejor que lo anterior.

La furia de la tormenta se había reducido un poco y el polvo omnipresente había empezado a asentarse. Por primera vez, los tres exploradores, con los pies cansados, pudieron ver unos

cuantos metros más allá. Durante un tiempo habían ido en ascenso. El terreno seguía siendo irregular, pero salvo los aislados pilares de basalto, éste seguía compuesto por flujo de lava. Había unas cuantas protuberancias agudas que en su mayoría se habían convertido en suaves curvas y cañadas a causa de innumerables eones de viento continuo y polvo en el aire.

Kane iba al frente, seguido de cerca por Lambert. Ahora esperaba que ella anunciara en cualquier momento haber recobrado la señal. Asomó la cabeza por encima de una pequeña protuberancia y miró al frente esperando ver más de lo que hasta entonces había encontrado, como rocas alisadas que condujeran a un terraplén más alto.

En cambio, su mirada descubrió algo completamente distinto, lo bastante distinto para que sus ojos se agrandaran tras el visor transparente del casco; lo bastante distinto para que gritara ante el micrófono:

—¡SANTO CIELO!

—¿Qué pasa? ¿Qué rayos?

Lambert se detuvo a su lado, seguida por Dallas. Ambos quedaron tan asombrados por aquella visión inesperada como el propio Kane.

Habían supuesto que la llamada de auxilio era generada por una maquinaria de algún tipo, pero en sus cerebros no se habían formado cuadros de la fuente transmisora. Habían estado demasiado ocupados con la tormenta y con la simple necesidad de mantenerse unidos. Ahora, ante la verdadera fuente, considerablemente más impresionante de lo que ninguno de ellos se había atrevido a pensar, ni temporalmente, perdieron su objetividad científica.

Era una nave, casi intacta, y más extraña de lo que ninguno de ellos hubiese creído posible. Dallas no la habría llamado horrible, pero era inquietante, de modo tal que la tecnología no hubiera podido crear. Las líneas del macizo aparato abandonado eran claras, pero antinaturales, dando a todo su diseño una perturbadora anormalidad.

Se elevaba por encima de ellos y sobre las rocas circundantes. Por lo que podían ver de ella, pensaron que había aterrizado, en cierta forma como el *Nostromo,* sobre su barriga. Básicamente tenía la forma de una "U" metálica enorme, con los dos cuernos de la U ligeramente apuntando uno hacia el otro. Uno de los brazos era ligeramente más corto que el otro, y más torcido hacia adentro. Si esto se debía a daños o a algún concepto extraño de lo que constituía una grata simetría, no tenían manera de averiguarlo.

Al acercarse más vieron que la nave se hacía ligeramente más gruesa en la base de la U, con una serie de protuberancias concéntricas, como gruesas placas que se elevaban hacia una cúpula final. Dallas llegó a la conclusión de que los dos cuernos contenían las secciones de ingeniería y maquinaria de la nave, en tanto que el frente más grueso albergaba las cabinas, posiblemente el espacio de carga y el puente. Por lo que ellos sabían, todo podía ser también al revés.

La nave yacía inmóvil, sin dar ninguna señal de vida o de actividad. En aquella proximidad, la transmisión era ensordecedora y los tres se apresuraron a bajar el volumen de sus escafandras.

Cualquiera que fuese el metal de que estaba construido el casco, brillaba a la luz creciente de una manera extrañamente vidriosa, como dando a entender que no había allí ninguna aleación debida a la mano del hombre. Dallas ni siquiera estaba seguro de que fuese de metal. La primera inspección no reveló nada parecido a una juntura, una unión, un sello o algún otro método reconocible de unión de placas o secciones separadas. La extraña nave producía la impresión antes bien de haber crecido allí que de haber sido creada.

Desde luego, todo aquello era extraño; fuese cual fuese el método de construcción, lo importante era que, indiscutiblemente, era una nave.

Tan asombrados se habían quedado ante aquella visión inesperada que ninguno de ellos pensó por un momento en lo que aquello pudiera representarles, fuese por el salvamento, fuese por la bonificación.

Los tres gritaron al mismo tiempo ante su micrófono:

—¡Sí, una especie de nave! —Kane lo repetía insensatamente una y otra vez.

Lambert estudiaba el brillo lustroso, casi húmedo de aquellos costados curvos, la ausencia de todo rasgo exterior conocido y sacudía la cabeza asombrada.

—¿Estás seguro? Podría ser quizás una estructura local... es fantástico...

—No —dijo Kane, cuya atención estaba fija en los cuernos gemelos que formaban la parte trasera del vehículo—. No está fijo. Aun suponiendo ciertos conceptos arquitectónicos extraños, es claro que no forma parte del paisaje. Es una nave, con toda seguridad.

—Ash, ¿puedes ver esto?

Dallas recordó que el científico podía ver claramente por medio de los videos de sus respectivos trajes y que probablemente había descubierto la nave en el momento en que Kane se asomó sobre aquella protuberancia y profirió su grito de asombro.

—Sí puedo verla. No muy claramente, pero sí lo bastante para darle la razón a Kane: es una nave.

La voz de Ash vibraba de excitación dentro de sus cascos. Al menos, mostraba tanta excitación como la que él era capaz de sentir.

—Nunca había visto cosa igual. No se retiren, esperen un minuto.

Ellos aguardaron mientras Ash estudiaba los datos y hacía un par de rápidas preguntas al cerebro de la nave.

—Tampoco Madre sabe qué es —informó—. Es de un tipo completamente desconocido, y no corresponde a nada que hayamos visto antes. ¿Es tan grande como parece desde aquí?

—Más grande —informó Dallas—. Es una construcción maciza y hasta ahora no hay pequeños detalles visibles. Si ha sido construida a la misma escala que nuestra nave, los constructores tienen que ser increíblemente más grandes que nosotros.

Lambert dejó escapar una risita nerviosa.

—Ya descubriremos si hay alguno de ellos a bordo para darnos la bienvenida.

—Estamos cerca y en línea —dijo Dallas a Ash, sin hacer caso del comentario de la navegante—. Debió haber recibido una señal de nosotros mucho más clara. ¿Qué hay del llamado de auxilio? ¿Algún cambio? Estamos demasiado cerca para saberlo.

—No. Lo que esté produciendo la transmisión está ahí adentro, estoy seguro. Así tiene que ser. Si estuviese más lejos, nunca la habríamos recibido a través de esa masa de metal.

—Si es metal —dijo Dallas que continuaba examinando el extraño casco—. Casi parece plástico.

Kane frunció el ceño.

—O hueso —sugirió un pensativo Kane.

—Bueno, suponiendo que la transmisión venga de adentro, ¿qué hacemos ahora? —quiso saber Lambert.

El ejecutivo dio un paso adelante:

—Entraré a echar una ojeada y les informaré.

—No te retires, Kane. No seas imprudente. Uno de estos días tendrás dificultades.

—Yo iré dentro. Miren, tenemos que hacer algo. No podemos quedarnos aquí, esperando que alguna revelación mágica de la nave aparezca en el aire.

—¿Están sugiriendo que no debemos entrar?

—No, no. Pero no hay necesidad de apresurarse.

Luego añadió, dirigiéndose al lejano oficial de ciencias:

—¿Aún puedes vernos, Ash?

—Más débilmente ahora que están sobre el transmisor —llegó la respuesta—. Hay cierta interferencia inevitable. Pero aún los oigo claramente.

—Muy bien. No veo luces ni señales de vida. Ningún movimiento como no sea el del maldito polvo. Aprovecha nuestra posición para esta visión en la misma línea, a más

distancia; prueba con tus sensores. A ver si descubres algo que nosotros no podamos ver.

Hubo una pausa mientras Ash se apresuraba a obedecer la orden. Continuaban maravillados ante aquellas líneas, elegantemente curvadas, de la enorme nave.

—Ya lo he probado todo —finalmente informó el científico—. No estamos equipados para este tipo de problemas. Somos un remolcador comercial, no una nave de exploración. Necesitaría muchos aparatos caros, que no llevamos, para una lectura apropiada.

—Así pues... ¿qué puedes decirme?

—Desde aquí, nada, señor. No he obtenido ningún resultado y está emitiendo tanta energía que no logro una lectura aceptable. Sencillamente, no tenemos los instrumentos necesarios.

Dallas trató de disimular su desencanto:

—Comprendo. De todos modos, no importa mucho. Pero sigue probando. Y cuando encuentres algo, sea lo que sea, hazlo saber. Especialmente alguna indicación de movimiento. No entres en detalles. Al final haremos los análisis.

—De acuerdo. Tengan cuidado.

—¿Y ahora, qué hacemos, capitán?

La mirada de Dallas recorrió la longitud de la enorme nave y luego volvió para descubrir a Kane y Lambert que lo observaban. El ejecutivo tenía razón, desde luego. No bastaba con saber que aquella era la fuente de la señal. Había que seguir el rastro hasta su generador, intentar descubrir la causa de la señal y de la presencia de la nave en aquel pequeño mundo. No había que pensar siquiera en haber llegado hasta allí y no explorar las entrañas de la nave desconocida.

Después de todo, la curiosidad era la que había movido a la humanidad desde aquel mundo aislado poco importante, y entre los golfos que separaban a las estrellas. Y también recordó que la curiosidad mató al supuesto gato. Llegó entonces a una decisión; la única lógica.

—Desde aquí, parece muerto. Primero nos acercaremos a la base. Después, si nada se presenta...

Lambert lo miró fijamente...

—Después... ¿Qué...?

—Después... veremos.

Echaron a andar hacia el casco; el rastreador colgaba inútilmente del cinturón de Lambert.

—En este punto —empezó a decir Dallas al acercarse a la curva de la nave— sólo puedo pensar una cosa...

A lo lejos, a bordo del *Nostromo,* Ash seguía cuidadosamente cada palabra. De pronto, sin advertencia, la voz de Dallas se desvaneció. Luego volvió, con bastante fuerza, una vez más, antes de perderse por completo. Al mismo tiempo, Ash perdió el contacto visual.

—¡Dallas!

Frenéticamente, Ash manipuló los botones del tablero, movió interruptores y dio una mayor actividad al ya agotado micrófono.

—¡Dallas! ¿Puedes leerme? ¡Los he perdido! Repito, los he perdido...

Tan sólo el constante zumbido termonuclear del sol local sonaba quejumbroso sobre la multitud de magnavoces...

Allá arriba, cerca del casco, la escala colosal de la extraña nave era más evidente que nunca. Se curvaba sobre los exploradores, elevándose sobre el aire cargado de polvo y dando la impresión de ser más sólida que la roca sobre la que descansaba.

—Aún no hay señales de vida —murmuró Dallas, como para sí mismo, observando el caso—. Ni luces ni movimientos.

Hizo un gesto hacia la supuesta proa de la nave.

—Y no veo cómo entrar. Tratemos de subir por allá.

Mientras trepaban cuidadosamente sobre rocas extrañas y guijarros sueltos, Dallas tuvo conciencia de lo pequeño que le hacía sentirse la extraña nave. No pequeño físicamente, aun

cuando el arco que cubría a los tres humanos les hacía parecer enanos, sino insignificante en la escala cósmica. La humanidad aún conocía muy poco del universo; sólo había explorado una fracción de uno de sus rincones. Era emocionante y producía cierta alegría especular sobre lo que podía yacer allí a la espera, en los negros golfos, cuando alguien se hallaba al otro extremo de un cinescopio; otra cosa muy distinta era hacerlo aislado en un mundo pequeño y desagradable como aquél, ante una nave de fabricación no humana que, de manera inquietante, parecía una protuberancia, no una máquina ordinaria para manipular y superar las claras leyes de la física.

Tuvo que reconocer que eso era lo que más le preocupaba de la nave. Si se hubiese conformado a las conocidas líneas y composición, entonces su origen no humano no habría parecido tan amenazador. Sus sentimientos no se reducían a simple xenofobia. Básicamente, no habría esperado que lo extraño fuese tan completamente extraño.

—Algo viene.

Dallas vio que Kane señalaba el casco delante de ellos. Se dijo a sí mismo que era hora de dejar a un lado toda especulación ociosa y enfrentarse a la realidad.

Aquella extraña forma con cuernos era una nave espacial que, después de todo, sólo de modo superficial se distinguía del *Nostromo.* No había nada maligno en el material del que estaba hecha, nada ominoso en su diseño. Uno era resultado de una tecnología distinta, el otro posiblemente de ideales estéticos, como de cualquier otra cosa. Vista de tal manera, la nave adquiría una especie de belleza exótica. Sin duda, Ash ya estaría muriéndose de curiosidad por el extraño diseño de la nave y deseando estar aquí entre sus compañeros.

Dallas advirtió la expresión fija de Lambert y supo que al menos había un miembro de la tripulación que, sin vacilar, habría cambiado su lugar por el del científico.

Kane había señalado un trío de sombras negras en el costado del casco. Al acercarse, trepando sobre las rocas, las manchas se convirtieron en aperturas ovales exhibiendo profundidad, además de altura y anchura.

Finalmente, se encontraron de pie exactamente debajo de las tres marcas que se destacaban en el metal (o plástico)... ¿o qué cosa? De más cerca, se podían ver otras aberturas secundarias, aún más oscuras, debajo de los óvalos exteriores. El viento lanzaba polvo y pedrisca hacia dentro y afuera de las aperturas, señal de que aquellos huecos llevaban cierto tiempo abiertos.

—Parece una entrada —murmuró Kane, con las manos en las caderas, mientras observaba los orificios—. Quizás esa sea la idea que alguien tiene de una escotilla. ¿Ven las aperturas internas atrás?

—Si son escotillas, ¿por qué tres tan juntas? —dijo Lambert, mirando aquella apertura con desconfianza—. ¿Y por qué abiertas las tres?

—Quizás a los constructores les guste hacer las cosas por tríos —dijo Kane encogiéndose de hombros—. Si puedo encontrar alguno, te prometo que le preguntaré.

—¡Muy chistoso! —dijo Lambert sin sonreír—. Acepto eso, pero ¿por qué dejar abiertas las tres?

—No podemos estar seguros de que estén abiertas —dijo Dallas, fascinado por los óvalos tersos, tan distintos a las protuberantes entradas cuadradas del *Nostromo.* En cambio, éstas parecían integradas en la textura del casco en lugar de haber tenido que ser posteriormente abiertas sobre la construcción mediante fundiciones y sellos.

—En cuanto a lo de estar abiertas, si en realidad lo están —continuó Dallas—, quizás la tripulación tuvo que salir a toda prisa.

—¿Para qué habrían de necesitar tres escotillas?

Dallas la interrumpió irritado.

—¿Cómo demonios debo saberlo?

Inmediatamente añadió:

—Lo siento... No debí decir eso.

—Lo comprendo —respondió ella y otra vez sonrió ligeramente—. Fue una pregunta tonta.

—Es hora de que conozcamos alguna respuesta.

Manteniendo la mirada fija en el piso, cuidándose de los guijarros sueltos, Dallas avanzó sobre una ligera inclinación que conducía a las aperturas.

—Ya hemos esperado bastante. Entremos... si podemos.

—Quizás esta sea la idea que alguien tiene de una cerradura —dijo Kane estudiando el interior de la abertura por la que estaban entrando—. No es mi idea.

Dallas ya se hallaba en el interior.

—La superficie es firme. La puerta secundaria o escotilla o lo que sea también está abierta.

Luego, hizo una pausa:

—Aquí en el interior hay una gran sala.

—¿Cómo es la luz? —preguntó Lambert, palpando su propia barra de luz colocada en su cinturón del otro lado de la pistola.

—Parece que es suficiente por ahora. Ahorren energía mientras puedan. Entren.

Kane y Lambert lo siguieron y entraron por un breve pasillo y salieron a una sala de techo alto. Si había máquinas, controles y algún tipo de instrumentos en aquella sección de la nave, seguramente estarían ocultos tras sus paredes grises. Aquello se parecía notablemente al interior de una caja torácica humana; unas redondeadas abrazaderas de metal abarcaban el techo, el piso y las paredes. Una luz fantasmal llegaba del exterior y danzaba en las partículas de polvo suspendidas en el aire casi inmóvil de aquel salón misterioso.

Dallas miró interrogante al funcionario ejecutivo.

—¿Qué crees?

—No sé qué pensar. ¿Será una sala para el cargamento? ¿O parte de un complicado sistema de seguridad? Sí, eso debe ser. Acabamos de pasar por una doble puerta y esta es la auténtica cerradura.

—Demasiado grande para una cámara de aire —dijo la voz de Lambert, opaca tras el casco.

—Es sólo una suposición. Si los habitantes de esta nave son de la misma escala que nosotros en proporción a nuestro *Nostromo,* probablemente necesitarán una cámara de este tamaño. Pero reconozco que la idea de un depósito de carga parece tener más sentido. Podría explicar la necesidad de las tres entradas.

Se volvió entonces y vio a Dallas que se inclinaba sobre un agujero negro en el suelo.

—¡Eh! ¡Mira allí, Dallas! No puede saberse qué habrá allá abajo, ni hasta dónde llegue.

—La nave sigue abierta al exterior y nada parece haberse enterado de nuestra entrada. No creo que haya aquí nadie vivo.

Dallas se quitó de la cintura su barra de luz, la encendió y dirigió hacia abajo el rayo brillante.

—¿Ves algo? —preguntó Lambert.

—Sí —respondió Kane sonriente—. ¿Quieres ver algo así como un conejo con un reloj? —Su voz era esperanzada.

—No puedo ver absolutamente nada —dijo Dallas paseando la luz lentamente de un lado a otro. Era un rayo estrecho pero poderoso, capaz de mostrar cualquier cosa que estuviese a una distancia razonable debajo de ellos.

—¿Qué es? —dijo Lambert que se había acercado para quedar junto a él a una distancia razonable del abismo—. ¿Otro depósito de carga?

—Desde aquí no puede saberse. Sencillamente, desciende. Veo paredes lisas hasta donde llega mi rayo. No hay indicación de abrazaderas, de un ascensor, de alguna escalera o de algún medio de descender. No puedo ver el fondo; mi luz no alcanza. Debe ser una cámara de acceso de algún tipo.

Apagó entonces su luz y se apartó un metro del agujero; luego empezó a sacar aparatos de su cinturón y de su mochila. Los dejó en el suelo, se irguió y dio un vistazo alrededor de la cámara gris tenuemente iluminada.

—Bueno, lo que haya abajo puede esperar. Primero miraremos por aquí. Quiero asegurarme de que no habrá sorpresas. Quizás podamos encontrar una manera fácil de bajar.

Volvió a encender su luz e iluminó las paredes cercanas. Pese a su parecido con el interior de una ballena, las paredes permanecían tranquilizadoramente inmóviles.

—Esto se extiende... pero no demasiado lejos. Por ningún motivo se aparten tanto que no puedan verse el uno al otro. Recorrer esto debe necesitar un par de minutos.

Kane y Lambert activaron sus barras de luz. Avanzando en hilera, empezaron a explorar el vasto salón.

Por doquier yacían dispersos fragmentos de algún material gris. Gran parte se hallaba enterrado bajo minúsculas dunas de polvo y piedra pómez desmenuzada que había invadido la nave. Kane no hizo caso a aquel material; buscaba algo que estuviese intacto.

La luz de Dallas se posó inesperadamente en una forma que no era parte de las paredes ni del suelo. Acercándose, se valió de su rayo para ver sus contornos. Parecía un pequeño vaso o ánfora de color marrón y aspecto resbaloso. Al acercarse se inclinó sobre la tapa rota y mellada e iluminó el interior.

Vacío.

Decepcionado, Dallas se apartó sorprendido de que algo, al parecer, hubiese permanecido casi intacto, mientras otras sustancias más duraderas se habían deshecho o quebrado. Aunque, por lo que sabía, la composición de aquel vaso podía poner a prueba la capacidad de su pistola de fundición.

Se disponía ya a volver al agujero del suelo, cuando su luz se posó en algo complejo y al parecer mecánico. Dentro de los límites semi-orgánicos de la extraña nave, su apariencia, tranquilizadoramente funcional, constituyó un alivio aun cuando el diseño mismo fuese totalmente inexplicable.

—¡Aquí!

—¿Algo malo? —se oyó la voz de Kane.

—No. He descubierto un mecanismo.

Lambert y Kane corrieron para acercársele; sus botas levantaron nubéculas de polvo. Unieron sus luces a las de Dallas; todo parecía tranquilo y muerto, aunque Dallas tuvo la impresión de una leve energía que estuviese funcionando apaciblemente tras aquellos paneles de tan extraños contornos. Y la vista de una sola barra de metal que se movía continuamente de un lado a otro fue prueba de una vida mecánica, aun cuando los sensores de sus trajes no revelaban ningún sonido.

—Parece que todavía estuviese funcionando. Quisiera saber cuánto tiempo lleva trabajando así —dijo Kane mientras examinaba fascinado, aquel aparato—. Y también quisiera saber qué hace.

—Yo puedo decírtelo —dijo la voz de Lambert.

Lambert confirmó lo que Dallas ya había supuesto. Lambert empuñaba su rastreador, el mismo instrumento que los había conducido ahí desde el *Nostromo.*

—Es el transmisor. Una llamada automática de socorro, tal como imaginamos que sería. Parece limpio, por lo que debe ser nuevo, aun cuando yo diría que ha estado emitiendo esa señal durante años —dijo encogiéndose de hombros—, o quizás décadas, o más tiempo aún.

Dallas hizo pasar un pequeño instrumento sobre la superficie del extraño aparato.

—Repulsión electrostática. Eso explica la ausencia de polvo. ¡Lástima! Aquí no entra mucho viento y la altura del polvo nos habría dado una clave sobre el tiempo que lleva aquí la nave. Parece portátil.

Luego apagó el rayo y volvió a colocárselo a la cintura.

Librodot

—¿Alguien más ha encontrado algo?

Ambos negaron con la cabeza.

—Simplemente unas paredes con abrazaderas y mucho polvo —dijo la voz de Kane, descorazonada.

—¿Ninguna indicación de otra abertura que conduzca a otra parte distinta de la nave? ¿Ningún otro agujero en el suelo?

De nuevo, la doble respuesta negativa.

—Eso nos deja con el primer agujero; o tratamos de hacer un hoyo en la pared más cercana... Probemos lo primero, antes de empezar a romper cosas.

Luego, Dallas notó la expresión de Kane:

—¿Quieres abandonar?

—Todavía no; querré abandonar si recorremos hasta el último centímetro de esta cosa gris sin encontrar más que paredes desnudas y máquinas selladas.

—Eso no me preocuparía nada —dijo Lambert con acento sincero.

Volvieron sobre sus pasos y se colocaron cuidadosamente cerca del borde de aquella abertura circular que había en el puente. Dallas se arrodilló moviéndose lentamente en su traje, y pasó su mano por el borde de la abertura.

—No puedo tocar mucho con estos malditos guantes, pero todo parece normal. Esa columna parece ser una parte integrante de la nave. Había pensado que quizá la hubiese causado una explosión. Que esa era la causa de la llamada de auxilio.

Lambert estudió el agujero.

—Una descarga no habría podido hacer un agujero tan limpio como éste.

—Haces lo que sea para que los demás se sientan bien, ¿verdad? —dijo Dallas, desalentado—. Sigo creyendo que es una parte normal de esta nave. Los lados son demasiado regulares aun para una forma cambiada, por poderosa que fuese la descarga.

—Tan sólo te daba mi opinión.

—De todos modos, tenemos que ir abajo, ya sea haciendo un agujero en la pared o yendo hacia atrás, para buscar otra entrada.

Miró hacia Kane, del otro lado de la columna.

—Esta es tu gran oportunidad.

El ejecutivo se quedó indiferente.

—Si así lo quieres. A mí me conviene. Si me siento generoso, hasta te hablaré de los diamantes.

—¿Cuáles diamantes?

—Los que voy a encontrar brotando de unos extraños cráteres allá abajo.

Y con un ademán señaló al fondo.

Lambert le ayudó a asegurarse la unidad del pecho, vio que el arnés estaba firme sobre sus hombros y su espalda. Tocó un perno de verificación, y fue recompensada por un tenue "bip" en el magnavoz de su casco.

Una luz verde se encendió y luego se apagó en el frente de su unidad.

—Tenemos energía. Estoy listo —dijo, echando una ojeada a Dallas— ¿Y tú?

—Un momento.

El capitán había ensamblado un trípode de metal, sacándolo de unas cortas patas. El aparato parecía frágil, demasiado delgado para soportar el peso de un hombre. En realidad, podía sostener a los tres sin siquiera doblarse.

Cuando estuvo armado, Dallas lo movió de modo que su ápice quedó colocado en el centro de la columna. Unas abrazaderas sujetaron las tres patas al puente. De una pequeña polea y un malacate sujeto al ápice salía un delgado cable. Dallas manualmente desenrolló uno o dos metros de la brillante línea vital y tendió el extremo a Kane. El ejecutivo fijó el cable a una argolla de su traje, le dio dos vueltas para asegurarlo y dejó que Lambert lo revisara, girando

Librodot

con todo su peso. Se sostuvo firmemente.

—No te desenganches del cable por ningún motivo —dijo Dallas severamente—. Aun si ves pilas de diamantes brillando casi a tu alcance.

Luego revisó la unidad de cables. Kane era un buen oficial. La gravedad de allí era inferior a la de la Tierra, pero más que suficiente para acabar con Kane en caso de una caída. No tenía la menor idea de hasta dónde descendía aquella columna en las entrañas de la nave. O quizás la columna descendiera pasando por debajo del casco, hasta la tierra. Aquel pensamiento condujo a otro e hizo sonreír a Dallas. Quizás, después de todo, Kane podría encontrar sus diamantes.

—Debes salir en menos de diez minutos —dijo, en su tono más autoritario—. ¿Me entiendes?

—Sí.

Kane se sentó cuidadosamente y dejó colgar sus piernas por el agujero. Asiendo el cable con ambas manos, se empujó y quedó colgado por el cable, en mitad de la abertura. Su cuerpo parecía envuelto en aire negro.

—Si no subes en diez minutos, yo tiraré de ti.

—Cálmate. Me portaré bien. Además, sé cuidarme.

Kane había dejado de balancearse de lado a lado, y ahora colgaba inmóvil en el vacío.

—Muy bien. Mantennos informados al descender.

—De acuerdo.

Kane activó la unidad de descenso. El cable se desenrolló silenciosamente, haciéndole bajar por la abertura. Balanceando las piernas, él logró hacer contacto con los costados lisos. Inclinándose hacia atrás e impulsando sus pies contra la muralla vertical, podía caminar hacia abajo.

Manteniéndose inmóvil, encendió su barra de luz y la apuntó hacia abajo. Vio diez metros de metal oscuro antes de disolverse en la nada.

—Aquí hace más calor —informó después de una breve inspección al equipo sensorio de su traje—. Debe ser aire caliente que sube. Podría ser parte del complejo de máquinas, si todavía está funcionando. Ya sabemos que algo está dando energía a ese transmisor.

Impulsándose con los pies, se apartó del muro y, tirando del cable, empezó a descender ya de continuo.

Después de varios minutos de bajar pegándose a la columna se detuvo para recobrar el aliento. Hacía cada vez más calor conforme descendía. El súbito cambio era toda una prueba para el sistema de enfriamiento de su traje, aun cuando la unidad de su casco mantenía claro el visor. Su respiración le sonaba más alta dentro del casco, y se preocupó por lo que pudiesen oír Lambert y Dallas. No deseaba que le ordenaran subir.

Inclinándose hacia atrás, miró hacia arriba para ver la boca del agujero, redondo círculo de luz en un marco negro. Apareció un punto negro, que oscureció un bordo redondo. Una luz lejana pareció el reflejo de algo brillante y liso.

—¿Estás bien allá abajo?

—Muy bien, Sin embargo, hace calor. Puedo verte. Aún no he llegado al fondo.

Aspiró una profunda bocanada de aire y luego otro, hiperventilándose. El regulador del tanque chirrió, como protestando.

—Este es trabajo duro. No puedo hablar más.

Doblando las rodillas, con los pies se apartó nuevamente de la pared, desenrollando más cable; ya había ganado cierta confianza con respecto al medio. La columna seguía bajando continuamente. Hasta ahora no había mostrado ninguna inclinación ni cambio de sentido. No le preocupaba que llegara a ensancharse.

La siguiente vez se impulsó más fuertemente con los pies y empezó a girar más y más fuertemente de la cuerda, cayendo cada vez con mayor velocidad en las tinieblas. Su barra de

luz iluminaba allá abajo. Seguía sin revelar nada más que la misma noche monótona e invariable, debajo de él.

Sin aliento, hizo una pausa en su descenso para inspeccionar los instrumentos de su traje.

—Es interesante —dijo ante el micrófono—. Estoy por debajo del nivel del suelo.

—Te entendemos —replicó Dallas. Pensando en minas, preguntó:

—¿Algún cambio a tu alrededor? ¿Las mismas paredes?

—Hasta donde puedo ver, sí. ¿Cuánto me queda de cable?

Hubo una breve pausa mientras Dallas revisaba el cable que quedaba en el carrete.

—Aún bastante. Más de cincuenta metros. Si la columna sigue descendiendo, tendremos que aplazar eso hasta que podamos traer mayor material de la nave. No habría creído que descendiera tanto.

—¿Por qué?

La voz de Dallas fue la de un hombre pensativo.

—La nave estaría totalmente desproporcionada.

—¿En proporción a qué? ¿Y respecto a qué ideas de proporción?

Dallas no tuvo respuestas para eso.

Ripley habría abandonado la investigación si hubiese tenido algo mejor que hacer. Pero no tenía. Trabajar ante el tablero de ECIU era mejor que pasearse por una nave vacía o contemplar los asientos que la rodeaban.

Inesperadamente, una realineación de prioridades en sus preguntas produjo algo en el depósito brobdingnagiano de información de la nave. El resultado apareció tan súbitamente que ella estuvo a punto de borrarlo y continuar con la siguiente serie antes de percatarse que había recibido una respuesta con sentido. Pensó: "Lo malo de las computadoras es que no tienen sentido de intuición, tan sólo el sentido deductivo". Había que planear la pregunta exacta.

Ripley estudió la respuesta ávidamente, frunció el ceño y buscó más profundidad. A veces, Madre podía ser evasiva sin proponérselo. Había que saber distinguir las sutilezas confusas.

Sin embargo, aquella vez la lectura era suficiente y clara; no quedaba lugar a equívocos. Ripley deseó que hubiese lugar a confusiones. Dio un golpecito al aparato de intercomunicación. Una voz le respondió inmediatamente.

—Cámara de ciencias. ¿Qué pasa, Ripley?

—Esto es urgente, Ash.

Ripley hablaba entrecortadamente:

—Finalmente obtuve algo del Banco, por vía de ECIU. Pudo salir espontáneamente. No lo sé, eso no es lo que importa.

—Mis felicitaciones.

—Olvídate de eso —atajó Ripley, preocupada—. Al parecer, Madre ha descifrado una parte de la transmisión extraña. No está segura, pero a juzgar por lo que oí, temo que esa transmisión no sea un S.O.S.

Aquello hizo enmudecer a Ash, pero sólo por un momento. Cuando contestó, su voz era tan controlada como siempre, pese a la importancia del anuncio de Ripley. Ella se maravilló de su dominio de sí mismo.

—Si no es un llamado de auxilio, entonces, ¿qué es? —preguntó Ash quedamente—. ¿Y por qué estás tan nerviosa? Estás nerviosa, ¿verdad?

—¡Puedes apostar lo que quieras! Peor que eso, si Madre tiene razón; como te dije, no está segura. Pero cree que esa señal puede ser una advertencia.

—¿Qué clase de advertencia?

—¿Qué importa la diferencia?

—No hay razón para gritar.

Ripley respiró un par de veces y contó hasta cinco.

—¡Tenemos que ponernos en contacto con ellos! ¡Tienen que saber esto inmediatamente!

—De acuerdo —convino Ash—. Pero será inútil. En cuanto entraron en la nave extraña, los perdimos por completo. Desde hace un rato no estoy en contacto con ellos. La combinación de la cercanía del transmisor extraño y la composición peculiar del casco de la nave ha impedido restablecer la comunicación, y créeme, Ripley, lo he tratado.

El siguiente comentario de Ash sonó como un reto:

—Puedes tratar de comunicarte con ellos, si tú quieres. Yo te ayudaré en todo lo que pueda.

—Mira, no estoy dudando de tu competencia. Si tú dices que no podemos ponernos en contacto con ellos es que no podemos, pero ¡maldición! ¡Tenemos que informarles!

—¿Qué sugieres?

Ripley vaciló, luego dijo con firmeza:

—Yo iré tras ellos. Les diré en persona.

—No creo que sea posible.

—¿Es una orden, Ash?

Ella sabía que en una situación de emergencia de aquella índole, el científico era de un grado superior al suyo.

—No, es cosa de sentido común. ¿No puedes entender? Usa la cabeza Ripley —dijo Ash—. Ya sé que no te simpatizo mucho, pero trata de ver esto racionalmente. No podemos sacar de la nave más personal. Contigo y conmigo, además de Parker y Brett, tenemos ahora la mínima capacidad de despegue; tres fuera y cuatro dentro. Esas son las reglas. Por eso nos dejó Dallas a nosotros a bordo. Si corres tras ellos por alguna razón, nos quedaremos aquí estancados hasta que alguien regrese. Y si nadie regresa, tampoco sabrá nadie lo que sucedió aquí.

Ash hizo una pausa y luego añadió:

—Además, no hay ninguna razón para suponer nada. Probablemente están bien.

—De acuerdo —reconoció Ripley, de mala gana—. Tienes razón, pero esta es una situación de emergencia. Sigo pensando que alguien debiera ir tras ellos.

Ripley nunca había oído suspirar a Ash, y tampoco esta vez lo oyó, pero tuvo la impresión de un hombre resignado a enfrentarse a grandes alternativas.

—¿Qué objeto tendría? —dijo Ash en tono objetivo, como si fuera la cosa más obvia del mundo—. En el tiempo que se necesitaría para que uno de nosotros llegara hasta allí, ya sabrían que se trata de una advertencia. ¿Tengo razón o no?

Ripley no contestó; sencillamente se quedó sentada mirando fijamente a Ash en el monitor. El científico la miró lentamente en respuesta. Lo que Ripley no pudo ver fue el diagrama que había en el monitor de su tablero, y le habría parecido del mayor interés...

V

Reanimado por el breve descanso, Kane volvió a apartarse con los pies de la lisa columna, y continuó descendiendo. Volvió a alejarse, empujándose con los pies y aguardó hasta que sus botas hicieran contacto con un lado. Pero no hicieron contacto, y siguieron colgando en el vacío. Las paredes de la columna se habían desvanecido. Estaba colgando en el aire, del extremo de un cable.

Pensó: "Alguna clase de sala, quizás otra cámara como la grande de arriba"; fuese lo que fuese, había descendido hasta el fondo de la columna. Respiraba entrecortadamente por el esfuerzo del descenso y por el calor, cada vez más intenso.

Era curioso, pero la oscuridad parecía hacerse más densa a su alrededor ahora que había salido de la columna que cuando había estado descendiendo dentro de sus estrechos confines. Pensó en lo que podría haber abajo, hasta dónde podría descender y lo que le ocurriría si se

Librodot

llegase a romper el cable. "Calma, Kane", se dijo, "sigue pensando en diamantes, grandes, de mil facetas, limpios, impecables, de muchos quilates. No pienses en esta negrura, en esta niebla en que estás girando, que hace pensar en fantasmas y trae recuerdos siniestros y..."

¡Maldición! Lo estaba haciendo de nuevo.

—¿Puedes ver algo?

Sobresaltado, dio un tirón al cable y nuevamente empezó a mecerse. Se valió del mecanismo para serenarse, y se aclaró la garganta antes de replicar. Debía recordar que no estaba solo. Dallas y Lambert le aguardaban allá arriba, no muy lejos. Y un poco al sudoeste de la nave abandonada estaba el *Nostromo,* lleno de café, de gratos olores bien conocidos y de las comodidades propias del sueño profundo.

Durante un instante se encontró deseando desesperadamente estar allá, una vez más a bordo del *Nostromo.* Luego se dijo que en el remolcador no había diamantes, y ciertamente no había gloria. Y aún podía encontrar ambos aquí.

—No veo nada. Debajo de mí hay una caverna o una sala. He salido de la columna.

—¿Una caverna? Conserva la cabeza, Kane, aún estás en la nave.

—¿De veras? ¿Recuerdas lo que se decía de las columnas? Quizás tengan razón, después de todo.

—Entonces, en cualquier momento puedes encontrarte nadando entre tus malditos diamantes.

Ambos rieron entre dientes; la risa de Dallas sonó hueca y distorsionada por los magnavoces de los cascos. Kane trató de sacudirse algo del sudor que perlaba su frente. Eso era lo malo de los trajes. Mientras lo mantenían a uno fresco todo iba bien, pero cuando se empezaba a sudar no se podía limpiar más que el visor.

—Bueno, entonces no es una caverna, pero aquí hace un calor como en los trópicos.

Inclinándose ligeramente, revisó los instrumentos de su cinturón. Se hallaba muy por debajo de la superficie para estar en una caverna, pero hasta entonces no había encontrado nada que le indicara que estaba fuera de las entrañas de la nave.

Sólo había una manera de descubrirlo: llegar al fondo.

—¿Cómo está el aire allá abajo, además de caliente?

Otra revisión, diferentes lecturas esta vez.

—Muy parecido al de allá afuera. Alto contenido de nitrógeno, poco o ningún oxígeno. Concentraciones con vapor de agua aún más altas aquí abajo por el alza de la temperatura. Tomaré una muestra, si quieren. Ash se divertirá con ella.

—No te preocupes ahora por eso. Sigue adelante.

Kane activó un interruptor. Su cinturón registró la composición atmosférica aproximada, en su nivel. Aquello podría interesar mucho a Ash, aunque una muestra podría ser mejor. Siempre bufando, Kane activó la unidad de su pecho. Con un confiado zumbido, siguió bajándolo lentamente. Se sentía más solitario que cayendo a través del espacio. Girando lentamente al desenrrollarse el cable, atravesaba unas tinieblas totales; no había a la vista ninguna estrella o nebulosa.

La apacible negrura lo había tranquilizado, tanto que sintió un estremecimiento cuando sus botas chocaron con una superficie sólida. Gruñó, sorprendido y casi perdió el equilibrio. Recobrando el aplomo, se enderezó y desactivó la unidad de descenso.

Estaba preparándose para desenganchar el cable cuando recordó la indicación de Dallas. Iba a ser difícil y embarazoso explorar arrastrando la línea, pero a Dallas le daría un ataque si descubría que se había desenganchado. Así pues, tendría que arreglárselas lo mejor que pudiera y rogar que el cable no fuera a atorarse en algo allá arriba.

Respirando ahora con más facilidad, encendió su barra de luz y las luces de su traje en un esfuerzo por descubrir algo de lo que le rodeaba. Instantáneamente, fue claro que la suposición de que se encontraba en una caverna había sido tan desacertada como emocional.

Evidentemente era otra cámara de la extraña nave.

Por su apariencia, por las desnudas paredes y el alto techo, supuso que sería un depósito de carga. La luz viajaba a través de extrañas formas y formaciones que podían ser parte integral de las paredes, o bien algo sujeto a ellas. Su aspecto era blando, casi flexible, en contraste con la sólida apariencia de las costillas que reforzaban las paredes de los corredores y de la cámara. Cubrían las paredes de techo a piso, limpia y ordenadamente.

Y sin embargo, no le daban la impresión de algo almacenado. Había demasiado espacio desperdiciado en aquella cámara. Desde luego, hasta que tuviese alguna idea de lo que pudiesen ser aquellas protuberancias, era absurdo hacer suposiciones acerca del motivo de aquellos extraños métodos de almacenar carga.

—¿Estás bien allá abajo, Kane? —dijo la voz de Dallas.

—Sí, quisiera que vieran esto.

—¿Ver qué? ¿Qué has encontrado?

—Todavía no estoy seguro; pero es extraño.

—¿De qué estás hablando? —Hubo una pausa; luego— Kane, debes hablar más claro. "Extraño" no nos dice mucho. Toda esa nave es extraña, pero no es así como hemos de describirla en el informe oficial.

—Muy bien. Estoy en otra gran cámara como la de arriba, pero hay algo en todas las paredes.

Manteniendo su barra de luz encendida frente a él, blandiéndola inconscientemente como un arma, caminó hasta la pared más cercana y examinó las protuberancias. Más de cerca, decidió que no eran parte de la estructura del casco. No sólo eso, sino que le parecieron orgánicas.

Allá arriba, Dallas miró a Lambert.

—¿Cuánto falta para la puesta del sol?

Ella miró sus instrumentos y tocó brevemente un control.

—Veinte minutos.

Acompañó sus palabras con una mirada significativa. Dallas no hizo comentarios; volvió su atención al negro círculo de la columna y continuó mirando hacia abajo, aunque no pudiese ver nada.

Un rayo de la barra de luz de Kane reveló más aún de los extraños objetos apilados en el centro de la cámara, en el suelo. Avanzó hacia ellos y los rodeó mientras los examinaba uno por uno, revisando especímenes individuales. Cada uno medía aproximadamente treinta centímetros, eran de forma ovoide y de apariencia de cuero. Tomando uno al azar, enfocó su luz sobre él, y la mantuvo allí. La iluminación fija no le mostró nada nuevo, ni pareció tener ningún efecto sobre el ovoide.

—Desde luego, es algún tipo de zona de almacenamiento.

No recibió ninguna respuesta de los magnavoces de su casco.

—Me atrevo a decir con seguridad que es una zona de almacenamiento. ¿Me oyen?

—Muy claramente —dijo Dallas—. Estábamos escuchando, eso es todo. ¿Dices que estás casi seguro de que es una zona de almacenamiento?

—Exactamente.

—¿Tienes algo para apoyar esa suposición, además de su tamaño y de su forma?

—Claro. Esas protuberancias de la pared también están en el suelo, y no forman parte de la nave. Todo el lugar está lleno de ellas. Parecen de cuero. En realidad, se parecen un poco a ese vaso que encontraste arriba, pero son mucho más blandas. Y también parecen selladas, mientras que lo de arriba está vacío. Están arregladas de acuerdo con cierto concepto del orden, aunque parece haber mucho espacio desperdiciado.

—¡Vaya un cargamento, si eso es en realidad! ¿Puedes ver algo en ellas —dijo Dallas, recordando la forma del vaso vacío que había encontrado.

—No te retires. Miraré más de cerca.

Dejando encendida la barra de luz, Kane se aproximó al espécimen particular que había estado estudiando, extendió su mano enguantada y lo tocó. No ocurrió nada. Inclinándose, palpó sus lados, y luego su parte superior. En la superficie no hubo nada que pareciera trabarse o romperse.

—Produce una sensación extraña, aun a través de los guantes.

De pronto, la voz de Dallas reveló preocupación.

—Simplemente, te pregunté si podrías ver qué había dentro; no trates de abrirlo. No sabemos qué puede contener.

Kane examinó el objeto más de cerca. No había cambiado ni mostraba ningún efecto, aunque él lo había alisado y palpado.

—Contenga lo que contenga, está bien sellado.

Volviéndose a otra parte, dirigió su rayo de luz sobre la hilera de ovoides.

—Quizás pueda encontrar alguno que se haya roto o haya derramado algo.

Al tenue reflejo de las luces de su traje, un pequeño chichón apareció silenciosamente en la tersa superficie del ovoide que Kane había tocado; luego apareció una segunda erupción, seguida de otras, hasta que quedó cubierto de ellas.

—Todas son iguales —informó Kane a Dallas y a Lambert—, no se ve ninguna costura ni rajadura en ninguno de ellos.

Distraído, volvió a iluminar el ejemplar que había experimentado; entonces, se inclinó hacia adelante y miró, incrédulo, lo que tenía ante los ojos.

La superficie opaca del ovoide se había vuelto translúcida; mientras Kane seguía mirando con ojos cada vez más abiertos, la superficie continuó aclarándose, hasta volverse tan transparente como el cristal. Acercándose, Kane apuntó su luz a la base del objeto, y lo miró fijamente, casi sin respirar, al ir haciéndose más clara una forma dentro de aquel recipiente oval.

—¡Cielos...!

—¿Qué pasa, Kane? ¿Qué ocurre allá abajo? —dijo Dallas, esforzándose por no gritar.

Una pequeña pesadilla era ahora claramente visible dentro del ovoide. Estaba limpiamente plegada sobre sí misma, y parecía hecha de una carne afiligranada, semejante al caucho. A Kane le pareció un fragmento de *delirium tremens* arrancado de la mente de alguien, que hubiese cobrado solidez y forma.

La cosa tenía, básicamente, la forma de una mano de muchos dedos. Los dedos, largos y huesudos, estaban doblados hacia la palma. Mucho se parecía a la mano de un esqueleto, de no ser por los dedos extras. Algo brotaba del centro de la palma, como un corto tubo. Una cola musculosa estaba enrollada bajo la base de la mano. En el dorso alcanzó a ver una forma sombría y convexa, que le pareció un ojo vidrioso.

¡Aquel ojo...! Si era un ojo y no sencillamente excrescencia brillante. Habría que verlo más de cerca. Pese a la sensación de repugnancia que sentía en sus entrañas, Kane se acercó más aún y levantó la luz para ver todo mejor. El ojo se movió y miró a Kane.

El ovoide explotó. Lanzado hacia adelante por un súbita descarga de energía contenida en la cola, la mano se abrió y se lanzó contra él. Kane levantó la mano para protegerse. Demasiado tarde. Aquel ser se fijó a su visor. Kane pudo echar una mirada desde horriblemente cerca al tubo, que se enroscaba al centro de la palma, y que golpeaba el visor de cristal a unos centímetros de su nariz. Algo empezó a zumbar, y el material del visor empezó a fundirse. Presa del pánico, Kane trató de arrancarse la criatura.

Todo pasó a través del visor. Una atmósfera extraña, fría y dura mezclada con el aire respirable. Kane sintió que se debilitaba, y continuó tirando débilmente de la mano. Algo empujaba insistentemente sus labios.

Presa del máximo horror, Kane avanzó vacilante por la cámara, tratando de quitarse

Librodot

aquella abominación. Unos dedos largos y sensitivos habían pasado por el visor abierto. Se extendieron hacia su cerebro y a los lados de su cara, mientras aquella cola gruesa se deslizaba a su alrededor, para enrollarse como una serpiente en su cuello.

Pudiendo apenas respirar, con aquel horrible tubo como un gusano que se deslizaba por su garganta, Kane tropezó con sus propios pies, vaciló y, finalmente, cayó de espaldas.

—Kane... Kane... ¿Puedes oírme? —dijo Dallas, que sudaba dentro de su traje—. ¡Kane, contesta!

Silencio.

Dallas meditó un momento; luego habló:

—Si no puedes usar tu comunicador, dame dos *bips* de tu unidad de rastreo.

Luego miró a Lambert, que podía recibir la señal. Ella le dio un tiempo razonable, antes de sacudir la cabeza, lentamente.

—¿Qué crees que pasa? —preguntó.

—No lo sé, no lo sé. Quizás se ha caído y dañó las células de energía.

Luego Dallas vaciló:

—No puede o no quiere contestar. Creo que lo mejor será que tiremos de él.

—¿No es un poco prematuro? También yo estoy preocupada pero...

Vio una mirada terrible en los ojos de Dallas. Cuando Dallas vio que Lambert lo miraba fijamente, logró calmarse:

—Estoy bien, estoy bien —dijo, haciendo un amplio ademán indicando las paredes—. Todo este lugar me impresionó durante un momento, eso es todo. Pero sigo creyendo que debemos tirar de él.

—Lo arrancaremos del suelo; si no espera nuestro tirón, podemos hacerle daño, especialmente si se ha caído y se encuentra encorvado. Si realmente no le pasa nada grave, nunca sabremos el final.

—Vuelve a tratar de comunicarte.

Lambert volvió a encender su propio comunicador:

—Kane... Kane... ¡Por Dios! ¡Contesta!

—Sigue tratando.

Mientras Lambert seguía llamando por turnos, suplicante o amenazadora, Dallas llegó a la columna y examinó el cable. Se movió flojamente en su mano. Demasiado flojamente; tiró de él, y un metro de cable subió sin la resistencia esperada.

—La línea está suelta —dijo, echando una mirada a Lambert.

—Y Kane no responde, no quiere o no responde. ¿Crees que se soltó? Yo sé lo que le dijiste, pero ya sabes cómo es. Probablemente pensó que no nos daríamos cuenta de una reducción temporal de la tensión del cable. Si descubrió algo y temió que el cable no le alcanzara o pudiera trabarse, lo creo muy capaz de haberse zafado.

—No me importa lo que haya encontrado. Me preocupa que no responda.

Dallas encendió el motor del montacargas.

—Lo siento si llega a lastimarse. Si no le pasa nada a él ni a su equipo, le haré desear haberse soltado.

Un golpéenlo a otro interruptor y el montacargas empezó a enredar el cable. Dallas lo observaba con mirada intensa, y se relajó un poco cuando vio que después de enrollarse un par de metros, la línea se ponía tensa. Como entonces esperó, el regreso del cable fue más lento.

—Hay un peso en el extremo. Lo traerá.

—¿Se ha trabado en algo?

—Puede ser. Pero sigue enrollando, sólo que un poco más lentamente. Si se hubiese trabado y estuviese trayendo algo más, aparte de Kane, el peso diferente haría el ascenso más lento o más rápido. Creo que sigue allí, aunque no pueda contestar.

Librodot

—¿Qué pasa si no quiere subir y trata de usar su unidad del pecho para tratar de descender?

Dallas movió la cabeza.

—No puede ser —dijo señalando al montacargas—. El cable anula la unidad y el equipo portátil que lleva. Subirá, le guste o no.

Lambert miraba expectante por la columna, hacia abajo.

—Aún no puedo ver nada.

Una barra de luz iluminó una porción del agujero. Dallas la hizo recorrer las paredes lisas.

—Yo tampoco. Pero la línea sigue subiendo.

El ascenso continuaba, mientras ambas figuras aguardaban silenciosamente que apareciera algo en el círculo de la luz de Dallas. Transcurrieron varios minutos antes que el cono de iluminación fuera roto por algo que ascendía desde las profundidades.

—Aquí viene.

—No se mueve.

Lambert buscaba ansiosamente un gesto o movimiento de la sombra que se acercaba, aunque fuese un gesto obsceno, algo; pero Kane no se movía; el trípode se inclinó ligeramente hacia abajo al enrollar los últimos metros del cable.

—Prepárate a agarrarlo si se va de tu lado.

Lambert se preparó del lado opuesto de la columna.

Apareció el cuerpo de Kane, meciéndose lentamente al extremo del cable, colgado, inerte, a la luz mortecina.

Dallas estiró los brazos por encima del agujero tratando de asir el cuerpo inmóvil del ejecutivo, por el arnés del pecho. Su mano ya casi hacía contacto cuando notó una criatura gris, igualmente inmóvil, dentro del casco, que rodeaba la cabeza de Kane. Retiró su mano extendida, cual si se hubiera quemado.

—¿Qué pasa? —preguntó Lambert.

—¡Mira! Hay algo en su cara, dentro del casco.

Lambert rodeó el agujero.

—¿Qué dem...? —empezó a decir, y luego tuvo la primera vista de aquella criatura, limpiamente introducida en el casco como un molusco en su concha.

—¡Cielos!

—¡No lo toques! —ordenó Dallas, estudiando el cuerpo inerte de su compañero.

Luego, para probar agitó una mano ante aquella cosa pegada al rostro de Kane; no se movió. Preparándose para saltar hacia atrás y correr, tendió la mano hacia ella. Su mano se movió cerca de la base y luego hacia aquella protuberancia en forma de ojo, en el dorso. La bestia no pareció enterarse, y no dio otra señal de vida que una lenta pulsación.

—¡Es una cosa viva! —dijo Lambert, cuyo estómago estaba revolviéndose. Se sentía como si acabara de tragar un litro de los desperdicios de semi-reciclados del *Nostromo.*

—No se mueve, pero creo que tiene vida. Toma a Kane de los brazos, y yo lo tomaré de las piernas. Quizá podamos sacarle eso.

Lambert se apresuró a obedecer; hizo una pausa y luego miró vacilante a Dallas.

—¿Cómo lo tomo de los brazos?

—¡Oh, diablos! ¿Quieres cambiar?

—Sí.

Dallas cambió de lugar con ella. Al hacerlo, le pareció ver moverse un dedo de la mano, muy ligeramente, pero no quedó seguro.

Empezó a colocarse bajo los brazos de Kane; sintió el cuerpo muerto, y vaciló.

—Así nunca lograremos llevarlo a la nave. Tómalo de un lado, y yo lo tomaré del otro.

—Me parece justo.

Cuidadosamente dieron vuelta al cuerpo del ejecutivo, dejándolo sobre un lado; la criatura

no cayó del casco. Permaneció fija al rostro de Kane, tan firmemente como cuando éste había yacido de espaldas.

—No sirvió. Fueron ganas de creer. En realidad, no creí que cayera. Llevémoslo a la nave.

Dallas deslizó uno de sus brazos tras la espalda de Kane y lo incorporó; luego pasó uno de los brazos del ejecutivo sobre sus hombros. Lambert hizo lo mismo del otro lado.

—¿Estás lista?

Lambert asintió con la cabeza.

—No quites un ojo a esa criatura. Si parece que va a desprenderse, suelta tu lado y apártate.

Ella volvió a asentir.

—En marcha.

Se detuvieron al llegar a la entrada de la nave extraña; ambos ya respiraban con dificultad.

—Colócalo en el suelo —ordenó Dallas.

Lambert lo hizo así, de buen grado.

—Esto no sirve. Sus pies tropezarán con cada roca, se hundirán en cada grieta. Quédate aquí con él. Trataré de hacer una camilla.

—¿Con qué?

Dallas iba ya de regreso rumbo a la nave, hacia la cámara de la que acababan de salir.

—Con el trípode —le oyó decir Lambert, en su casco—. Es bastante fuerte.

Mientras aguardaba el regreso de Dallas, Lambert se sentó lo más lejos de Kane que pudo.

El viento aullaba fuera del casco de la nave abandonada, anunciando la próxima caída de la noche. De pronto, Lambert descubrió que no podía apartar la mirada del pequeño monstruo pegado a Kane, de dejar de especular sobre lo que habría ocurrido.

No logró impedirse pensar en lo que aquello podía estar haciéndole a Kane. Tenía que hacerlo, porque la histeria se hallaba al cabo de ese proceso mental.

Dallas retornó con unas secciones del trípode desarmado bajo su brazo derecho. Extendiendo las piezas en el puente, empezó a formar una plataforma en la cual extender a Kane. El miedo daba rapidez a sus dedos enguantados.

Una vez terminada la armazón, Dallas probó su resistencia contra la superficie. Se dobló un poco, pero no se rompió. Dallas decidió que podía sostener al ejecutivo inconsciente hasta llegar al *Nostromo.*

El breve día se apresuraba a su fin. La atmósfera estaba volviéndose color de sangre, y el viento se levantaba aullando. No era que no pudiesen arrastrar a Kane o encontrar al remolcador en la oscuridad, pero Dallas tenía ahora menos deseos que nunca de encontrarse de noche en aquel mundo azotado por el viento.

Algo inimaginablemente grotesco había surgido de las profundidades de la nave abandonada para imprimirse sobre el rostro de Kane, y sobre la mente de todos ellos.

Terrores aún más espantosos podían estar reuniéndose en aquella penumbra impregnada de polvo. Dallas anhelaba encontrarse entre las seguras paredes del *Nostromo.*

Cuando el sol se puso tras las nubes que se elevaban, el anillo de luces que punteaba la parte baja del remolcador se encendió. Las luces no alegraron el paisaje que rodeaba a la nave; simplemente sirvieron para dar brillo a los contornos siniestros de la roca ígnea en que descansaba. Ocasionales remolinos de polvos más espesos giraban frente a ellos, anulando temporalmente hasta ese débil intento de disipar las tinieblas.

En el puente, Ripley aguardó con resignación alguna palabra de la silenciosa partida de los exploradores. La primera sensación de desamparo ya se había desvanecido, sólo para ser reemplazada por un vago embotamiento de cuerpo y alma. Ripley no podía animarse a mirar por una escotilla; tan sólo podía estar sentada, inmóvil, tomando de vez en cuando sorbos de un café tibio, y mirando estúpidamente sus datos, que cambiaban con lentitud.

Librodot

El gato Jones estaba sentado frente a una escotilla. La tormenta le había interesado y él había inventado el juego frenético de tratar de cazar las partículas de polvo más grandes, cada vez que una chocaba con el exterior de la nave. Jones sabía que en realidad nunca podría cazar una de aquellas motas voladoras. Comprendía las leyes fijas subyacentes en una transparencia sólida. Ello reducía la emoción del juego, pero no la anulaba. Además, él podía hacer como si los fragmentos oscuros de piedra fueran aves, aunque nunca había visto una. Pero instintivamente comprendía ese concepto.

Otros monitores junto al de Ripley estaban siendo observados, otros aparatos regularmente calibrados. Como era el único tripulante del *Nostromo* que no tomaba café, Ash realizaba su trabajo sin estímulos líquidos. Su interés se despertaba sólo con nueva información.

Dos aparatos habían estado inmóviles durante algún tiempo y de pronto habían vuelto a la vida; los números afectaron el sistema nervioso del oficial en ciencias, tan poderosamente como cualquier narcótico. Redujo los amplificadores y los revisó silenciosamente antes de abrir la intercomunicación con el puente y anunciar su recepción.

—¿Ripley? ¿Eres tú, Ripley?

Ripley notó la intensidad del tono de Ash y se puso rígida en su asiento.

—¿Buenas noticias?

—Creo que sí, acabo de recobrar las señales de sus trajes. Y las imágenes están de nuevo en las pantallas.

Ripley suspiró profundamente, e hizo la pregunta aterradora pero inevitable:

—¿Cuántos vuelven?

—Todos ellos. Tres señales continuas.

—¿Dónde están?

—Cerca, muy cerca. Alguien habrá pensado en encender para que pudiéramos rastrearlos. Vienen hacia acá con ritmo continuo; lentamente, pero no dejan de avanzar. Todo parece bien.

"No esperes demasiado", pensó Ripley al activar el transmisor de su estación.

—Dallas... Dallas... ¿Puedes oírme?

Le contestó un verdadero huracán de sonidos atmosféricos, y ella trató de sintonizar mejor.

—Dallas, habla Ripley, ¡Contesta!

—Calma, Ripley, te oímos, casi hemos regresado.

—¿Qué sucedió? Los perdimos en las pantallas, perdimos las señales en las rocas cuando entraron en la nave. He visto las cintas de Ash. ¿Ha ocurrido...?

—Kane está herido —dijo la voz de Dallas, exhausta y furiosa—. Necesitaremos alguna ayuda para meterlo; está inconsciente. Alguien tendrá que darnos una mano.

Una rápida respuesta sonó en los amplificadores:

—Yo iré.

Era Ash.

Allá en el departamento de ingeniería, Parker y Brett escuchaban atentamente la conversación.

—Inconsciente —repitió Parker—. Siempre supe que Kane se metería en apuros algún día.

—De acuerdo —respondió Brett, preocupado.

—Sin embargo, no es mal tipo para oficial de una nave. Lo prefiero a él sobre Dallas. No da órdenes tan bruscas. Quisiera saber qué diablos les ocurrió allá.

—No lo sé; pronto lo averiguaremos.

—Quizás —continuó Parker—, simplemente se cayó y se hizo daño.

La explicación resultó tan poco convincente para Parker como para Brett. Ambos guardaron silencio, con su atención fija en el altoparlante.

—Allá está —dijo Dallas, al que aún le quedaron fuerzas para hacer una señal con la cabeza.

Librodot

Varias formas tenues y semejantes a árboles asomaron en la cercanía, entre aquella penumbra.

Sostenían una gran forma indefinida: El casco del *Nostromo.*

Casi habían llegado a la nave cuando Ash llegó al cerrojo del interior; allí se detuvo, se aseguró de que el cerrojo se abriría fácilmente, y tocó el tabique del comunicador más cercano.

—Ripley, estoy junto a la escotilla interior —dijo, luego dejó abierto el canal y se colocó junto a una pequeña puerta contigua.

—No hay señales de ellos; afuera es casi de noche, pero cuando lleguen al ascensor, yo veré las luces de sus trajes.

—Muy bien —contestó Ripley, que estaba pensando a toda velocidad, y algunos de sus pensamientos habrían sorprendido al científico. Resultaron sorprendentes para ella misma.

—¿En qué dirección? —preguntó Dallas, tratando de penetrar con la mirada aquel polvo, e intentando ver las huellas de la nave a la luz mortecina.

Lambert hizo un ademán hacia su izquierda.

—Por allá, según creo. Por esa primera columna. El ascensor debe estar detrás.

Continuaron por la misma dirección hasta que casi chocaron contra el borde del ascensor, firmemente emplazado en el terreno duro. Pese a su fatiga, lograron sacar el cuerpo inerte de Kane de la camilla y ponerlo en el ascensor manteniendo apoyado entre ambos al ejecutivo.

—¿Crees que lo puedes mantener de pie? ¿Será más fácil si no tenemos que levantarlo de nuevo.

Lambert respiró profundamente.

—Sí, creo que sí. Siempre que alguien nos ayude a salir de la cámara.

—Ripley, ¿estás ahí?

—Aquí mismo, Dallas.

—Vamos a subir —dijo Dallas echando una mirada a Lambert—. ¿Lista?

Ella asintió con la cabeza.

Dallas oprimió un panel. Hubo una sacudida y luego el ascensor se elevó limpiamente, y se detuvo a la misma altura de la puerta de salida.

Dallas se inclinó ligeramente y tocó un interruptor. La escotilla interna se deslizó a un lado, y ellos entraron en la cámara de aire.

—¿Está presurizada? —preguntó Lambert.

—No importa. Podemos admitir una bocanada de aire. Entraremos dentro de un minuto, y entonces podremos quitarnos estos malditos trajes.

Cerraron la escotilla y aguardaron a que se abriera la puerta interior.

—¿Qué le ocurrió a Kane? —dijo nuevamente la voz de Ripley.

Dallas estaba demasiado fatigado para notar algo en su voz, aparte de la preocupación normal.

Cambió a Kane ligeramente sobre su hombro sin preocuparse ya demasiado por la criatura. En todo el viaje de regreso a la nave no se había movido un solo centímetro, y Dallas no esperaba que ahora se moviera de pronto.

—Algún tipo de organismo —contestó, y el eco débil de su propia voz le resultó tranquilizador en su propio casco—. No sabemos cómo ocurrió ni de donde vino, pero se ha fijado en él. Nunca he visto cosa parecida. No se ha movido ni ha cambiado de posición en todo el regreso. Tendremos que llevar a Kane a la enfermería.

—Necesito una definición clara —respondió Ripley fríamente.

—¡Al demonio las definiciones claras!

Dallas trataba de contestar de modo tan racional como le fuera posible, y no revelar con sus palabras su furia y amargura.

—¡Mira, Ripley, no vimos lo que ocurrió! Él había bajado por una especie de columna,

muy por debajo de nosotros. No supimos que había ocurrido algo hasta que tiramos de él. ¿Es esa una definición clara?

Hubo un silencio en el otro extremo del canal.

—¡Mira, simplemente abre la escotilla!

—Espera un momento —Ripley escogía sus palabras cuidadosamente—: Si lo dejamos entrar, puede infectar toda la nave.

—¡Maldita sea! ¡No es un germen! Es más grande que mi mano y de apariencia muy sólida.

—Ya conoces los procedimientos de cuarentena —respondió la voz de Ripley, con una determinación que ella no sentía—. Veinticuatro horas para descontaminación. A los dos les queda en su traje aire más que suficiente para eso, y de ser necesario podemos mandarles otros tanques. Veinticuatro horas tampoco probarán concluyentemente que ese ser no será ya peligroso, pero esa no es mi responsabilidad. Simplemente tengo que aplicar las reglas. Lo sabes tan bien como yo.

—¡También sé de excepciones! Y yo soy el que está sosteniendo lo que queda de un buen amigo, no tú. En veinticuatro horas podría estar muerto, si no lo está ya. ¡Abre la escotilla!

—Escúchame —imploró Ripley—. Si rompemos la cuarentena, todos podemos morir.

—¡Abre la maldita escotilla! —gritó Lambert—. ¡Al demonio las reglas de la Compañía! Tenemos que llegar a la enfermería, donde el médico pueda atenderlo.

—¡No puedo! Si estuvieras en mi lugar, con la misma responsabilidad, harías lo mismo.

—Ripley —dijo Dallas lentamente—. ¿Puedes oírme?

—Te oigo muy claro.

La voz de ella estaba llena de tensión.

—La respuesta sigue siendo negativa. Veinticuatro horas, y luego podrás meterlo.

Dentro de la nave, otra persona llegó a una determinación. Ash golpeó el panel de emergencia fuera de la cámara. Una luz roja se encendió, acompañada por un rechinar claro y conocido.

Dallas y Lambert miraron fijamente la puerta interior, que empezaba a correrse a un lado. El tablero de Ripley se iluminó y en ella aparecieron las palabras increíbles:

ESCOTILLA INTERIOR ABIERTA, ESCOTILLA EXTERIOR CERRADA.

Ella contempló atónita aquellas palabras, no queriendo creerlas. Pero sus instrumentos confirmaron aquella afirmación increíble.

Con su pesada carga entre ambos, Dallas y Lambert salieron vacilantes de la cámara y entraron al corredor, en cuanto la escotilla interior se apartó para dejarlos pasar. Al mismo tiempo llegaron Parker y Brett.

Ash se apresuró a ayudarlos con el cuerpo, pero con un ademán Dallas le ordenó retroceder.

—Apártate.

Depositaron en el suelo el cuerpo de Kane y se quitaron los cascos.

Manteniéndose a respetuosa distancia, Ash se afanaba alrededor del cuerpo encogido del ejecutivo, hasta que vio aquella forma en su cabeza.

—¡Santo Dios! —murmuró.

—¿Aún está con vida? —dijo Parker, estudiando aquel ser, admirado por su simetría, que sin embargo no le hacía menos repugnante a sus ojos.

—No lo sé, pero no lo toques —dijo Lambert, quitándose las botas.

—No se preocupen por eso —dijo Parker inclinándose hacia adelante y tratando de ver los detalles de la criatura donde estaba en contacto con Kane—. ¿Qué está haciéndole?

—No lo sé. Llevémoslo a la enfermería para averiguarlo.

—De acuerdo —asintió Brett— ¿Ustedes dos están bien?

Dallas asintió lentamente.

—Sólo cansado. No se ha movido, pero no le quiten el ojo.

—Así lo haremos.

Los dos ingenieros tomaron aquella carga del suelo y se colocaron cuidadosamente tras los brazos de Kane, mientras Ash ayudaba como podía...

VI

En la enfermería colocaron suavemente a Kane sobre la extendida plataforma médica. Un complejo de instrumentos y controles, distintos de los otros que había en la nave, decoraba la pared tras la cabeza del ejecutivo inconsciente. La mesa brotó de la pared, extendiéndose a partir de una abertura de cerca de un metro cuadrado.

Dallas tocó unos controles y activó al médico automático. Avanzó hacia un cajón, sacó un pequeño tubo y de su interior extrajo un minúsculo tubo de metal brillante. Después de asegurarse que estaba cargado, se volvió a colocar junto al cuerpo de Kane. Ash se hallaba cerca, dispuesto a ayudar, mientras Lambert y Brett observaban desde el corredor tras una gruesa ventana.

Un toque en un lado del tubo produjo un corto e intenso rayo de luz del otro extremo. Dallas ajustó el rayo hasta que fue tan estrecho y corto como pudo hacerlo sin reducir su energía. Cuidadosamente aplicó el extremo del rayo a la base del casco de Kane. El metal empezó a separarse.

Hizo pasar el cortador lentamente a lo largo del costado del casco, sobre la parte superior y hacia abajo por el otro lado. Llego a la base del casco del lado opuesto e hizo pasar el rayo sobre el grueso sello. El casco se separó limpiamente. El y Ash se colocaron uno a cada lado, mientras Dallas cerraba el rayo y quitaba el casco.

Salvo una lenta y continua pulsación, la criatura no daba señales de vida, ni mostró reacción alguna al haber sido quitado el casco, dejándola expuesta a plena vista de todos.

Dallas vaciló, extendió la mano, tocó la criatura y luego retiró su mano. Seguía pulsando, y no reaccionó al toque de sus dedos. Dallas volvió a tender su mano, y dejó que su palma quedara sobre el dorso de la criatura. Era seco y frío. La lenta pulsación le hizo sentir ligeramente mal, y se dispuso a retirar nuevamente su mano. Cuando la criatura siguió sin dar muestras de oponerse, Dallas aferró tan fuertemente como pudo aquel tejido ahulado, y tiró con todas sus fuerzas.

Como podía esperarse, no tuvo ningún resultado; el ser no se movió ni soltó su presa.

—Déjame probar —dijo Ash, que se hallaba cerca de una repisa con herramientas no médicas. Seleccionó unas gruesas plegaderas y avanzó hacia la mesa. Empuñando cuidadosamente la criatura, se inclinó hacia atrás.

—Nada aún, trata con más fuerza —sugirió Dallas, esperanzado.

Ash ajustó las plegaderas para apretar más fuertemente y tiró inclinándose hacia atrás al mismo tiempo.

Dallas levantó una mano al observar que un hilillo de sangre corría por la mejilla de Kane.

—¡Aguarda! Estás arrancándole la piel.

Ash se relajó.

—Yo no, esa criatura.

Dallas pareció enfermo.

—Esto no resultará bien. No saldrá si no le arranca todo el rostro al mismo tiempo.

—Tienes razón. Hagámoslo con la máquina. Quizás tengamos mejor suerte.

—Así será.

Ash tocó varios botones en secuencia. El automédico zumbó y el extremo opuesto de la plataforma se encendió; luego la plataforma penetró silenciosamente en la pared. Descendió un plato de cristal, aislando completamente a Kane en su interior. Unas luces brillaron en el

cristal dejando claramente visible detrás el cuerpo de Kane. En un tablero cercano, un par de monitores de vidrio dieron señales de vida. Ash se colocó en un lugar donde pudiera estudiar sus datos. Ash era lo más parecido a un médico humano que había a bordo del *Nostromo,* y estaba consciente del hecho y de la responsabilidad; por tanto estaba sumamente ansioso por aprender todo lo que la máquina pudiese decirle acerca del estado de Kane... Para no mencionar el del extraño ser. Una figura apareció en el corredor, y se aproximó a los tres que miraban. Lambert dirigió a Ripley una mirada larga y dura.

—Ibas a dejarnos allá afuera; ibas a dejar a Kane allá afuera. Ibas a hacernos esperar durante veinticuatro horas con esa cosa en su rostro y la noche acercándose...

Su expresión delató sus sentimientos más claramente que sus palabras.

Parker, quizás el último miembro de la tripulación del que se habría esperado que saliera a la defensa de la funcionaría, echó una mirada ofensiva a la navegante.

—Quizás iba a tener que hacerlo. Sólo estaba siguiendo las reglas.

Luego hizo un ademán hacia el interior iluminado del automédico y a su paciente inmóvil.

—¿Quién demonios sabe qué es o qué puede hacer? Kane es un poco impulsivo, desde luego, pero no es ningún tonto y no pudo evitarlo. Quizás uno de nosotros será el próximo.

—De acuerdo —asintió Brett.

La atención de Ripley siguió fija en Lambert. La navegante no se había movido y le devolvió la mirada.

—Quizás cometí un error, quizás no; espero que así haya sido. Sea como fuere, sólo quería cumplir con mi deber. Dejemos allí las cosas.

Lambert vaciló buscando el rostro de Ripley. Luego asintió levemente con la cabeza. Ripley suspiró, mostrando cierto alivio.

—¿Qué ocurrió allá abajo?

—Fuimos a la nave abandonada —le dijo Lambert, observando a los dos hombres que trabajaban con el automédico—. No había señales de vida. Esa transmisión debe de estar emitiéndose desde hace siglos. Creímos haber encontrado el transmisor.

—¿Y la tripulación de la nave?

—Ni rastro de ella.

—¿Y Kane...?

—Se ofreció como voluntario para ir solo al nivel inferior.

La expresión de Lambert cambió:

—Estaba en busca de diamantes. En cambio, al parecer encontró cierto tipo de huevos. Le dijimos que no los tocara; probablemente fue demasiado tarde. Algo ocurrió allá abajo, donde no podíamos ver lo que pasaba. Cuando tiramos de él, tenía eso en su rostro. De algún modo pasó a través de su casco, y ya sabes lo fuerte que es ese material.

—Me gustaría saber de dónde provino originalmente —dijo Ripley sin apartar la mirada del interior de la enfermería—. Este planetoide parece tan muerto que supongo que llegó aquí con la nave extraña.

—Dios lo sabe —añadió Parker, en voz baja—. También yo quisiera saber de dónde vino.

—¿Por qué? —dijo Ripley echándole una dura mirada.

—Así conocería otro lugar que debo evitar.

—Amén —dijo Brett.

—Lo que yo quisiera saber —dijo Dallas lentamente—, es como está respirando Kane. ¿o ya no respira?

Ash estaba estudiando los datos.

—Físicamente, parece estar bien. No sólo está vivo, pese a haber carecido de aire normal en todo el regreso a la nave, sino que todos sus signos vitales son firmes. Respirar todo ese nitrógeno y todo ese metano debió matarlo instantáneamente, allá en esa nave abandonada. Según el doctor está en coma, pero internamente su estado es normal. Mucho más sano de lo

que podíamos esperar. ¿Cómo puede respirar? No puedo decirlo, pero su sangre tiene una perfecta cantidad de oxígeno.

—Pero ¿cómo? —dijo Dallas, inclinándose, tratando de ver dentro del automédico—. Yo revisé esa cosa de muy cerca, parece haber bloqueado completamente su boca y su nariz.

Ash oprimió tres botones.

—Sabemos lo que ocurre fuera. Más vale que miremos dentro de él.

Una gran pantalla se iluminó y luego sus datos se aclararon. Mostraba una imagen de rayos X de la cabeza y la parte superior del tórax de Kane. Un enfoque más preciso pudo mostrar la sangre que corría regularmente por sus venas y arterias, la pulsación de sus pulmones y de su corazón. Pero, por el momento, todos estaban más interesados en el esquema interno de la pequeña forma redondeada que le cubría el rostro.

—No soy biólogo —dijo Ash en voz baja—, pero esa es la masa más extraña que haya visto jamás dentro de un animal.

Echó otra ojeada, asombrado, a la intrincada red de formas y tubos.

—No tengo la menor idea de qué pueda ser eso.

—No parece mejor por dentro que por fuera —fue el único comentario de Dallas.

—Mira la musculatura de esos dedos, de esa cola —insistió Ash—; quizá parezca frágil, pero nada de eso. No me sorprende que no pudiéramos arrancárselo. No me sorprende que él no pudiera arrancárselo. Estoy suponiendo que tuvo tiempo de intentarlo antes de desmayarse.

Era claro lo que la criatura estaba haciendo a Kane, pero no por qué. Le había abierto por la fuerza las mandíbulas. Un tubo largo y flexible que salía de la palma de aquella mano descendía por su garganta, y terminaba al fin de su esófago. El tubo no se movía. Más que nada, aquella parte de la visión interna causó repugnancia a Dallas.

—Ha bajado por su garganta —murmuró.

Sus manos se cerraban y se abrían con agresiva regularidad.

—¿Qué manera es esa de atacar a una persona? No es una manera limpia de luchar... ¡Maldita sea, Ash! Eso no es justo.

—No sabemos si está luchando con él o siquiera haciéndole daño —dijo Ash, reconociendo estar confuso ante aquella situación—. Según los monitores médicos, Kane está bien. Sencillamente, no puede reaccionar. Sé que parece tonto, pero piensa un minuto; quizás la criatura es un simbionte benigno de alguna clase. Quizás a su propia manera ha hecho esto para tratar de ayudarlo.

Dallas rió, sin alegría.

—Muy amable de su parte, desde luego. Pero no lo deja.

—Ese tubo o lo que sea debe estar dándole oxígeno —dijo Ash, ajustando un control y cambiando a una visión más cercana y una textura más grande. La pantalla mostró los pulmones de Kane, que trabajaban regularmente, a su ritmo normal, y al parecer sin ningún esfuerzo pese a la obstrucción que había en su garganta. Ash cambió a la vista anterior.

—¿Qué oxígeno será? —quiso saber Dallas—. Vino hasta aquí desde la nave con nariz y boca cubiertas. La criatura no está fija a los tanques de su traje, de modo que todo el aire debió salir por el regulador abierto en los primeros dos o tres minutos.

Ash parecía pensativo:

—Puedo imaginar algunas posibilidades. En la atmósfera de aquí hay un poco de oxígeno libre. No mucho, pero sí algo. Y hay mucho más unido al nitrógeno en varios óxidos. Sospecho que esa criatura tiene la capacidad de descomponer esos óxidos y sacar el oxígeno. Ciertamente, tiene la capacidad de pasarlos a Kane, quizás a través de sí misma. Un buen simbionte podría determinar rápidamente los requerimientos de su pareja. Algunas plantas tienen la misma capacidad de extraer oxígeno, otras prefieren diferentes gases. No es imposible.

Luego volvió su atención a la pantalla.

Librodot

—Quizás son nuestros prejuicios terrestres los que nos impiden ver que es en realidad una planta y no un animal. O quizás tenga características y capacidades de ambos.

—Eso no tiene sentido.

Ash levantó la mirada:

—¿Qué es lo que no tiene sentido?

—Lo paraliza y lo pone en coma, y luego trabaja como desesperado para mantenerlo con vida.

Levantó su mirada hacia la pantalla:

—Pensé que podría ser... bueno, que estaba alimentándolo con algo. La postura y la posición en que está ahora es típica de alimentación. Pero, como dicen los instrumentos, está haciendo exactamente lo contrario. No entiendo.

—Sea como sea, no podemos dejarlo con ese maldito ser. Puede estar haciéndole toda clase de cosas, quizás buenas, quizás malas. Podemos estar seguros de una cosa: nada de eso es natural para el sistema humano.

Ash pareció dudar:

—No sé si esa es realmente una buena idea.

—¿Por qué no? —dijo Dallas, mirando interrogante a su oficial en ciencias.

—Por el momento —explicó Ash, sin dejarse ofender por el tono retador de la voz de Dallas—, la criatura está manteniéndolo vivo; si la quitamos, corremos el riesgo de matarlo.

—Hemos de correr ese riesgo.

—¿Qué propones hacer? Es imposible arrancarla.

—Tendremos que tratar de cortarla, cuanto antes la quitemos mejor será para Kane... Eso parece.

Ash parecía dispuesto a discutir más, pero luego cambió de opinión.

—No me agrada la idea, pero la comprendo. ¿Tomarás tú la responsabilidad? Es una decisión científica, y la estás tomando de mis manos.

—De acuerdo; yo asumo toda la responsabilidad.

Dallas ya estaba poniéndose un par de guantes de cirugía. Una rápida revisión le indicó que el automédico no estaba sujeto de ninguna manera al cuerpo, y no podía estar haciendo nada que pudiese dañarlo si se le sacaba temporalmente. Con sólo oprimir un botón, Kane se deslizó fuera de la máquina.

Una somera inspección fue suficiente para mostrar que la criatura no se había movido, ni había dejado de asir el rostro de Kane.

—¿El cortador?

Ash indicó el aparato láser que Dallas había utilizado para quitar el casco a Kane.

—No. Procederé tan lentamente como pueda. Ve si puedes encontrar para mí una hoja manual.

Ash se dirigió a una caja de instrumentos y buscó en ella brevemente. Volvió con una versión más delgada del cortador, y la tendió cuidadosamente a Dallas.

Dallas inspeccionó el pequeño instrumento, se lo colocó en la mano hasta que sintió que lo empuñaba perfectamente. Entonces, lo conectó. Apareció una versión en miniatura del rayo que el gran cortador había generado, brillando en el extremo del instrumento quirúrgico.

Dallas avanzó para quedar frente a la cabeza de Kane. Trabajando con toda la precisión que pudo lograr, movió la barra de luz hacia la criatura. Tenía que estar preparado para retirarse rápidamente y con cuidado, si reaccionaba. Un mal movimiento podía separar la cabeza de Kane de sus hombros, tan fácilmente como un informe equivocado podía acabar con la pensión de un hombre.

La criatura no se movió. Dallas tocó aquella piel grisácea con el rayo, y lo movió un milímetro o dos hacia abajo, hasta estar seguro de que realmente estaba cortando carne. El rayo atravesó sin esfuerzo el dorso de la criatura.

Pero el sujeto de aquella biopsia preliminar no se movía ni mostraba ninguna señal de dolor por aquel corte continuo. En la parte superior de la herida empezó a gotear un líquido amarillento, empapando el lado terso.

—Empieza a sangrar —observó Ash, profesionalmente.

El líquido mojó el lecho en que yacía la cabeza de Kane. Una nubécula de lo que Dallas pensó primero que sería vapor surgió de la paleta. Aquel gas negro no era familiar. Pero sí lo fue el sonido silbante que empezó a salir del lecho.

Dallas se detuvo, levantó la hoja y contempló el sitio en que zumbaba. El zumbido aumentó en intensidad y se hizo más profundo. Dallas miró hacia abajo.

El líquido ya había consumido las sábanas y la plataforma médica de metal. Estaba formando un charco, zumbante como un infierno en miniatura, cerca de sus pies, donde había empezado ya a corroer el metal del puente. El metal se levantaba en burbujas. Un gas iniciado como subproducto empezó a llenar la enfermería. Bloqueó la garganta de Dallas, recordándole el gas de control de la policía, que apenas era doloroso, pero imposible de pasar. Sintió pánico a la idea de lo que aquello podía estar haciendo a sus propios pulmones.

Mientras sus ojos se llenaban de lágrimas ardientes y de su nariz caía un fluido, Dallas intentó frenéticamente cerrar la herida, uniendo con sus manos los dos labios. Al hacerlo, parte del líquido que aún goteaba cayó sobre sus guantes, que empezaron a humear.

Al retroceder vacilante por el corredor, Dallas luchó por quitárselos antes de que el resistente material fuera totalmente consumido y el líquido llegara a su piel. Los arrojó sobre el puente. Las gotas, aún activas, cayeron de los guantes y comenzaron a hacer otros agujeros en el metal.

Brett miraba, atónito y no poco asustado:

—¡Maldición! ¡Va a atravesar el puente y a corroer el casco!

Se dio vuelta y corrió hacia la escalera más cercana. Dalias arrancó una lámpara de emergencia de sus soportes y siguió al técnico, mientras los demás los seguían de cerca.

El corredor del puente B, abajo, estaba alineado con instrumentos y conductos. Brett ya estaba observando el techo debajo de la enfermería. El líquido aún tenía que penetrar varios niveles intermedios.

Dallas encendió la luz del techo, buscó y luego mantuvo fija la lámpara:

—¡Allí!

Encima de ellos empezó a salir humo.

Apareció una mancha amarilla, mientras el metal burbujeaba a su alrededor. Comenzó a escurrir, formó una gota y cayó. Inmediatamente comenzó a burbujear en el puente. Dallas y Brett contemplaban, impotentes, aumentar de tamaño el pequeño charco y abrirse paso a través del mamparo.

—¿Qué hay debajo?

—El corredor C —respondió Parker—. No hay instrumentos.

El y Ripley se precipitaron por la siguiente escalera hacia abajo, mientras los demás permanecían mirando el agujero que se ensanchaba en el puente.

—¿Qué podemos poner debajo? —dijo Ash, que estaba ya considerando el problema con su habitual objetividad, aunque plenamente consciente de que en unos cuantos minutos el casco del *Nostromo* podía quedar perforado. Ello significaría tener que sellar todos los compartimientos hasta que se pudiera reparar lo destruido y podía ocurrir algo aún peor. Grandes cantidades de circuitos de hiperimpulso corrían a través del casco. Si el líquido los arruinaba, era muy posible que el daño resultante estuviese por encima de la capacidad de repararlo de los ingenieros de la nave. Muchos de aquellos circuitos eran parte integral de la construcción de la nave, no designados para su reparación fuera de un dique.

Nadie hacía ninguna sugestión sobre lo que se pudiese hacer para contener el goteo.

Abajo, Parker y Ripley avanzaron cautelosamente a lo largo de los confines estrechos y

Librodot

oscuros del corredor C. Su atención seguía fija en el techo.

—No te pongas abajo —advirtió a Parker—. Si puede corroer así la superficie del metal, no quiero pensar qué podría hacer en tu cara.

—No te preocupes. Yo cuidaré de mi cara, cuida tú de la tuya.

—Parece estar perdiendo actividad —dijo Dallas, observando el agujero en el suelo, casi sin atreverse a esperar ya nada.

Brett y Ash se detuvieron enfrente, y se inclinaron sobre; la oscura depresión que había en el puente. Ash tomó una estilográfica de uno de los bolsillos de su túnica y con ella tocó el agujero. El metal exterior de la misma burbujeó débilmente, con apariencia de azogue carbonado. El burbujeo se detuvo y desapareció después de haber dañado muy escasamente el metal. El científico continuó picando el agujero. En lugar de atravesar, la estilográfica encontró resistencia.

—No ha pasado más de unos tres centímetros. El líquido ha dejado de penetrar.

Abajo, Parker echó una mirada a Ripley, a la luz mortecina.

—¿Ves algo?

Continuaba contemplando el techo. Bajo sus pies corría una pequeña escalera de servicio, y bajo ella el casco del *Nostromo.* Después, sólo habría la atmósfera de un planeta desconocido.

—Nada —replicó finalmente Ripley—. Sigue revisando; iré a ver qué ocurre arriba.

Se volvió y echó a correr por el corredor hacia las escaleras.

Lo primero que vio fue a todos los demás en cuclillas sobre el agujero que había en el puente.

—¿Qué pasa? No ha atravesado todavía.

—Creo que ha perdido fuerza —dijo Ash, de rodillas sobre el metal corroído—. O bien las reacciones continuas con aleaciones han disminuido su poder, o sencillamente pierde su potencial cáustico después de un período de tiempo. Sea como sea, ya no parece estar activo.

Ripley se desplazó para ver por sí misma el agujero aún humeante que había en el puente.

—¿Podría la aleación ser más fuerte dentro del puente que allá arriba? Quizás esa materia está corroyendo el puente horizontalmente, en busca de otro lugar débil donde pueda atravesarlo.

Ash negó con la cabeza:

—No lo creo. Por lo poco que recuerdo de construcción de naves, los principales puentes y el casco del *Nostromo* están compuestos del mismo material. No, creo razonablemente suponer que el fluido ya no es peligroso.

Ash empezó a colocarse la estilográfica de vuelta en su bolsillo, aun sosteniéndola por el extremo no dañado. En el último momento lo pensó mejor y continuó sosteniéndola, balanceándola de su mano.

Ripley notó su vacilación y le dedicó una sonrisa:

—Si ya no es peligroso, ¿por qué no vuelves a ponerla en tu camisa?

—No hay necesidad de actuar impulsivamente. Nos sobra tiempo para hacer pruebas y asegurarnos de que la sustancia ya no está activa. Que ya no pueda corroer la aleación del puente no significa que no pueda darme una tremenda quemada.

—¿Qué clase de materia crees que es? —dijo Dallas, cuya mirada se paseó del minúsculo cráter que había en el puente hasta el agujero del techo, sobre su cabeza—. Nunca vi nada que pudiera cortar así una aleación. Al menos, no con esa velocidad.

—Yo nunca he visto nada parecido —reconoció el científico—. Ciertas variedades muy refinadas de ácido molecular son enormemente peligrosas, pero generalmente sólo actúan sobre cierto material específico. Sus aplicaciones generales son ilimitadas. Por otra parte, este material parece ser un corrosivo universal. Ya le hemos visto demostrar su capacidad de corroer varias sustancias distintas con la misma facilidad. O quizás sea indiferencia, si tú

quieres. Aleación del casco de la nave, guantes quirúrgicos, instrumento médico, las mantas de la enfermería... Lo atravesó todo con igual facilidad.

—Y es la sangre de esa maldita cosa, de ese maldito pequeño monstruo —dijo Brett, hablando con respeto del extraño ser en forma de mano, pese a su hostilidad.

—No podemos estar seguros de que sea su sangre —dijo Ash cuya mente estaba trabajando a toda velocidad, bajo la presión del momento—. Puede ser un componente de un sistema circulatorio separado, para lubricar el interior de la criatura. O puede comprender una parte de una capa interna protectora, una especie de líquido, endotelio defensivo. O puede no ser más que el equivalente de nuestro fluido linfático.

—Sin embargo, ¡qué mecanismo de defensa! —observó Dallas—. Nadie se atrevería a matarlo.

—Por lo menos, no a bordo de una nave sellada —dijo Ripley, quedamente.

—Así es —respondió Ash—. Podemos sacar a Kane donde los fluidos de la criatura no puedan dañar al *Nostromo,* y tratar de cortarla, pero estamos casi seguros de que es lo único que lo mantiene con vida.

—Cuando se la hayamos quitado sacándole ese tubo de la garganta, podremos darle oxígeno —dijo Ripley—. Una cubierta térmica lo mantendría caliente; para el caso, podríamos levantar una tienda de aire, con un sello. Y dejar que el líquido gotee en el terreno, debajo.

—No es mala idea —dijo Ash—, pero hay dos obstáculos.

Ripley aguardó, impaciente.

—Primero, como ya hemos dicho, quitar la criatura por la fuerza podría causar una interrupción fatal de la acción que sostiene la vida. El simple *shock* podría matar a Kane. Y segundo, no hay ninguna garantía de que, al ser gravemente herida, la criatura no reaccione derramando ese líquido sobre sí misma y sobre todo lo que tenga a la vista. Ésa sería una reacción defensiva muy en armonía con las cualidades destructivas y protectoras del fluido.

Hizo una pausa, para que la imagen que había conjurado se asentara en todas las mentes.

—Aun si el que estuviese haciendo el corte pudiese librarse de una herida grave, del líquido al salir, no me gustaría ser responsable de lo que quedara del rostro de Kane o de su cabeza.

—Tienes razón —dijo Ripley, y en su voz había un poco de resentimiento—. Quizás no fue una idea muy brillante. En cambio, ¿tú que sugieres?

Y con el pulgar señaló hacia la enfermería:

—¿Tratar de llevarle de vuelta hasta la base con ese monstruo sobre su cabeza?

—No veo peligro en eso —dijo Ash, sin dejarse impresionar por su sarcasmo—. Mientras sus signos vitales sigan estables, considero esa alternativa como viable. Si empiezan a flaquear, naturalmente tendremos que probar otra cosa; pero por el momento debo decir que, en mi opinión, quitarle esa criatura por la fuerza representa mayor peligro para Kane que dejarla allí.

Un nuevo rostro apareció en la parte superior de la escalera cercana.

—Ni señales de esa materia. ¿Ha dejado de sangrar? —dijo Parker, paseando su mirada de la sombría Ripley a Dallas.

—Sí. Después de correr dos niveles —respondió Dallas, aún asombrado por la potencia del fluido extraño.

Ripley pareció volver a la vida y miró a su alrededor.

—Estamos todos aquí abajo. ¿Y quién está con Kane? Creo que nadie está observándolo, ni al ser extraño.

Hubo una carrera precipitada hacia las escaleras.

Dallas fue el primero en entrar en la enfermería. Una rápida mirada le mostró que nada había cambiado. Kane aún yacía como lo habían dejado, inmóvil sobre la plataforma, con el

ser extraño sobre su rostro.

Dallas sintió rabia contra sí mismo. Había actuado como un chiquillo. El líquido había demostrado, desde luego, propiedades inesperadas y peligrosas, pero no justificaban el total pánico que los había invadido. Dallas debió delegar a uno o dos miembros de la tripulación para quedarse atrás y mantener bajo vigilancia a la criatura.

Por fortuna, nada había cambiado durante su ausencia. La cosa no se había movido ni, al parecer, Kane. En adelante, fuesen cuales fuesen los problemas que surgieran en cualquier parte, alguien estaría asignado a la enfermería en todo momento. La situación ya era bastante grave sin ofrecer al ser extraño la oportunidad de hacer cosas inadvertidas.

—¿Le tocó algo del ácido? —preguntó Parker, encorvándose para ver a Kane.

Dallas avanzó hasta colocarse junto a la plataforma. Inspeccionó cuidadosamente la cabeza del ejecutivo.

—No lo creo, parece estar bien. El fluido corrió por debajo de la criatura, sin hacer contacto con su piel.

Brett apareció por el pasillo.

—¿Sigue goteando eso? Allá en los abastos de ingeniería tenemos ciertos materiales de cerámica para tapar los agujeros. No conozco esta materia, pero podemos probar.

—No te molestes —le contestó Dallas—. Ha dejado de escurrir.

Ash estaba examinando la sección cortada por el cuchillo láser.

—Ha cicatrizado. Ni señal de la herida. ¡Asombrosa capacidad regenerativa! Se diría que nunca lo han tocado.

—Debe haber alguna manera de quitarlo —dijo Lambert con un escalofrío—. Me enferma verlo allí como si nada, con ese tubo o lo que sea dentro de su garganta.

—Estarías bastante más enferma si lo tuvieras tú encima —dijo Ripley.

Lambert se mantuvo a distancia.

—Eso no tiene gracia.

—Vuelvo a decirte que no me parece buena idea quitarle de encima esa criatura —dijo Ash, sin mirarlo—. El último intento no resultó bien.

Dallas echó una rápida mirada a su oficial en ciencias, y luego se relajó. Como siempre, Ash sólo estaba siendo objetivo. No estaba en su carácter mostrarse sarcástico.

—Entonces, ¿qué hacemos? —quiso saber Lambert.

—No hacemos nada —dijo Dallas, finalmente—. No podemos hacer nada. Ya intentamos algo y, como notó Ash, casi nos costó la perforación de la nave. Así pues... volvamos a meterlo al automédico, y esperemos que se nos ocurra una idea mejor.

Tocó un botón de control; hubo un suave zumbido, mientras la plataforma con Kane se deslizaba dentro de la máquina. Dallas maniobró con otros interruptores adicionales, recibió nuevas vistas internas del ejecutivo en coma, además de diagramas y esquemas relacionados. No le ofrecieron ninguna información nueva, ninguna solución.

Ash estaba relacionando varios datos.

—Sus funciones internas continúan normales, pero hay cierta indicación nueva de generación de tejidos.

—Entonces, *sí* está haciéndole daño —dijo Lambert.

—No necesariamente. Lleva cierto tiempo sin agua y sin alimento. Estos datos deben reflejar una reducción natural de peso. No hay indicaciones de que esté debilitándose marcadamente, ni por culpa de la criatura ni de las circunstancias.

—Sin embargo, debemos mantenerlo en el mejor estado posible. Más vale que inicie yo una alimentación intravenosa hasta que pueda determinar con seguridad si el ser extraño está absorbiendo proteínas de su sistema.

Ash activó todo un *block* de controles. Nuevos sonidos surgieron en toda la enfermería cuando el automédico empezó a asumir, eficientemente, la labor de alimentar al indefenso

Kane y procesar los desechos resultantes.

—¿Qué es eso? —dijo Ripley, señalando una parte de la gráfica interna, que cambiaba lentamente—. Esa mancha en sus pulmones.

—No veo ninguna mancha.

Dallas estudió la gráfica:

—Creo que ya sé qué dice ella, aumenta la amplificación del sistema respiratorio, Ash.

El científico obedeció.

Entonces, el minúsculo punto que había captado la atención de Ripley se destacó claramente: una mancha irregular, oscura, sobre la cavidad del pecho de Kane. Era completamente opaca.

—No sabemos si está en sus pulmones —dijo Ash, manipulando los controles—. También podría ser una falla del aparato, o una sección con radiación dañada de la lente. Sucede muchas veces.

—Prueba con más potencia —exigió Dallas—. Veamos si podemos mejorar la resolución.

Ash ajustó los instrumentos; pese a sus esfuerzos, la mancha negra permaneció igual: un punto de absoluta negrura.

—No puedo aumentar la intensidad, o empezaremos a padecer daños por radiación.

—Ya lo sé —dijo Dallas contemplando la mancha enigmática—. Si ahora perdemos capacidad, no podremos saber qué le ocurre dentro.

—Yo puedo encargarme de todo —le aseguró el científico—. Creo que lograré limpiar las lentes. Sencillamente, hay que repulirlas un poco.

—¡Pero eso nos dejaría a ciegas!

Ash pareció querer disculparse:

—No puedo quitar la mancha sin desarmar el aparato.

—Entonces, olvídalo. Mientras no haga crecer eso hasta el punto en que oscurezca nuestra visión...

—A tus órdenes —dijo Ash, y se dedicó a sus aparatos.

Brett parecía confuso y un tanto frustrado.

—¿Qué hacemos ahora, eh? ¿Simplemente nos sentamos a esperar?

—No —le respondió Dallas, recordando que tenía que dirigir una nave, y no sólo preocuparse por Kane—. Nos sentamos y aguardamos, pero ustedes dos vuelven a su trabajo.

VII

—¿Qué piensas?

Parker estaba inclinándose tanto como podía, sudando junto con Brett mientras éste trataba de sellar las delicadas conexiones últimas dentro de los límites estrechos del módulo doce.

Estaban tratando de realizar un trabajo que normalmente requería los servicios de un remoto trazador automático y las instalaciones de una banda sinfín computarizada. Como no tenían banda ni trazador, se verían obligados a enfrentarse al problema con instrumentos no diseñados para ese fin.

"Los instrumentos que no son, para el trabajo que no debiera ser", pensó Parker airado; de algún modo, debían hacerlo. A menos que el módulo doce quedara propiamente reparado y en condiciones de funcionar, la pasarían muy mal tratando de despegar. Y por alejarse de aquel mundo Parker habría hecho las reparaciones internas con los dientes, de ser necesario.

Sin embargo, en aquel momento a Brett le había tocado el turno de enfrentarse a partes mecánicas indóciles. Como cualquier otro instrumento que hubiera a bordo del *Nostromo,* el módulo utilizaba refacciones selladas por la fábrica, que entraban de un solo golpe. El truco consistía en quitar las partes dañadas sin interrumpir otras funciones críticas ni causar daños en partes aún más delicadas de los controles de la nave. Las nuevas partes debían entrar

Librodot

fácilmente, con sólo librarse del material carbonizado.

—Creo que ya lo tengo —dijo finalmente su compañero—. Pruébalo.

Parker se echó hacia atrás, oprimió dos botones de un tablero por encima de su cabeza y luego echó una mirada, esperanzado, al monitor portátil más cercano. Probó los botones por segunda vez, sin ningún éxito. El monitor permaneció silencioso.

—Nada.

—¡Maldita sea! Yo estaba seguro de que era esto.

—No lo es. Prueba el siguiente. Ya sé que todos parecen bien, salvo el número 43, que ya hemos reemplazado. Eso es lo malo con estas malditas células de partículas. Si el regulador se sobrecarga y quema algunas, hay que meterse y encontrar las que han fallado al vacío.

Hizo una pausa y luego añadió:

—¡Ojalá tuviésemos un trazador!

—Lo mismo digo.

Unos sonidos de metal raspando el plástico sonaron dentro de la unidad.

—Tiene que ser la siguiente —dijo Parker, tratando de mostrarse optimista—. No tenemos que revisar a mano cada célula. Madre nos lo redujo hasta aquí. Hay que agradecer los pequeños favores.

—Los agradezco —respondió Brett—. Quedaré agradecido cuando despeguemos de esta roca y estemos de vuelta en el hipersueño.

—Deja de pensar en Kane.

Parker tocó los dos botones y maldijo en silencio.

—Otro en blanco. Trata el siguiente, Brett.

—De acuerdo.

Brett se movió para hacerlo, reemplazó la célula que acababa de revisar en su lugar. Parker ajustó varias palancas por encima de su cabeza. Quizás pudiesen estrechar el daño un poco más. El módulo contenía cien de las minúsculas partículas de aceleración de las cámaras de células. La idea de verificar manualmente así fuese una de ellas para encontrar la que había fallado, lo ponía de un humor de romper las cosas. Precisamente en el momento inoportuno, una voz llamó desde el altoparlante más cercano:

—¿Qué está pasando?

"Maldita sea", pensó Parker. "Es Ripley. ¡Esa maldita mujer! Yo le diré qué está ocurriendo".

—Estamos trabajando —le informó secamente y luego añadió varias palabras por debajo del nivel de sonido que podía captar el magnavoz—. Sigue trabajando —dijo a su compañero.

—De acuerdo.

—¿Qué fue eso? —dijo Ripley—. No entendí.

Parker se apartó del módulo. Una palanca activó la ampolla del comunicador.

—¿Quieres saber qué está pasando? Lo que pasa es que estamos haciendo un trabajo de perros, verdadero trabajo. Debieras venir aquí y probar alguna vez.

La respuesta de Ripley fue instantánea, muy compuesta.

—Yo tengo el trabajo más arduo de esta nave.

Parker rió, burlón.

—Yo tengo que escuchar estupideces —dijo Ripley.

—Deja de estar fregando.

—Dejaré de estarlos fregando cuando el módulo doce esté listo, pero no antes. Cuenten con eso.

Hubo un "click" en el otro extremo, antes de que Parker pudiera hacer ningún comentario.

—¿Qué pasa? —dijo Brett, inclinándose fuera del módulo—. ¿Se están peleando de nuevo?

—No. Una tipa que se cree lista, eso es todo.

Brett vaciló y luego hizo una pausa para examinar la célula abierta del momento:

—Correcto. Probemos de nuevo.

Parker oprimió los botones y examinó el monitor; pensó en pulverizarlo con el puño mientras imaginaba que se trataba de la cara de cierta oficial. Desde luego, no había nada melodramático. Aunque de mal carácter, tenía bastante sensatez para comprender cuánto necesitaba al monitor... y a Ripley.

Ash estaba probando toda una nueva batería en el estado comatoso de Kane. Le dio información adicional acerca de su estado. Nada de ella era demasiado útil. Pero para el científico, era igualmente fascinante.

El interior del cuerpo de Kane fue inmediatamente visible para cualquiera que quisiese entrar en la enfermería y echar una ojeada a la pantalla médica principal. Kane no estaba en posición de objetar aquella invasión de su intimidad.

Ripley entró y tomó nota de los datos. El estado del paciente no había cambiado desde que ella lo viera por última vez. No esperaba que hubiese cambiado. El extraño ser permanecía fijo a su cara. Ripley estudió los datos menores, y luego tomó el asiento vacío contiguo al de Ash. El reconoció su llegada con una ligera sonrisa, pero no desvió la mirada de su tablero.

—Estoy haciendo ciertas pruebas distintas con él —le informó—. Por si algo sucede.

—¿Como qué?

—No tengo ni la más vaga idea. Pero si algo pasa, quiero saberlo en cuanto empiece.

—¿Alguna novedad?

—¿Con Kane? —dijo Ash, cuidando sus ideas—. Sigue siendo lo mismo, se mantiene igual; no, mejor que eso. Se mantiene fuerte, no ha cambiado para empeorar.

—Y ¿qué me dices de la criatura? Ahora sabemos que puede soltar un ácido y cicatrizar inmediatamente. ¿Hay algo que no sepamos?

Ash pareció complacido consigo mismo cuando respondió:

—Como te lo dije, he estado haciendo pruebas. Como no podemos hacer nada por Kane, me pareció lo más sensato aprender lo más que podamos acerca de la criatura. Nunca se sabe qué descubrimiento en apariencia insignificante puede conducir a un triunfo final.

—Eso ya lo sé —dijo ella, revolviéndose impaciente, en su asiento—. ¿Qué has descubierto?

—Tiene una capa superior de lo que parece ser polisacáridos proteínicos; al menos eso es lo que supongo. Es difícil de saber sin una pieza para su análisis detallado; y tratar de quitar aun la muestra más pequeña puede causar más escurrimiento de ese fluido. No podemos arriesgarnos a que disuelva una parte del automédico.

—No claro que no —dijo ella, secamente—. Ahora mismo, esa máquina es la única oportunidad de Kane.

—Exacto. Lo más interesante de ello es que constantemente está mudando de células dentro de una dermis secundaria e interna, remplazándolas por silicatos orgánicos polarizados. Parece tener una piel doble, con ese ácido que corre entre las dos capas. También el ácido parece estar corriendo bajo alta presión. Es bueno que Dallas no cortara profundamente con ese cuchillo, o creo que habría inundado toda la enfermería.

Ripley pareció debidamente impresionada.

—La capa de silicato ha demostrado una estructura molecular única, muy densa; hasta la creo capaz de resistir al rayo láser. Ya sé, ya sé —añadió en respuesta a su mirada de incredulidad—, eso parece absurdo, pero esta es la pieza más dura de material orgánico que haya visto en mi vida. La combinación en que están alineadas esas células con el material de que están compuestas equivale a algo que desafía todas las reglas de nuestra biología. Por ejemplo, esas células silicadas. El resultado es lo que da tal resistencia a condiciones ambientales adversas.

Librodot

—¿Algo nuevo, aparte de los silicatos y de la doble dermis?

—Bueno, aún no tengo idea de qué respira, o de si respira, como nosotros pensamos en una respiración normal. Sí parece estar alterando la atmósfera que la rodea, quizás absorbiendo todos los gases que requiera, por medio de innumerables poros de superficie. Ciertamente, no tiene nada que se parezca a una nariz. Como fábrica química viva, sobrepasa a todo aquello de lo que he oído hablar; algunos de sus órganos internos no parecen funcionar, mientras que otros hacen cosas que yo ni siquiera puedo imaginar. Es posible que los órganos visualmente pasivos tengan funciones defensivas. Ya lo descubriremos si tenemos que volver a provocarlos.

Ash le dirigió una mirada expectante:

—¿Con eso te basta?

—Me sobra.

"No debieron subir a Kane a bordo", pensó ella. Habían debido dejarlo fuera, con la criatura. Ash era el único responsable de que se encontraran dentro.

Sin ser advertida, estudió al científico, observándolo con sus instrumentos, archivando resultados y descartando los que no le parecían útiles. Era el último miembro de la tripulación al que ella habría creído capaz de un gesto dramático, y sin embargo era él quien había tomado la súbita decisión de dejar que los exploradores volvieran a bordo, contra todos los procedimientos establecidos.

Ella tenía que corregirse. Además de Ash, Dallas y Lambert también se habían puesto contra los procedimientos al pedir entrada. Y la vida de Kane había estado en juego. ¿Y si Ash hubiese obedecido sus órdenes y dejado a los tres afuera? ¿Estaría Kane aún con vida? ¿O sería ya sólo una estadística de la nave? Sin embargo, eso habría significado una cosa: ella no tendría que enfrentarse con Kane, ni tendría que explicarle por qué había tratado de negarle la entrada a él y a los otros.

Ash advirtió su expresión y pareció preocupado:

—¿Te pasa algo?

—No —dijo ella, sentándose más rígida—. Resume todo para mí. Haz de cuenta que soy tan tonta como a veces me siento. ¿Qué significa todo esto? ¿Dónde estamos?

—Una combinación interesante de elementos y de estructura nos hace prácticamente invulnerables, dada nuestra actual situación y recursos.

Ella asintió con la cabeza.

—Eso es exactamente como yo lo veo, si tus resultados son precisos.

El pareció avergonzado.

—Lo siento. Muy bien, entonces es invulnerable.

Ella lo observaba de cerca:

—¿Por eso los dejaste pasar?

Como siempre, el científico no se dejó tentar. No mostró nada parecido a resentimiento cuando replicó:

—Yo obedecí una orden directa del capitán, ¿recuerdas?

Ella se obligó a contenerse para no levantar la voz, sabiendo que Ash sólo respetaba la razón.

—Cuando Dallas y Kane están fuera de la nave, yo soy la de más alta graduación. Soy la comandante hasta que uno u otro vuelva a poner pie en la nave.

—Sí, desde luego, se me olvidó, eso es todo. La emoción del momento...

—¡Al demonio!

La atención de Ash permaneció fija en los diferentes datos.

—Las emociones nunca te hacen olvidar nada a ti —le dijo Ripley; eso hizo que Ash levantara la cabeza.

—¿Tú crees conocer todo respecto a mí? Y todo respecto a ti... Estás segura de conocer

exactamente la clase de persona que soy. Déjame decirte algo, Ripley: Cuando abrí la escotilla interior, sabía muy bien lo que estaba haciendo, es cierto. Pero eso de quién está al mando... bueno, soy capaz de olvidarlo, como cualquier otro. Mi memoria es buena, pero puede fallar, como la de cualquiera. Hasta una memoria mecánica como la de Madre puede perder de vista una información.

"Una falla, desde luego", pensó ella. La falla selectiva. Sin embargo, el científico podía estar diciendo la verdad. Más le valdría a ella ver a cuántos de sus compañeros había insultado. Ya Parker y Brett no sentían precisamente amor hacia ella, y ahora estaba a punto de hacerse un enemigo en Ash.

Pero ella no podía librarse de su desconfianza. Casi deseaba que Ash se enfureciera en su contra.

—Te las arreglaste para olvidar la básica ley de cuarentena de la división de ciencias, algo que se enseña a todo oficial de nave desde la escuela de vuelos.

—No.

"Al fin", pensó Ripley, una declaración, una declaración que ella podría creer.

—No olvidé eso —dijo Ash.

—Ya veo, no lo olvidaste.

Ripley hizo una pausa para dar énfasis.

—Entonces, sencillamente seguiste adelante y la violaste.

—Crees que lo hice a la ligera, que no consideré las posibles consecuencias de mi acción.

—No, Ash, nunca pensé eso.

Una vez más, él no reaccionó a la provocación.

—No me gustó tener que hacerlo, me pareció que no tenía alternativa —explicó Ash suavemente.

—¿Qué habrías hecho tú con Kane? Su única oportunidad de seguir con vida parecía ser la entrada en la enfermería, donde el automédico podría atenderlo lo antes posible. Su estado se ha estabilizado; me inclino a dar crédito de eso a la máquina y a su rápido tratamiento, a la aplicación inmediata de antiseptia y de alimentación intravenosa.

—Te estás contradiciendo, Ash. Hace un minuto dijiste que era la criatura la que lo mantenía con vida, no el auto-médico.

—Sí, parece que la criatura está haciendo una contribución, pero en la atmósfera y en el medio de Kane. No tenemos modo de saber qué habría pasado si la dejábamos con él allá afuera. Aquí podemos observar de cerca su sistema, y estamos listos a compensar lo que sea necesario si la criatura da señales de actuar hostilmente contra él. No podríamos hacerlo si aún estuviese afuera.

Hizo una pausa, movió un interruptor y verificó su lectura.

—Además, era una orden directa.

—¿Quiere decir eso que tú obedeces a Dallas por encima de mí, sea cual sea la situación?

—Quiero decir que el capitán es el capitán, y el hecho de que estuviera un metro fuera del corredor en lugar de dentro no es razón suficiente, a mi parecer, para pasar por alto sus decisiones.

Ella apartó la mirada, furiosa contra él y contra ella misma.

—Violando los procedimientos de cuarentena, has puesto en peligro la vida de todos, no sólo la de Kane.

Ash se movió tranquilamente para perforar una petición al tablero de la computadora, y contempló solemnemente la información recibida. Luego habló sin mirar a la insistente Ripley.

—Crees que esa decisión fue fácil para mí. Conozco bien las reglas respecto a la cuarentena y las formas extrañas de vida. Posiblemente mejor que tú. Tuve que contraponerlas con la vida de un hombre. Quizás debí dejarlo morir ahí afuera, quizás he

Librodot

puesto en peligro a todos los demás. Pero sé una cosa: los que hacen las reglas siempre las redactan en seguridad y con comodidad, afuera del campo, donde esos mismos absolutos supuestamente habrán de aplicarse. Pero ahí hemos de depender de nuestra inteligencia, de nuestros sentimientos. Y eso fue lo que hice. Hasta ahora la criatura no ha hecho ningún gesto amenazador hacia él o hacia ninguno de nosotros. Quizás lo haga más tarde y entonces se enfrentará a un grupo de seis, preparado y ya dispuesto y no a un solo hombre desprevenido, en la cámara oscura de una nave desconocida. Estoy dispuesto a contrapesar ese riesgo contra la vida de Kane.

Los dedos de Ash danzaron por el tablero.

—No dudo de tus sentimientos personales —dijo Ripley, cambiando su peso sobre su pierna izquierda y luego levantándose—. Estoy diciendo, sencillamente, que no tienes derecho ni autoridad para imponerlos a los demás. Quizás nosotros no estemos dispuestos a correr el mismo riesgo.

—Eso ya no importa. Kane está a bordo... y vivo. Los acontecimientos partirán ahora de esa realidad, no de alternativas pasadas. Es perder el tiempo discutirlas.

—Entonces, ¿es esa tu posición oficial como hombre de ciencia? No es exactamente la que prescribe el manual.

—Estás repitiendo las cosas, Ripley. ¿Por qué? ¿Para provocarme? Ya he anotado mis actos en la bitácora oficial, y me someteré a cualquier decisión que la Compañía tome sobre el asunto. Sí, es mi posición oficial. Recuerda que la primera consideración de la ciencia es la protección y el mejoramiento de la vida humana. Eso es algo que nunca voy a contravenir.

—No, pero tu idea de lo que mejora la vida humana puede diferir de la de otros.

Por alguna razón, eso hizo que Ash se volviera y la mirara abiertamente, cuando otras preguntas no habían obtenido respuesta.

—Yo tomo mi responsabilidad de oficial en ciencias tan seriamente como tú tu cargo. Eso debiera bastarte. Estoy cansado de eso. Si tienes alguna acusación específica que hacer, ve a decírsela a Dallas —Ash se volvió entonces a sus amados instrumentos—. Si no, haz tu trabajo, y yo haré el mío.

Ripley asintió con la cabeza.

—Me parece justo.

Dándose vuelta, se encaminó hacia el corredor aún insatisfecha, sin saber ya muy bien por qué. Las respuestas de Ash tenían el sello de la validez y eran difíciles de rebatir. Eso no era lo que estaba preocupándola.

Era el hecho de que el acto de Ash, abrir la escotilla para dejar entrar a los exploradores, violaba mucho más que las reglas: iba contra toda faceta de la personalidad del científico, contradecía directamente su profesionalismo, demostrado en otras cuestiones. Ripley no lo conocía desde hacía mucho, pero hasta aquel incidente, Ash había dado la impresión de que para él no había nada por encima del manual del oficial en ciencias.

Ash afirmaba que había hecho aquello por salvar la vida de un hombre. Ella se había puesto del lado oficial. ¿Estaba ella en un error? ¿Estaría Kane de acuerdo con ella?

Ripley se dirigió al puente, muy preocupada. Pequeñas coincidencias giraban por su cabeza, ahogando todos sus pensamientos. Y había algo que faltaba, que hacía imposible unir todas aquellas coincidencias.

Ahora no quedaba en el *Nostromo* más que esperar. Esperar a que Parker y Brett terminaran su trabajo, esperar un cambio del estado de Kane.

En el puente, Lambert estaba haciendo jugar al gato Jones con unos hilos. Se suponía que aquellos hilos tan sólo estaban a bordo para divertir a Jones, pero el gato sabía demasiado. Ocasionalmente le tocaba a él entretener a los humanos. Parecían obtener considerable diversión con los manazos y las piruetas que hacía mientras ellos manipulaban las cuerdas con sus manos torpes.

Lambert llamaba aquello el juego del gato; Jones le llamaba el juego de la gente. Era un gato muy concienzudo y hacía todo lo que podía por mantener de buen humor a la navegante. A veces se volvía solemne. Era un empleo difícil para un gato. Pero Jones era concienzudo. Continuaba trabajando para complacer a los humanos, pensando en alimentos, en ratones cálidos y gordos.

—¿Qué piensas? —dijo Brett, levantando la mirada por encima de su tablero.

Parker ajustó un control y se enjugó el sudor de la frente.

—Por poco... otro medio grado y habríamos quedado listos. Quizás eso satisfaría a Ripley.

El técnico en ingeniería hizo un ruido procaz.

—¿No lo sabías? Es imposible satisfacer a Ripley.

Unos zumbidos surgieron tras la pantalla que estaba trabajando.

Parker echó una mirada al silencioso magnavoz de comunicación y preguntó:

—Si no nos dan participación plena de esto, presentaré una queja. Nos hemos ganado paga doble. Probablemente esto pueda considerarse como azar. Esta vez, más le valdrá a la Compañía portarse a la altura, o presentaremos nuestra queja al gremio. No soportaremos más.

—De acuerdo —dijo Brett.

Una mano se extendió hacia adentro del tubo donde estaba asegurada la pantalla.

—El sellador Nº 3 debiera hacerlo.

Parker metió la mano en una caja de plástico bien sellada, pero sucia, extendió a su compañero un pequeño esténcil cuadrado, pintado de gris y de rojo y volvió a mirar a la intercomunicación.

El ritmo era primitivo, sencillo, y la grabación había perdido la brillantez con la edad y el mucho uso, pero Dallas se echó hacia atrás y disfrutó de la música como si se hubiera encontrado presente en la antigua sesión de grabación. Un pie llevaba el compás silenciosamente, en increíble contrapunto con la melodía.

El comunicador pidió comunicación con un "bip", lo hizo tres veces, antes de que el capitán se diera cuenta. Exhalando un suspiro de resignación, tendió la mano y apagó la música; luego encendió un interruptor.

—Aquí Dallas.

—Aquí Ash. Creo que debieras echarle una ojeada a Kane. Ha ocurrido algo.

Dallas hizo girar sus piernas por encima del asiento y se enderezó rápidamente. La voz de Ash no era de preocupación, lo cual era alentador. Pero parecía confuso, lo cual no lo era.

—¿Algo grave?

—Algo interesante.

—Voy ahora mismo.

Dallas se puso de pie y apagó la grabadora; con tristeza vio apagarse la luz verde en su costado.

Ash había dicho "interesante". Eso podía significar que muchas cosas, no necesariamente buenas, habían ocurrido.

Sintió cierto alivio pensando que Ash habría dicho algo muy distinto si Kane hubiera muerto. Aquello significaba que el ejecutivo aún estaba con vida... En un estado "interesante".

Tal como resultaron las cosas, Ash ni siquiera estaba refiriéndose a Kane. Había llamado a Dallas al descubrir la condición de otra cosa.

Dallas encontró al científico en el corredor ante la enfermería con la nariz oprimida contra el cristal. Se dio vuelta al acercarse el capitán.

—¿Qué pasa? —dijo Ripley apareciendo súbitamente al otro extremo del corredor; su mirada pasó rápidamente de Ash a Dallas y de vuelta—. Oí algo por un monitor abierto.

Librodot

—¿Curioseando? —dijo Dallas, mirándola sorprendido.

Ella hizo un gesto.

—No hay otra cosa que hacer en esta nave. ¿Por qué? ¿Alguna objeción?

—No. Simple curiosidad.

Dallas miró a través del grueso cristal de la enfermería y habló a Ash al no notar nada extraño.

—¿Bueno?

—Kane —dijo el científico, señalándolo con el dedo—. Míralo bien. Todo su cuerpo.

Dallas miró, entornando los ojos y luego notó de qué estaba hablando Ash; o mejor dicho, no lo notó.

—Se ha ido.

Una rápida inspección de la enfermería no mostró señales del ser extraño. Kane permanecía inmóvil en la plataforma médica. Su pecho subía y bajaba tranquilamente. Al parecer estaba respirando con normalidad y sin esfuerzo, pese a la ausencia de la criatura. Una inspección más detallada reveló unos pequeños puntos negros dispersos por el borde de su rostro.

—Habrá plantado algo en él —dijo Dallas, casi retrocediendo ante aquel pensamiento repulsivo.

—No —respondió Ash, con seguridad y Dallas quiso creerle; tenía que creerle. De todos modos, los documentos personales decían que la visión del científico de a bordo era la más aguda de la nave.

—Son indentaciones, no protuberancias. Apuesto a que son marcas que le dejaron las ventosas.

Hizo una pausa, y luego añadió:

—Por lo demás, Kane parece ileso.

—Quizás todavía no haya pasado todo —intervino Ripley—. La puerta está sellada. El ser debe de estar dentro aún.

Su voz pareció confiada, pero en realidad ocultaba sus verdaderos sentimientos. El solo pensar que aquella especie de araña, especie de mano, con su ojo fijo que no parpadeaba, estuviera arrastrándose ahí dentro, le atemorizaba más de lo que quería mostrar.

—No podemos abrir la puerta —dijo Ash, pensativo—. No podemos dejarlo salir. Lo último que necesitamos es tenerlo libre por la nave.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Ripley, mirando el piso de la enfermería, y no viendo más que su metal brillante y pintado.

—No podemos asirlo ni matarlo desde lejos. Así, ¿qué podemos hacer?

—Cuando tratamos de quitarlo del rostro de Kane —dijo Dallas—, lo cortamos, le hicimos una herida. Quizás si no la hubiésemos amenazado tan claramente no habría opuesto resistencia. Quizás habríamos podido tomarla simplemente.

Visiones de espectaculares elogios por la Compañía, quizás un ascenso, ciertamente una bonificación, pasaron por su cabeza. Luego volvió a ver el cuerpo inconsciente de Kane, y se sintió culpable.

Ripley seguía estremeciéndose ante aquel solo pensamiento.

—Puedes tratar de cogerlo; yo vigilaré la puerta.

—Creo que esa idea no es mala —dijo Ash, apartándose del cristal. Es un espécimen inapreciable. Ciertamente, debemos capturarlo vivo y sano.

Tocó el interruptor que controlaba la puerta. La enfermería era un buen lugar para tratar de atrapar al intruso. Tenía paredes dobles y, salvo las entradas de aire, era el compartimiento mejor sellado del *Nostromo.*

La puerta se deslizó ligeramente. Ash echó una mirada a Dallas, quien asintió con la cabeza. Nuevamente alguien tocó el control y la puerta se desplazó otros pocos centímetros.

Ahora había espacio para que un hombre se deslizara con cuidado. Dallas fue el primero en entrar, cautelosamente seguido por Ripley. Ash entró el último; rápidamente tocó una palanca e hizo que la puerta se cerrara tras ellos.

Permanecieron muy unidos frente a la puerta, escudriñando la habitación. Ni la menor señal de la criatura. Dallas se mordió los labios y luego emitió un ligero silbido. Eso no afectó a la criatura, pero hizo que Ripley riera nerviosamente.

Examinando los lugares ocultos, Dallas echó a caminar hacia un gabinete. Aquel parecía un escondite excelente. Pero una inspección minuciosa del interior sólo mostró abastos médicos, bien arreglados, intactos.

Si se proponían atrapar a la criatura con otra cosa que sus manos, necesitaban algo sólido. Dallas escogió el primer objeto de buen tamaño que vio, una bandeja de acero inoxidable. Al volverse para echar a andar, tuvo plena conciencia de que si la criatura se sentía amenazada, podría abrirse paso a través de aquella bandeja tan fácilmente como de las manos de Dallas. Pero su peso le daba confianza.

Ash estaba inspeccionando el rincón opuesto de la enfermería. Ripley llegó a aburrirse junto a la puerta. La cerró, entró y miró bajo la plataforma que sostenía a Kane, pensando que la criatura acaso se hubiese aferrado a la parte baja. Cada músculo del cuerpo de Ripley estaba tenso, dispuesto a saltar al menor vislumbre del pequeño invasor. No sintió más que alivio cuando vio que la parte baja de la plataforma estaba vacía.

Enderezándose, pensó dónde buscar en seguida. Al hacerlo, rozó un mamparo. Algo sólido aterrizó sobre su hombro. La cabeza de Ripley giró y se encontró mirando, a unos cuantos milímetros, unos largos dedos esqueléticos, y un ojo gris como un cabujón.

De alguna manera, logró emitir un solo grito. Sus músculos se relajaron, y ella se contrajo terriblemente. Al hacerlo, la criatura cayó pesadamente sobre el suelo. Allí permaneció, inmóvil.

Dallas y Ash habían acudido a toda prisa al oír su grito. Ahora, los tres contemplaban aquella forma inerte, a sus pies. Los dedos se habían contraído, y parecían, de manera horrible, la mano de un muerto. Tan sólo los dedos extras, la cola y el ojo muerto, sin párpados, rompían aquella ilusión.

La mano derecha de Ripley yacía sobre su hombro, donde aquella cosa se había depositado. Estaba inhalando aire; la adrenalina brotaba de todo su sistema. Aún podía sentir sobre su cuerpo el peso del ser extraño.

Estiró entonces su pierna con la bota, y tocó al ser extraño, que no se movió ni opuso resistencia.

Además de la parte del brillo del ojo, la piel, como de cuero, parecía encogida y seca. Ripley volvió a empujarla con el pie y le dio vuelta. El tubo se destacaba en medio de la palma, casi completamente encogido.

—Creo que está muerto —dijo Dallas, estudiando aquel cadáver no previsto un momento antes. Luego levantó la mirada hacia Ripley—. ¿Estás bien?

La lengua y la laringe de Ripley volvieron a la vida.

—Sí. No me hizo nada. Creo que ya estaba muerto cuando cayó sobre mí.

Ripley avanzó hacia un gabinete abierto y escogió un largo fórceps de metal. Un toque a los dedos encogidos no provocó ninguna reacción, tampoco un piquete en el ojo. Dallas mantuvo en alto la bandeja. Con el fórceps, colocó en ella al extraño ser petrificado y rápidamente cerró la tapa brillante.

Se dirigieron a una mesa cercana. El ser extraño fue cuidadosamente tomado de la bandeja y colocado en la superficie lisa. Ash enfocó sobre él una luz brillante. La iluminación intensificó la palidez repugnante de la cosa. Ash escogió una pequeña sonda y con ella empujó y picó a la cosa, que no opuso resistencia.

—Miren esas ventosas.

Librodot

Con la sonda indicó la serie de pequeños y profundos agujeros alineados en el interior de la palma de la criatura. Se extendieron completamente a su alrededor.

—No me sorprende que no pudiésemos quitársela a Kane; entre esto, los dedos y esa cola que tenía alrededor del cuello...

—¿Dónde está la boca? —dijo Dallas, que tuvo que apartar su mirada del ojo único. Aun en la muerte, la órbita poseía una especie de atracción hipnótica.

—Debe ser ese órgano como un tubo, allí arriba. Eso es lo que le había metido por la garganta. Pero nunca dio ninguna señal de alimentar.

Con la sonda, Ash volteó al ser extraño sobre su dorso. Con el fórceps tomó el tubo, y por la fuerza lo arrancó parcialmente de la palma. Al sacarlo, una mayor parte del tubo cambió de color, para ponerse uniforme con el resto del cuerpo.

—Se endurece en cuanto entra en contacto con el aire —dijo Ash, que luego movió la minúscula forma sobre un cristal, la colocó bajo la lente y ajustó los controles. En unas pequeñas pantallas aparecieron unos números y palabras, cuando Ash oprimió cierto botón.

—Eso es todo —informó a los demás—. Se acabó, está muerto. Ninguna señal de vida. Quizás no sepamos mucho acerca de él, pero no es tan extraño que no podamos determinar si está vivo o muerto.

El hombro de Ripley le produjo un cosquilleo.

—Muy bien, librémonos de él —dijo.

Ash levantó la mirada y la contempló, incrédulo.

—Estás bromeando, desde luego; muy chistoso.

Ella sacudió la cabeza.

—¡Claro que no!

—Pero... tenemos que llevar esto —dijo Ash, con voz excitada—. Es nuestro primer contacto con una criatura como ésta. No hay nada semejante en nuestros catálogos, ni siquiera los hipotéticos. Se debe hacer con él toda clase de pruebas.

—Muy bien —dijo Ripley—. Entonces haz tus pruebas y luego nos desharemos de él.

—Requiere todas las instalaciones de un laboratorio biológico completamente equipado. Yo sólo puedo registrar los detalles más someros de su construcción y composición. Ni aún puedo empezar a hacer suposiciones sobre cosas tan críticas como su historia evolutiva. No podemos arrojar uno de los más grandes descubrimientos xenológicos de la última década como si fuera un pedazo de basura. Yo, personalmente y en mi capacidad de oficial en ciencia, protesto. Y Kane haría lo mismo.

—Esa cosa emitió ácido y casi perforó un agujero a través de la nave —dijo Ripley, señalándola con un movimiento de la cabeza—. ¡Dios sabe lo que podrá hacer ahora que ha muerto!

—No ha hecho nada —replicó Ash—. El fluido acídico probablemente ha sido absorbido por las células muertas y ha perdido toda fuerza. No ha hecho nada.

—Aún no.

Ash dirigió una mirada implorante a Dallas:

—No se ha movido, ni resistió cuando lo picamos por todas partes, aun en el ojo. Nuestros instrumentos dicen que está muerto, y en mi opinión bien se puede suponer que no es un zombie. Dallas, tenemos que conservar este espécimen.

Cuando Dallas no respondió, Ash siguió hablando.

—Por una parte, si no podemos sacar del coma a Kane, el equipo médico que va a tratarlo necesitará la criatura que le indujo ese estado. Si la arrojamos, también estaremos arrojando el secreto para reanimar a Kane.

Finalmente, Dallas habló:

—Tú eres el científico. Es tu departamento, y la decisión depende de ti.

—Entonces, está tomada —dijo Ash, echando una mirada de codicia a su adquisición—.

Librodot

La sellaré en un tubo de estasis. Esto anulará toda posibilidad de revivir. Podemos encargarnos de él.

—Eso fue probablemente lo que pensó Kane —murmuró Ripley.

Dallas le dirigió una mirada, y ella apartó la vista.

—Supongo que aquí hemos dado cuenta del monstruo —dijo ella indicando la plataforma—. ¿Y qué me dicen de Kane?

Ash volvió su rostro para contemplar la camilla. Tras un breve examen del ejecutivo y un estudio de su rostro marcado por las ventosas, el científico activó varios instrumentos en el tablero médico. El automédico hizo varios ruidos, y empezaron a aparecer datos.

—Tiene fiebre.

—¿Muy alta?

—No, nada que su sistema no pueda absorber. La máquina le reducirá la temperatura. Aún está inconsciente.

—Eso podemos verlo.

Ash levantó la mirada hacia Ripley.

—No necesariamente; podría estar dormido, lo que es distinto.

Ripley iba a contestar, pero fue interrumpida por una airada respuesta de Dallas:

—Ustedes dos, basta ya de peleas.

Como si no tuviera bastantes problemas, ahora debía enfrentarse a una tensión entre miembros de la tripulación. Considerando la tensión mental que todos habían padecido recientemente, podían esperarse tales conflictos, pero Dallas sólo toleraría el mínimo necesario. Un antagonismo abierto era algo que debía evitar a toda costa. No tenía tiempo de enfrentarse con camarillas que "congelaran" a alguno.

Para que Ash dejara de pensar en Ripley y viceversa, volvió la conversación hacia Kane.

—Inconsciente y con fiebre ligera. ¿Algo más?

Ash estudió sus datos:

—Nada que aparezca aquí; sus signos vitales siguen siendo fuertes.

—¿Tu pronóstico a largo plazo?

El científico vaciló.

—Yo no soy médico; el *Nostromo* no es lo bastante grande para llevar uno.

—O lo bastante importante. Eso ya lo sé. Pero tú eres lo más parecido a un médico que tenemos. Simplemente, deseo tu opinión. No pasará a la bitácora y, ciertamente, no te haré responsable.

Su mirada se volvió hacia Kane, compañero de tripulación y amigo.

—No quiero parecer demasiado optimista —dijo Ash lentamente—, pero basado en su estado actual y en lo que me dicen los monitores, me atrevo a decir que saldrá adelante.

Dallas sonrió, y luego asintió con la cabeza lentamente:

—Ya es bastante. No habría podido pedir más.

—Espero que tengas razón —añadió Ripley—. A veces estamos en desacuerdo, pero esta vez espero que tengas razón.

Ash se encogió de hombros.

—Quisiera hacer más por él; pero, como lo he dicho no estoy preparado para esto. Queda en manos del automédico. Precisamente ahora estaba recibiendo algunos datos extraños, pero no hay ningún precedente para que la máquina pueda atacar. Todo lo que podemos hacer es esperar hasta que descifre lo que le hizo la criatura extraña. Entonces podrá prescribir y comenzar un tratamiento.

Súbitamente pareció desanimado.

—Desearía estar calificado en el aspecto médico. No me agrada esperar a las máquinas.

Ripley pareció sorprendida.

—Es la primera vez que te oigo decir algo contra la máquina, Ash.

Librodot

—Ninguna máquina es perfecta; debieran ser más flexibles. Necesitamos aquí un hospital completo, no simplemente este pequeño automédico. No ha sido designado para enfrentarse a algo como... bueno, como este ser extraño. El problema puede estar por encima de su capacidad. Como cualquier máquina, simplemente es tan eficaz como la información programada en ella. Quisiera saber más de medicina.

—Esta también es la primera vez que te he oído expresar sentimientos de inadecuación —le contestó Ripley.

—Si no se sabe todo, siempre se siente uno incompetente. No veo cómo podría uno sentirse de otro modo —dijo Ash, contemplando de nuevo a Kane.

—Ese sentimiento se amplifica cuando el universo le pone a uno frente a algo que está totalmente fuera de la propia experiencia. Si no tengo conocimientos para enfrentarlo del modo adecuado, entonces me siento impotente.

Maniobrando cuidadosamente con el fórceps, levantó al ser extraño con dos dedos y lo transfirió a un largo tubo transparente. Oprimió entonces un control colocado en el interruptor del tubo, y lo selló. Un resplandor amarillo llenó el tubo.

Ripley había observado con mirada intensa todo el procedimiento. Casi esperaba que la criatura de pronto se disolviera para escapar del tubo de estasis y los amenazara a todos. Finalmente convencida de que ya no la amenazaría más que en sus pesadillas, dio vuelta y se encaminó a la salida de la enfermería.

—No sé qué opinen todos ustedes —dijo por encima de un hombro—. Pero a mí me vendría bien un poco de café.

—Buena idea —dijo Dallas, y luego miró a Ash.

—¿Te quedarás aquí solo?

—¿Quieres decir solo con esto? —repuso Ash, señalando con un pulgar en dirección del recipiente sellado, y respondió—: Soy un hombre de ciencia. Cosas como ésta aceleran mi curiosidad, no mi pulso. Me quedaré bien, gracias. Si algo ocurre o si el estado de Kane muestra señales de cambio, les avisaré inmediatamente.

—Hecho.

Dallas miró a Ripley, que esperaba.

—Busquemos ese café.

La puerta de la enfermería se deslizó silenciosamente tras ellos y echaron a andar hacia el puente, dejando que el automédico se encargara de Kane, y que Ash trabajara con el automédico.

VIII

El café aplacó sus estómagos, si no sus cerebros. Alrededor de ellos el *Nostromo* funcionaba, sin interesarse en aquel extraño ser muerto en la enfermería. Zumbidos y olores familiares llenaban el puente.

Dallas reconoció algunos de los olores: procedían de varios miembros de la tripulación. No se molestó por ello, tan sólo olfateó varias veces para reconocerlos. Artículos refinados, como el desodorante, no se echaban de menos en una nave del tamaño del *Nostromo.* Aprisionada en una botella de metal, a años-luz de mundos cálidos y atmósferas sanitarizadas, la tripulación no se ocupaba de asuntos tan poco importantes como los efluvios de algún vecino.

Ripley aún parecía preocupada.

—¿Qué mal te corroe? ¿Todavía resentida por la decisión de Ash de dejarnos volver?

La voz de Ripley reveló su frustración:

—¿Cómo pudiste dejarle a él ese tipo de decisión?

—Ya te lo dije —explicó él, pacientemente—. Mi decisión fue permitir entrar a Kane, no... ¡Ah! ¿Quieres decir acerca de conservar ese cadáver?

Ella asintió con la cabeza:

—Sí; es demasiado tarde para discutir acerca del regreso. Quizá me equivoqué. Pero conservar eso a bordo, muerto o no, después de lo que le hizo a Kane...

El trató de aplacarla:

—No estamos seguros de que haya hecho algo a Kane, aparte de desmayarlo; según los datos, no tiene nada malo. En cuanto a conservarlo a bordo, yo simplemente dirijo esta nave. Sólo soy un piloto.

—Tú eres el capitán.

—Un grado de último recurso, que no significa nada en situaciones específicas. Parker pasa por encima de mí en cuestiones de ingeniería. En todo lo que tenga que ver con la división de ciencias, Ash tiene la última palabra.

—¿Y cómo ocurre esto?

Ahora la voz de Ripley fue más de curiosidad que de amargura.

—Del modo en que ocurren todas las cosas: por órdenes de la Compañía.

—¿Has leído su propio directorio?

—¿Desde cuándo es ése el procedimiento normal?

Dallas empezaba a exasperarse:

—¡Vamos, Ripley! Esta no es una nave militar. Sabes tan bien como yo que el procedimiento normal es lo que te indica qué hacer. Ese principio incluye la independencia de los distintos departamentos, como el de ciencia. Si yo creyera lo contrario, no estoy seguro de que habría aceptado venir aquí.

—¿Qué te pasa? ¿Las visiones de bonos descubiertos están desapareciendo ante el espectro de un hombre muerto?

—Tú sabes bien que no es así —replicó Dallas, tajante—. No hay ninguna bonificación bastante grande para que pueda cambiarse por ella la salud de Kane. Ahora es demasiado tarde para eso. Ya estamos aquí, y ya ha ocurrido. Mira, no te metas conmigo ¿quieres? Yo me limito a llevar carga por un sueldo. Si yo deseara ser un gran explorador y estuviese matándome por obtener bonos por entregas, me habría inscrito en el cuerpo de la frontera. Y ya habrían podido arrancarme la cabeza una docena de veces. La gloria... ¡No, gracias! No es para mí. Me conformo con que me devuelvan a mi oficial ejecutivo.

Ripley no contestó esta vez; se quedó silenciosa durante varios minutos. Cuando volvió a hablar, su amargura se había disipado.

—¿Han estado tú y Kane en muchos vuelos?

—Los suficientes para conocernos —dijo Dallas, con voz hueca mirando fijamente a su tablero.

—¿Y qué me dices de Ash?

—¿Vas a volver a empezar con eso? —dijo Dallas, suspirando y con ganas de huir, pero no había a dónde—. ¿Qué quieres saber de él?

—Lo mismo. Dices conocer a Kane. ¿Conoces a Ash? Has volado con él antes.

—No.

Aquella idea no preocupó a Dallas en lo más mínimo.

—Esta es la primera vez. Hice cinco remolques, largos y cortos, con distintos cargamentos y otros científicos; luego dos días antes de que saliéramos de Thedus, los reemplazaron por Ash.

Ella lo miró significativamente.

—¿Qué hay con eso? —dijo él, con rudeza—. También reemplazaron a mi viejo oficial por ti.

—No confío en él.

—Buena actitud. Ahora bien, yo... yo no confío en nadie.

"Es tiempo de cambiar de tema", pensó Dallas. Por lo que había visto hasta entonces, Ash

Librodot

era un oficial competente, aunque un poco estirado cuando se trataba de bromear con él, pero la camaradería personal no era necesaria en viajes en que se pasaba casi todo el tiempo, salvo al partir y llegar, en la narcosis del hipersueño. Mientras cumpliera con su trabajo, a Dallas le importaba un comino su personalidad. Hasta entonces no había razón para dudar de la competencia de Ash.

—¿Qué está retrasando las reparaciones? —preguntó Dallas a Ripley. Ella echó una mirada a su cronómetro e hizo ciertos cálculos:

—Casi deben estar terminando. Sólo deben estar revisando los puntos finos.

—¿Por qué dices eso?

—Aún quedan algunas cosas por hacer. Estoy segura, o ya habrían dicho algo. Mira, ¿tú crees que estoy ganando tiempo para Parker?

—No. ¿Qué queda por hacer?

Ripley formuló una rápida pregunta a su tablero:

—Aún estamos ciegos en los puentes B y C. Las antenas volaron, y hay que reemplazarlas por completo.

—Me importan un comino los puentes B y C. Sé bien cómo están. ¿Algo más?

—Los sistemas de energía de reserva se agotaron cuando aterrizamos. ¿Recuerdas el problema con las luces secundarias?

—¿Pero está fija la principal fuente de energía?

Ripley asintió con la cabeza.

—Entonces, todo eso de las reservas es inútil. Podemos despegar sin ellas, volver al hipersueño y viajar realmente, en lugar de estar perdiendo el tiempo por aquí.

—¿Es buena idea esa? Quiero decir, despegar sin arreglar por completo las luces secundarias.

—Quizás no, pero quiero salir de aquí, y quiero salir ahora mismo. Hemos investigado esa señal, y aquí el único al que hay que rescatar es a Kane. Dejemos que alguna expedición de la Compañía, con el equipo apropiado, venga a excavar alrededor de esa nave abandonada. No es eso por lo que nos pagan. Hemos obedecido todas las órdenes. Ahora, ya es suficiente. Vámonos de aquí.

En el puente cada quien volvió a asumir su puesto. Se olvidaron de Kane y del extraño ser muerto. Todo quedó en el olvido, salvo los procedimientos de despegue. Una vez más, todos formaban una unidad. Las animosidades y opiniones personales fueron pospuestas al deseo de hacer que el remolcador despegara y volviera al espacio limpio y abierto.

—Impulso primario activado —informó Ash, desde la enfermería y en su puesto habitual.

—Verificado —llegó la voz de Lambert.

—Los botones secundarios aún no funcionan.

Ripley frunció el ceño al leer aquello en el tablero por encima de su cabeza.

—Sí, ya lo sé. Navegante, ¿estamos listos?

Lambert estudió su pantalla.

—Reingreso orbital computado y registrado. Estoy comprobando las posiciones con la refinería. Las tendré dentro de un segundo.

—¡Aquí están!

Oprimió luego una serie de botones, en secuencia. Unos números se iluminaron sobre la cabeza de Dallas.

—Me parece bien. Corregiremos al estar arriba, de ser necesario. Preparen el despegue.

Cubierto de polvo extraño, el *Nostromo* empezó a vibrar. Un rugido se elevó sobre el aullar de la tormenta, un trueno hecho por el hombre, que resonó en las colinas de lava e hizo vibrar unas columnas hexagonales de basalto.

—Preparados —dijo Ripley.

Dallas echó una mirada a Ash:

—¿Cómo se está sosteniendo?

El científico estudió sus instrumentos:

—Todo está funcionando; no puedo decir por cuánto tiempo.

—Lo suficiente para sacarnos de aquí —dijo Dallas por el intercomunicador—. Parker ¿cómo se ve desde allí? ¿Podemos despegar sin que roce el motor de energía profunda?

Dallas sabía que si no podían contrarrestar la gravedad con el primer impulso, tendrían que cortar los hiper-aparatos para salir de allí. Pero un segundo o dos de hiperimpulso los sacaría completamente del sistema. Ello significaría relocalizarlo y aprovechar un tiempo precioso para unirse una vez más con su cargamento. Y el tiempo se convertiría en aire. Minutos=litros. El *Nostromo* continuaría reciclando su mínimo abasto de material respirable tan sólo ese tiempo.

Cuando sus pulmones empezaran a rechazarlo tendrían que volver a los congeladores, hubiesen encontrado la refinería o no.

Dallas pensó en la gigantesca fábrica flotante y trató de imaginar cuánto necesitarían para pagarla con sus distintos modestos salarios.

La respuesta de Parker mostró ciertas esperanzas, aunque no fue precisamente alentadora.

—Muy bien, pero recuerden, esto es simplemente un trabajo provisional. Se necesita el equipo de los diques para que las reparaciones sean completas.

—¿Podrán mantenerse?

—Deben mantenerse, a menos que encontremos arriba mucha turbulencia. Eso podría hacer volar las celdas nuevas. Eso fue todo. No hay manera de volver a repararlas.

—Así pues, tómenlo con calma —añadió Brett, desde su asiento en el cubículo de ingeniería.

—Te oigo; tendremos cuidado. Todo lo que hay que hacer es llegar al gee 0 y luego podemos seguir hasta Sol. Luego las malditas celdas podrán irse al demonio si quieren. Pero hasta que estemos arriba y fuera, manténganlas intactas, aunque tengan que sostenerlas con las manos.

—Haremos lo que podamos— dijo Parker.

—Inspección. El puente corta.

Dallas se volvió para enfrentarse a la funcionaría del *Nostromo.* Ripley estaba desempeñando dos cargos por la incapacidad de Kane.

—Elévanos unos cien metros y mete los zancos de aterrizaje, —dijo Dallas, y luego volvió su atención a su tablero nuevo—. Yo lo mantendré firme.

—Hasta cien —dijo Ripley, manipulando unos controles.

El trueno se intensificó afuera cuando el remolcador se elevó de aquella superficie azotada por el viento. La nave se elevó unos cien metros por encima del suelo, mientras el polvo corría confusamente por debajo de ella. Los macizos pilares que habían soportado al *Nostromo* se doblaron limpiamente, entrando en su caja de metal.

Un ligero golpe resonó en el puente, confirmando los datos de las computadoras.

—Los zancos se han doblado —anunció Ripley—. El blindaje se está cerrando.

Las placas de metal resbalaron, cubriendo los zancos y sellando la nave, a salvo de partículas de polvos y una atmósfera extraña.

—Todo se sostiene —declaró Ash.

—Muy bien. Ripley, Kane no está aquí, así que esto es todo tuyo. Elévanos.

Ripley tocó una doble palanca en el tablero del ejecutivo.

El rugido afuera era ensordecedor, aunque no hubiese nada que oír y por qué quedar debidamente impresionado por los avances de la humanidad. Ligeramente inclinado hacia arriba, el *Nostromo* empezó a avanzar.

—Estoy subiendo los gees —dijo Ripley, tocando varios botones adicionales—. ¡Aquí vamos!

Librodot

Elevándose hacia el cielo y acelerando continuamente, el remolcador pareció de pronto saltar hacia adelante. Unos vientos poderosos rozaron su piel dura y brillante, y no alteraron su curso ni su velocidad.

La atención de Lambert estaba fija en un aparato especial:

—Un kilómetro y ascendiendo. En ruta. Inserción orbital 5.3 en 2 minutos.

Luego añadió silenciosamente, para sí misma "Si esto aguanta todo ese tiempo".

—Todo suena bien —murmuró Dallas, observando dos líneas que se juntaban tranquilizadoramente en su tablero—. Adelante la gravedad artificial.

Lambert movió un interruptor. La nave pareció vacilar, el estómago de Dallas protestó al desaparecer la gravedad del pequeño mundo que quedaba tras ellos, y que fue reemplazada de un tirón enérgico.

—Lista —informó Lambert, mientras sus propias entrañas volvían a sus puestos.

La mirada de Ripley pasaba de una pantalla a otra. Apareció una ligera discrepancia, y ella se apresuró a corregirla.

—Datos de impulso desigual. Estoy alterando el vector.

Tocó ligeramente un interruptor, y observó con satisfacción una aguja que volvía a su lugar correspondiente.

—Compensación efectuada. Ahora, se mantiene firme. Estamos en curso.

Dallas empezaba a creer que lo habían logrado sin ninguna dificultad cuando un temblor violento recorrió todo el puente. Mandó por los aires las posesiones personales y los pensamientos frenéticos de toda la tripulación. El temblor duró tan sólo un momento, y no se repitió.

—¿Qué demonios fue eso? —preguntó Dallas en voz alta.

Como respuesta, el intercomunicador zumbó pidiendo atención.

—¿Eres tú Parker?

—Sí, tuvimos ciertas dificultades aquí atrás.

—¿Graves?

—El cuadrante de estribor se sobrecalentó. Juzga por ti mismo.

—¿Puedes arreglarlo?

—¿Hablas en serio? Estoy apagándolo.

—Compensando de nuevo el impulso desigual —anunció Ripley solemnemente.

—Hay que mantenerlo unido hasta que esté más allá del doble cero —dijo Dallas, ante el micrófono.

—¿Qué crees que estamos tratando de hacer aquí?

El intercomunicador cortó la comunicación.

En el puente se hizo audible un ligero cambio del rugido de las máquinas; nadie miraba a su vecino, por temor de ver en él sus propias preocupaciones.

Avanzando un poco más lentamente, pero aún deslizándose sin esfuerzo entre nubes de vapor, el *Nostromo* siguió en el espacio, en ruta para encontrarse con la refinería.

En contraste con la relativa calma del puente, el cuarto de máquinas era escenario de una actividad febril. Brett estaba nuevamente dentro de un tubo, sudando y deseando estar en otra parte.

—¿Lo acomodaste? —le preguntó Parker, desde fuera.

—Sí, eso creo. El polvo está atascando de nuevo las malditas tomas. La número dos está sobrecalentándose.

—Creí que habíamos dejado fuera eso.

—Yo también. Debió de entrar por una pantalla. ¡Las malditas máquinas son demasiado sensibles!

—No fueron diseñadas para volar entre huracanes de partículas —le recordó Parker a su

socio—. Escupe sobre ellas unos dos minutos y todo se aclarará.

Un segundo temblor recorrió el puente.

La atención de todos estaba fija en sus respectivos tableros. Dallas pensó en preguntar al ingeniero, y luego lo meditó mejor y se abstuvo. Si Parker tenía algo de que informar, lo haría.

"¡Vamos, vamos!" dijo silenciosamente. "¡Arriba!" Se prometió a sí mismo que si Parker y Brett lograban mantener funcionando los impulsos primarios durante otros dos minutos, intercedería en nombre de ellos por aquellas bonificaciones que constantemente estaban solicitando. Un aparato mostró que la gravitación estaba desvaneciéndose rápidamente. "Un minuto más", rogó Parker, acariciando con una mano, inconscientemente, la pared más cercana. "¡Sólo otro minuto!"

Surgiendo de una corona de nubes, el *Nostromo* salió al espacio abierto. Un minuto y cincuenta segundos después, el indicador de gravedad de superficie en el tablero de Dallas señaló cero.

Aquella fue la señal para ciertas aclamaciones poco profesionales pero sinceras en el puente.

—¡Lo logramos! —dijo Ripley, dejándose caer, exhausta, contra el respaldo acojinado del asiento—. ¡Diablos! Lo logramos.

—Cuando ese primer temblor y cuando empezamos a perder velocidad, creí que no lo lograríamos —suspiró Dallas—. Ya veía cómo nos estrellábamos contra la colina más cercana. Bien pudo pasarnos, si hubiésemos tenido que subir dejando perder la refinería.

—No hay nada de qué preocuparse —dijo Lambert, sin sonreír—. Habríamos aterrizado, para quedarnos allí. Entonces, nuestra llamada de auxilio es la que habría sonado. Nos habríamos podido relajar en el hipersueño hasta que alguna otra afortunada tripulación saliera de sus congeladores para rescatarnos.

"No menciones nada acerca de bonificaciones... todavía", estaba diciéndose Dallas a sí mismo. "Sorpréndelos con ella cuando despierten en la órbita terrenal", pero por ahora, el equipo de ingeniería al menos se había ganado un elogio verbal.

Encendió la intercomunicación:

—Buen trabajo, ustedes dos. ¿Cómo se sostiene?

—Ahora que salimos del polvo, está ronroneando como Jones.

Un agudo sonido vibró por el magnavoz. Dallas frunció el ceño durante un momento, incapaz de reconocerlo. Entonces comprendió que Parker probablemente había abierto una cerveza, sin darse cuenta de que estaba demasiado cerca del micrófono.

—Fue muy sencillo —continuó el ingeniero, orgulloso—. Cuando nosotros reparamos algo, reparado se queda.

Un sonido gorgoreante llenó el magnavoz, como si Parker estuviera sumergiéndose en algo.

—Claro que sí. Buen trabajo —les confirmó Dallas—. Descansen un poco, se lo han ganado. ¡Parker!

—¿Sí?

—Cuando nos elevemos rumbo a la tierra y estés coordinando tu departamento con control de ingeniería, aparta tu cerveza del micrófono.

El gorgoreo cesó.

Satisfecho, Dallas cortó la comunicación y dijo, sin dirigirse a nadie en particular:

—Cobremos el dinero y vámonos a casa. Llévalo al garage, Lambert.

El ángulo de ascenso del *Nostromo* empezó a reducirse. Pasaron varios minutos antes de que un continuo "bip" empezara a sonar sobre el puesto de la navegante.

—Aquí viene —informó Lambert a sus compañeros—. Precisamente donde se supone que debe estar.

Librodot

—Muy bien —dijo Dallas, manipulando controles—. Alíneanos y mantente observando la refinería.

Los instrumentos zumbaban al ajustar su posición respecto a la montaña de plástico y metal. Ripley encendió un control, y el remolcador siguió hacia atrás, acercándose a la oscura masa de la refinería.

—Estamos en posición —dijo.

—Adelante —dijo Dallas observando intensamente ciertos datos, con los dedos sobre una hilera de botones rojos.

—Estamos desplazándonos —la atención de Ripley enfocaba dos pantallas al mismo tiempo—. Se reduce la distancia. Veinte, quince... ¡ya está!

Manipuló un interruptor.

Dallas oprimió los controles rojos:

—Motores apagados, energía primaria de compensación. Tenemos estabilidad inercial. Activen el cerrojo de hiper-impulso.

—Activado —le informó Ripley—. Ya estamos unidos.

Al ser activado ahora, el *Nostromo* generaría un campo de hiperimpulso suficiente para incluir la refinería. Viajaría junto con ellos, envuelta en esas misteriosas manifestaciones de irrealidad que capacitan a naves y hombres a viajar con mayor velocidad que la luz.

—Rumbo fijo hacia la tierra —ordenó Dallas tensamente—. Entonces, enciende el grande, y llévanos a la velocidad de la luz más cuatro.

—Con todo gusto.

—Curso computado, y cerrado —dijo Lambert, un momento después—. Es hora de ir a casa.

Luego añadió, para sí misma: "Pies míos, sacadme de aquí".

Ripley tocó un gran control. El pequeño mundo con la extraña nave aprisionada se desvaneció como si nunca hubiese existido. El *Nostromo* alcanzó y superó la velocidad de la luz. Un efecto de corona se materializó a través de la nave y la refinería. Sobre ellos, las estrellas se volvieron azules, y las que se quedaron atrás cambiaron al color rojo.

Seis miembros de la tripulación se encaminaban, tranquilizados, a casa. Seis miembros de la tripulación, y algo más llamado Kane.

Se sentaron alrededor de la mesa a tomar café o cualquier otro líquido cálido que estimulara, según sus gustos y sus hábitos. Sus posturas relajadas mostraban su estado de ánimo actual, que hasta entonces había sido tan rígido como el cristal, y doblemente frágil. Ahora, unas piernas colgaban despreocupadamente de los brazos de los sillones, y las espaldas se hundían entre los cojines.

Lambert aún seguía en el puente, haciendo las últimas correcciones antes de darse el lujo de descansar. Ash se hallaba abajo en la enfermería acompañando a Kane. El oficial ejecutivo y su estado eran el principal tema de conversación.

Parker escanció un té humeante, y chasqueó los labios con poca delicadeza, proponiendo con su habitual confianza:

—Lo mejor será congelarlo. Eso detendrá la maldita enfermedad.

—No sabemos si la congelación alterará su estado de algún modo —arguyó Dallas—. Podría empeorarlo. Lo que podría intensificar eso que lo ha poseído.

—Es mil veces mejor que no hacer nada —dijo Parker, esgrimiendo su taza como un bastón—. Y eso es lo que hasta hoy ha hecho el automédico: nada. Tenga lo que tenga, está por encima de su capacidad. Exactamente como dijo Ash. Esa computadora médica está programa para curar cosas como mareos y huesos rotos, no algo por ese estilo.

—Todos sabemos que Kane necesita ayuda especializada.

—Que acabas de reconocer que no podemos prestarle.

—Correcto —dijo Parker, apoyándose sobre su respaldo—. Exactamente. Por eso digo:

Congélenle hasta que estemos en casa, y pueda revisarlo un médico especializado en enfermedades extrañas.

—Correcto —añadió Brett.

Ripley sacudió la cabeza y pareció irritada.

—Siempre que él dice algo, tú añades: "correcto". ¿Sabes eso, Brett?

Brett rió:

—Correcto.

Ripley se dio vuelta para mirar al ingeniero.

—¿Qué piensas de eso, Parker? Tu equipo se limita a decir "correcto". Como los loros.

Parker se volvió hacia su colega:

—Sí. Di otra cosa. ¿Eres un tipo o un loro?

—Correcto.

—¡Oh, ciérrala!

A Dallas le dio lástima el ingeniero. Un poco de frivolidad les vendría bien a todos, y él tenía que oponerse. ¿Por qué tenía que ser así? Las relaciones entre los miembros de la tripulación eran de más confianza entre iguales que en un tipo de cadena de mando, de jefe a subordinado. Entonces, ¿por qué súbitamente se habían visto obligados a recordarle que él era el capitán?

Quizás porque se hallaban en una situación crítica, en cierto modo, y alguien tenía que estar al mando oficialmente. Estaba harto de la responsabilidad. Mal empleo. Precisamente, habría preferido estar en el cargo de Ripley o de Parker. Especialmente en el de Parker. Los dos ingenieros podían estar allá, tranquilos en su cubículo privado, y olvidarse alegremente de todo lo que no les afectase de manera directa. Mientras estuviesen funcionando las máquinas y los sistemas de la nave, no eran responsables ante nadie.

Se le ocurrió a Dallas que no le gustaba personalmente tomar decisiones. Por ello estaba al mando de un viejo remolque y no de una nave de línea. Y algo más revelador: quizás por ello nunca se quejaba de eso. Como capitán del remolcador podía pasar la mayor parte del tiempo en el hipersueño, no haciendo más que dormir y cobrar su salario. En el hipersueño no tenía que tomar decisiones.

"Pronto" se dijo a sí mismo. Pronto retornarían todos a las comodidades privadas de sus ataúdes individuales. La aguja señalaría cantidades bajas, los soporíferos entrarían en sus venas, embotarían sus cerebros, y ellos se dejarían ir gratamente hasta una tierra en donde ya no había que tomar decisiones y no existían las sorpresas desagradables de un universo hostil. En cuanto terminaran su café.

—Kane tendrá que entrar en cuarentena —dijo tranquilamente, dando un sorbo a su café.

—Sí, y nosotros también —dijo Ripley, desalentada ante aquel pensamiento.

Eso era comprensible. Tendrían que hacer el largo recorrido hasta la Tierra tan sólo para pasar semanas en aislamiento, hasta que los médicos se convencieran de que ninguno de ellos llevaba nada parecido a lo que había afectado a Kane. Visiones de grata hierba verde bajo sus pies y altos cielos azules pasaron por su mente. Vio una playa y un hermoso pueblecillo en la costa de El Salvador. Era penoso tener que aislarlos a todos. Sus ojos se volvieron cuando apareció una nueva figura. Lambert parecía cansada y deprimida.

—¿Quieren que les diga ciertas cosas para bajarles los ánimos?

—A ver, un poco de suspenso —respondió Dallas, tratando de prepararse mentalmente para lo que sospechaba que vendría. Sabía que la navegante se había quedado en el puente preparando algo.

—Según mis cálculos, basados en el tiempo pasado en ir y volver a esa nave y en el alto no programado, la cantidad de tiempo que pasamos al desviarnos...

—Dame la versión abreviada —la interrumpió Dallas—. Ya sabemos que nos hemos desviado al obedecer a aquella señal. ¿Cuánto falta para llegar a la Tierra?

Lambert terminó su taza de café, se dejó caer en una silla y dijo tristemente:

—Diez meses.

—¡Cielos!

Ripley contempló el fondo de su taza; nubes, hierba y playa se alejaron en su imaginación, se confundieron con un halo pálido, con un azul verdoso fuera de su alcance.

Cierto, diez meses en hipersueño no se diferenciaban de un mes. Pero sus mentes trabajaban con tiempo real. Ripley habría soportado la idea de seis meses; en cambio, de diez...

El intercomunicador zumbó, pidiendo atención y Dallas lo encendió:

—¿Qué ocurre, Ash?

—Ven a ver ahora mismo a Kane.

Había urgencia en su voz, y sin embargo cierta extraña duda.

Dallas se sentó muy derecho, así como los demás ante la mesa:

—¿Algún cambio de su estado? ¿Es grave?

—Es más sencillo que vengas a verlo.

Hubo una carrera general hacia el corredor. El café quedó humeante sobre la mesa desierta.

Horribles visiones pasaron por el cerebro de Dallas, que se abría paso hasta la enfermería, con los demás siguiéndole los talones. ¿Qué espantosos efectos posteriores habría producido la extraña enfermedad en su ejecutivo? Dallas se imaginó un hormigueo de minúsculas manos grises con su ojo único brillando húmedamente, adueñándose de las paredes de la enfermería, o algún hongo como lepra que envolviera el cuerpo descompuesto del infortunado Kane.

Llegaron a la enfermería jadeando por el esfuerzo de correr escaleras arriba y abajo. No había ningún hormigueo de manos extrañas por las paredes. Ningún extraño crecimiento, fungoide o no, invadía el cuerpo del ejecutivo. Ash había hablado muy discretamente del estado de Kane.

El ejecutivo estaba sentado sobre la plataforma médica, con los ojos abiertos y claros, funcionando en perfecta armonía con su cerebro. Sus ojos se volvieron al ver llegar a todos.

—¡Kane! —Lambert no podía creer a sus ojos—. ¿Estás bien?

"Parece perfectamente", pensó, asombrada. "Como si nada le hubiese ocurrido".

—¿Deseas algo? —le preguntó, cuando Kane no respondió a la pregunta de Lambert.

—Tiene la boca seca —dijo Dallas, pensando súbitamente en lo que Kane en su situación actual le recordaba: un hombre que volviera de la amnesia. El ejecutivo parecía alerta y bien, pero desconcertado por alguna razón particular, como si tratara de organizar sus pensamientos.

—¿Pueden darme un poco de agua?

Ash corrió hacia un dispensario, tomó una copa de plástico, la llenó y la tendió a Kane. El ejecutivo la vació de un solo golpe. Dallas notó distraídamente que la coordinación muscular parecía normal. Los movimientos de la mano a la boca habían sido hechos instintivamente, sin pensarlo.

Aunque enormemente tranquilizadora, la situación era ridícula. Tenía que haber algo mal en Kane.

—Más —fue todo lo que dijo Kane, y continuó actuando como un hombre con completo dominio de sí mismo. Ripley encontró un recipiente más grande, lo llenó hasta el borde y se lo tendió.

Kane vació el contenido como un hombre que acabara de pasar diez años en un desierto y luego se echó hacia atrás en la plataforma, abriendo mucho la boca, como necesitado de aire.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Dallas.

—Muy mal. ¿Qué me sucedió?

—¿No te acuerdas? —preguntó Ash.

Así pues, notó Dallas con satisfacción, la analogía con la amnesia había sido más cercana

Librodot

de lo que él creyera.

Kane se estiró ligeramente, más por músculos doloridos por el desuso que por otra cosa, y respiró profundamente.

—No me acuerdo de nada. Apenas puedo recordar mi nombre.

—Tan sólo para anotarlo... para el informe médico —preguntó Ash, profesionalmente—, ¿cómo te llamas?

—Kane, Thomas Kane.

—¿Eso es todo lo que recuerdas?

—Por el momento, sí.

Kane hizo que su mirada recorriera cada una de aquellas caras ansiosas:

—Me acuerdo de todos ustedes, pero aún no recuerdo sus nombres.

—Ya los recordarás —le aseguró Ash, con confianza—. Te acuerdas de tu nombre y reconoces nuestras caras. Buen principio. También es señal de que tu pérdida de memoria no es absoluta.

—¿Te duele algo?

Sorprendentemente, el estoico Parker fue el que hizo la primera pregunta de persona sensible.

—Me duele todo. Me siento como si alguien hubiera estado apaleándome todo un año.

Kane volvió a sentarse en la camilla, echó sus piernas a un lado y sonrió.

—¡Dios mío, tengo hambre! ¿Cuánto tiempo estuve fuera?

Dallas continuó contemplando incrédulo a Kane, aparentemente ileso:

—Un par de días. Desde luego, ¿no te acuerdas de lo que te ocurrió?

—No. Absolutamente de nada.

—¿Qué es lo último que recuerdas? —preguntó Ripley.

—No lo sé.

—Estabas con Dallas y conmigo en un planeta extraño, explorando. ¿Te acuerdas de lo que pasó allí?

La frente de Kane se llenó de arrugas, mientras él batallaba con la niebla que oscurecía su memoria. Los recuerdos permanecían desconcertantemente fuera de su alcance, y concretarlos era imposible y doloroso.

—Simplemente, un sueño horrible acerca de algo que se fundía. ¿Dónde estamos ahora? ¿Todavía en el planeta?

Ripley negó con la cabeza.

—No, me alegra decírtelo. Estamos en el hiperespacio, de regreso a casa.

—Prepárense para volver a los congeladores —añadió Brett, optimista.

Estaba tan ansioso como los demás por volver a la protección y la inconsciencia del hipersueño. Ansioso por la pesadilla que se había impuesto a ellos.

Aun cuando contemplar al ileso Kane hacía difícil reconciliar sus recuerdos con la imagen del extraño horror que había llevado a bordo, la criatura petrificada aún estaba allí, inmóvil en el tubo para quien quisiera inspeccionarla.

—Estoy por eso —se apresuró a decir Kane—. Estoy mareado y exhausto; hasta podría entrar en el sueño profundo sin los congeladores.

Echó una mirada de desconcierto a su alrededor, por toda la enfermería.

—Sin embargo, en este momento me muero de hambre. Quiero un poco de alimento antes de descender.

—Yo mismo estoy hambriento —dijo Parker, cuyo estómago gruñó sin ninguna delicadeza.

—Es difícil salir del hipersueño sin que el estómago proteste. Más vale descender con la barriga llena. Así es más fácil salir.

—No refutaré yo eso —dijo Dallas, sintiendo que había que celebrar algo, a falta de

Librodot

material para una fiesta, un último festín antes del hipersueño no vendría mal.

—A todos nos vendría bien un poco de alimento, una comida antes de volver a la cama.

IX

Sobre la mesa había ya café y té, por servicio individual de cada uno. Todos comían lentamente. Su entusiasmo provenía del hecho de que una vez más eran una tripulación completa, y no por la mezquina colación que les ofrecía el *autochef.*

Tan sólo Kane comía de otra manera, dando enormes mordiscos a las carnes y las legumbres artificiales. Ya había devorado dos platos normales y empezaba con un tercero, sin dar señales de calmar su apetito. Sin fijarse en aquellas exhibiciones de glotonería humana, el gato Jones comía delicadamente de su plato en el centro de la mesa.

Kane levantó finalmente la mirada, y agitando una cuchara dijo con la boca llena:

—Lo primero que haré cuando volvamos es comer algo decente; estoy harto de cosas artificiales. No me importa lo que digan los manuales de la compañía, esto sabe a reciclado. Hay un dejo en lo artificial que no puede eliminar ninguna especie ni sazón.

—He comido cosas peores —comentó Parker, pensativo—, pero también mejores.

Lambert miró con el ceño fruncido al ingeniero, con una cucharada de un *bistec* que no lo era de verdad, entre el plato y sus labios:

—Para no gustarte el alimento, lo estás devorando como si fuera la última vez.

—Quiero decir, me gusta —explicó Parker, tomando otra cucharada.

—¿En serio? —preguntó Kane sin dejar de comer, pero echó a Parker una mirada de desconfianza, cual si pensara que el ingeniero no estaba bien de la cabeza.

Parker trató de que sus palabras no parecieran defensivas.

—Pues sí, me gusta. Como que crece dentro de uno.

—Debiera crecer —replicó Kane—. ¿Tú sabes de qué están hechas?

—Sí, sé de qué están hechas —replicó Parker—. ¿Y qué con eso? Ahora es alimento. No te correspondería quejarte a ti por la forma en que estás devorando.

—Yo tengo una excusa —dijo Kane poniéndose una enorme cucharada en la boca—. Estoy muerto de hambre.

Luego echó una mirada alrededor de la mesa.

—¿Sabe alguien si la amnesia afecta el apetito?

—¡Vaya! —dijo Dallas recogiendo los restos de su servicio—. No tuviste nada en el cuerpo más que líquido todo el tiempo que estuviste en el automédico. Sucrosa, dextrosa y cosas parecidas, para mantenerte vivo, pero no precisamente muy apetitosas. No es de sorprender que estés muerto de hambre.

—Sí —repuso Kane, dando grandes bocados. Es casi como si yo... como si yo...

Se interrumpió, sonrió forzadamente y luego pareció confuso y un tanto intimidado.

Ripley se inclinó hacia él:

—¿Qué te p... te pasa? ¿Había algo en el alimento?

—No... creo que no, el sabor era el de siempre. No creo...

Volvió a detenerse a media frase. Su expresión era tensa, y empezó a gemir.

—Entonces, ¿qué ocurre? —preguntó Lambert, preocupada.

—No lo sé.

Kane volvió a contraer el rostro, como un boxeador que acaba de recibir un sólido golpe en el pecho.

—Tengo calambres. Están empeorando.

Unos rostros nerviosos vieron al ejecutivo contraerse de dolor y confusión. De pronto dejó escapar un sonido profundo, y se aferró al borde de la mesa con ambas manos. Sus nudillos palidecieron y los tendones resaltaron en sus brazos. Todo su cuerpo temblaba

inconteniblemente, como de frío, aun cuando hacía un calor agradable en la habitación.

—Respira profundamente, esfuérzate —recomendó Ash, cuando nadie más hizo alguna sugestión.

Kane se esforzó. Pero su aspiración profunda se convirtió en un grito.

—¡Dios mío! ¡Duele! ¡Duele!

Permaneció en pie, temblando, aferrando la mesa con ambas manos, como si temiera soltarse. De pronto:

—¡Ohhh!

—¿Qué pasa? —preguntó Brett, impotente—. ¿Qué te duele? ¿Algo en...?

La expresión de dolor que se extendió por el rostro de Kane en aquel momento interrumpió a Brett, más efectivamente que ningún grito. El ejecutivo trató de apoyarse en la mesa, pero cayó de espaldas. Ya no podía dominar su cuerpo. Los ojos se le salían de las órbitas y dejó escapar un grito agudo y prolongado que hizo estremecer a todos. El grito resonó por la habitación.

—Su camisa... murmuró Ripley, tan paralizada como el propio Kane aunque por diferente motivo. Señalaba con un dedo al pecho del oficial.

Una mancha roja había aparecido en la túnica de Kane. Se extendió rápidamente y se volvió un manchón extenso, irregular, sobre la parte baja del tórax. Siguió un ruido de tejidos que se desgarran, estremecedor e íntimo en la habitación atestada. Su camisa se rompió como la cáscara de un melón, y se abrió hacia ambos lados cuando una pequeña cabeza del tamaño del puño de un hombre, se abrió paso hacia el exterior. Se debatía y contraía como una serpiente. La pequeña cabeza era casi toda dientes, agudos y manchados de rojo. Su piel era de un blanco pálido y enfermizo, manchado de color carmesí. No mostraba ningún órgano externo, ni siquiera ojos. Un olor nauseabundo, intenso, llegó a las narices de todos ellos.

Otros gritos llegaron a unirse a los de Kane, alaridos de pánico y terror cuando toda la tripulación retrocedió instintivamente. En su retirada, a todos los precedió Jones, con la cola hinchada y los pelos de punta escupió ferozmente, pasó por encima de la mesa, y abandonó la habitación de dos saltos bien calculados.

Convulsivamente, el cráneo con dientes se lanzó hacia adelante. De pronto pareció salirse del torso de Kane. La cabeza y el cuello estaban unidos a un cuerpo grueso y compacto, cubierto con la misma piel blanca. Brazos y patas con garras surgieron hacia adelante con asombrosa velocidad. Cayó entre los platos y alimentos de la tabla, llevando consigo restos de las entrañas de Kane, y dejando un rastro de fluidos y sangre. Dallas recordó a un pavo al que le brotaran unos dientes de su cuello cortado.

Antes de que nadie hubiese recuperado la capacidad de actuar, el ser extraño había saltado de la mesa, con la velocidad de un lagarto, y se lanzó por el corredor.

Muchas respiraciones entrecortadas pero muy pocos movimientos hubo en el salón. Kane permaneció desplomado en su silla, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta. Dallas sintió un alivio al ver que no tendrían que ver los ojos abiertos de Kane.

En el pecho del ejecutivo había un enorme agujero desgarrado. Aún a cierta distancia, Dallas pudo ver cómo los órganos internos habían sido apartados sin daño, formando una cavidad bastante grande para la criatura. Sobre el suelo y la mesa yacían platos dispersos. Gran parte de las sobras de alimentos estaban cubiertos con una espesa capa de sangre.

—¡No, no, no...! —repetía Lambert, una y otra vez, mirando con ojos fijos a la mesa.

—¿Qué fue eso? —murmuró Brett contemplando fijamente el cadáver de Kane—. ¿Qué fue eso?

Parker se sintió enfermo; ni siquiera pensó en molestar a Ripley cuando ella se apartó de todos para vomitar.

—Estuvo creciendo dentro de él todo el tiempo, sin que él lo supiera.

—Se valió de Kane como incubadora —teorizó Ash en voz baja—. Como ciertas avispas

lo hacen con las arañas allá en la Tierra. Primero paralizan la araña y luego ponen huevos dentro de su cuerpo. Cuando se incuban los huevecillos, empiezan a alimentarse de...

—¡Por Dios! —aulló Lambert, saliendo de su trance—. ¡Cállate! ¡Quieres!

Ash pareció ofendido.

—Sólo estaba...

Entonces vio la mirada de Dallas, asintió con la cabeza casi imperceptiblemente y cambió de tema.

—Lo que ocurrió es evidente.

—Esa mancha oscura en los monitores médicos —dijo Dallas sin sentirse bien. Se preguntó si estaría tan asombrado como sus compañeros—. Después no volvió a aparecer en la lente. Estaba dentro de él. ¿Por qué no revelarían eso los rastreadores?

—No había razón, ninguna razón para pensar algo así —se apresuró a explicar Ash—. Cuando lo revisamos internamente, la mancha era demasiado pequeña para tomarla en serio. Parecía un defecto de la lente. En realidad, bien podría haber sido una mancha de la lente.

—No te entiendo.

—Es posible que la criatura en esa etapa genere un campo natural capaz de interceptar y de bloquear la radiación. A diferencia de la primera forma, la que tenía apariencia de mano, que fácilmente pudimos ver. Se ha sabido de otras criaturas que producen campos similares. Eso sugiere ciertos requerimientos biológicos que no podemos siquiera empezar a entender, o bien una defensa producida deliberadamente, para enfrentarse a requerimientos tan avanzados que prefiero no pensar en eso.

—Todo lo cual se reduce —intervino Ripley, limpiándose la boca con una servilleta— a que ahora tenemos otro ser extraño. Probablemente no menos hostil y doblemente peligroso.

Miró provocativamente a Ash, pero esta vez el científico no pudo disputar con ella.

—Sí... y está suelto en la nave —dijo Dallas, avanzando de mala gana hacia el cuerpo de Kane.

Los demás se le unieron lentamente. La inspección era necesaria, por desagradable que pudiera ser. Miradas elocuentes pasaron de Parker a Lambert, de Lambert a Ash y alrededor del pequeño círculo. Afuera el universo, vasto y amenazador, parecía oprimir al *Nostromo* mientras el olor denso y maduro de la muerte llenaba los corredores que conducían al comedor atestado.

Parker y Brett descendieron por la escalera que conducía al puente de servicio, y se unieron al grupo, cansado y desalentado, que trataría de cazar al ser extraño.

—¿Alguna señal? —preguntó Dallas a los demás—. Cualquier olor extraño o sangre —luego vaciló momentáneamente y terminó— o restos de Kane...

—Nada —le dijo Lambert.

—Nada —repitió Ash, con obvia decepción.

Parker se limpió polvo de los brazos.

—No vi absolutamente nada. Sabe esconderse.

—Yo tampoco vi nada —confirmó Brett—. No puedo imaginar dónde se metió. Aunque hay partes de la nave en que pudo meterse donde yo no puedo. No creo que nada puede sobrevivir en alguno de esos ductos calentados.

—No olvides la clase de medio que su... —Dallas miró a Ash—, ¿cómo llamarías a su primera etapa?

—Prelarval. Sólo por darle un nombre. No puedo imaginarme sus etapas de desarrollo.

—Exacto. Bueno, no olvidemos dónde vivió cuando su primera encarnación. Sin embargo, sabemos que es resistente y terriblemente adaptable. No me sorprendería descubrir que ha hecho su nido sobre las cámaras de reacción.

—Si ahí es donde se ha metido, no podemos acercárnosle —observó Parker.

—Entonces, esperamos que haya ido en otra dirección. Hacia donde podamos encontrarlo.

—Antes tenemos que encontrarlo —dijo Ripley, con expresión que reflejaba la preocupación universal.

—¿Por qué no volvemos al hipersueño? —sugirió Brett—. Volvemos a bombear el aire a los tanques y lo sofocamos...

—En primer lugar, no sabemos cuánto tiempo puede esta cosa vivir sin aire —dijo Ripley, acaloradamente—. Quizás no necesite siquiera aire. Sólo vimos una boca, no narices.

—Nada puede existir sin algún tipo de atmósfera —dijo Brett, tratando de sonar muy convencido.

Ripley inclinó la cabeza para mirarlo:

—¿Quieres apostar a eso tu vida?

Brett no respondió.

—Además, sólo tiene que vivir sin aire durante un tiempo. Quizás pueda tomar de su alimento los gases que necesite. Nosotros estaríamos dormidos en los congeladores. ¿Recuerdas lo fácilmente que la primera cosa pasó a través del casco de Kane? ¿Quién puede asegurar que éste no podrá hacer lo mismo en nuestros congeladores?

Ripley sacudió la cabeza, resignada.

—Nadie me hará bajar hasta que hayamos encontrado esa cosa y la hayamos matado.

—¡Pero no podemos matarla! —dijo Lambert dando una patada contra el puente, en su ira—. Por lo que hace a su composición interna, probablemente es idéntico a la primera versión. Si lo es y tratamos de echarle el rayo láser, probablemente derramará fluidos acídicos por toda la nave. Es mucho más grande que aquella mano. Si emite la misma sustancia, puede hacer un agujero más grande de lo que podamos reparar. Todos ustedes saben lo crítica que es la integridad del casco en un viaje más rápido que la luz, para no hablar siquiera de los circuitos que corren por el casco.

—¡Maldito! —dijo entre dientes Brett—. Si no podemos matarlo, ¿qué haremos cuando lo encontremos?

—De algún modo hemos de seguirle la pista. Capturarlo y echarlo de la nave —dijo Ripley, y luego miró a Dallas en busca de confirmación.

Dallas pensó durante un momento.

—No veo qué otra cosa podemos hacer; hay que intentarlo.

—Bueno, si seguimos hablando sin hacer nada, no importará a qué decisión se llegue —dijo Ash—. Nuestros abastos están calculados para que pasemos una cantidad limitada de tiempo fuera del hipersueño. Estrictamente limitada. Sugiero que organicemos inmediatamente la búsqueda.

—De acuerdo —se apresuró a convenir Ripley—. Lo primero que debemos hacer es encontrarlo.

—No —dijo Dallas con voz extraña; todos lo miraron—. Antes hay otra cosa que hacer.

Echó una mirada al corredor, hacia el lugar en que el cuerpo de Kane permanecía aún visible en medio del desorden.

Varios materiales combinados produjeron apenas material suficiente para hacer un burdo sudario, que Parker selló con rayos láser a falta de hilos. Era una labor improvisada, y la informalidad de ello, cuando todos salieron del puente principal, irritó a varios. Pero tuvieron el consuelo de saber que habían hecho todo lo posible.

Habrían podido congelar el cadáver para un entierro más decente allá en la Tierra, pero el compartimiento transparente del congelador habría dejado el perforado cuerpo de Kane expuesto a las miradas de todos, en cuanto despertaran. Mejor sería deshacerse de él limpia y rápidamente, donde pudieran olvidarlo en cuanto fuese posible.

Allá en el puente, volvieron a sus puestos; la depresión general hacía que la atmósfera pareciera densa como vaselina.

Librodot

Dallas leyó los instrumentos y dijo de mal humor:

—Escotilla interior cerrada.

Ripley confirmó con un movimiento de cabeza.

—¿El cerrojo todavía está presurizado?

Otro movimiento de cabeza. Dallas vaciló, y miró de un rostro a otro. Nadie le devolvió la mirada.

—¿Desea alguien decir algo?

Naturalmente no había nada qué decir. Kane había muerto. Había vivido, ahora había muerto. Ninguno de la tripulación era particularmente elocuente.

Sólo Lambert habló.

—Acaben con eso.

Dallas pensó que aquel no era un gran epitafio, pero no podía pensar en nada más, salvo que estaban perdiendo tiempo. Hizo una señal a Ripley, que esperaba.

Tocó un control. La cubierta exterior de la cerradura saltó. El aire que quedaba dentro lanzó a Kane al sueño de la nada.

Tal fue un entierro misericordiosamente breve (Dallas no pudo dejar de pensar "nos libramos de él"). La partida de Kane fue más limpia que su muerte. Su último grito de dolor aún dolía en el cerebro de Dallas, como una piedrecilla en un zapato.

Volvieron a reunirse en el comedor. Era más fácil discutir las cosas cuando cada uno podía ver a todos los demás sin esfuerzo. También les daba una excusa para hacer que todos los demás ayudaran a limpiar la horrible confusión.

—He revisado nuestros abastos —dijo Ripley—. Con estimulantes, podremos resistir cerca de una semana, quizás un día más, pero eso es todo.

—Y luego ¿qué? —dijo Brett, tomándose la barbilla.

—Luego nos quedaremos sin alimento y sin oxígeno. Podemos prescindir del alimento, pero no del oxígeno. Este último factor plantea la interesante cuestión de si, llegado el momento, podemos o no vivir de sustancias artificiales recicladas.

Lambert hizo una mueca ante aquella perspectiva tan poco halagüeña.

—Gracias, creo que preferiría morir.

—Muy bien —dijo Dallas tratando de parecer confiado—. Eso es, entonces lo que tenemos; una semana de actividad plena. Bastante tiempo. Más que suficiente para descubrir un pequeño ser extraño.

Brett contempló el piso.

—Sigo diciendo que debiéramos tratar de sacar el aire. Eso quizás lo matara. A mí me parece la manera más segura. Nos evita la necesidad de enfrentárnosle directamente. No sabemos qué problema pueda crear ese ser.

—Ya pasamos por todo eso, ¿recuerdas? —protestó Ripley.

—Eso suponiendo que hubiéramos pasado el tiempo sin aire en los congeladores. Supongamos que nos ponemos los trajes de presión, y luego sacamos el aire. No podrá deslizarse hasta nosotros si estamos despiertos en nuestros trajes.

—¡Qué buena idea! —exclamó Lambert, indicando con el tono que pensaba todo lo contrario.

—¿Qué tiene de mala?

—Nos quedan cuarenta y ocho horas de aire en nuestros trajes de presión y necesitamos diez meses para volver a casa —explicó Ash—. Si la criatura puede vivir cuarenta y nueve horas sin aire, estaremos donde empezamos, pero habiendo perdido dos días.

—¡Vaya idea! —exclamó Lambert—. ¡Vamos, Parker! Piensen en algo nuevo, ustedes dos.

Los ingenieros no tenían intención de abandonar tan fácilmente la idea.

—Quizás pudiéramos establecer alguna clase de líneas especiales de los tanques del traje al

tanque principal. Brett y yo somos buenos ingenieros prácticos. Las conexiones de las válvulas serían difíciles, pero estoy seguro de que podríamos hacerlo. Tendrían que respaldarnos ¿saben?

—Todo es para sus propios egos ¿verdad? —dijo Ripley, sin tratar de moderar su sarcasmo.

—Eso no es práctico —dijo Ash, hablando con simpatía a los dos hombres—. Recuerden que ya hemos discutido la definitiva posibilidad de que la criatura pueda vivir sin aire. El problema es más grave. No podemos permanecer enganchados a los tanques principales mediante unos cordones umbilicales y al mismo tiempo cazar a la criatura. Aun si la idea de ustedes funciona, habremos consumido tanto aire en los trajes que no quedará ninguno para cuando salgamos del hipersueño. Los congeladores se abrirán automáticamente... a un vacío.

—¿Y si dejamos algún especie de mensaje, o transmitimos de modo que puedan encontrarnos y abastecernos con aire fresco en cuanto nos hallen? —preguntó Parker, pensativo.

Ash no pareció convencido.

—Demasiado arriesgado. En primer lugar, nuestra transmisión puede llegar uno o dos minutos antes que nosotros. Para que un equipo de emergencia nos encontrara en el momento en que saliéramos del hipersueño, se acoplara desde el exterior, nos llenara de aire sin dañar la integridad de la nave... No, creo que no podría hacerse... Y aún si se pudiera, estoy de acuerdo con Ripley en un punto crítico. No podemos arriesgarnos a volver a los congeladores hasta estar seguros que la criatura está muerta, o encerrada. Y no podremos asegurarnos de que está muerta si pasamos un par de días en nuestros trajes y luego corremos a los congeladores.

Parker gruñó.

—Sigo creyendo que era una buena idea.

—Vayamos al verdadero problema —interrumpió Ripley, impaciente—. ¿Cómo lo encontraremos? Podemos probar una docena de medios para encontrarlo, pero sólo cuando sepamos dónde está. No hay pantalla visual en los puentes B y C. Recuerden que todas las pantallas están afuera.

—Así pues, tendremos que buscarlo.

Dallas se sorprendió de lo fácil que era tomar la decisión obvia pero aterradora. Una vez dicha, se encontró resignado a ella.

—Eso parece razonable —reconoció Ash—. Sin embargo, es más fácil decirlo que hacerlo. ¿Cómo hemos de proceder?

Dallas vio que ellos habrían deseado que no siguiera lo inevitable hasta su fin. Pero era la única manera.

—Nada fácil vale la pena. Sólo hay un modo en que podemos estar seguros de no perderlo y al mismo tiempo aprovechar al máximo nuestro tiempo con aire. Tendremos que revisar habitación por habitación y corredor por corredor.

—Tal vez pudiéramos adaptar alguna especie de congelador portátil —sugirió Ripley, de mala gana—. Congelar cada salón y corredor desde cierta...

Se interrumpió, al ver que Dallas meneaba la cabeza tristemente.

Miró hacia otro lado.

—No es que tenga tanto miedo, ¿comprenden? Sólo trataba de ser práctica. Como Parker, creo que sería buena idea tratar de evitar una confrontación directa.

—Deja ya eso, Ripley —dijo Dallas, tocándose el pecho con el pulgar—. Yo tengo un miedo horrible. Todos lo tenemos. Pero no podemos complicar las cosas haciendo adaptaciones. Ya perdimos demasiado tiempo dejando que una máquina tratara de ayudar a Kane. Es tiempo de que nos ayudemos nosotros mismos. Eso es lo que hacemos a bordo de esta nave antes que nada, ¿recuerdan? Cuando las máquinas no pueden con un problema, esta se vuelve nuestra labor. Además, quiero tener el placer de ver explotar al pequeño monstruo

cuando lo encontremos.

Aquel discurso no inspiró a nadie. Ciertamente nada estaba más lejos de la intención de Dallas. Pero sí tuvo el efecto de reanimar a la tripulación. Vieron que podían volver a verse las caras unos a otros, en lugar de las paredes o al piso, y hubo ciertos murmullos de determinación.

—Muy bien —dijo Lambert—. Lo sacaremos de donde esté escondido, y luego lo haremos explotar. Lo que deseo saber es: ¿Cómo vamos del punto A al punto C?

—Hay que atraparlo de algún modo —dijo Ripley, que daba vueltas en la mente a varias ideas. La capacidad del ser extraño para expeler ácidos hacía que todas aquellas ideas fueran inútiles.

—Debe haber sustancias, aparte del metal, que no pueda corroer tan rápidamente —dijo Brett pensando en voz alta y mostrando que sus ideas seguían los mismos lineamientos de Ripley—. Por ejemplo, un cordón de trilón. Si hiciéramos una red con esa sustancia, podríamos capturarlo sin hacerle daño. Quizás no se sienta muy amenazado por una delgada red como, digamos, por una sólida barra de metal.

Dirigió una mirada interrogante por toda la mesa.

—Yo podría unir algo, fundirlo rápidamente.

—Este cree que vamos a cazar mariposas —dijo burlonamente Lambert.

—¿Cómo lo atraparemos con la red? —preguntó Dallas en voz baja.

Brett reflexionó.

—Habrá que emplear algo que no lo haga sangrar, desde luego. Ni pensar en navajas o instrumentos agudos. Tampoco en pistolas. Yo podría hacer un conjunto de tubos de metal con baterías. Tenemos bastantes allá en el almacén. Sólo requerirá unas cuantas horas.

—¿Para los rodillos y la red?

—Sí. No se necesita nada muy complicado.

Lambert casi no podía soportar aquello.

—¡Primero mariposas, ahora lanzas para ganado! ¿Por qué escuchan a este estúpido?

Dallas dio vueltas a la idea en la cabeza, visualizándola desde el mejor punto de vista. El ser extraño acorralado, amenazante con sus dientes y garras. Descargas eléctricas de un lado, lo bastante fuertes para irritar, pero no para herir. Dos de ellos lo metían en la red y luego lo mantenían ocupado, mientras los demás lo arrastraban al puente principal. Quizás el ser extraño quemara la red para librarse, quizás no. Y una segunda y una tercera red a mano, por si eso sucedía.

El monstruo envuelto, a la escotilla; la cerradura sellada y la emergencia resuelta. ¡Adiós, monstruo, hasta Arcturus! ¡Adiós pesadilla! ¡Hola, tierra y salud!

Recordó el último comentario desdeñoso de Lambert y dijo, sin dirigirse a nadie en particular:

—Lo escuchamos porque, esta vez, puede tener razón...

El *Nostromo,* indiferente a la actividad febril de algunos de sus pasajeros, no menos indiferente a la resignada espera de otros, continuaba hacia la Tierra, a un múltiplo de la velocidad de la luz. Brett había tenido varias horas para completar la red con los tubos, pero él y Parker trabajaron como si sólo dispusieran de algunos minutos. De pronto, Parker se dio cuenta que estaba deseando que aquel trabajo fuera más complejo. Le habría evitado estar mirando continuamente los rincones, gabinetes y pasillos oscuros.

Mientras tanto, el resto de la tripulación sólo podía ocuparse en otras cosas, aguardando que estuviesen listos sus pertrechos de caza. En varios cerebros el pensamiento inicial, "¿Dónde se ha metido ese ser?", empezaba a ser reemplazado por pensamientos como "¿Qué está haciendo?".

Un solo miembro de la tripulación tenía sus pensamientos en otra cosa. Ya llevaba cierto

tiempo aferrado a una idea, la había llevado a su punto de madurez. Ahora tenía dos alternativas. Podía discutirlo con toda la tripulación, o discutirlo a solas con su causa. Si hacía lo primero y se demostraba que estaba equivocado, como verdaderamente deseaba estarlo, podía dañar irreparablemente la moral de la nave. Para no mencionar el riesgo de ser procesado por la Compañía.

Si tenía razón, los otros pronto lo descubrirían.

Ash se hallaba sentado ante el gran tablero central de la enfermería, planteando cuestiones a la computadora médica y ocasionalmente recibiendo una o dos respuestas. Al entrar Dallas, levantó la mirada y le sonrió amablemente; luego volvió a su trabajo.

Dallas permaneció a su lado, tranquilo; sus ojos pasaban de los datos a veces incomprensibles del tablero a su oficial en ciencias. Los números, palabras y diagramas que brillaban en las pantallas eran más fáciles de interpretar que aquel hombre.

—¿Jugando o trabajando?

—No hay tiempo para jugar —replicó Ash, con rostro impasible.

Tocó un botón y ante él apareció una larga lista de cadenas moleculares para un aminoácido hipotético especial. Un toque a otro botón hizo que dos de las cadenas seleccionadas empezaran una lenta rotación en tres dimensiones.

—Mandé tomar algunas muestras de los lados del primer agujero que aquella mano hizo en el puente.

Hizo luego un gesto indicando el pequeño cráter que había en el lado derecho de la plataforma médica donde se había desangrado la criatura.

—Pensé que había suficientes residuos de ácido para echarles una hojeada, químicamente hablando, si logro descomponer la estructura, Madre quizás pueda indicarme una forma para un agente capaz de anularlo. Entonces nuestro nuevo visitante podrá desangrarse por todo el lugar, si lo herimos, y nosotros lograremos neutralizar cualquier ácido.

—Parece magnífico —reconoció Dallas, observando de cerca a Ash—. Si hay alguien a bordo que pueda hacerlo, ese eres tú.

Ash se encogió de hombros, indiferente.

—Ese es mi trabajo.

Transcurrieron varios minutos de silencio. Ash no veía razones para reanudar la conversación. Dallas continuaba estudiando los datos; finalmente dijo con voz hueca:

—Deseo hablarte.

—Te informaré en el momento en que encuentre algo —aseguró Ash.

—No es eso de lo que quiero hablarte.

Ash levantó la mirada con curiosidad, y luego volvió hacia sus instrumentos, cuando nuevos informes iluminaron dos pequeñas pantallas.

—Considero vital descomponer la estructura de este ácido. Habría creído que tú también pensarías eso. Hablemos más tarde. De momento estoy ocupado.

Dallas hizo una pausa antes de replicar, y luego dijo en voz baja pero firme:

—No me importa, deseo hablar contigo *ahora.*

Ash movió varios interruptores, vio ponerse en cero varios marcadores y luego levantó la mirada hacia el capitán.

—También es tu cabeza la que estoy tratando de salvar. Pero si es tan importante, hablemos.

—¿Por qué dejaste que el ser extraño viviera dentro de Kane?

El científico se encogió de hombros.

—No estoy seguro de haberte comprendido. Nadie "dejó" que nada viviera dentro de su cuerpo; sencillamente, así sucedió.

—¡Mentira!

Ash dijo secamente, sin dejarse impresionar:

Librodot

—No puede decirse que esa sea una evaluación racional de la situación, de una manera o de otra.

—Bien sabes de lo que estoy hablando. Madre estaba analizando su cuerpo y tú estabas dirigiendo a Madre. Así debía ser, porque tú eres el mejor calificado para hacerlo. Tuviste que tener alguna idea de lo que estaba ocurriendo.

—Tú viste la mancha negra en la pantalla del monitor al mismo tiempo que yo.

—¿Esperas que crea que el automédico no tiene potencia suficiente para penetrar eso?

—No es cuestión de potencia, sino de longitud de onda. El ser extraño logró detectar las longitudes de onda que utilizan los rastreadores del automédico. Ya hemos hablado de cómo y por qué puede hacerse eso.

—Suponiendo que creo en eso de que el ser extraño pudo generar un campo defensivo para prevenir ser detectado... Y no lo estoy creyendo... Madre encontraría otras indicaciones de lo que estaba ocurriendo. Antes de morir, Kane se quejó de tener un hambre de lobo. Y lo demostró ante la mesa. ¿No es obvia la razón de ese fantástico apetito?

—¿Lo es?

—El nuevo ser extraño estaba alimentándose de las reservas de proteínas y nutrientes del cuerpo de Kane, y de grasa de su cuerpo para formar su propio cuerpo. No llegó a ese tamaño metabolizando aire.

—Estoy de acuerdo. Eso es obvio.

—Esa clase de actividad metabólica generaría unos datos proporcionales en los instrumentos del automédico, por la simple reducción del peso del cuerpo de Kane, entre otras cosas.

—En cuanto a una posible reducción del peso —replicó Ash con calma—, no apareció tal dato. El peso de Kane simplemente fue transferido al ser extraño. El rastreador del automédico lo atribuiría todo a Kane. ¿Y a qué otras cosas te estás refiriendo?

Dallas trató de ocultar su frustración por sólo haber demostrado cosas parcialmente.

—No lo sé, no puedo dar detalles; sólo soy un piloto. El análisis médico no es mi departamento.

—No —dijo Ash, significativamente—, es el mío.

—Sin embargo, tampoco soy un total idiota —contestó Dallas, cortante—. Quizás no conozco las palabras apropiadas para demostrar lo que quiero decir, pero no estoy ciego; puedo ver lo que ocurre.

Ash cruzó los brazos, se apartó del tablero empujándolo con las piernas y dijo duramente a Dallas:

—Exactamente ¿qué estás tratando de decirme?

Dallas atacó de frente:

—Tú quieres que el ser extraño siga con vida. Te interesa tanto que no te importó la muerte de Kane. Supongo que debes tener una razón. Te conozco desde hace poco, pero hasta ahora nunca has hecho nada sin alguna razón. No creo que vayas a empezar ahora.

—Dices que tengo una razón para esta locura de la que me estás acusando. Nómbrame una.

—Mira, los dos trabajamos para la misma Compañía.

Luego Dallas cambió de enfoque. Como la acusación no había dado resultado, trataría de explotar el sentido de afinidad de Ash. Se le ocurrió a Dallas que estaba volviéndose paranoico allí mismo en la enfermería. Era fácil echarle el problema a alguien capaz de resolverlo, como Ash, y no al que le correspondía: al ser extraño.

Ash era un tipo raro, pero no estaba actuando como un asesino.

—Simplemente quiero saber —concluyó con voz implorante—, qué está pasando.

El científico descruzó sus brazos y miró momentáneamente su tablero antes de responder.

—No sé de qué estás hablando. Y no me importan esas insinuaciones. Ese ser extraño es una peligrosa forma de vida. Desde luego, es admirable en muchos aspectos. Eso no lo niego.

Como científico, me parece fascinador. Pero después de lo que ha hecho deseo más que tú que no siga con vida.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro —dijo Ash y su voz era de irritación—. Si no hubieses estado bajo tanta presión últimamente, tú también lo estarías. Olvídalo, yo lo olvidaré.

—Sí —dijo Dallas dándose vuelta rápidamente, y encaminándose hacia la puerta abierta.

Por el corredor subió hasta el puente. Ash lo observó irse, y luego volvió a sus propios pensamientos. Luego dirigió su atención a sus instrumentos, pacientes y más fáciles de comprender.

"Estás trabajando demasiado, demasiado", se dijo Dallas, sintiendo vibraciones en la cabeza.

Probablemente Ash tenía razón, él había estado trabajando bajo demasiada presión. Cierto que estaba preocupándose por cada uno, además del ser extraño. ¿Cuánto tiempo podría soportar aquella clase de carga mental? ¿Cuánto tiempo más debía intentarlo? Sólo era un piloto.

"Kane habría sido un mejor capitán", pensó Dallas. Kane llevaba más desenvueltamente ese tipo de preocupación, no dejaba que descendiera muy profundamente dentro de él. Pero Kane ya no estaba allí para ayudar.

Con el pulgar, Dallas operó un intercomunicador del corredor. Una voz respondió inmediatamente.

—Ingeniería.

—Habla Dallas. ¿Cómo van las cosas?

La voz de Parker fue como de quien no quiere comprometerse.

—Vamos avanzando...

—¡Maldita sea! ¡Habla más claro!

—¡Eh, tómalo con calma, Dallas! Estamos trabajando tan rápido como podemos. Brett sólo puede completar circuitos a esta velocidad. ¿Deseas acorralar esa cosa y tocarla con un tubo de metal con dos mil voltios?

—Lo siento —dijo Dallas, sinceramente—. Hagan lo que puedan.

—Lo estamos haciendo por todos. Ingeniería, corte.

El intercomunicador quedó en blanco.

Aquello había sido completamente innecesario, se dijo Dallas, airado. También había sido embarazoso. Si él ya no se dominaba, ¿cómo esperaba que lo hicieran los demás?

En aquel preciso momento no se sentía capaz de enfrentarse a nadie; no, después de aquel encuentro perturbador con Ash, que no le había llevado a nada. Aún tenía que decidir por sí solo si había tenido razón acerca del científico o si estaba en un gran error. Dada la falta de un motivo, suponía, irritado, lo último. Si Ash estaba mintiendo, lo hacía muy bien. Dallas nunca había visto a nadie dominar así sus emociones.

Había un lugar en el *Nostromo* donde Dallas ocasionalmente encontraba algunos momentos de completa intimidad y al mismo tiempo se sentía razonablemente seguro. Era como una matriz artificial. Tomó el corredor B, ya no tan preocupado por sus propios pensamientos que dejara de buscar constantemente alguna forma, algún movimiento, en los rincones oscuros. Pero nada se dejó ver.

Finalmente, Dallas llegó al lugar en que el casco se curvaba ligeramente hacia afuera. Allí una pequeña escotilla estaba abierta. Era demasiado pequeña para tener una cerradura. Dallas entró allí cuidadosamente, y se sentó.

Su mano cubrió otro botón rojo del panel de control de la navecilla auxiliar, y pasó sin tocarla. Activar la escotilla del corredor se notaría inmediatamente en el puente. Eso no alarmaría al que lo notara, pero si cerrase la escotilla eso alarmaría a cualquiera. Así pues, Dallas la dejó abierta hacia el corredor, sintiéndose ligera pero gratamente apartado del

Nostromo y sus actuales horrores e incertidumbres.

X

Dallas estaba estudiando el oxígeno restante por última vez, con la esperanza de que algún milagro hubiese añadido otro cero al implacable número del marcador. Al observar al contador concluir su trabajo, el último dígito de la línea pasó de 9 a 8. Hubo un sonido grave en la entrada y Dallas se dio vuelta; se relajó al ver que eran Parker y Brett. Parker dejó caer toda una serie de tubos de metal al piso. Cada uno era aproximadamente del doble de diámetro del pulgar de un hombre. Resonaron huecamente. Su apariencia era de armas. Brett se desembarazó de varios metros de red; parecía satisfecho de sí mismo.

—Aquí están las cosas. Todo ya probado y dispuesto.

Dallas aprobó con la cabeza.

—Llamaré a los demás.

Hizo un llamado general al puente y mientras la tripulación llegaba se dedicó a inspeccionar, con aire de duda, la colección de tubos. Ash fue el último en llegar, pues era el que estaba más lejos.

—¿Vamos a tratar de atrapar al enemigo con eso? —dijo Lambert señalando los tubos; su voz no dejó dudas respecto a su opinión sobre su eficacia.

—Dales una oportunidad —dijo Dallas—. Que cada quien tome uno.

Todos se alinearon, y Brett les pasó las unidades. Cada una era de cerca de metro y medio de largo. En un extremo había una instrumentación compacta, y formaba un burdo mango. Dallas esgrimió el tubo como un sable para sentir su peso. No era demasiado pesado, lo que le hizo sentir mejor. Deseaba algo que pudiera poner entre él y su enemigo, por si hacía apresuradas emisiones de ácido, o por alguna otra forma inimaginable de defensa. Al sentir una macana, hay en ello algo ilógico y primitivo, pero reconfortante.

—Puse tres cargas portátiles en cada uno —dijo Brett—. Las baterías le darán una buena descarga. No hay que volver a cargarlas a menos que se mantenga oprimido el botón de descarga durante largo tiempo, y quiero decir realmente largo tiempo.

Indicó luego el mango de su propio tubo:

—No tengan miedo de usarlo. Está completamente aislado aquí el mango, y esta parte hasta el tubo. Si tocan el tubo cuando esté encendido, tendrán que tirarlo, pero hay otro tubo en el interior, que conduce el superfrío; es allí donde se da la mayor parte de la descarga. Casi el ciento por ciento de la energía descargada va al otro extremo. Así pues, tengan mucho cuidado de no poner la mano ahí.

—¿Nos haces una demostración? —preguntó Ripley.

—Sí, claro.

El técnico en ingeniería tocó con su tubo un conducto que corría a través de la pared más cercana. Una chispa azul brotó del tubo, hubo un ruido como de un latigazo y un ligero olor a ozono. Brett sonrió.

—Tendrán que probarlo todos ustedes. Todos funcionan bien. Tienen bastante jugo en esos tubos.

—¿Hay alguna manera de graduar el voltaje? —quiso saber Dallas.

Parker negó con la cabeza.

—Quisimos hacer, dentro de lo posible, algo que ataque, pero que no mate. No sabemos nada acerca de esta variedad de la criatura, ni teníamos tiempo para instalar cosas como reguladores de corriente. Cada tubo genera una sola carga invariable. No hacemos milagros, ¿sabes?

—Primera vez que te oigo reconocerlo —dijo Ripley.

Parker le echó una mirada dura.

Librodot

—No le hará daño al pequeño monstruo a menos que su sistema nervioso sea bastante más sensible que el nuestro —les dijo Brett—. De eso podemos estar seguros. Su padre era más pequeño, y bastante duro.

Luego blandió el tubo como un antiguo gladiador que se preparaba a entrar en la arena.

—Esto sólo le dará un pequeño sobresalto. Desde luego, no lo sentiré si logra electrocutar al pequeño monstruo.

—Quizás resulte —reconoció Lambert—. Así pues, esa es nuestra posible solución al problema uno. ¿Qué me dicen del problema dos, encontrarlo?

—Me he encargado de eso.

Todo el mundo se volvió, con sorpresa, a ver a Ash que mantenía un pequeño aparato comunicatorizado. Sin embargo, Ash tan sólo se dirigía a Dallas. Incapaz de sostener la mirada del científico, Dallas mantuvo su atención enfocada exclusivamente en el pequeño aparato.

—Como es claramente necesario localizar la criatura en cuanto sea posible, he hecho algo por mi parte. Brett y Parker han logrado algo admirable, concibiendo un medio para manipular a la criatura. Bueno, aquí está mi medio de encontrarla.

—¿Un rastreador portátil? —dijo Ripley, admirando el compacto instrumento. Parecía haber sido ensamblado en una fábrica y no ser algo apresuradamente reunido en el laboratorio de un remolcador comercial.

Ash asintió con la cabeza.

—Se le pone en marcha para que busque un objeto móvil. Su alcance no es muy grande, pero cuando llega a cierta distancia empieza a sonar, y el volumen aumenta proporcionalmente a la distancia decreciente del blanco.

Ripley tomó el rastreador de manos del científico y le dio vuelta. Lo examinó con ojo profesional.

—¿Cómo se sintoniza? ¿Cómo distingue a los compañeros del enemigo?

—De dos maneras —explicó Ash, orgulloso—. Como ya dije, su alcance es corto. Eso podría considerarse una desventaja, pero en este caso resulta a nuestro favor, ya que permite a dos grupos buscar sin que el rastreador delate al otro grupo; y, algo más importante, tiene incorporado un sensible monitor de densidad del aire. Todo objeto que se mueva lo afectará. En el aparato pueden ver en qué dirección está avanzando el objeto. Simplemente, manténganlo hacia adelante. No es un instrumento tan avanzado como yo hubiera querido, pero fue lo mejor que pude hacer en un tiempo limitado.

—Lo hiciste estupendamente, Ash —volvió a reconocer Dallas, y tomó el rastreador de manos de Ripley—. Esto debe ser más que suficiente. ¿Cuántos hiciste?

Por toda respuesta, Ash puso un duplicado en la palma de la mano del capitán.

—Eso significa que podemos dividirnos en dos equipos. Magnífico. Bueno, no tengo ningunas instrucciones complicadas que dar; ustedes saben tan bien como yo lo que hay que hacer. El que lo encuentre tratará de cogerlo con la red, luego llevarlo a la escotilla y enviarlo hasta Rigel tan rápidamente como pueda. No me importa si quieren utilizar los cerrojos explosivos de la escotilla exterior. Nosotros saldremos en nuestros trajes si tenemos que hacerlo.

Echó a andar por el corredor; hizo una pausa para mirar a su alrededor a la habitación llena de instrumentos. Parecía imposible que algo se hubiese deslizado allí sin ser notado, pero si ellos iban a emprender una búsqueda sistemática, mejor sería no hacer excepciones.

—Para empezar, asegurémonos de que no está en el puente.

Parker llevaba uno de los rastreadores. Lo encendió, y con él señaló todo el puente, manteniendo su atención en la aguja burdamente hecha que había enfrente de la unidad.

—Seis desplazamientos —anunció después de completar el registro en todas direcciones—. Todos ellos aproximadamente en la dirección en que está cada uno de nosotros.

Librodot

—Aquí parece estar limpio... Si esta maldita cosa funciona.

Ash habló sin ofenderse.

—Sí funciona. Tú mismo acabas de demostrarlo.

Unos a otros se pasaron el equipo adicional. Dallas observaba a sus compañeros que esperaban.

—¿Todos listos?

Se oyó un par de murmullos "No", y todos sonrieron. La trágica muerte de Kane ya se había desvanecido, o casi, en sus memorias. Esta vez estaban prevenidos para enfrentarse al ser extraño y se consideraban provistos con armas apropiadas para la tarea.

—Los canales están abiertos en todos los puentes —dijo Dallas avanzando decidido por el corredor. Nos mantendremos en contacto constante. Ash y yo iremos con Lambert y un rastreador. Brett y Parker integrarán el segundo equipo. Ripley, tú serás su jefa con el otro rastreador. A la primera señal de la criatura, la prioridad es capturarla y luego echarla en la cámara. Notificar al otro equipo es una consideración secundaria. ¡Manos a la obra!

Desfilaron por el puente.

Los corredores del nivel A nunca les habían parecido tan largos ni tan oscuros. A Dallas le eran conocidos como la palma de su propia mano y, sin embargo, el saber que algo mortal podía hallarse oculto en los rincones o en las cámaras de almacenamiento, le hizo dar pasos precavidos donde de otra manera habría caminado con confianza aun con los ojos cerrados. Todas las luces fueron encendidas, pero eso no iluminó mucho el corredor. Eran luces de servicio, tan sólo para uso ocasional. ¿Para qué desperdiciar energía iluminando todos los rincones de una nave de trabajo como el *Nostromo,* cuando su tripulación pasaba poco tiempo despierta? La luz suficiente para ver durante la partida y la llegada y durante alguna ocasional emergencia de vuelo. Dallas podía estar agradecido por la luz que tenía, pero eso no le impedía lamentar que no hubiese allí unos reflectores.

Lambert sostenía el otro lado de la red, frente a Dallas. La red se extendía de un lado a otro del corredor. Dallas aferró su extremo un poco más fuertemente, y le dio un tirón. La cabeza de Lambert se volvió hacia él, sorprendida, con ojos muy abiertos. Luego Lambert se relajó, le hizo una señal con la cabeza y volvió su atención a los puntos oscuros del corredor. Había estado soñando, hundiéndose en una especie de auto-hipnosis; su mente estaba tan llena de posibilidades horribles que había olvidado por completo lo que traía entre manos. Debía estar buscando en los nichos y los rincones de la nave, no en su imaginación. La mirada de alerta volvió a su rostro y Dallas volvió su atención a la próxima curva del corredor.

Ash los seguía de cerca, con la mirada fija en la pantalla del rastreador. Se movía en sus manos de lado a lado, detectando de pared a pared. El instrumento era silencioso salvo cuando el científico lo movía demasiado hacia la izquierda o hacia la derecha; detectaba a Lambert o a Dallas, y emitía entonces un sonido "bip" quejumbroso, hasta que Ash tocaba un botón para acallarlo.

Se detuvieron ante una escalera que descendía en forma de caracol.

Lambert se inclinó y luego llamó en voz baja.

—¿Hay algo allá abajo? Aquí arriba estamos tan limpios como la reputación de su madre.

Brett y Parker aferraron más fuertemente la red y mientras Ripley se detenía frente a ellos, apartaba la mirada del aparato y gritaba hacia arriba:

—¡Nada aquí abajo!

En el nivel superior Lambert y Dallas siguieron avanzando, seguidos por Ash. Su atención estaba fija en la próxima curva del corredor; no les gustaban aquellas curvas, ofrecían lugares para ocultarse. El dar vuelta a uno y descubrir tan sólo un corredor vacío que se extendía ante ellos, fue para Lambert como encontrar un tesoro.

El rastreador empezaba a parecer más pesado en las manos de Ripley, cuando una

minúscula luz roja parpadeó de pronto bajo la pantalla principal. Ripley vio que la aguja vibraba, y se aseguró que fuera la aguja, no sus propias manos. Entonces la aguja hizo un movimiento definitivo, apartándose del cero de la escala del indicador.

Ripley se aseguró de que el rastreador no estaba detectando a Brett o a Parker.

—¡Alto! He encontrado algo.

Dio unos cuantos pasos hacia adelante.

La aguja saltó a través de la escala, y la luz roja se encendió y permaneció encendida.

Ripley se quedó mirándola pero no hizo ningún otro movimiento, aparte de minúsculos cambios en la dirección en que se movía. La luz roja permanecía bien clara.

Brett y Parker contemplaban el suelo del corredor; inspeccionaban también las paredes y el techo. Cada uno recordaba cómo el primer ser extraño, aunque muerto, había caído sobre Ripley. Nadie tenía deseos de descuidar la posibilidad de que esta nueva versión también pudiese trepar. Así pues, mantenían la mirada constantemente tanto en el suelo como en el techo.

—¿De dónde viene? —preguntó Brett en voz baja.

Ripley contemplaba el aparato con el ceño fruncido. La aguja del indicador había empezado súbitamente a recorrer toda la escala. A menos que la criatura pudiera viajar a través de paredes sólidas, el comportamiento de la aguja no correspondía a los movimientos de un ser vivo. Ella lo sacudió con ambas manos. Pero la aguja siguió su extraño comportamiento y la luz roja permaneció encendida.

—No lo sé, la máquina se ha vuelto loca, corre por toda la escala.

Brett dio un puntapié a su red, y maldijo entre dientes.

—¡Diablos! No podemos permitirnos errores de funcionamiento. Yo le enseñaré a Ash...

—Espera —dijo ella con apremio, y puso de cabeza el aparato; la aguja se estabilizó inmediatamente.

—Está trabajando bien, simplemente está confuso. O mejor dicho, yo lo estaba. La señal viene de debajo de nosotros.

Ambos miraron a sus pies. Nada surgió del suelo para atacarlos.

—Es en el nivel C —gruñó Parker—. Estrictamente mantenimiento. Mal lugar para buscar.

—¿Quieres que no le hagamos caso?

El la contempló, pero esta vez sin verdadera ira.

—Eso no tiene gracia.

—No. No la tiene —dijo ella, compungida—. Vayan adelante. Los dos conocen ese nivel mejor que yo.

Parker y Brett, sosteniendo cuidadosamente la red entre los dos, la precedieron por una escalera poco usada. El nivel estaba mal iluminado, aun para las normas humildes del *Nostromo.* Se detuvieron en la base de la escalera para dejar que sus ojos se adaptaran a la casi oscuridad reinante.

Ripley tocó una pared por accidente, y retiró la mano con repugnancia; todo estaba cubierto por una viscosa capa de limo. "Viejos lubricantes", murmuró. Una nave transespacial habría sido clausurada si un inspector descubriera en ella tales condiciones; pero nadie se preocupaba de tales deslices en una nave como el *Nostromo.* Los lubricantes no preocupaban a ningún alto personaje. ¿Qué importaba aquel desorden a la tripulación de un remolcador?

Ripley se prometió que cuando hubiesen concluido aquel viaje, ella pediría su cambio a un transespacial o renunciaría al servicio. Pero recordó que ya se había hecho la misma promesa una docena de veces antes; sin embargo, esta vez se mantendría firme.

Ripley apuntó con el rastreador al piso del pasillo. Nada. Cuando lo levantó apuntando a la pared de enfrente, la luz roja volvió a encenderse. La aguja iluminada registraba una percepción clara.

—Bueno, vamos.

Echó a andar confiada en la pequeña aguja, porque sabía que Ash realizaba bien su trabajo, porque hasta entonces el aparato había funcionado bien, y porque no tenía alternativa.

—Pronto daremos con algo —le avisó Brett.

Transcurrieron varios minutos. El pasillo se bifurcó. Ripley siguió valiéndose del rastreador, y empezó a avanzar por el pasaje de la derecha. La luz roja empezó a debilitarse. Ella se dio vuelta y se encaminó hacia el otro corredor.

—Por aquí.

Las luces eran aún más escasas en aquella sección de la nave. Sombras profundas los rodeaban, sofocantes pese al hecho de que nadie entrenado en aquella nave del espacio profundo había sentido nunca claustrofobia. Sus pasos resonaban sobre el puente de metal, tan sólo opacados cuando atravesaban pequeños charcos de fluido acumulado.

—Dallas debe exigir una inspección —murmuró Parker disgustado—. Cerrarían el 40 por ciento de la nave, y entonces la Compañía tendría que pagar la limpieza.

Ripley sacudió la cabeza y echó al ingeniero una mirada escéptica.

—¿Quieres apostar algo? A la Compañía le resultaría más fácil y más barato comprar al inspector.

Parker luchó para ocultar su decepción. Otra de sus ideas brillantes que fracasaba. Lo peor del caso era que la lógica de Ripley casi siempre era irrefutable. Su resentimiento y su admiración por ella crecieron, en proporción uno de la otra.

—Hablando de arreglar y de limpiar —continuó Ripley—, ¿qué pasa con las luces? Yo dije que no conocía bien esta parte de la nave, pero tú apenas puedes verte aquí tu propia nariz. Yo creía que ustedes se encargaban del Módulo Doce. Debiéramos tener mejor iluminación, aun aquí abajo.

—¡Pero si la arreglamos! —protestó Brett.

Parker se apartó para revisar un panel contiguo.

—El sistema de abastecimiento debe hacerse con cautela. Algunos de los circuitos no han estado recibiendo su corriente habitual, ¿sabes? Fue bastante difícil devolver la energía sin volar cada conductor de la nave. Cuando las cosas se complican, los sistemas afectados limitan su entrada de energía para evitar sobrecargas. Sin embargo, éste está exagerado. Pero podemos arreglarlo.

Tocó un interruptor del panel y modificó un contacto. La luz del corredor se hizo más poderosa.

Siguieron avanzando un buen tramo hasta que Ripley se detuvo de pronto levantando una mano:

—Esperen.

Parker estuvo a punto de chocar con ella, en su prisa por obedecer y Brett se tropezó con la red. Nadie rió.

—Estamos cerca —murmuró Parker, esforzando sus ojos para penetrar en la negrura.

Ripley revisó la aguja, con la escala hecha a mano por Ash en el metal, dentro de la pantalla iluminada:

—Según esto, está a menos de quince metros.

Parker y Brett afianzaron con mayor fuerza la red sin que nadie les dijera nada. Ripley levantó el tubo y lo encendió. Avanzó precavidamente, con el tubo en la derecha y el rastreador en la izquierda. Sería difícil imaginar tres personas que hicieran menos ruido que Ripley, Parker y Brett avanzando por el corredor. Hasta su jadeo anterior, antes acompasado, dejó de oírse.

Recorrieron cinco metros, luego diez. Un músculo de la pantorrilla izquierda de Ripley saltó como una langosta, causándole dolor; no le hizo caso y siguieron adelante. La distancia, a juzgar por el rastreador, se reducía irrevocablemente.

Ahora Ripley avanzaba casi en cuclillas, dispuesta a saltar hacia atrás en el instante en que

Librodot

cualquier fragmento de las tinieblas pareciera moverse. El rastreador, con el sonido intencionalmente bajo, les hizo detenerse, al cabo de los quince metros. Allí la luz seguía siendo mortecina, pero suficiente para mostrarles que nada se ocultaba en el corredor maloliente.

Dando vuelta lentamente al rastreador, Ripley trató de ver simultáneamente a él y al extremo del pasaje. La aguja se movía con lentitud en el cuadrante. Ripley levantó la mirada y notó un pequeño casillero en la pared del pasaje. Estaba apenas entornado.

Parker y Brett notaron dónde se había concentrado su atención. Se colocaron, tanto como fue posible, frente al casillero. Ripley les hizo una señal con la cabeza, tratando de enjugarse parte del sudor que cubría su rostro. Aspiró profundamente y dejó el rastreador en el suelo. Con la mano libre, tomó el mango del casillero. En su mano ya húmeda lo sintió frío y pegajoso.

Levantando el tubo, oprimió el botón que había en el extremo del mango, y se arrojó contra la pared del corredor dejando caer el tubo de metal dentro de la cerradura. Un chillido horrible sonó por todo el corredor. Una pequeña criatura, toda ojos saltones y garras brillantes pareció explotar en el pequeño espacio. Aterrizó limpiamente en la mitad de la red, mientras el par de ingenieros luchaban frenéticamente por enredarla en tantas capas de hilo como fuese posible.

—¡Sosténlo, sosténlo! —gritaba Parker, triunfante—. ¡Tenemos al pequeño canalla, tenemos...!

Ripley estaba revisando ansiosamente la red. Una enorme oleada de decepción la recorrió. Apagó el tubo y recogió el rastreador.

—¡Maldita sea! —dijo cansadamente—. Cálmense, ustedes. Miren.

Parker soltó la red al mismo tiempo que Brett. Ambos habían visto lo que habían atrapado y murmuraban furiosos. Un gato malhumorado se libró como pudo de la red y se alejó bufando por el corredor antes de que Ripley pudiera protestar.

—¡No, no! —dijo ella, demasiado tarde— ¡No le dejen ir!

A lo lejos alcanzaron a ver cómo se desvanecía su piel anaranjada.

—Sí, tienes razón —dijo Parker—. Debimos matarlo. Ahora volverá a aparecer en el rastreador.

Ripley le dirigió una dura mirada, y no hizo ningún comentario. Luego volvió su atención a Brett, que mostraba instintos menos asesinos.

—Ve tú por él. Debemos discutir más tarde lo que haremos. Pero sería buena idea mantenerlo encerrado en su caja para que no pueda confundir a la máquina, o a nosotros.

Brett asintió con la cabeza.

—Correcto.

Se dio vuelta y trotó por el pasaje, siguiendo al gato. Ripley y Parker siguieron avanzando lentamente, en la dirección opuesta, con Ripley llevando el rastreador y el tubo y ayudando a Parker al mismo tiempo con la red.

Una puerta abierta lo condujo a una gran crujía de mantenimiento de equipo. Brett echó una última mirada arriba y abajo del corredor y no vio ninguna señal del gato. Por otra parte, aquella cámara con pocos materiales era ideal para que en ella se ocultase algún gato. Si no estaba allí dentro, él iría a reunirse con los otros. El animal podía estar en cualquier parte de la nave, pero la crujía de mantenimiento era buen lugar para refugiarse.

Había luz en el interior, aunque no más brillante que en el pasillo. Brett no hizo caso a la hilera de instrumentos alineados, a los recipientes de módulos de reemplazos de estado sólido ni a las herramientas sucias. Unos paneles luminiscentes identificaban el contenido.

Se le ocurrió entonces que probablemente sus dos compañeros ya no podrían oírlo. Aquella idea le hizo temblar. Cuanto más pronto pusiese las manos en aquel maldito gato, mejor.

—Jones, ven, micho, micho... Jones, ven a ver a Brett, gatito.

Se inclinó para ver en la oscuridad una gran rendija entre dos recipientes. El lugar estaba

Librodot

desierto. Irguiéndose se limpió el sudor de la frente, primero del lado izquierdo, luego del derecho.

—¡Maldito Jones! —murmuró en voz baja—, ¿dónde diablos te escondiste?

En lo profundo de la crujía se oyó que algo raspaba las paredes. El ruido fue seguido por un vago, pero tranquilizador sonido inconfundiblemente felino. Brett dejó escapar un suspiro de alivio y avanzó hacia el lugar.

Ripley se detuvo, miró cansadamente la pantalla del rastreador. La luz roja se había apagado, la aguja estaba nuevamente en cero y ningún sonido salía del aparato. Mientras ella miraba, la aguja vibró un momento, luego quedó inmóvil.

—Aquí nada —le dijo al reciario que le quedaba—. Creo que no hay nada aquí, aparte de nosotros y de Jones.

Echó una mirada a Parker:

—Acepto cualquier sugestión.

—Volvamos. Lo menos que podemos hacer es ayudar a Brett a atrapar a ese maldito gato.

—No la tomes contra Jones —dijo Ripley, asumiendo automáticamente la defensa del animal—. Está tan asustado como todos nosotros.

Dieron vuelta y avanzaron por el corredor maloliente. Ripley dejó encendido el rastreador, por si acaso.

Brett se había abierto paso entre pilas de equipo, y no podía avanzar mucho más. Zancos y soportes para la superestructura del *Nostromo* formaban un intrincado laberinto de metal a su alrededor. Estaba desalentándose ya cuando otro murmullo familiar llegó hasta él. Apartando un pilón de metal, vio dos pequeños ojos amarillos que brillaban en la oscuridad. Vaciló durante un momento. Jones era poco más o menos del tamaño de lo que había brotado del pecho del pobre Kane. Otro maullido le hizo sentir mejor. Tan sólo un gato ordinario podía producir semejante sonido.

Al avanzar más trabajosamente, se agachó para encender su rayo y alcanzó a ver una piel de gato y unos bigotes: era Jones.

—Ven, gatito... me alegro de verte, maldito gato peludo.

Extendió la mano hacia Jones. El animal bufó, amenazándolo, y retrocedió más profundamente al rincón.

—¡Vamos, Jones! Ven a Brett. No hay tiempo para tonterías.

Algo no tan grueso como el rayo que el técnico de ingeniería acababa de arreglar, llegó hasta abajo. Descendió en completo silencio, produciendo la sensación de una enorme energía mantenida al acecho. Unos dedos se extendieron, asieron y envolvieron por completo la garganta del ingeniero, cruzándose uno sobre otro. Brett alcanzó a proferir un grito, llevándose ambas manos a la garganta. Por el efecto que tuvieron sobre él aquellos dedos de acero bien podían haber estado soldados.

Fue levantado en el aire por aquella mano; sus piernas quedaron bailando en el aire. Jones saltó por encima de él.

El gato pasó como un tiro a Ripley y a Parker, que acababan de llegar. Sin pensarlo, se lanzaron dentro de la crujía de equipo. Pronto estuvieron donde un momento antes se acababan de ver colgando las piernas de Brett. Mirando profundamente en la oscuridad, tuvieron al fin un breve atisbo de unas piernas colgando y un dorso que se debatía en lo alto. Por encima de la figura inerte del ingeniero alcanzaron a ver un tenue contorno, algo hasta cierto punto humano, pero que definitivamente no era un hombre. Algo enorme y malévolo. Fue una visión de una fracción de segundo, una luz que se reflejaba en unos ojos demasiado grandes para ser de un hombre así hubiese tenido una cabeza enorme. Luego, al mismo tiempo el ser extraño y el ingeniero desaparecieron en los niveles superiores del *Nostromo.*

—¡Cristo! —murmuró Parker.

Librodot

—Creció —dijo Ripley, mirando su tubo y considerándolo en relación con la enorme masa que acababa de desaparecer allá arriba.

—Creció pronto. Todo el tiempo que estuvimos buscándolo del tamaño de Jones, ya se había convertido en eso...

De pronto, se dio cuenta del espacio limitado, de las tinieblas y de los embalajes que parecían oprimirlos, de los incontables pasajes que había entre las latas y los gruesos soportes de metal.

—¿Qué hacemos parados aquí? Puede regresar.

Levantó el tubo, que ahora le pareció un juguete, pensando en el poco efecto que podría tener sobre una criatura de aquel tamaño.

Apresuradamente salieron de la crujía. Por mucho que lo intentaran, el recuerdo de aquel último grito no los abandonaría, quedaría pegado a sus cerebros. Parker era amigo de Brett desde hacía largo tiempo, pero aquel último grito le hizo correr tan rápidamente como Ripley...

XI

Había menos confianza que la última vez en los rostros de quienes se reunieron alrededor de la mesa. Ninguno trató de disimularlo; menos que nadie Parker y Ripley. Habiendo visto a lo que ahora tenían que enfrentarse, les quedaba muy poca confianza.

Dallas estaba examinando un esquema recién impreso del *Nostromo.* Parker se hallaba junto a la puerta, echando ocasionales miradas por la puerta, al pasillo.

—Sea lo que fuere —dijo el ingeniero en medio del silencio—, era grande. Se lanzó sobre él como un murciélago gigantesco.

Dallas levantó de los planos su mirada.

—¿Estás absolutamente seguro de que arrastró a Brett por un respiradero?

—Desapareció por uno de los ductos de enfriamiento —dijo Ripley, rascándose el dorso de una mano con la otra—. Estoy segura de lo que vi. De todos modos, no tiene dónde más ir.

—No hay duda de eso —añadió Parker—. Está utilizando los respiraderos para desplazarse. Por eso nunca lo encontramos con el rastreador.

—Los respiraderos —dijo Dallas, convencido—. Puede ser. Lo mismo hace Jones.

Lambert removió su café agitando el líquido negro con un dedo ocioso.

—Brett aún podría estar vivo —dijo.

—No hay ninguna posibilidad —respondió Ripley, no por fatalismo sino por lógica—. Lo tomó como a un muñeco de trapo.

—De todos modos, ¿para qué lo quiere? —dijo Lambert pensativa—. ¿Por qué llevárselo en lugar de matarlo allí mismo?

—Quizás lo necesite como una especie de incubadora, por el modo tan extraño como utilizó a Kane —sugirió Ash.

—O quizás lo use para alimentarse —dijo Ripley secamente. Luego se estremeció.

Lambert dejó en la mesa su café.

—De un modo u otro, lleva dos y aún le faltan cinco, desde el punto de vista del enemigo.

Parker había estado dando vueltas a su tubo en la mano. Entonces se volvió y lo arrojó violentamente contra la pared. Se dobló, cayó al suelo y resonó un par de veces antes de quedar inmóvil.

—¡Ataquemos al maldito canalla con un rayo laser y corramos los riesgos!

Dallas trató de parecer comprensivo.

—Bien sé cómo te sientes. Todos éramos amigos de Brett. Pero debemos conservar la sangre fría. Si la criatura es ahora tan grande como dices, ya tiene ácido suficiente para hacer en la nave un agujero tan grande como esta habitación. No quiero ni pensar en lo que haría a

Librodot

los ductos y controles que pasan por el puente. No podemos hacer esto; aún no.

—¿Aún no?

El sentido de impotencia de Parker anuló gran parte de su furia.

—¿Cuántos más tienen que morir aparte de Brett antes de que veas que ésta es la forma de enfrentarse a tal ser?

—De todos modos, no serviría, Parker.

El ingeniero se dio vuelta para enfrentarse a Ash y lo miró con el ceño fruncido:

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tendrías que atinarle a un órgano vital con el láser a la primera descarga. Por tu propia descripción de la criatura, sé que ahora es extremadamente rápida, así como grande y poderosa. Considero razonable suponer que conserva la misma capacidad de regeneración rápida que en su anterior forma de "mano". Eso significa que tendrías que matarla instantáneamente o se lanzaría sobre ti. Eso no sólo sería difícil si tu enemigo fuese hombre; es algo virtualmente imposible de hacer con este extraño ser, y no tenemos la menor idea de dónde están sus puntos vitales. Ni sabemos aun si tiene un punto vital. ¿Comprendes?

Parker estaba tratando de comprender, como lo había hecho antes Dallas. Todos sabían que los dos ingenieros habían sido amigos íntimos.

—¿Puedes figurarte lo que ocurriría? Supongamos que dos de nosotros lográramos enfrentarnos a la criatura en un lugar abierto, donde se pudiera disparar claramente contra él, lo que está lejos de ser una incertidumbre. Quizás podríamos atinarle con el láser, media docena de veces, antes de que nos hiciera pedazos, y antes de que derramara ácido suficiente para hacer incontables agujeros en la nave. Quizás parte de ello llegara a los circuitos de los que depende el abastecimiento de aire, o al abasto de la energía de la nave. No considero que eso fuera imposible, dado lo que sabemos de la criatura. ¿Y cuál sería el resultado? Perderíamos dos personas o más, y la nave estaría peor que antes de enfrentarnos al monstruo.

Parker no contestó, y permaneció con expresión sombría. Finalmente murmuró:

—Entonces ¿qué demonios vamos a hacer?

—El único plan que parece tener posibilidades de funcionar es el anterior —le dijo Dallas, dando golpecitos en el detector—. Descubrir dónde se encuentra, y luego arrojarlo de allí a una cámara de aire, y de allí lanzarlo al espacio.

—¿Llevarlo? —dijo Parker, sonriendo huecamente—. Te estoy diciendo que el maldito es enorme.

Escupió para mostrar su desprecio contra el tubo doblado.

—Con eso no llevaremos al maldito a ninguna parte.

—Por esta vez tiene razón —dijo Lambert—. Tenemos que llevarlo a una cámara. Pero ¿cómo lo llevamos?

La mirada de Ripley recorrió a todos sus compañeros.

—Creo que es tiempo de que el departamento de ciencia nos ponga al día en lo que concierne a nuestro visitante. ¿Tienes alguna idea nueva, Ash?

El científico pensó un momento:

—Bueno, parece haberse adaptado bien a una atmósfera rica en oxígeno. Eso quizás tenga algo que ver con su espectacular desarrollo en esta etapa.

—¿En esta etapa? —repitió Lambert, sorprendida—. ¿Quieres decir que puede convertirse nuevamente en otra cosa?

Ash extendió las manos, como a la defensiva:

—Sabemos muy poco acerca de él. Debemos estar preparados para lo que venga. Ya se ha metamorfoseado dos veces: de huevo a forma de mano, de mano a lo que salió del cuerpo de Kane, y ahora en esta forma bípeda mucho mayor. No hay ninguna razón para suponer que ésta es la etapa final de su cadena de desarrollo.

Hizo una pausa y luego añadió:

—La siguiente forma que concebiblemente puede adoptar quizás sea aún más grande y más poderosa.

—Muy alentador... —murmuró Ripley—. ¿Algo más?

—Además de la nueva atmósfera, ciertamente se ha adaptado a sus requerimientos nutricionales. Así pues, sabemos que puede mantenerse con muy poco en varias atmósferas y posiblemente en ninguna de ellas por un período no especificado. Lo único que desconocemos es su capacidad para enfrentarse a grandes cambios de temperatura. A bordo del *Nostromo* hace un calor confortable. Si consideramos la temperatura media del mundo en que lo descubrimos, creo que podremos excluir un gran frío como enemigo suyo, aunque su anterior forma de huevo acaso fuese más resistente que su forma actual; de ello hay precedentes.

—Muy bien —dijo Ripley—. ¿Qué me dices de la temperatura? ¿Qué ocurre si la elevamos mucho?

—Veamos —dijo Ash—. No podemos elevar la temperatura de toda la nave por la misma razón que no podemos sacar todo el aire. En nuestros trajes no hay suficiente aire, hay una movilidad limitada y estaríamos indefensos, confinados en los congeladores; y hay otras razones. Pero la mayoría de los seres vivos retroceden ante el fuego. No es necesario calentar toda la nave.

—Podríamos pasar un cable de alto voltaje por unos cuantos corredores y atraerlo hacia ellos. Eso lo dejaría frito —sugirió Lambert.

—No tenemos que vérnosla con un animal —le dijo Ash—. O, en caso de serlo, entonces es supremamente hábil. No va a cargar a ciegas contra un cordón, o contra algo que bloquee una vía de tránsito tan clara como un corredor. Ya lo ha demostrado escogiendo los ventiladores para trasladarse, en lugar de los pasillos. Además, ciertos organismos primitivos, como los tiburones, son sensibles a los campos eléctricos. En general, no es una buena idea.

—Quizás pueda detectar los campos eléctricos que generen nuestros propios cuerpos —dijo Ripley sombríamente—. Tal vez sea así como nos detecta.

Parker pareció dudoso.

—Yo no apostaría a que depende de sus ojos. Si eso son esas cosas.

—No lo son.

—Una criatura con tantos recursos probablemente utiliza muchos sentidos al detectar —intervino Ash.

—De todos modos, no me gusta la idea del cable —dijo Parker, cuyo rostro había enrojecido—. Estoy harto de esconderme; cuando salga de su lugar yo quiero estar allí, quiero verlo morir.

Guardó silencio durante un rato y luego añadió, con menos emoción:

—Quiero oírlo gritar como gritó Brett.

—¿Cuánto tiempo necesitarías para unir tres o cuatro unidades incineradoras? —Quiso saber Dallas.

—Dame veinte minutos. Las unidades básicas ya están allí almacenadas. Sólo es cuestión de modificarlas para hacerlas manuales.

—¿Puedes darles suficiente potencia? No queremos encontrarnos en la clase de situación que describió Ash si vamos a usar láser. Necesitamos algo que lo detenga instantáneamente.

—No te preocupes —dijo Parker con voz fría, fría—. Yo los arreglaré de modo que cocinen todo con lo que se ponga en contacto.

—Entonces, esa parece nuestra mejor oportunidad —dijo el capitán mirando a todos alrededor de la mesa—. ¿Tiene alguien alguna idea mejor?

Nadie habló.

—Muy bien —dijo Dallas, apartándose de la mesa y levantándose—. Cuando Parker esté listo con sus lanzallamas, partiremos de aquí y volveremos al nivel C y a la cámara donde atacó a Brett. Le seguiremos el rastro desde allí.

Librodot

Parker pareció dudar.

—Subió con él a través de la armazón del casco antes de entrar en la cámara de aire. Sería dificilísimo subir allí. No soy un simio.

Miró a Ripley como advirtiéndole, pero ella no hizo ningún comentario.

—¿Prefieres entonces quedarte sentado aquí y esperar a que él venga a buscarte? —preguntó Dallas—. Cuanto más tiempo podamos tenerlo a la defensiva, mejor será para nosotros.

—Salvo por una cosa —dijo Ripley.

—¿Cuál?

—Ni siquiera estamos seguros de que haya estado a la defensiva —dijo ella, mirándolo fijamente.

Los lanzallamas eran más voluminosos que los tubos, y parecían menos eficaces. Pero los tubos habían funcionado como de ellos se esperaba, y Parker les había asegurado a todos que también lo harían los incineradores. Esta vez se negó a dar una demostración, porque, según explicó, las llamas eran lo bastante poderosas para dañar el puente.

El hecho de que estuviera confiando su propia vida a sus aparatos fue prueba suficiente para todos los demás, salvo para Ripley. Ella empezaba a desconfiar de todo y de todos. Siempre había sido un poquito paranoide. Y los acontecimientos la estaban empeorando. Empezó a preocuparse tanto por lo que ocurría a su propio cerebro como a lo que pudiese pasar por el ser extraño.

Desde luego, en cuanto hubiesen descubierto y matado al enemigo, los problemas mentales se desvanecerían. Eso esperaba ella.

El apretado grupo de hombres nerviosos avanzó cautelosamente desde el comedor hasta el nivel B. Se encaminaban a la escalera cuando los dos detectores empezaron a silbar frenéticamente. Al punto, Ash y Ripley apagaron el sonido. Tuvieron que seguir las agujas vibrantes tan sólo unos doce metros antes de que llegara a sus oídos un sonido distinto y más alto: el de metal que se destroza.

—Calma —dijo Dallas colocándose el lanzallamas bajo el brazo y dando vuelta a la esquina del corredor. Los ruidos continuaban ahora más claros. Dallas supo dónde se originaban.

—El casillero de los alimentos —susurró a sus compañeros—. Está dentro.

—¡Escuchen eso! —murmuró Lambert atemorizada—. ¡Dios, debe de ser grande!

—Bastante grande —dijo Parker, suavemente—. Recuerda que yo lo vi y es fuerte. Se llevó a Brett...

Se interrumpió a media frase; los recuerdos de Brett le quitaron todo deseo de conversar.

Dallas levantó el cañón de su lanzallamas.

—Hay una abertura en la parte trasera del casillero. Por allí se metió —echó una mirada a Brett—. ¿Estás seguro de que estas cosas funcionarán?

—Yo las hice ¿no?

—Eso es lo que me preocupa —respondió Ripley.

Siguieron avanzando. Los sonidos de metal continuaban. Cuando se encontraron en sus puestos fuera del casillero, Dallas indicó a Parker, con la mirada, la perilla de la puerta. De mala gana, el ingeniero empuñó firmemente la pesada bola. Dallas retrocedió dos pasos y preparó el lanzallamas.

—¡Ahora!

Parker abrió violentamente la puerta, y de un salto se apartó del camino. Dallas oprimió el gatillo de la pesada arma. Un verdadero abanico, sorprendentemente extenso, de fuego de color anaranjado llenó la entrada del casillero de los alimentos, haciendo que todos retrocedieran precipitadamente por el intenso calor. Dallas avanzó, olvidándose del calor que

le quemaba la garganta y envió otra descarga al interior, y luego una tercera. Se hallaba ahora sobre un base más elevada, y tuvo que agacharse para poder disparar a los lados.

Pasaron varios minutos en nerviosa espera, hasta que el interior del casillero se enfrió lo bastante para que pudiesen entrar. Pese a la espera, el calor que irradiaban los restos carbonizados de lo que había dentro era tan intenso que tuvieron que caminar cuidadosamente, para no tropezar contra las ardientes paredes del casillero o los estantes sobrecalentados.

El casillero mismo era un desastre. Lo que había comenzado el ser extraño lo había terminado el lanzallamas de Dallas. Las profundas grietas negras que se veían en las paredes eran prueba del poder concentrado del incinerador.

El olor de componentes de alimento artificial quemado, junto con los paquetes carbonizados, era insoportable en aquel pequeño espacio.

Pese a los estragos causados por el lanzallamas, no todo lo que había en el casillero había quedado destruido. Por todos lados había, dispersas, pruebas de la fuerza del ser extraño, no tocadas por las llamas. Por el suelo yacían paquetes de todos tamaños, "latas" (así llamadas por tradición, no por su constitución metalúrgica) de almacenamiento de metal sólido, habían sido abiertas arrancándoles la cubierta como a frutas. Por lo que todos pudieron ver, el extraño no había dejado casi nada intacto para que lo terminaran las llamas.

Manteniendo a mano los detectores y los incineradores, se abrieron paso entre los restos. Un humo que ya llenaba sus pulmones también les quemó los párpados.

Una inspección cuidadosa de todas las filas de abastos calcinados no produjo el descubrimiento esperado.

Como todos los alimentos almacenados a bordo del *Nostromo* eran artificiales y de composición homogénea, los huesos que descubrieran podían ser los del extraño. Pero lo más parecido que encontraron a unos huesos fueron las bandas de refuerzo de varios grandes embalajes.

Ripley y Lambert, relajándose, estuvieron apunto de apoyarse en una pared aún caliente, pero se acordaron a tiempo.

—No lo logramos —dijo la oficial, decepcionada.

—Entonces, ¿dónde demonios está? —le preguntó Lambert.

—Allá.

Todos se volvieron para ver a Dallas, de pie junto a la pared del fondo, tras una pila de plástico carbonizado. Con su lanzallamas señalaba la pared.

—Allá es donde se fue.

Avanzando, Ripley y los demás vieron que la figura de Dallas estaba bloqueando la abertura del ventilador. La reja protectora que normalmente cubría el hueco yacía en el suelo hecha pedazos.

Dallas se quitó del cinturón su barra de luz y dirigió el rayo hacia la cámara. Tan sólo le reveló metales retorcidos. Cuando volvió a hablar, había excitación en su voz.

—Creo que es tiempo de hacer una pausa.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Lambert.

El la miró, en respuesta.

—¿No lo ves? Eso podría ser en nuestro beneficio. Este ducto termina en la toma de aire principal. Sólo hay otra abertura lo bastante grande para que ese ser escape de allí, y ésta otra podemos cubrirla. Entonces podremos acosarlo con los lanzallamas, y arrojarlo al espacio.

—Sí —dijo Lambert, en un tono indicador de que no compartía el entusiasmo de su capitán por aquella idea—. Nada de eso. Todo lo que tienes que hacer es meterte gateando por el respiradero persiguiéndolo, orientarte entre todo eso hasta que te encuentres frente a frente con él, y entonces rogar al cielo que tenga miedo al fuego.

La sonrisa de Dallas se desvaneció.

Librodot

—La intervención del elemento humano acaba con toda la sencillez del plan, ¿verdad? Pero saldría bien si el monstruo tiene miedo al fuego. Es nuestra mejor oportunidad. Así no tenemos que arrinconarlo y dejar que las llamas lo maten a tiempo. Puede seguir retirándose hacia el agujero que le aguarda.

—Todo eso está muy bien —convino Lambert—. El problema es ¿quién va a ir tras él?

Dallas examinó al grupo, buscando al personaje adecuado para aquel juego letal. Ash tenía los mejores nervios, pero Dallas aún desconfiaba del científico. De todos modos el proyecto de Ash de encontrar algo que anulara los ácidos del monstruo lo excluía como candidato para la cacería.

Lambert ponía una expresión resuelta, pero era probable que bajo presión ella se desmoronara antes que los otros. En cuanto a Ripley, no lo haría mal en el momento de la actual confrontación. Dallas no estaba seguro de si se quedaría helada o no. No creía que ocurriera, pero no podía apostar su vida a eso.

En cuanto a Parker... Parker siempre había simulado ser un hombre rudo y desalmado. Se quejaba mucho, pero podía hacer un trabajo arduo y bueno cuando fuese necesario. De ello eran prueba los tubos y ahora los lanzallamas. Además, era su amigo el que había sido víctima del monstruo. Y conocía los sistemas de lanzallamas mejor que ninguno de ellos.

—Bueno, Parker, siempre quisiste una participación completa y una bonificación de fin de viaje.

—¿Sí? —dijo el ingeniero indiferente.

—Métete en la cámara.

—¿Por qué yo?

Dallas pensó darle varias razones, pero decidió en cambio decir algo sencillo:

—Simplemente, quiero verte ganar tu parte del dinero, eso es todo.

Parker meneó la cabeza y dio un paso atrás.

—No hay manera; puedes quedarte con mi parte. Puedes quedarte con todo mi salario de este viaje.

Con la cabeza indicó la apertura de la ventilación.

—No me meteré allí.

—Yo iré.

Dallas miró, sorprendido, a Ripley. Ella siempre había querido ofrecerse como voluntaria, tarde o temprano. Extraña chica. El siempre la había subestimado. Y todos los demás también.

—Olvídalo.

—¿Por qué? —preguntó ella, resentida.

—Sí, ¿por qué? —repitió Parker—. Si ella está dispuesta a ir, ¿por qué no dejarla?

—Mi decisión está tomada —dijo Dallas secamente mirándola y contemplando en su rostro una mezcla de resentimiento y confusión. No pudo comprender por qué él la había rechazado. "Bueno, no importa, algún día quizás me lo explicará".

Pero Dallas no podía explicárselo ni a sí mismo.

—Tú sigues el respiradero —dijo Dallas a Ripley—. Ash, tú te quedas aquí y cubres este extremo, por si de algún modo se coloca detrás de mí. Parker, tú y Lambert cubren la salida lateral de la que les hablé.

Todos ellos lo miraron, con distintos grados de comprensión. No había duda de quién entraría en el respiradero.

Respirando trabajosamente, Ripley llegó al vestíbulo de estribor. Una mirada a su detector no le mostró ningún movimiento en el área. Tocó entonces un cercano interruptor rojo. Un suave zumbido llenó esa sección del corredor. El pesado cerrojo se apartó. Cuando vio que no había nadie y que el zumbido había cesado, hizo accionar el intercomunicador.

—Respiradero de estribor, listo.

Parker y Lambert llegaron a la sección del corredor especificada por Dallas, y allí se

detuvieron. El respiradero, cubierto por su reja y de aspecto tranquilo, mostraba junto a la pared tres cuartos del camino hacia arriba.

—De aquí es donde saldrá, si prueba por esta sección —observó Parker.

Lambert asintió, y se acercó al micrófono más cercano para informar que ya estaba en su posición.

Allá en la alacena, Dallas escuchó con expresión intensa el informe de Lambert, que siguió al de Ripley. Dallas hizo un par de preguntas, escuchó las respuestas y cortó la comunicación. Ash le entregó su lanzallamas. Dallas ajustó el cañón y disparó un par de descargas rápidas.

—Aún funciona bien. En cuestiones de maquinaria, Parker es aún mejor de lo que cree.

Advirtió entonces la expresión del rostro de Ash.

—¿Ocurre algo?

—Tú tomaste tu decisión. No es momento para comentarios.

—Tú eres el científico. Adelante, di lo que tengas que decir.

—Esto no tiene nada que ver con la ciencia.

—Bueno, no es momento de sutilezas. Di lo que tengas que decir.

Ash lo miró con verdadera curiosidad.

—¿Por qué tuviste que ser tú el que fuera? ¿Por qué no enviaste a Ripley? Estaba dispuesta y es bastante competente.

—Yo no debí ni sugerir a nadie más que a mí mismo —dijo Dallas revisando el nivel del fluido del lanzallamas—. Ese fue un error. Es mi responsabilidad. Dejé que Kane descendiera en la nave extraña. Ahora, me toca a mí. Ya he delegado bastantes riesgos sin correr ninguno yo mismo. Es el momento de hacerlo.

—Tú eres el capitán —replicó Ash—. Es el momento de ser prácticos, no heroicos. Hiciste lo adecuado al enviar a Kane. ¿Por qué cambiar ahora?

Dallas le sonrió. No era frecuente pescar a Ash en una contradicción.

—No te corresponde a ti hablar de los procedimientos adecuados. Tú abriste el cerrojo y nos dejaste volver a la nave, ¿recuerdas?

El científico no contestó.

—Así pues, no me sermonees acerca de lo apropiado.

—Será más difícil para los que quedamos si te pasa algo. Especialmente ahora.

—Acabas de decir que considerabas bastante competente a Ripley. Estoy de acuerdo. Ella es la que seguirá al mando. Si no regreso, no hay nada que yo pueda hacer que ella no sepa.

—No estoy de acuerdo.

Estaban perdiendo el tiempo. No podía saberse dónde se hallaba la criatura.

Dallas estaba cansado de discutir.

—Ya no importa. Esa es mi decisión y es definitiva.

Se volvió, puso el pie derecho en la abertura del respiradero y luego deslizó delante de él su lanzallamas, cuidando que no resbalara en la superficie ligeramente inclinada.

—No resultará así —murmuró, mirando hacia abajo—. No hay espacio suficiente para ponerse en cuclillas.

Hizo pasar luego su otra pierna.

—Tendré que avanzar a gatas.

Se agachó y entró, teniendo que doblarse mucho por la abertura.

En el respiradero había menos espacio del que había creído. Cómo algo del tamaño descrito por Parker y Ripley había logrado pasar por aquel minúsculo espacio era algo que no podía imaginar. ¡Bueno! Dallas tuvo esperanzas de que el respiradero continuara angostándose. Quizás la criatura, en su prisa por huir, se dejaría acorralar definitivamente. Eso simplificaría las cosas.

—¿Cómo está todo? —le dijo una voz desde atrás.

—No demasiado bien —informó Dallas a Ash; su voz encontró eco a su alrededor.

Dallas logró colocarse a gatas.

—Es lo bastante grande para ser incómodo.

Encendió entonces su barra de luz y durante un momento buscó antes de localizar el micrófono de cuello que se había colocado. La luz le mostró el respiradero oscuro y vacío delante de él; avanzaba en una línea metálica recta, más adelante con una ligera curva hacia abajo. La curva se intensificaría, bien lo sabía Dallas. Tenía que descender todo un nivel antes de salir detrás de la criatura, allá en el respiradero de estribor.

—Ripley, Parker, Lambert, ¿me oyen? Estoy ahora en el respiradero preparándome a descender.

Abajo, Lambert se dirigió al intercomunicador de pared.

—Podemos oírte. Trataré de seguirte en cuanto estés al alcance de nuestro detector.

Cerca de ella, Parker levantó su lanzallamas y miró intensamente la reja que cubría al ducto.

—Parker, si trata de salir por donde están ustedes dos, asegúrate de hacerlo retroceder —instruyó Dallas al ingeniero—. Yo trataré de echarlo hacia allá.

—Entendido.

—Estaré junto a la cámara —informó Ripley—. Está abierta, esperando compañía.

—Queda en su camino —dijo Dallas, y empezó a avanzar a gatas, con la mirada fija en el túnel delante de él y los dedos en los controles del incinerador. Allí el respiradero tenía menos de un metro de ancho. El metal parecía frotar insistentemente sus rodillas, y Dallas se arrepintió de no haberse puesto un overol extra. "Demasiado tarde para cambiarse", murmuró. Todo el mundo estaba preparado. El no podía retroceder.

—¿Cómo va eso? —sonó una voz por el micrófono.

—Muy bien, Ash —dijo al ansioso científico—. No te preocupes por mí. No despegues la mirada de esa abertura, por si de algún modo se colocara detrás de mí.

Dio vuelta a la primera curva, tratando de visualizar en su cerebro la posición exacta del sistema de ventilación de la nave. El esquema impreso y los mapas eran confusos en su memoria. La ventilación no se encontraba en los sistemas más críticos de la nave. Era demasiado tarde ahora para estudiarlos mejor.

Después de varias curvas, pudo ver el respiradero delante de él. Hizo una pausa, respirando con dificultad, y levantó el cañón de su lanzallamas. Nada indicaba que algo pudiese estar oculto tras aquellas curvas, pero era mejor no correr riesgos. El nivel de combustible del incinerador indicaba que estaba casi lleno. No estaría mal indicarle a la criatura lo que podía estar siguiéndole de cerca; quizás la pondría en fuga sin que Dallas tuviera que enfrentársele.

Un toque al botón rojo envió una enorme llamarada por el túnel. Su rugido fue amplificado por lo estrecho de las paredes del respiradero, y el calor llegó como una oleada a su piel.

Dallas volvió a echar a andar, teniendo cuidado de mantener sus manos enguantadas lejos del metal ardiente sobre el que se arrastraba. Un poco de calor pasó por la gruesa textura de sus pantalones. Mas no lo sintió. Todos sus sentidos estaban concentrados hacia adelante, en busca de algún movimiento y de algún olor.

En la zona de equipaje, Lambert contemplaba, pensativa, la abertura con su gruesa cortina. Retrocediendo, encendió un interruptor. Hubo un sonido y la reja de metal se deslizó fuera de su vista, dejando un enorme agujero en la pared.

—¿Estás loca? —dijo Parker mirándola, sin poder dar crédito a sus ojos.

—Es por allí por donde vendrá, si se aparta del respiradero principal —contestó ella—. Dejémosla abierta. Detrás de la reja está demasiado oscuro. Deseo ver si viene.

Parker iba a discutir, pero luego pensó que mejor emplearía sus energías manteniendo un ojo avizor a la apertura, con o sin reja. De todas maneras, Lambert tenía graduación superior a la suya.

El sudor cubría los párpados de Dallas, persistente como hormigas, y él tuvo que detenerse

para enjugárselo. Delante de él, la curva súbitamente se hacía pronunciada. El había estado esperando aquel descenso, pero la satisfacción de confirmar sus recuerdos no le produjo ningún placer. Ahora, ya no sólo tenía que vigilar el propio túnel, sino su propia velocidad y equilibrio.

Arrastrándose hasta el descenso, inclinó el lanzallamas y disparó otra feroz descarga. Ni gritos, ni olor a carne quemada llegaron hasta él. La criatura aún se hallaba lejos.

Dallas pensó que quizás estaría arrastrándose, acaso furiosa, acaso aterrorizada en busca de una salida. O quizás estuviese esperando, dispuesta a enfrentarse a su persistente perseguidor con inimaginables métodos de defensa.

Hacía calor en el túnel, y Dallas empezó a cansarse. Había otra posibilidad, según pensó: ¿qué pasaría si la criatura hubiese descubierto, de alguna manera, un método para salir del túnel? En ese caso, de nada serviría aquella tensa y dolorosa búsqueda. Sin embargo, sólo había una manera de resolver todos los problemas. Inició el empinado descenso con la cabeza hacia abajo, manteniendo el lanzallamas en equilibrio y apuntando hacia adelante.

Lambert fue la primera que notó el movimiento de la aguja del rastreador. Transcurrió todo un angustioso minuto hasta que ciertas cifras completaron el dato con una cantidad legible.

—Empezamos a recibir noticias tuyas —informó al distante Dallas.

—Muy bien.

Dallas se sintió mejor sabiendo que los otros estaban enterados exactamente de dónde estaba.

—No se retiren.

El túnel inició otra curva. Dallas no recordaba que hubiese tantas curvas y descensos súbitos, pero estaba seguro de que aún se encontraba en la parte principal. No había pasado frente a ninguna boca lo bastante ancha para dar paso a nada más grande que Jones. Pese a la demostrada capacidad del ser extraño para penetrar por espacios pequeños, Dallas no pensó que pudiera comprimirse lo suficiente para entrar por el respiradero secundario, de sólo unos doce centímetros de diámetro.

La siguiente curva resultó especialmente difícil. El largo e inflexible cañón del lanzallamas complicaba más las cosas. Jadeando, Dallas se tendió, considerando cómo proceder.

—Ripley.

Ripley se sobresaltó ante lo agudo del llamado, y habló apresurada ante el micrófono.

—Aquí estoy. Te leemos claramente. ¿Pasa algo?

—Parece...

Ripley se interrumpió. Era inevitable que Dallas pareciera nervioso.

—Estoy bien... un poco cansado. Fuera de condición. Demasiadas semanas en el hipersueño... hacen que se pierda algo de músculo, por muy congelado que esté uno.

Haciendo contorsiones, adoptó una nueva posición donde podía ver mejor adelante.

—No creo que este túnel llegue mucho más lejos. Esto está calentándose.

"Era de esperar", se dijo a sí mismo. El efecto acumulado de muchas descargas estaba poniendo a difícil prueba la capacidad de enfriamiento de los termostatos del túnel.

—Sigo adelante. Estén listos.

Cualquier espectador habría notado fácilmente el alivio en el rostro de Dallas cuando finalmente salió del incómodo túnel. Daba a uno de los principales ductos de aire del *Nostromo,* un túnel dividido por una pequeña acera. Dallas salió arrastrándose del túnel y se detuvo en el pasillo, donde se estiró con placer.

Una inspección minuciosa del pasaje resultó inútil. El único sonido que oyó fue el paciente palpitar de la maquinaria de enfriamiento. A la mitad había un espacio mayor para hacer reparaciones, y hacia allá avanzó, para repetir su inspección. Por lo que podía ver, la enorme cámara estaba vacía.

Nada podría deslizarse hacia allá, no mientras él estuviese en el centro de la habitación.

Librodot

Tendría un buen lugar para pasar un par de minutos de descanso muy necesario. Se sentó sobre la acera, examinando distraídamente el nivel del piso, y habló hacia el micrófono de cuello.

—Lambert ¿qué datos están recibiendo? Estoy en una de las principales cámaras, en la estación de reparaciones del centro. Sólo yo estoy aquí.

La navegante echó un vistazo al rastreador y de pronto pareció desconcertada. Echó una mirada de preocupación a Parker, y puso el aparato ante sus ojos.

—¿Puedes entender esto?

Parker estudió la aguja y los datos.

—No. Esa no es mi especialidad, es la de Ash. Sin embargo, parece confuso.

—Lambert —sonó de nuevo la voz de Dallas.

—Aquí estoy. Pero no estoy segura...

Miró desconcertada el rastreador, que le pareció tan incomprensible como antes.

—Parece haber una especie de doble señal.

—Eso es imposible. ¿Estás recibiendo dos tipos de lectura distintas y separadas?

—No. Sólo una, pero incomprensible.

—Puede ser interferencia —dijo Dallas—. Por la forma en que el aire circula aquí, podría confundir a una máquina diseñada para leer la densidad del aire. Probablemente se aclare más allá.

Dallas se levantó, sin ver la enorme mano con garras que se levantaba lentamente sobre el pasillo que había bajo sus pies. La mano, a tientas, estuvo a punto de tocar su pie izquierdo mientras él avanzaba. Se retiró bajo la acera, tan silenciosamente como había aparecido.

Dallas había caminado la mitad del recorrido hasta el extremo de la cámara. Entonces se detuvo.

—¿Está mejor ahora, Lambert? He avanzado. ¿Es ahora más claro el registro?

—Es claro, sí —dijo ella, pero su voz fue tensa—. Sigo recibiendo una doble señal, y creo que es distinta. No sé cuál es cuál.

Dallas giró sobre sí mismo, abarcando con la mirada el techo, el piso, las paredes y la gran abertura de la que acababa de salir. Luego miró hacia atrás, hacia el lugar de las reparaciones. Su mirada se posó en el mismo sitio en que había estado sentado hacía pocos segundos.

Bajó el cañón del lanzallamas. Si él era la señal principal habiendo avanzado por la acera, entonces la causa de la doble señal debía ser... Sus dedos se pusieron tensos en el gatillo del incinerador. Una mano avanzó desde abajo y desde atrás, hacia su tobillo.

El ser extraño era la señal principal.

Ripley se hallaba sola frente al ducto, observándolo y pensando en el respiradero abierto que se hallaba cerca. Hubo un lejano sonido, como un repique. Al principio, pensó que era sobre su cabeza, donde a menudo se originaban sonidos curiosos. Luego se repitió, más alto, y esta vez fue seguido por un eco. Parecía venir de lo profundo del túnel. Sus manos se pusieron tensas sobre el lanzallamas.

El sonido cesó. Contra su propio criterio, se acercó ella un poco más a la abertura, manteniendo el cañón del lanzallamas hacia adentro. Desde allí llegó un sonido reconocible: un grito. Ripley reconoció la voz.

Olvidando todos los planes tan cuidadosamente establecidos, todo procedimiento sensato, Ripley corrió todo lo que la separaba de la abertura.

—¡Dallas... Dallas!

Después del primer grito, nada. Tan sólo un lejano sonido grave que rápidamente se desvaneció. Ripley revisó el rastreador. Mostraba una sola señal, y el color rojo también se desvaneció pronto. Como el grito.

—¡Oh, Dios mío! ¡Parker! ¡Lambert!

Corrió hacia el micrófono y gritó junto a la reja.

—Aquí, Ripley —respondió Lambert—. ¿Qué ocurre? Acabo de perder la señal.

Ripley empezó a decir algo, pero murió en su garganta. De pronto recordó sus nuevas responsabilidades. Afirmó su voz, y se puso rígida aunque a su alrededor no había nadie para verla.

—Acabamos de perder a Dallas...

XII

Los cuatro miembros sobrevivientes de la tripulación del *Nostromo* se reunieron ante la mesa. Ya no parecía un lugar limitado, sofocante. Había adquirido un espacio que los cuatro aborrecían. Y les daba recuerdos que luchaban por disipar.

Parker llevaba dos lanzallamas y dejó caer uno sobre la mesa.

Ripley le dirigió una mirada triste:

—¿Donde estaba?

—Lo encontramos tirado allí, en el suelo de la cámara de mezclado, debajo de la acera —dijo el ingeniero con voz cansada—. Ninguna señal, nada de sangre, nada.

—¿Y el enemigo?

—Lo mismo. Nada. Tan sólo un agujero abierto en el complejo central de refrigeración. A través del metal; no creí que fuera tan fuerte.

—Nosotros tampoco. Ni Dallas. Pero hemos estado demasiado confiados desde que trajimos aquella mano a bordo. Eso tiene que cambiar. En adelante supondremos que es capaz de todo, incluso de invisibilidad.

—Ninguna criatura conocida es invisible —contestó Ash.

Ripley lo miró con rudeza.

—Ninguna criatura conocida puede arrancar tampoco una coraza de tres centímetros de espesor.

Ash no respondió.

—Ya es tiempo de que nos demos cuenta de contra qué estamos enfrentándonos.

Hubo un silencio alrededor de la mesa.

—Ripley, esto te deja al mando —dijo Parker mirándola a los ojos—. Por mí, está bien.

—De acuerdo —dijo Ripley como estudiándolo, pero ni en sus palabras ni en su actitud notó el menor sarcasmo. Por una vez había dejado su eterna amargura.

"¿Y ahora qué?", se preguntó Ripley. Tres rostros la miraban expectantes, aguardando sus instrucciones. Ella se escudriñó el cerebro, buscando frenéticamente algo claro, brillante; sólo encontró incertidumbre, temor y confusión: precisamente las mismas sensaciones que sin duda estaban experimentando sus compañeros. Ella empezó a comprender un poco mejor a Dallas; pero ya era inútil.

—Eso está decidido, entonces. A menos que alguien tenga una idea mejor de cómo enfrentarse al enemigo, seguiremos con el mismo plan de antes.

—Y terminaremos del mismo modo —dijo Lambert meneando la cabeza—. No, gracias.

—Entonces, ¿tienes una idea mejor?

—Sí, abandonar la nave. Podemos tomar la navecilla de emergencia, e irnos de aquí. Correr nuestros riesgos de llegar a la órbita de la tierra y de que alguien nos recoja. Una vez de vuelta en el espacio por el que pasan naves, alguien tiene que oír un S.O.S.

Ash habló entonces en voz baja, con palabras que más habría valido callar. Lambert se las había sacado por la fuerza.

—Estás olvidando algo: Dallas y Brett quizás no estén muertos, es una posibilidad horrible, lo reconozco, pero no es una seguridad. No podemos abandonar la nave hasta que estemos seguros, de un modo u otro.

—Ash tiene razón —convino Ripley—; tenemos que darles una oportunidad. Sabemos que

el enemigo está utilizando los respiraderos. Busquémoslo nivel por nivel. Esta vez sellaremos con el láser todo mamparo y ventila tras de nosotros, hasta que lo hayamos acorralado.

—De acuerdo con eso —dijo Parker, echando una mirada a Lambert. Ella no respondió y pareció desalentada.

—¿Cómo están nuestras armas? —le preguntó Ripley.

El ingeniero revisó durante un momento los niveles y el combustible de los lanzallamas.

—Las líneas y los cañones aún están llenos. Por lo que puedo ver, están trabajando bien.

Luego, con un gesto, señaló al incinerador de Dallas, que yacía sobre la mesa.

—Podríamos utilizar el combustible de ése —dijo sombríamente—, aunque él usó una buena cantidad.

—Entonces más vale que te dediques a reemplazarlo. Ash, tú irás con él.

Parker miró al científico. Su expresión era impenetrable.

—Yo puedo hacerlo.

Ash asintió con la cabeza; el ingeniero abrazó su propia arma, se dio vuelta y partió.

Los demás permanecieron sombríos alrededor de la mesa aguardando el regreso de Parker. Incapaz de soportar el silencio, Ripley se volvió hacia el científico.

—¿Alguna otra idea? Sugestiones, indicaciones, de ti o de Madre...

Ash se encogió de hombros y pareció disculparse.

—Nada nuevo; aún estoy recabando información.

Ella lo miró con dureza.

—No puedo creer eso. ¿Estás diciéndome que con todo lo que tenemos a bordo de esta nave, en materia de información registrada, no podemos sacar nada mejor que esto contra el enemigo?

—Así es como parece ¿verdad? Pero ten presente que no estamos enfrentándonos a un enemigo conocido y predecible. Tú misma dijiste que era capaz de cualquier cosa. Posee cierta cantidad de reservas mentales, al menos tantas como un perro y probablemente más que un chimpancé. También ha demostrado capacidad de aprender. Desconociendo por completo el *Nostromo,* pronto ha logrado aprender cómo desplazarse por la nave sin ser notado. Es silencioso, potente y astuto. Es un depredador como nunca habíamos encontrado. No me sorprende que hayan fracasado nuestros esfuerzos en su contra.

—Parece que estuvieras dispuesto a abandonarlo todo.

—Sólo estoy repitiendo lo obvio.

—Esta es una nave moderna bien equipada, capaz de viajar por el hiperespacio y desempeñar toda una variedad de funciones complejas. ¿Tú estás diciéndome que todos nuestros recursos son incapaces de enfrentarse a un solo animal de gran tamaño?

—Lo siento, capitana. Sólo he dado una evaluación de la situación tal como la veo. Por lo demás, no he querido alterar los hechos. Un hombre armado con un fusil puede perseguir a un tigre durante el día con ciertas probabilidades de éxito. Apágale la luz, pon al hombre en una selva, de noche, rodéalo de lo desconocido y todos sus temores primitivos volverán. La ventaja es para el tigre. Estamos operando en las tinieblas de la ignorancia.

—Muy poético, pero no útil.

—Lo siento —dijo Ash, pero no pareció sentirlo mucho—; ¿qué quieres que haga?

—Trata de alterar algunos de esos hechos de que estás tan seguro. Ve a ver a Madre —le ordenó—, y no dejes de hacerle preguntas hasta que obtengas algunas respuestas mejores.

—Muy bien, lo intentaré. Aunque no sé qué esperas. Madre no puede ocultar información.

—Prueba con distintas preguntas; si bien recuerdas, yo tuve buena suerte trabajando por medio de ECIU, con aquella llamada de auxilio que resultó falsa.

—Ya recuerdo —dijo Ash, mirándola con respeto—. Quizás tengas razón.

Y salió del lugar.

Lambert se había sentado. Ripley fue a colocarse junto a ella.

—Trata de no alejarte. Tú sabes que Dallas habría hecho lo mismo por nosotros. Nunca habría abandonado la nave sin asegurarse de que ya no estábamos con vida.

Lambert no pareció aplacada.

—Todo lo que yo sé es que nos estás pidiendo quedarnos hasta ir desapareciendo uno tras otro.

—Te prometo que si parece que nuestro sistema no funcionara, pronto saldremos de aquí. Yo seré la primera en la pequeña nave.

Había tenido una idea súbita. Era una idea peculiar, extrañamente fuera de lugar y, sin embargo, pertinente, de alguna manera inexplicable, a todas sus preocupaciones del momento. Echó una mirada a Lambert; su compañera tenía que responder con sinceridad, o la pregunta no tendría objeto. Ripley decidió que aunque Lambert podía ser quisquillosa en otras cuestiones, sobre este tema en particular, ella, Ripley, podía confiar en su respuesta.

Desde luego, una respuesta en un sentido o en otro, probablemente no significaría nada. Simplemente era como una maligna burbuja mental que empezaría a crecer y llegaría a dominar sus pensamientos hasta que explotara. No tenía verdadero sentido.

—Lambert ¿alguna vez has dormido con Ash?

—No.

La respuesta fue inmediata, sin ninguna vacilación ni ideas ocultas.

—¿Y qué me dices de ti?

—No.

Ambas guardaron silencio durante unos cuantos minutos antes de que Lambert hablara voluntariamente.

—Nunca tuve la impresión de que él sintiera algún interés —dijo con indiferencia.

Aquel era el fin de la cuestión por lo que hacía a la navegante. Y casi era el fin por lo que hacía a Ripley. No habría podido decir por qué continuaba dando vueltas a la idea. Pero se negaba a salir de su cerebro, atormentándola.

Parker revisó el nivel del primer cilindro de metano, y se aseguró de que la botella de gas de alta compresión estaba llena. Hizo lo mismo con la segunda, que se hallaba cerca. Luego levantó los dos pesados recipientes y echó a andar de vuelta por el pasillo.

El puente B estaba tan solitario como abajo. Cuanto antes se reuniera con los demás, mejor se sentiría. En realidad, lamentaba haber ido. Ahora le habría gustado la compañía de Ash. Había sido un estúpido al haber salido solo en busca de los cilindros. Todas las víctimas del enemigo habían sido sorprendidas solas. Trató de avanzar con un poco más de rapidez, a pesar del peso de las botellas.

Tomó una curva del corredor, se detuvo y estuvo a punto de soltar uno de los recipientes. Enfrente se hallaba la principal entrada de aire. Detrás de él, pero no muy lejos, algo se había movido. ¿O habría sido una impresión falsa?

Era un buen momento para imaginar cosas, y Parker parpadeó, tratando de aclararse la mente y los ojos.

Estaba a punto de volver a echar a caminar, cuando aquella como sombra de movimiento se repitió. Hubo como una vaga indicación de algo alto y pesado. Mirando a su alrededor, Parker vio uno de los ubicuos micrófonos de comunicación. Ripley y Lambert aún debían de estar en el puente. Con el pulgar, activó el interruptor que había detrás de la reja.

Algo indescifrable pareció emanar del altoparlante que había en el tablero de Ripley. Al principio, ella pensó que sólo eran ruidos atmosféricos. Luego le pareció reconocer una o dos palabras.

—Aquí, Ripley.

—Habla en voz baja —cuchicheó el ingeniero, con voz tensa ante el micrófono. Frente a él, el movimiento en el corredor había cesado súbitamente. Quizá la criatura lo había oído.

Librodot

—No puedo oírte —dijo Ripley intercambiando una mirada de sorpresa con Lambert; pero cuando volvió a hablar ante el micrófono, mantuvo baja la voz como se le había pedido.

—Repite... ¿por qué debo hablar en voz baja?

—El enemigo —susurró Parker, sin atreverse a levantar la voz—. Está fuera de la cámara de estribor. Sí, ahora mismo. Abre la puerta lentamente. Cuando yo te diga, ciérrala con toda rapidez, y echa el cerrojo interior.

—¿Estás seguro?

Parker la interrumpió rápidamente.

—¡Te digo que lo tenemos! ¡Haz lo que te digo!

Con un esfuerzo se obligó a calmarse.

—Ahora, abre, lentamente.

Ripley vaciló, luego empezó a decir algo y vio que Lambert asentía con la cabeza vigorosamente. Si Parker se equivocaba, no tenían nada que perder más que una minúscula cantidad de aire.

En cambio, si sabía lo que estaba haciendo... encendió un interruptor. Abajo, Parker trataba de pegarse a las paredes del corredor cuando sonó un leve rechinido. La puerta interna del respirador se apartó, la criatura salió de las sombras y avanzó hacia allí. Varias luces brillaban dentro de la cámara. Una era de un verde esmeralda especialmente brillante. El ser extraño la miró con interés y avanzó para colocarse en el umbral.

"¡Vamos! ¡Maldición!" pensaba el ingeniero frenéticamente. "¡Mira la linda luz verde! ¡Así! ¿No quieres esa linda luz para ti? ¡Claro que la quieres! Simplemente, entra y toma el juguetito verde. Un par de pasos adentro y será tuyo para siempre. ¡Sólo dos pasitos! ¡Por Dios, dos pasitos!"

Fascinado por el indicador que brillaba intermitentemente, el ser extraño penetró en la cámara. Ya estaba casi dentro de ella. No por mucho, pero ¿quién podría saber si de pronto iba a aburrirse o a desconfiar de algo?

—Ahora —susurró ante el micrófono—, ¡ahora!

Ripley se preparaba a cerrar la puerta de emergencia, su mano ya iba rumbo al interruptor, cuando la bocina de emergencia del *Nostromo* aulló, pidiendo atención. Ripley y Lambert se quedaron heladas. Se miraron la una a la otra, y sólo vieron su temor personal reflejado en el rostro de su compañera. Ripley movió el interruptor; pero también el extraño había oído la bocina. Sus músculos se contrajeron y saltaron hacia atrás, dejando libre el umbral de la cámara, en un solo salto increíble. La cerradura se cerró con estrépito, una fracción antes. Un apéndice quedó atrapado entre puerta y pared.

Un líquido empezó a salir del miembro aplastado. El ser extraño emitió un quejido, como si alguien pereciese bajo el agua. Logró arrancarse hacia atrás, dejando el miembro atrapado entre el metal. Luego se dio vuelta y huyó por el pasillo, ciego de dolor, casi sin ver al ingeniero paralizado al que empujó hacia un lado antes de desvanecerse tras la curva más cercana. Por encima de Parker, desplomado, una luz verde brillaba iluminando las palabras COMPUERTA INTERIOR CERRADA.

El metal de la cerradura continuaba burbujeando y fundiéndose cuando la escotilla interior se abrió violentamente. Una bocanada de aire brotó de la compuerta, cuando la atmósfera que había estado contenida en el interior salió al espacio.

—¡Parker! —gritó Ripley, ansiosa, ante el micrófono; luego manipuló un interruptor y ajustó una pantalla—. ¡Parker! ¿Qué ocurre allí?

De pronto su atención fue captada por una luz verde que parpadeaba continuamente en el tablero.

—¿Qué ocurre? —dijo Lambert inclinándose fuera de su asiento— ¿Resultó?

—No estoy segura. El cerrojo interior está cerrado, pero el cerrojo exterior ha sido arrancado.

—Bueno; pero ¿qué hay de Parker? No lo sé. No puedo obtener una respuesta de él. Si lo logramos, debiera estar gritando de alegría hasta romper los magnavoces.

Luego tomó una decisión:

—Iré abajo a ver, tú quedas al mando.

Se deslizó entonces de su silla y corrió por el pasillo.

Dos veces estuvo a punto de caer. Una vez tropezó contra un mamparo y estuvo a punto de perder el conocimiento. De algún modo logró mantener el equilibrio y siguió corriendo, vacilante. El enemigo no ocupaba toda su mente. En cambio, lo ocupaba Parker, otro ser humano: un artículo bastante raro a bordo del *Nostromo.*

Descendió corriendo la escalera hasta el pasillo B y se encaminó hacia la cámara de presión. Estaba vacía, salvo por una forma inerte extendida a través del puente: Parker.

Ripley se inclinó sobre él. Estaba mareado, apenas consciente:

—¿Qué pasó? Tienes muy mal aspecto. ¿Fue...?

El ingeniero estaba tratando de articular palabras, pero tuvo que contentarse con señalar vagamente hacia la cámara de aire. Ripley guardó silencio y miró en la dirección indicada. Vio entonces el agujero en la puerta de la cámara; el cerrojo aún estaba abierto, al parecer después de haber lanzado al enemigo hacia la nada. Ripley empezó a levantarse.

El ácido estaba pasando ya de lado a lado de la puerta.

Se oyó el estrépito del aire que estaba saliendo a presión, y un pequeño huracán los envolvió a ambos. El aire aullaba al salir del vacío. Una señal roja apareció en varios puntos de las paredes del corredor.

DESPRESURIZACIÓN CRITICA.

La bocina estaba sonando ahora más histéricamente, y por mejores razones. Las puertas de emergencia se cerraron en toda la nave a partir de la sección dañada. Parker y Ripley debían encontrarse a salvo en una sección cerrada del corredor, pero la puerta presurizada que los separaba del vestíbulo de la cámara de aire se había trabado en uno de los cilindros de metano.

El viento seguía azotando a Ripley, mientras ella buscaba algo, cualquier cosa, con qué luchar. Sólo había un tanque a su alcance. Lo levantó y lo utilizó como martillo contra el cilindro trabado. Si alguno de los dos se rompía, una ligera chispa de metal contra metal podía hacer estallar el contenido de ambas botellas, pero si no se liberaba pronto, la completa despresurización la mataría de todos modos.

La falta de aire ya estaba debilitándola. La sangre se agolpó en su nariz y sus oídos. La baja de presión hizo que las heridas de Parker volvieran a sangrar.

Ripley levantó la botella contra el cilindro atrapado, y lo golpeó por última vez. Se liberó tan fácilmente como si nunca hubiese habido dificultad. La puerta se cerró con estrépito, y el aullido del viento cesó.

Un aire como confuso siguió girando alrededor de ella durante varios minutos.

En el puente, Lambert había visto la ominosa advertencia en su tablero:

CASCO ROTO: MAMPAROS DE EMERGENCIA CERRADOS.

Activó entonces el intercomunicador:

—¡Ash, trae algo de oxígeno! Reúnete conmigo en el puente principal ante la última de las puertas cerradas.

—De acuerdo, allí estaré.

Ripley se puso en pie trabajosamente, luchando por cada bocanada en la sección desprovista de atmósfera. Se encaminó luego a la salida de emergencia colocada dentro de cada puerta de mamparo. Había allí un aparato que podía abrir la puerta trasera, hacia la siguiente sección sellada, con aire fresco.

En el último instante, cuando se disponía a oprimir el botón rojo, vio con horror que no estaba luchando con la puerta que conducía al corredor, sino hacia el vestíbulo vacío, fuera de

la compuerta. Se volvió, trató de orientarse y casi cayó contra la puerta opuesta. Necesitó preciosos minutos para localizar el panel que había en ella. Los pensamientos giraban en su cerebro y se disolvían como aceite en agua.

El aire que la rodeaba estaba volviéndose enrarecido, lleno de aroma de rosas y de lilas.

Ripley oprimió el aparato; la puerta no se movió. Entonces, vio que estaba oprimiendo un control equivocado. Vacilando contra la puerta, tratando de apoyarse y de ayudar a sus piernas vacilantes, reunió sus fuerzas para un nuevo intento. No quedaba ya mucho aire que respirar.

Un rostro apareció enmarcado en la puerta. Estaba deformado, sanguinolento y, sin embargo era familiar. Le pareció que conocía aquel rostro desde hacía tiempo. Alguien llamado Lambert vivía tras aquel rostro. Ahora estaba muy cansada, y empezó a deslizarse lentamente hacia la puerta.

Por su cabeza pasaron pensamientos airados y distantes, al verse privada de su último apoyo. La puerta se deslizó hacia el techo, y su cabeza chocó contra el piso. Una bocanada de aire limpio, inefablemente dulce y refrescante azotó su rostro. La niebla empezó a disiparse ante sus ojos, aunque aún no en su agotado cerebro.

Una bocina anunció el regreso de la completa presurización interna, cuando Lambert y Ash se les unieron.

El científico corrió a auxiliar a Parker, que se había vuelto a desplomar por falta de oxígeno, y apenas empezaba a recobrar la conciencia.

Los ojos de Ripley estaban abiertos, pero su cuerpo no se movía. Manos y pies, brazos y piernas, se hallaban despatarrados en posiciones grotescas a través de su cuerpo y del puente, como los miembros de un muñeco mal armado. Su aliento era trabajoso y jadeante.

Lambert colocó uno de los tanques de oxígeno junto a su amiga. Puso la máscara transparente sobre la boca y la nariz de Ripley y abrió la válvula. Ripley inhaló. Un perfume maravilloso llenó sus pulmones. Sus ojos se cerraron por simple placer, y así permaneció inmóvil, inhalando a pleno pulmón el oxígeno puro. La única sensación de su sistema fue de deleite.

Finalmente apartó el respirador, y permaneció durante un momento respirando normalmente. Observó que había recuperado toda la presión. Las puertas de los mamparos se habían retirado automáticamente, con el retorno de la atmósfera normal.

Ripley sabía que para recuperar la atmósfera, la nave se había visto obligada a vaciar sus tanques de almacenamiento. Ya se enfrentarían a aquel nuevo problema a su debido tiempo.

—¿Te encuentras bien? —estaba preguntando Ash a Parker—. ¿Qué ocurrió finalmente aquí?

Parker se limpió una costra reseca del labio superior, y trató de despejar su cerebro.

—Sobreviviré.

Por el momento, no hizo caso a la pregunta del científico.

—¿Qué le pasó al enemigo? —volvió a preguntar Ash.

Parker meneó la cabeza, y su rostro se contrajo de dolor.

—No lo atrapamos. La bocina tocó, alarmándolo, y de un salto volvió al corredor. Le atrapó un brazo, o como quieras llamarlo, en la puerta interior. Pero se libró de un tirón, como una lagartija que deja su cola.

—¿Por qué no? —murmuró Ash—. Con esa capacidad que tiene para la regeneración...

El ingeniero siguió hablando; en él se notaba la decepción que sentía.

—Ya lo teníamos, al maldito. ¡Lo teníamos!

Hizo una pausa y luego añadió:

—Cuando se liberó dejando su miembro, sangró por todo el lugar; quiero decir, el miembro. Creo que el muñón curó rápidamente por fortuna para nosotros, porque el ácido ya estaba corroyendo las cerraduras. Eso causó la despresurización.

Con un dedo tembloroso señaló la puerta que aislaba el vestíbulo del resto del corredor.

—Probablemente puedes ver el agujero en la puerta desde aquí.

—No te preocupes por eso —dijo Ash levantando la mirada—. ¿Quién hizo sonar la sirena?

Ripley lo miró fijamente.

—Dímelo tú.

—¿Qué significa eso?

Ripley se limpió la sangre de la nariz y sorbió.

—Creo que la sirena sonó por sí sola. Esa parece la explicación lógica ¿no? Sencillamente una falla temporal, muy poco oportuna.

El científico se levantó y contempló a Ripley tras sus párpados entornados. Ella se había asegurado de que el restante cilindro de metano estuviese a su alcance antes de hablar. Pero Ash no avanzó hacia ella. Ella sencillamente no le entendía.

Si él era culpable, debía haber saltado sobre ella mientras estaba debilitada y Parker estaba peor. Si era inocente, tenía que estar bastante loco para hacer lo mismo. Pero no estaba haciendo nada, y eso la tomaba desprevenida.

Por lo menos, las primeras palabras de respuesta de Ash fueron predecibles. Pareció más airado de lo habitual.

—Si tienes algo que decir, dilo. Estoy harto de estas constantes insinuaciones veladas, de que me acusen.

—Nadie te está acusando.

—¡Estoy harto!

Ash se sumió en un silencio hosco. Durante un largo rato, Ripley no dijo nada; finalmente, con un gesto señaló a Parker.

—Llévatelo a la enfermería y que lo parchen. Por lo menos, sabemos que eso puede curarlo el automédico.

Ash tendió una mano al ingeniero, tomó el brazo derecho de Parker por el hombro, y lo ayudó a alejarse por el corredor. Pasó junto a Ripley sin dedicarle una mirada.

Cuando Ash y su carga habían desaparecido tras la primera curva, Ripley tendió la mano hacia abajo. Lambert se la tomó y echándose hacia atrás miró, preocupada, cómo Ripley se ponía vacilante sobre sus pies.

Ripley sonrió y soltó su mano.

—Me pondré bien.

Luego se limpió enérgicamente las manchas de los pantalones.

—¿Cuánto oxígeno nos costó ese episodio? Necesitaré el dato exacto.

Lambert no contestó, y sólo siguió mirándola, meditabunda.

—¿Hay algo malo en ello? ¿Por qué me miras así? ¿Los datos del oxígeno no son ya para el consumo público?

—No me estés provocando —replicó Lambert, pero sin rencor; su tono era de incredulidad—. Estuviste acusándolo; en realidad, lo acusaste de hacer sonar la alarma para salvar al enemigo.

Luego meneó la cabeza lentamente.

—¿Por qué?

—Porque creo que está mintiendo, y si puedo obtener las cintas grabadas, lo demostraré.

—¿Qué probarás? Aun si de alguna manera pudieras demostrar que él es el culpable de que sonara la alarma, no podrías demostrar que no había sido un accidente.

—¡Valiente momento para ese tipo de accidente! ¿No crees?

Ripley guardó silencio durante un momento y luego añadió, en voz baja.

—Aún crees que me equivoco, ¿verdad?

—No lo sé.

Lambert parecía más cansada que deseosa de discutir.

—Ya no sé nada. Sí, creo que podría decir que estás equivocada. Equivocada o loca. ¿Por qué querría Ash o alguien proteger al enemigo? Si lo atrapa, lo matará, como a Dallas o a Brett. Si es que ellos están muertos.

—Gracias. Siempre me gusta saber de quién puedo depender —dijo Ripley; luego se apartó de la navegante, y avanzó resueltamente por el corredor hacia la escalera.

Lambert la observó irse; luego se encogió de hombros y se puso a recoger los cilindros. Trataba al metano con tanto cuidado como al oxígeno; ambos eran igualmente preciosos para su supervivencia...

—¿Ash, estás ahí? ¿Parker?

Cuando no le llegó ninguna respuesta, Ripley entró cautelosamente en el anexo de la computadora central. Durante un tiempo indeterminado, tuvo al cerebro del *Nostromo* completamente a su merced.

Sentándose ante la cómoda central, activó el tablero e hizo correr el pulgar insistentemente sobre las placas de identificación. Las pantallas de datos volvieron a la vida.

Hasta entonces había sido fácil. Ahora, Ripley tenía que trabajar. Pensó durante un momento y luego marcó un código de cinco dígitos que pensó que podía generar la respuesta que necesitaba. Las pantallas permanecieron en blanco, aguardando la pregunta indicada. Probó entonces una segunda combinación, poco usual, con igual falta de éxito.

Furiosa, profirió una maldición. Si se veía reducida a probar combinaciones aleatorias, podía estar trabajando allí hasta el día de su muerte; la cual, a la velocidad con que el enemigo estaba reduciendo la tripulación, acaso no estuviese muy distante.

Probó entonces una combinación terciaria, en lugar de una primaria y se quedó asombrada cuando las pantallas pronto se aclararon, dispuestas a recibir y a informar. Pero no apareció ninguna petición de insumo. Eso significaba que el código había tenido éxito sólo a medias. ¿Qué hacer?

Ripley echó una mirada al tablero secundario; estaba al alcance de cualquier miembro de la tripulación, pero no disponía de información confidencial o de mando. Si pudiera recordar la combinación, usaría el segundo tablero para plantear preguntas al banco central. Rápidamente cambió de asiento, y probó otro código con la esperanza de que fuera el correcto, y mecanografió la primera pregunta. Sería la clave si el código era aceptado sin preguntas. La aceptabilidad se manifestaría por la aparición de su pregunta en la pantalla. Distintos colores parecieron perseguirse durante un momento. Luego, la pantalla se aclaró.

¿QUIEN ENCENDIÓ EL SISTEMA DOS DE ADVERTENCIA?

La respuesta apareció debajo:

ASH.

Ripley permaneció sentada, asimilando la respuesta; era la que había esperado, pero tenerla allí, fríamente impresa para que cualquiera la leyese, le hizo captar súbitamente su importancia. Así pues, había sido Ash. Ahora, la cuestión crítica era: ¿Todo el tiempo había sido Ash el culpable?

Imprimió rápidamente la pregunta siguiente:

¿ESTA PROTEGIENDO ASH AL ENEMIGO?

Aquel parecía ser el día de las respuestas breves:

SÍ.

También ella podría ser breve. Sus dedos corrieron por el teclado.

¿POR QUE?

Tensamente se inclinó hacia adelante. Si la computadora decidía no darle más información, ella no conocía ningún otro código que le diera las respuestas. También existía la posibilidad de que realmente la computadora no tuviese contestación a los extraños actos del científico. Sin embargo, la tuvo.

ORDEN ESPECIAL 937.

PERSONAL DE CIENCIA VE TAN SOLO INFORMACIÓN LIMITADA.

Bueno, hasta allí había llegado. Podría evitar aquellas limitaciones. Estaba empezando, cuando una mano cayó junto a ella, hundiéndose hasta el codo en el terminal de la computadora.

Girando en su silla, después de que su corazón dio un vuelvo. Ripley vio no a la criatura, sino una forma y un rostro que ahora eran igualmente hostiles a ella.

Ash sonrió ligeramente. Pero en sus labios no había alegría.

—El mando parece un poco excesivo para ti. Pero, de todos modos una buena guía siempre es difícil en estas circunstancias. Creo que no se te puede culpar.

Ripley lentamente se echó atrás en su silla, manteniéndola cuidadosamente entre ambos. Las palabras de Ash podían ser conciliadoras. Pero sus actos no lo eran.

—El problema no es la buena guía, es la lealtad.

Manteniéndose de espaldas a la pared, empezó a avanzar hacia la puerta. Siempre sonriente, Ash se dio vuelta para quedar frente a ella.

—¿Lealtad? No veo dónde ha faltado.

"Ahora se muestra conciliador", pensó ella.

—Creo que todos hemos estado haciendo lo que hemos podido, Lambert se ha vuelto un poco pesimista, pero siempre supimos que ella era demasiado emotiva. Es muy competente para trazar el curso de una nave, pero no es tan buena planeando su propio curso.

Ripley seguía girando a su alrededor, y obligándose a sonreír a su vez.

—En este momento no me preocupa Lambert, me preocupas tú.

Empezó a girar para quedar frente a la puerta abierta, sintiendo que los músculos de su estómago se habían puesto tensos.

—¿Otra vez toda esa paranoia? —dijo Ash, tristemente—. Necesitas un poco de descanso.

Dio entonces un paso hacia ella, como para ayudarla.

Ella dio un salto, luego se agachó bajo los dedos abiertos de él. De pronto estuvo en el corredor, corriendo con todas sus fuerzas hacia el puente. Estaba demasiado concentrada para solicitar ayuda, y necesitaba el aliento.

En el puente no había nadie. De alguna manera volvió a rodearlo, moviendo interruptores de emergencia mientras corría. Las puertas de los mamparos respondieron, cerrándose cada una, siempre un segundo demasiado tarde para librarla de Ash.

Finalmente Ash la atrapó en el comedor. Parker y Lambert llegaron segundos después. Las señales enviadas por las puertas al cerrarse les habían dado la alerta, avisándoles que algo andaba mal en las proximidades del puente, y ya iban hacia allá cuando encontraron a perseguidor y perseguida.

Aunque no era aquel el tipo de experiencia que habían esperado encontrar, ambos reaccionaron bien. Lambert fue la primera. Se lanzó sobre la espalda de Ash. Sorprendido, éste soltó a Ripley, asió a la navegante, y la lanzó al otro lado de la habitación. Luego volvió hacia su tarea anterior: tratar de quitar la vida a Ripley. La reacción de Parker fue menos inmediata, pero mejor pensada. Ash habría sabido apreciar el razonamiento del ingeniero. Parker levantó uno de los pesados rastreadores y lo colocó detrás de Ash que estaba concentrado tratando de asfixiar a Ripley. El ingeniero blandió el rastreador con todas sus fuerzas.

Se oyó un ruido sordo. El rastreador continuó su arco mientras la cabeza de Ash salía en una dirección diferente. No hubo sangre. Tan sólo aparecieron cables y circuitos, que brotaban de las terminales que podían verse en el cuello cercenado del científico. Ash soltó a Ripley; ella se desplomó en el suelo, ahogándose y llevándose las manos a la garganta. Las manos de Ash representaron una pantomima macabra sobre sus hombros, buscando el cráneo faltante. Luego, se echó hacia atrás, recuperó el equilibrio y comenzó a buscar en el puente la

cabeza separada...

XIII

—¡Un robot...! ¡Un maldito robot! —murmuró Parker. El rastreador colgaba, limpio, de una de sus manos.

Al parecer, había unos audio-sensores localizados en el torso así como en el cráneo, porque la poderosa forma se dio vuelta inmediatamente al sonido de la voz de Parker y empezó a avanzar hacia él. Levantando el rastreador, el ingeniero lo dejó caer sobre el hombro de Ash una y otra vez... sin ningún efecto. Unos brazos poderosos avanzaron, fueron cerrándose y tomaron a Parker en un abrazo no precisamente muy afectuoso; las manos fueron subiendo, buscaron su garganta y se contrajeron con fuerza sobrehumana.

Ripley se había recobrado y buscó algo, frenéticamente, hasta que descubrió uno de los viejos tubos con que habían planeado cazar al enemigo. Lo puso en posición, y notó que aún tenía una carga completa.

Lambert tiró de las piernas de Ash, tratando de voltear su motor. Del cuello de su enemigo brotaban alambres y contactos, Ripley trató de tirar de ellos. Los ojos de Parker parecían querer salirse de sus órbitas, y unos tenues jadeos salían de su garganta oprimida.

Al encontrar todo un nudo de cables y circuitos, Ripley metió allí la punta de su arma, y oprimió el gatillo. Los dedos de Ash en la garganta del ingeniero parecieron debilitarse un poco. Ripley sacó el arma, la colocó de otra manera y volvió a disparar.

Unas chispas azules brotaron del cuello. Ripley disparó de nuevo manteniendo continuamente oprimido el gatillo. Hubo una especie de relámpago, y pronto surgió un olor de aislantes quemados.

Ash se desplomó.

Mientras su pecho subía y bajaba, tratando de recuperar el aliento, Parker rodó sobre sí mismo, tosió un par de veces y luego expulsó flemas sobre el puente. Después parpadeó un par de veces, y contempló al robot.

—¡Maldito sea! ¡Maldita máquina de la Compañía!

Luego logró ponerse de pie, y pateó el metal. No reaccionó; permaneció inerte, inocuo sobre el puente.

La mirada de Lambert pasó, incrédula, de Parker a Ripley.

—¿Alguien puede decirme qué demonios está pasando?

—Sólo una manera de averiguarlo —dijo Ripley, dejando cuidadosamente el tubo a un lado, y asegurándose que quedara a su alcance por si lo necesitara con urgencia; luego se acercó al cuerpo.

—¿Qué es eso? —preguntó Lambert.

Ripley miró a Parker, que estaba frotándose el cuello.

—Conecta otra vez la cabeza. Creo que yo quemé el sistema locomotor del dorso, pero la cabeza y la memoria aún deben funcionar, si se les da energía. Ha estado protegiendo al enemigo desde el principio. Yo traté de decírtelo.

Con un ademán señaló al cuerpo. Era difícil empezar a pensar en un compañero de la tripulación como en otra pieza del equipo.

—Recuerda que les hizo entrar en la nave contra todas las regulaciones —dijo Ripley, y su expresión se contrajo ante el recuerdo—. Se valió de la vida de Kane como excusa, pero nunca le interesó Kane. Dejó que ese ser creciera dentro de su cuerpo, y todo el tiempo supo lo que estaba ocurriendo. Y después hizo sonar la bocina de emergencia para salvarlo.

—Pero ¿por qué? —dijo Lambert, aún luchando y tratando de entender las cosas.

—Sólo estoy haciendo suposiciones, pero la única razón que puedo imaginar de poner un robot como miembro de la tripulación a bordo, con los demás, sin informarnos desde el

principio, es que alguien quiso tener un observador que le informara de todos los acontecimientos —dijo ella mirando fijamente a Lambert—. ¿Quién asigna el personal a las naves, hace cambios de último minuto con los científicos y sería la única capaz de poner secretamente un robot a bordo? ¿Y con qué propósito?

Lambert, esta vez, respondió al momento:

—La Compañía —dijo sin vacilar.

—Desde luego —dijo Ripley y sonrió sin alegría—. Los zánganos de la Compañía debieron de recibir la transmisión de la nave abandonada y como el *Nostromo* era la siguiente nave de la compañía que debía pasar por aquel cuadrante espacial, pusieron a Ash a bordo, para asegurarse de que seguiríamos algo que Madre llama la Orden Especial 937. Si los resultados de la transmisión resultaban sin importancia, Ash podía informar de eso, sin que nosotros supiéramos de qué se estaba tratando; si era algo importante, entonces la Compañía se enteraba de lo que quería saber sin tener que enviar a un costoso equipo de exploración. Sencilla cuestión de maximizar las ganancias, minimizar las pérdidas. Ganancias suyas y pérdidas nuestras.

—¡Es grande eso! —dijo Parker, airado—. Hasta ahí, te lo has figurado todo bien. Ahora, dime por qué hemos de volver a unir a este maldito.

Y escupió sobre el cuerpo de Ash.

Ripley había colocado la cabeza de Ash en una mesa y estaba tomando una línea de energía de una salida de la pared, cerca del autochef, para colocar la cabeza inmóvil.

—Tenemos que descubrir todo lo que haya estado ocultándonos. ¿De acuerdo?

Parker asintió, de mala gana.

—De acuerdo.

Luego avanzó.

—A ver. Déjame hacer eso.

El ingeniero maniobró con los cables y las conexiones localizadas en la parte trasera de la cabeza de Ash, debajo del cabello artificial. Cuando los párpados del científico empezaron a moverse, Parker gruñó, satisfecho, y se apartó.

Ripley se inclinó hacia adelante.

—Ash, ¿puedes oírme?

No hubo respuesta. Ripley miró a Parker.

—El circuito está limpio. El nivel de energía se ajusta por sí solo. A menos que algunos circuitos importantes se interrumpieran cuando la cabeza cayó contra el puente, debiera contestar. Y las células de la memoria y los componentes verbal-visuales se encuentran apretados en estos modelos complicadísimos; espero que hable.

Ripley probó de nuevo:

—¿Puedes oírme?

Una voz familiar, un poco distante, sonó en el lugar:

—Sí, puedo oírte.

A Ripley le pareció difícil dirigirse a una cabeza sin cuerpo, por más que supiese que sólo era parte de una máquina, como el tubo o el rastreador. Pero ella había trabajado demasiadas horas con Ash.

—¿Qué era la orden especial 937?

—Eso va contra las reglas y contra mi programación interna. Sabes que no puedo decírtelo.

Ripley se echó hacia atrás.

—Entonces, no tiene objeto hablar. Parker, desconéctalo.

El ingeniero tendió la mano hacia los cables, y Ash reaccionó con velocidad suficiente para demostrar que sus circuitos cognoscitivos aún estaban intactos:

—En esencia, mis órdenes eran las siguientes:

Parker mantuvo la mano amenazadora cerca de la línea de energía.

Librodot

—Se me indicó desviar el *Nostromo* o asegurarme de que la propia tripulación lo desviara de su curso original para que recibiera la señal; programar a Madre para sacarlos a todos del hipersueño, y programar su propia memoria para contarles a ustedes esa historia acerca de la llamada de emergencia. Los especialistas de la Compañía ya sabían que la transmisión era una advertencia, no una señal de socorro.

Las manos de Parker se cerraron, amenazantes.

—En las fuentes de la señal —continuó Ash—, debíamos investigar una forma viva, casi ciertamente hostil, a juzgar por lo que los expertos de la Compañía habían inferido de la transmisión, y traerla para que la Compañía hiciese una evaluación y observación de cualquier aplicación comercial que tuviese. Todo con discreción, desde luego.

—Desde luego —dijo Ripley, imitando el tono indiferente de la máquina—. Eso explica bastante bien por qué decidieron eso, en lugar de incurrir en los gastos de mandar primero toda una exploración.

Pareció satisfecha de haber descubierto el razonamiento oculto tras las palabras de Ash.

—Está estrictamente prohibida la importación a cualquier mundo habitado, no digamos ya a la tierra, de cualquier forma de vida peligrosa. Haciendo que todo pareciera como si unos simples trabajadores de un remolcador hubiesen tropezado accidentalmente con ella, la Compañía tenía una manera de ver que llegase "involuntariamente" a la tierra. Nosotros, mientras tanto, podríamos acabar en la cárcel, pero algo habría que hacer con la criatura. Naturalmente, los especialistas de la Compañía estarían allí para recibir magnánimamente al peligroso recién llegado de manos de los funcionarios de la aduana, con unos bien repartidos sobornos para facilitar su entrega. Y si teníamos suerte, la Compañía nos sacaría bajo fianza y se encargaría de nosotros en cuanto las autoridades determinaran que realmente éramos tan estúpidos como parecíamos. Y realmente, lo habíamos sido.

—¿Por qué? —quiso saber Lambert—. ¿Por qué no nos advirtieron? ¿Por qué no nos pudieron decir en qué nos estábamos metiendo?

—Porque quizás no hubiesen ustedes estado de acuerdo —explicó Ash, con fría lógica—. La política de la Compañía requería la colaboración a ciegas. Ripley tiene razón cuando habla de su honrada ignorancia.

—¡Tú y la maldita Compañía! —gruñó Parker.

—¿Y qué nos dices de nuestras vidas, hombre?

—No soy un hombre —corrigió Ash, tranquilamente—. En cuanto a sus vidas, creo que la Compañía las consideró arriesgables. Era la forma extraña de vida la que le interesaba principalmente. Se esperaba que ustedes pudiesen contenerla y vivir para recoger sus bonificaciones, pero debo reconocer que esa era una consideración secundaria. Era algo personal, de parte de la Compañía. Tan sólo dependía de la suerte.

—Muy tranquilizador —dijo Ripley, burlona. Pensó un momento y luego añadió:

—Ya nos has dicho que el propósito de enviarnos a ese mundo era investigar una forma de vida casi ciertamente hostil. Y que unos expertos de la Compañía todo el tiempo supieron que la transmisión era una advertencia, no una señal de socorro.

—Sí —respondió Ash—. Según lo que determinaron los expertos, era demasiado tarde para que la llamada de auxilio sirviera para algo a quienes la enviaron. La otra señal era terriblemente explícita, muy detallada. La nave abandonada que encontramos había aterrizado en el planeta, al parecer en el curso de una expedición normal. Como Kane, sus tripulantes encontraron una o más de las esporas. La transmisión no decía si los exploradores tuvieron tiempo de determinar si las esporas se habían originado en ese mundo en particular, o si habían emigrado allí desde otra parte. Antes de ser abrumados, lograron enviar una advertencia para que los habitantes de otras naves que pensaran llegar a ese mundo no corrieran su misma suerte. Llegaran de donde llegaran, fueron seres nobles. Esperemos que la humanidad vuelva a encontrarlos, en circunstancias más gratas.

—Eran mejores que algunos en que estoy pensando —dijo Ripley, tensa—. Por ejemplo, en ese ser extraño que está a bordo; ¿cómo lo matamos?

—Los exploradores que tripulaban la nave abandonada eran más grandes y posiblemente más inteligentes que los humanos. No creo que ustedes puedan matarlo. Pero quizás yo lo logre. Como yo no soy de composición orgánica, el extraño no me considera un peligro potencial, ni como fuente de alimento. Soy considerablemente más fuerte que ninguno de ustedes. Quizás pueda enfrentarme al ser extraño. Sin embargo, en este momento no estoy precisamente en mi mejor condición. Si ustedes quisieran recolocar...

—Buen intento, Ash —lo interrumpió Ripley, sacudiendo la cabeza de lado a lado—, pero eso es imposible.

—¡Idiotas! Aún no se dan cuenta de con quién tienen que enfrentarse. Ese ser extraño es un organismo perfectamente organizado. Soberbiamente estructurado, astuto, esencialmente violento. Con sus limitadas capacidades ustedes no tienen ninguna posibilidad contra él.

—¡Santo Dios! —dijo Lambert, contemplando asombrada la cabeza—. ¿Tú admiras esa maldita cosa?

—¿Cómo no admirar la sencilla simetría que presenta? Un parásito interespecie, capaz de medrar de cualquier forma de vida que respire, sea cual fuere su composición atmosférica. Capaz de permanecer dormido durante periodos indefinidos en las condiciones más adversas. Su único propósito es reproducir su propia especie, y cumple con esa tarea con eficacia suprema. No hay nada en la experiencia de la humanidad que pueda compararse con él. Los parásitos que los hombres están habituados a combatir son mosquitos y artrópodos minúsculos, y similares. Esta criatura es, para ellos, en barbarie y eficacia, lo que el hombre es para el gusano en materia de inteligencia. Ustedes no pueden imaginar siquiera cómo enfrentársele.

—Bueno, ya oí bastantes estupideces —dijo Parker, bajando la mano hacia el cable de energía.

Ripley levantó una mano, advirtiéndole, y contempló la cabeza.

—Se supone que tú, Ash, eres parte de nuestra tripulación. Eres oficial en ciencia, así como instrumento de la Compañía.

—Ustedes me dieron la inteligencia. Y con el intelecto viene la inevitabilidad de la elección. Yo sólo soy leal al descubrimiento de la verdad. Una verdad científica exige belleza, armonía y, sobre todo, sencillez. El problema de ustedes contra el extraño producirá una solución sencilla y elegante. Sólo uno sobrevivirá.

—Supongo que eso nos pone a los humanos en nuestro lugar ¿verdad? Dime algo, Ash. La Compañía esperaba que el *Nostromo* llegara a la estación de la tierra tan sólo contigo y con el ser extraño vivo, ¿verdad?

—No. Sinceramente esperaba que ustedes lograran sobrevivir y contener al ser extraño. Los funcionarios de la Compañía sencillamente no sabían cuan peligroso y eficaz era el enemigo.

—¿Qué crees que va a pasar cuando llegue la nave, suponiendo que todos estamos muertos y que el extraño, en lugar de estar apropiadamente encerrado, domine la nave?

—No lo sé. Hay la clara posibilidad de que el ser logre infectar al comité de recepción y a otros que entren en contacto con él antes de que se percaten de la magnitud del peligro y puedan tomar medidas para combatirlo. Pero para entonces, acaso sea tarde. Miles de años de esfuerzos no han capacitado a la humanidad a erradicar otros parásitos. Nunca ha encontrado uno tan avanzado. Traten de imaginar varios miles de millones de mosquitos actuando en consorcio de inteligencia unos con otros. ¿Tendría la humanidad alguna oportunidad contra ellos?

»Desde luego, si yo estoy presente y en condiciones de funcionar cuando llegue el *Nostromo,* puedo informar al comité de recepción de lo que puede esperar y cómo proceder

con seguridad en su contra. Si me destruyen, se arriesgan a desencadenar una terrible plaga sobre la humanidad.

Un silencio reinó alrededor de la mesa, pero no por mucho tiempo.

Parker fue el primero en hablar.

—La humanidad, en la persona de la Compañía, no parece preocuparse mucho por nosotros. Y nosotros correremos nuestros riesgos con el enemigo. Al menos, sabemos dónde se halla.

Echó una mirada a Ripley.

—Ninguna plaga va a preocuparme si yo no estoy allí y tengo qué vérmelas con ella; digo que lo desconecten.

—De acuerdo —dijo Lambert.

Ripley rodeó la mesa y empezó a desconectar el cable.

—¡Una última palabra! —se apresuró a decir Ash—. Un legado, si ustedes quieren.

Ripley vaciló.

—¿Y bien?

—Quizás sea realmente inteligente. En realidad, debieran tratar de comunicarse con él.

—¿Lo hiciste tú?

—Por favor, permitan que me lleve algunos secretos a la tumba.

Ripley desconectó el cable.

—¡Adiós, Ash!

Volvió entonces la atención a sus compañeros.

—Cuando se trata de escoger entre parásitos, prefiero enfrentarme al que no miente. Además, si no podemos vencer a esa cosa, podremos morir felices sabiendo que va a clavar sus garras en los expertos de la Compañía...

Ripley se había sentado ante el tablero de la computadora central en el anexo principal, cuando Parker y Lambert fueron a unírsele.

Ripley habló, desalentada.

—En una cosa tenía razón. No tenemos gran oportunidad.

Indicó entonces unos datos que brillaban en la pantalla.

—Sólo nos queda oxígeno para doce horas.

—Entonces, todo se acabó —dijo Parker, mirando al suelo—. Reconectar a Ash sería una forma más rápida de suicidio. ¡Oh! Estoy seguro de que él podría enfrentarse al enemigo, pero no nos dejaría con vida. Esta fue una orden de la Compañía, que no quiso revelarnos porque habiéndonos dicho todo lo demás, no podría dejarnos con vida para informar de los planes de la Compañía a las autoridades del puerto.

Luego rió.

—Ash fue una leal máquina de la Compañía.

—Yo no sé qué opinen ustedes —dijo Lambert, seria—. Pero creo que prefiero una muerte sin dolor, pacífica, a las demás alternativas que se nos ofrecen.

—Aún no estamos en esas.

Lambert mostró un pequeño frasco con cápsulas. Ripley reconoció las cápsulas para el suicidio, por el color rojo y por el cráneo y las tibias en miniatura impresas en cada una.

—Todavía no. ¡Uf!

Ripley se dio vuelta en su silla.

—Digo que aún no. Permitieron que Ash los convenciera. Afirmó que era el único capaz de enfrentarse al extraño, pero él es quien yace allí desconectado, y nosotros no. Aún tenemos otra alternativa. Creo que podríamos volar la nave.

—¿Es ésa tu alternativa? —dijo Lambert, suavemente—. Yo prefiero los productos químicos, si te parece.

—No, no. ¿Recuerdas lo que propusiste antes, Lambert? Nos íbamos en la nave menor y

hacíamos estallar el *Nostromo.* Nos llevábamos el aire restante en tanques portátiles. La navecilla tiene su propio abasto de aire. Con el aire extra, hay una oportunidad de que podamos llevarlo de vuelta al espacio que surcan las naves, y de que alguna nos recoja. Para entonces quizás estuviéramos respirando sólo restos, pero es una oportunidad. Y nos desharíamos del enemigo.

Quedaron todos en silencio, pensando. Parker levantó la mirada hacia Ripley y asintió con la cabeza.

—Eso me gusta más que la química; además, me gustará ver volar en pedazos una propiedad de la Compañía.

Se levantó para partir.

—Empezaremos a meter el aire en botellas.

El ingeniero supervisó la transferencia de aire comprimido de los grandes tanques del *Nostromo* a unos recipientes más pequeños, portátiles, que pudiesen llevarse en la navecilla.

—¿Es todo? —replicó Ripley cuando Parker se recostó cansadamente contra la pared.

—Todo lo que podemos llevar.

Con un ademán, indicó los recipientes.

—Quizás no parezca mucho, pero está realmente bajo presión. Suficiente aire extra para darnos cierto margen.

Luego sonrió.

—Magnífico. Un poco de comida artificial, los motores en marcha y salgamos de aquí.

Luego se detuvo, ante un pensamiento súbito:

—¡Jones! ¿Dónde está Jones?

—¿Quién sabe? —respondió Parker, indudablemente poco interesado en el paradero del gato.

—La última vez que lo vi estaba olfateando el cuerpo de Ash —dijo Lambert.

—Ve a ver. No quiero dejarlo. Aún somos demasiado humanos para eso.

Lambert echó una dura mirada a su compañera.

—Nada de eso. No quiero ir sola a ninguna parte de esta nave.

—Siempre me disgustó ese maldito gato —gruñó Parker.

—No importa —les dijo Ripley—. Yo iré. Ustedes carguen el aire y el alimento.

—Me parece justo —asintió Lambert.

Ella y Parker levantaron los recipientes de oxígeno y se encaminaron hacia la navecilla.

Ripley avanzó hacia el comedor. No tuvo que buscar mucho tiempo al gato. Después de dar vuelta al comedor y de asegurarse que no había tocado al cuerpo decapitado de Ash, enfiló hacia el puente. Allí encontró a Jones. Se había tendido sobre el tablero de Dallas, donde estaba lavándose, con aire aburrido.

Ripley le dedicó una sonrisa.

—Jones, eres afortunado.

Al parecer, el gato no estuvo de acuerdo. Al extender ella la mano hacia él, Jones saltó ágilmente del tablero y se alejó lamiéndose. Ella se inclinó y fue tras él, con voz y ademanes acariciadores.

—¡Ven, Jones! No lo hagas difícil. Esta vez no. Los demás no te esperarán.

—¿Cuánto crees que necesitaremos? —dijo Lambert dejando de apilar cajas, contemplando a Parker y pasándose una mano por el rostro.

—Todo lo que podamos. Sería malo hacer dos viajes.

—Desde luego.

Se dio vuelta entonces para arreglar la pila que había hecho. Una voz sonó por el conmutador abierto.

—¡Vamos, Jones, ven aquí! Ven, gatito, ven con mamá, gatito.

El tono de Ripley era suave y acariciador, pero Lambert pudo notar su exasperación contenida.

Parker salió tambaleante de la alacena número 2, oculto bajo una doble brazada de alimentos. Lambert continuaba escogiendo cajas, ocasionalmente escogiendo una por otra. La idea de comer alimentos artificiales crudos no procesados resultaba muy poco alentadora: en la minúscula nave no había autochef. Aquel alimento crudo podía mantenerlos con vida, pero eso era todo, y ella deseaba seleccionar lo mejor que hubiese.

Lambert no notó una débil luz roja en el rastreador que había allí cerca.

—¡Vamos! Jones.

Jones, indignado, se resistía, pero Ripley lo había atrapado firmemente por el cuello. Y sus manazos no le evitaron ser levantado sin ceremonias, e introducido en su presurizada caja de viaje.

Ripley la encendió.

—Allí estás. Ahora respira tu olor reciclado durante un rato.

Los dos lanzallamas estaban fuera de la despensa. Parker se arrodilló cuidadosamente y trató de levantar el suyo. Se inclinó demasiado y una buena porción de las cajas alineadas cayó de sus brazos.

—¡Maldita sea!

Lambert dejó de arreglar cajas y trató de ver detrás de las puertas de la alacena.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Traté de llevar demasiado de una sola vez, eso es todo.

—Simplemente, apúrate.

—Ya voy. Mantén la sangre fría.

La luz roja en el rastreador se volvió de pronto de un carmesí brillante, y simultáneamente empezó a sonar. Parker dejó caer sus paquetes, contempló el rastreador y levantó su lanzallamas. Llamó apresuradamente a Lambert.

—Salgamos de aquí.

También ella había oído el ruido.

—Ahora mismo.

Algo produjo un sonido distinto, detrás de ella. Se volvió y profirió un grito cuando una mano la asió súbitamente. El ser extraño aún estaba saliendo del respiradero.

Ripley oyó el grito por el comunicador abierto en el puente, y se quedó helada.

Parker volvió a mirar dentro de la alacena, y estuvo a punto de volverse loco cuando vio lo que el ser extraño estaba haciendo. Parker no podía atacarlo con el lanzallamas sin quemar a Lambert. Blandiendo el incinerador como una masa, cargó dentro de la alacena.

—¡Maldito...!

El extraño dejó caer a Lambert. Ella quedó inmóvil en el piso, en el momento en que Parker descargaba al extraño un sólido golpe con el lanzallamas. El extraño no parpadeó. El ingeniero habría podido estar tratando de fracturar la pared.

Intentó agacharse para evitarlo, pero falló. De un solo golpe, el extraño le rompió la nuca, matándolo instantáneamente. El extraño se volvió entonces hacia Lambert. Ripley aún no se había movido. Apagados gritos le llegaban por el conmutador. Eran de Lambert, y pronto cesaron. Luego, reinó el silencio.

Ripley habló ante su micrófono:

—¡Parker! ¡Lambert!

Aguardó una respuesta, casi sabiendo que no le llegaría ninguna. Y así fue; el significado del continuo silencio pronto entró en su cerebro. Estaba sola. Probablemente había tres seres vivos en la nave: el extraño, Jones y ella misma. Pero tenía que asegurarse.

Eso significaba dejar solo a Jones. Lo deseaba, pero el gato había oído los gritos y estaba maullando frenéticamente. Hacía demasiado ruido.

Ripley llegó sin dificultades al puente B, apretando su lanzallamas con ambas manos. Enfrente se hallaba la alacena. Había cierta posibilidad de que el extraño hubiese dejado atrás a alguien, incapaz de maniobrar con dos cuerpos por los estrechos ductos. Había posibilidad de que alguien aún estuviera con vida.

Ripley espió por la jamba de la despensa. Lo que quedaba le mostró cómo el extraño había logrado meter por la fuerza a sus dos víctimas en el respiradero.

De pronto se encontró corriendo, corriendo. A ciegas, casi locamente, sin pensar en nada. Las paredes parecían alargarse tratando de detenerla, de hacer más lenta su carrera, pero nada podía detener su loca fuga. Corrió hasta que sintió reventar sus pulmones. Le recordaron a Kane y a la criatura que había madurado dentro de él, cerca de sus pulmones. Esto, a su vez, le recordó a su enemigo.

Todas esas ideas le devolvieron la capacidad de pensar. Tratando de tomar aire, casi se detuvo y contempló lo que la rodeaba. Había corrido a lo largo de la nave. Ahora se encontraba sola, en mitad del cuarto de máquinas.

Oyó algo, y dejó de respirar. El sonido se repitió y ella dejó escapar un suspiro cauteloso. Era un sonido familiar, humano. Era un sonido de llanto.

Aún abrazando el lanzallamas, caminó lentamente alrededor del cuarto hasta llegar a la causa del sonido. Se encontró sobre la cubierta de una escalera, un disco redondo de metal. Sin apartar su atención de la cámara bien iluminada a su alrededor se arrodilló y quitó el disco. Una escalera descendía, casi en las tinieblas.

Ripley descendió, tentando las paredes, hasta que puso los pies en algo firme. Entonces activó su barra de luz: se hallaba en una pequeña cámara de mantenimiento. Su luz iluminó recipientes de plástico y herramientas pocas veces usadas. También dio sobre huesos, con pedazos de carne aún unidos.

Sintió que se le ponía la carne de gallina al caminar sobre fragmentos de ropa, sangre coagulada, los restos de una bota. A lo largo de las paredes se hallaban cosas extrañas.

Algo se movió en las tinieblas. Ripley se dio vuelta y levantó el cañón del lanzallamas, mientras su luz buscaba lo que se había movido.

Un gigantesco capullo colgaba del techo, un poco a su derecha; parecía una hamaca transparente tejida con un material blanco sedoso. Y se balanceaba.

Con el dedo tenso en el gatillo del lanzallamas, Ripley se acercó; el rayo de luz le mostró al capullo casi transparente. Dentro había un cuerpo: Dallas.

De pronto, los ojos se abrieron y enfocaron a Ripley. Los labios se separaron, formando palabras. Ella se acercó, al mismo tiempo horrorizada y fascinada.

—Mátame... —susurró a Ripley.

—¿...Qué te hizo?

Dallas trató de hablar nuevamente, y no lo logró. Su cabeza se inclinó ligeramente hacia su derecha. Ripley hizo girar su luz y la levantó ligeramente. Allá colgaba un segundo capullo, distinto del primero en textura y en color. Era más pequeño y oscuro. La cara parecía haber formado una concha gigante. Aunque Ripley no lo supiera, parecía la urna rota y vacía de la nave abandonada.

—Ese es Brett.

Ripley volvió la luz a los labios de Dallas.

—Te sacaré de aquí —prometió Ripley llorando—. Haremos funcionar al automédico, te llevaremos...

Se interrumpió, incapaz de continuar. Estaba recordando la analogía hecha por Ash, de una avispa y una araña. Las crías vivas alimentándose del cuerpo paralizado de la araña, creciendo, consciente de lo que estaba ocurriendo pero...

De algún modo, logró sacudirse aquella horrible línea de pensamientos. La conduciría a la locura.

—¿Qué puedo hacer?

El mismo susurro enloquecedor:

—Mátame.

Ripley lo contempló; por fortuna, los ojos se habían cerrado, pero los labios aún temblaban, como preparando un grito. Ripley no creyó poder soportar aquel grito.

El cañón del lanzallamas se levantó, y Ripley oprimió convulsivamente el gatillo. Una descarga envolvió al capullo y a lo que había sido Dallas. Todo se quedó sin un sonido. Luego Ripley lanzó otra descarga contra todo el compartimiento, que se llenó de llamas.

Para entonces, Ripley ya iba subiendo la escalera, sintiendo el calor abrasar sus piernas.

Ripley asomó la cabeza en el cuarto de máquinas. Aún estaba desierto. El humo pareció rodearla, haciéndole toser. Salió de allí; con el pie volvió a poner el disco en su lugar, dejando un hueco para que el aire llegase al fuego. Luego avanzó resueltamente hacia el cubículo de control del cuarto de máquinas.

Aparatos y controles funcionaban adentro pacientemente, en espera de que se les ordenara qué hacer. En un tablero particular, los interruptores estaban en rojo. Ripley los estudió, recordó ciertas frecuencias y empezó a desconectar los interruptores, uno por uno.

Un interruptor doble yacía protegido bajo una cubierta. Ella lo contempló un momento, luego retrocedió y lo soltó, con la culata del lanzallamas lo movió y encendió el doble control.

Tuvo que aguardar una eternidad, las sirenas empezaron a aullar. Una voz llamó desde intercomunicación y Ripley dio un salto, hasta que reconoció la voz de Madre.

¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN!

"¡Las unidades de enfriamiento de los motores de hiper-impulso no están funcionando. Las cubiertas no están funcionando. Los motores se sobrecargarán en cuatro minutos, cincuenta segundos; cuatro minutos, cincuenta segundos".

Ripley iba a la mitad del corredor B cuando se acordó de Jones. Lo encontró maullando continuamente frente al micrófono, tranquilo y solitario en su caja presurizada, entre el puente y el nivel B. Ripley lo levantó y corrió con la caja azotando sus piernas rumbo a la navecilla, con el lanzallamas asegurado bajo el otro brazo.

Dio vuelta a la última curva que conducía a la navecilla. De pronto dentro de su caja Jones bufó; los pelos de su lomo se pusieron de punta. Ripley se detuvo y contempló fascinada la cerradura abierta. Unos sonidos de metal destrozado llegaron hasta sus oídos.

El extraño estaba dentro de la navecilla.

Dejando a Jones a salvo en la escalerilla del nivel B, Ripley corrió de vuelta al cuarto de máquinas. El gato protestó con todas sus fuerzas por su nuevo abandono.

Mientras ella corría hasta el cubículo de la máquina, una voz paciente y tranquila llenó la habitación:

—¡Atención! Las máquinas estarán sobrecargadas en tres minutos veinte segundos.

Al entrar en el cubículo, una pared de calor la rechazó. El humo dificultaba la visión. La maquinaria parecía quejarse rechinando agudamente a su alrededor; ella trató de enjugarse el sudor que perlaba su frente. De alguna manera logró localizar el tablero de control a través del humo; se obligó a recordar la secuencia apropiada y volver a apagar los interruptores que había encendido unos momentos antes. Las sirenas continuaban con su lamento.

—¡Atención! Las máquinas se sobrecalentarán en tres minutos. Las máquinas se sobrecalentarán en tres minutos.

Boqueando en busca de aire, Ripley se apoyó contra la pared caliente, al oprimir un botón.

—¡Madre, he puesto a toda potencia las unidades refrigerantes!

—¡Demasiado tarde para acción correctiva! El núcleo del impulso ha empezado a fundirse. Reacción irreversible en este punto. Estallido interno incipiente, seguido por sobrecalentamiento incontenible y subsiguiente detonación. Las máquinas se sobrecalentarán en dos minutos cincuenta y cinco segundos.

Madre siempre le había sido reconfortante a Ripley. Ahora la voz de la computadora estaba vacía de antropomorfismos, implacable como el tiempo que iba contando.

Ahogándose con la garganta ardiendo, Ripley salió dando traspiés del cubículo; las sirenas parecían reír histéricamente en su cerebro. "¡Atención! las máquinas se sobrecalentarán en dos minutos!", anunció Madre por un magnavoz de la pared.

Jones estaba aguardándola en la escalera. Ahora estaba tranquilo; se había desahogado maullando. Ripley avanzó dando traspiés hacia la navecilla, arrastrando la caja con el gato, de algún modo que ni ella misma habría podido explicar, manteniendo listo el lanzallamas. Por un momento pensó que una sombra se había movido detrás, y se dio vuelta, pero esta vez era una sombra y nada más.

Ripley vaciló en el corredor, sin saber qué hacer y terriblemente agotada, pero una voz se negó a dejarla descansar:

"¡ATENCIÓN! LAS MÁQUINAS EXPLOTARÁN DENTRO DE NOVENTA SEGUNDOS!"

Dejando en el piso la caja de Jones, Ripley abrazó el lanzallamas con ambas manos, y corrió hacia la navecilla.

Estaba vacía.

Ripley giró, volvió a correr por el corredor y tomó la caja del gato. No se materializó nada para desafiarla.

"¡ATENCIÓN LAS MÁQUINAS EXPLOTARÁN DENTRO DE SESENTA SEGUNDOS!"

Anunció Madre con toda calma. Un airado Jones se encontró lanzado cerca del tablero principal cuando Ripley se dejó caer en el asiento del piloto. No había tiempo de planear minucias como la trayectoria o el ángulo de despegue. Se concentró en oprimir un solo botón, que tenía una palabra roja grabada encima:

DESPEGUE.

Los soportes de contención volaron con pequeñas y cómicas explosiones, y hubo un rugido de los motores secundarios, cuando la navecilla se apartó del *Nostromo.*

Las fuerzas G parecieron desgarrar a Ripley mientras luchaba por asentarse. Las fuerzas G pronto se desvanecerían, resultado de que la navecilla hubiese salido del campo de hipertensión del *Nostromo* y se apartara en diagonal, sobre su propia ruta, por el espacio.

Ripley terminó de atarse; luego se permitió respirar profundamente el aire limpio de la navecilla. Verdaderos aullidos penetraron en su cerebro agotado. Desde su puesto, apenas pudo tocar la caja con el gato. Su cabeza se inclinó sobre la caja y las lágrimas brotaron de sus ojos enrojecidos por el humo al apretarla contra su pecho.

Su mirada se posó en la pantalla que daba hacia atrás. Un minúsculo punto de luz fue convirtiéndose silenciosamente en una majestuosa bola de fuego que iba creciendo, enviando tentáculos de metal retorcido y plástico desgarrado. Fue desvaneciéndose, y entonces fue seguida por una bola de fuego mucho más grande, al explotar la refinería. Dos mil millones de toneladas de gas y maquinaria vaporizada llenaron el cosmos oscureciendo la visión de Ripley hasta que, por fin, empezaron a desvanecerse.

La vibración llegó a la navecilla poco después, cuando el gas sobrecalentado pasó sobre ella. Cuando la nave hubo recobrado el equilibrio, Ripley se desató y fue a la parte trasera de la pequeña cabina. Desde allí vio por una escotilla trasera. Su rostro estaba bañado con una luz anaranjada al desvanecerse el último de los globos de fuego.

Finalmente, Ripley se dio vuelta. El *Nostromo,* sus compañeros, todo había dejado de existir, eran No Más, en aquel momento de quietud y soledad, eso la afectó más de lo que hubiese creído. La condición definitiva de aquello era difícil de aceptar, el conocimiento de que ya no existían como componentes, por muy insignificantes que fuesen, de un gran universo. Ni siquiera como cadáveres, sencillamente eran un NO.

Librodot

Ripley no vio la enorme mano que se estiraba hacia ella saliendo del escondite de las sombras profundas, pero Jones sí la vio. Y dio un aullido. Ripley giró sobre sí misma, y se encontró ante la criatura, que había estado en la navecilla todo el tiempo.

Su primer pensamiento fue el lanzallamas. Yacía sobre el puente junto al extraño agazapado. Desesperadamente, Ripley buscó espacio para retroceder. A su lado había un minúsculo armario. Su puerta se había abierto con la vibración del gas en expansión. Ripley empezó a avanzar, de lado, hacia él.

La criatura empezó a levantarse en cuanto Ripley se movió. Ripley saltó hacia el armario y se arrojó hacia el interior, mientras su mano buscaba desesperadamente la cerradura. Al caer dentro, su peso hizo que la puerta se cerrara tras ella con estrépito.

Había una lumbrera en la parte posterior de la puerta. Ripley se encontró prácticamente de narices contra ella en el armario vacío. Afuera, el extraño puso su cabeza junto a la ventana, mirando al interior casi con curiosidad, como si Ripley estuviese exhibiéndose en una jaula. Ripley trató de gritar, y no pudo. El grito murió en su garganta. Todo lo que pudo hacer fue contemplar con ojos desorbitados la aparición que, a su vez, la miraba. El armario no estaba sellado, y un sonido característico llegó a Ripley desde fuera. Sorprendido, el ser extraño dejó la escotilla para inspeccionar la causa del extraño ruido. Se agachó y levantó la caja, haciendo que Jones gruñera en un tono más alto.

Ripley tocó con ambos puños el cristal, tratando de distraer la atención de la criatura, para que dejara al animal indefenso. Su táctica resultó. En un segundo, el ser extraño estuvo de vuelta ante el cristal. Ripley se quedó helada, y el ser regresó a su tranquila inspección de la caja de Jones.

Ripley inició una búsqueda frenética en aquel lugar confinado. Poco había dentro, salvo su propio traje de presión. Moviéndose rápidamente pese a que sus manos temblaban, Ripley logró ponérselo.

Afuera, el extraño estaba sacudiendo la caja del gato, por vía de experimento. Jones aullaba por el diafragma de la caja. Ripley había entrado a medias en el vestido de presión cuando el extraño arrojó al suelo la caja. Rebotó, mas se conservó entera. Recogiéndola de nuevo, el extraño la arrojó contra una pared. Fuera de sí, Jones aullaba continuamente. Por la fuerza, el extraño metió la caja en una rendija entre dos conductos expuestos y empezó a golpearla, mientras Jones luchaba por escapar, bufando y escupiendo.

Colocándose el casco, Ripley logró asegurarlo. No había nadie allí para ayudarla a verificar. Si los sellos habían quedado mal fijados, ella pronto lo descubriría. Un toque activó el respirador, y el traje se llenó de vida.

Ripley luchó por hacer una última búsqueda dentro del casillero. No había nada parecido a un láser, y de todos modos no lo habría podido usar. En un largo rodillo de metal, al quitarle su capa protectora de caucho, vio un extremo agudo. No era una gran arma, pero le dio un poco de confianza, algo más importante aún.

Respirando profundamente, entornó con lentitud la puerta y luego de un puntapié la acabó de abrir. El extraño se volvió para encararse a la alacena, y recibió el ataque de la lanza de metal en mitad del cuerpo. Ripley había corrido con todo su peso tras el arma, que penetró profundamente. El ser extraño aferró el rodillo, mientras un fluido amarillo empezaba a brotar, zumbando violentamente al hacer contacto con el metal.

Ripley botó hacia atrás, y alcanzó a aferrar un soporte mientras que con la otra mano buscaba una salida de emergencia.

Aquello abrió la escotilla trasera. Instantáneamente, todo el aire de la navecilla y todo lo que no estuviese asegurado por amarras fue absorbido por el espacio exterior. El ser extraño pasó volando junto a ella; con reflejos inhumanos, buscó algo, algo que sobresaliera y alcanzó la pierna de Ripley, por encima del tobillo.

Ripley se encontró colgando parcialmente de la escotilla, mientras tiraba desesperados

puntapiés a aquel ser que aferraba su pierna. No la soltaría. Había una palanca cercana a la salida de emergencia, y ella la bajó. La escotilla se cerró con estrépito, dejándola dentro con el extraño afuera.

El ácido empezó a espumear a lo largo de la escotilla, brotando del miembro aplastado del ser que aferraba su tobillo.

Luchando por avanzar, Ripley examinó el tablero, encontró los interruptores que activaban los motores secundarios, y oprimió varios botones.

Cerca de la proa de la navecilla, una energía incolora brotó hacia adelante. Incendiado, el ser extraño cayó de la nave. En el momento en que se soltó, el ácido dejó de fluir.

Ripley observó nerviosamente las burbujas que continuaban, pero había habido poca emisión, y finalmente se detuvo. Ripley maniobró con el pequeño tablero de la computadora y aguardó los datos:

DAÑOS EN LA ESCOTILLA TRASERA: DUDOSOS.

ANÁLISIS: PEQUEÑA REDUCCIÓN DEL CASCO.

INTEGRIDAD DE LA NAVE NO COMPROMETIDA.

CAPACIDAD DE CONTENIDO ATMOSFÉRICO NO REDUCIDA.

SELLADOR SUFICIENTE PARA COMPENSAR.

OBSERVACIÓN: REPÁRESE LA SECCIÓN DAÑADA CUANDO LLEGUE A DESTINO.

EL ESTADO DEL CASCO SERÁ INSPECCIONADO.

Ripley dejó escapar un grito, y luego retrocedió para ver la escotilla trasera. Una forma humeante que se debatía iba alejándose de la nave. Pedazos de carne calcinada se esparcían a su alrededor. Por fin el organismo increíblemente resistente sucumbió a las leyes de la presión diferencial y el ser extraño fue hinchándose hasta estallar, enviando pequeñas partículas en todas direcciones. Por fin inofensivos, los fragmentos fueron perdiéndose de vista.

Ripley no habría podido decir que estaba alegre. Había arrugas en su rostro, y un lugar vacío en su cerebro que anulaba esa posibilidad. Logró relajar su cuerpo, y reclinarse en el asiento del piloto.

Un toque a varios botones represurizó la cabina. Ripley abrió la caja de Jones. Con esa maravillosa facilidad común a todos los gatos, Jones ya había olvidado el ataque. Se acurrucó en el regazo de Ripley y volvió a sentarse. Se hizo una rosca, satisfecho y empezó a ronronear. Ripley le dio palmaditas, mientras dictaba a la grabadora de la nave.

"Debo llegar a la frontera, dentro de otros cuatro meses, poco más o menos. Con un poco de suerte, la red de boyas recogerá mi S.O.S. y dará la alarma. Tendré una declaración hecha para los medios de comunicación, y entregaré una copia triplicada oculta en este lugar con algunos comentarios de cierto interés para las autoridades, concernientes a ciertas medidas de la Compañía.

"Habla Ripley, número de identidad W5645022460H, funcionarla, única sobreviviente del remolcador comercial *Nostromo,* que firma la presente".

Con el pulgar, Ripley apagó la grabadora. Había quietud en la cabina, por primera vez en muchos días. Le pareció casi imposible poder descansar ahora. Tuvo esperanzas de no soñar.

La mano de Ripley acarició la piel anaranjada de Jones, y luego sonrió:

—Ven, gatito... vámonos a dormir...

FIN

Librodot